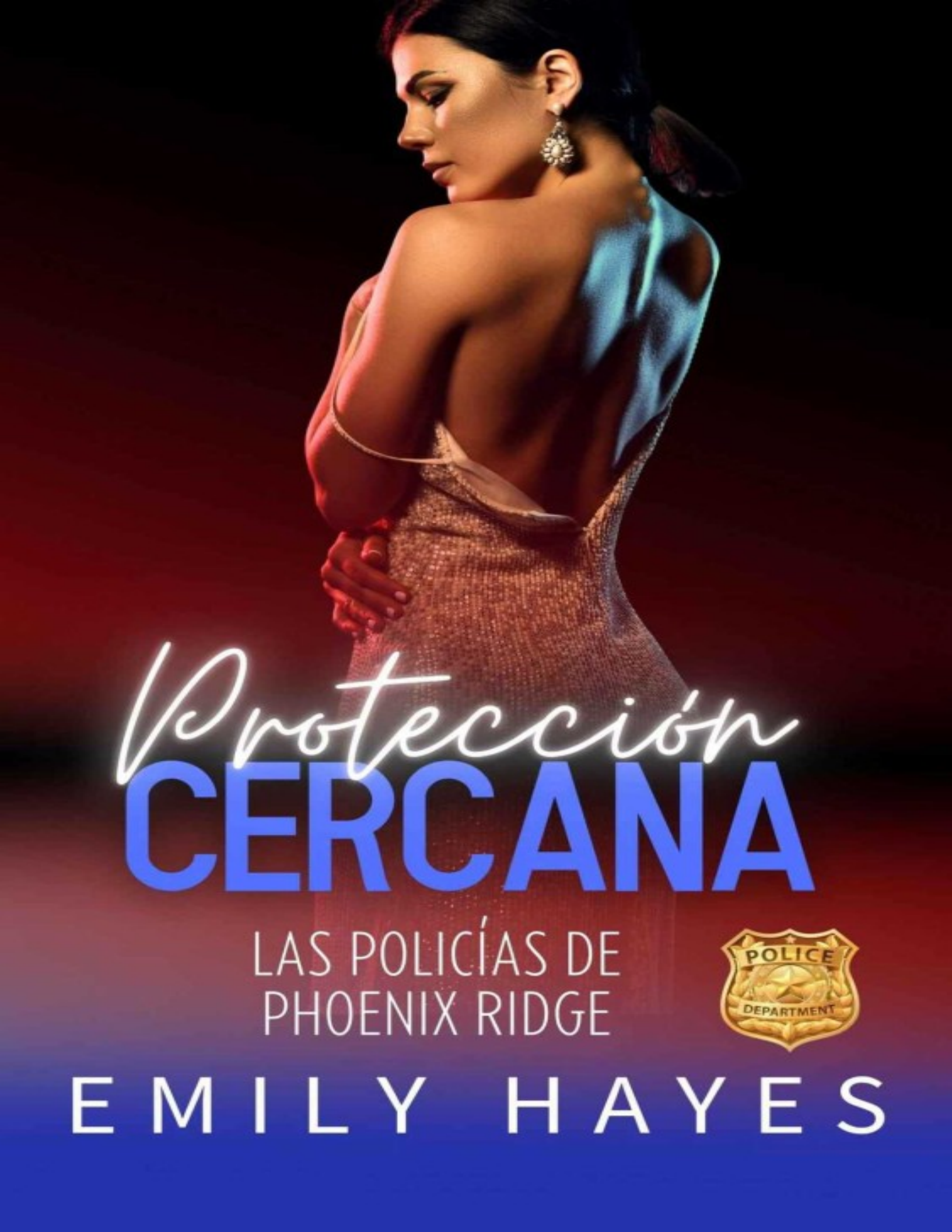

Protección
CERCANA
LAS POLICÍAS DE
PHOENIX RIDGE
POLICE
DEPARTMENT
EMILY HAYES

PROTECCIÓN CERCANA

LAS POLICÍAS DE PHOENIX RIDGE

LIBRO 1

EMILY HAYES

ÍNDICE

Una nota de Emily 💕 (Advertencia de contenido)
Prefacio

1. Ivy
2. Julia
3. Ivy
4. Julia
5. Ivy
6. Julia
7. Ivy
8. Julia
9. Ivy
10. Julia
11. Ivy
12. Julia
13. Ivy

Epílogo

Postfacio

UNA NOTA DE EMILY 💕 (ADVERTENCIA DE CONTENIDO)

Hola, querida lectora:

Antes de que te sumerjas en *Close Protection*, quiero hacer una pequeña advertencia de contenido, porque tu seguridad y tu bienestar me importan muchísimo.

Este libro incluye temas relacionados con:

- Traumas pasados, incluidas referencias (sin detalles explícitos) a maltrato y amenazas
- Violencia criminal
- Situaciones de alta tensión que involucran la protección de testigos y el peligro que corren las protagonistas.
- Tensión romántica y sexual en medio de esas circunstancias de alto riesgo

No hay nada explícito, pero el peso emocional es real. Ivy y Julia se enfrentan al peligro, la vulnerabilidad y la confianza, e intentan descubrir cómo enamorarse mientras el mundo que las rodea está en llamas 🔥

Como siempre en Phoenix Ridge, **las buenas ganan**. Al final del camino hay alegría, superación y un «y vivieron felices para siempre», porque creo en darles a los personajes sáficos (y a las mujeres en general) el amor y la seguridad que merecen. 💖

Si alguno de estos temas es delicado para ti, por favor, cuídate. Te mereces amabilidad y bienestar, tanto en la ficción como en la vida real.

Con cariño y profunda gratitud,

Emily 💫

PREFACIO

Bienvenidos a **Phoenix Ridge**, una ciudad ficticia con el tipo de departamento de policía que *ojalá* existiera en el mundo real.

Sé que para muchos de nuestra comunidad —especialmente las mujeres queer, las personas negras y racializadas, y aquellas que han sufrido daños a manos del sistema—, la idea de un romance centrado en agentes de policía puede resultar incómoda, e incluso molesta. Os entiendo. Os escucho.

Por eso quiero dejarlo meridianamente claro: **el Departamento de Policía de Phoenix Ridge no es ese sistema.**

Esta saga está ambientada en una realidad alternativa donde la policía *de verdad* sirve y protege a todo el mundo. Las mujeres del Departamento de Policía de Phoenix Ridge *no* forman parte de una institución corrupta. Todas ellas son profundamente feministas, antirracistas y unas *cracks* inclusivas con el colectivo queer que eligieron la placa por una sola razón: **ayudar a la gente**. Son sanadoras. Luchadoras. Protectoras. Supervivientes. Y sí, amantes.

Este departamento está dirigido al cien por cien por mujeres, incluidas mujeres queer de todas las razas, orígenes y experiencias vitales. Aquí no hay lugar para la corrupción, el abuso de poder o la injusticia sistémica; solo lealtad feroz, grandes corazones e integridad inquebrantable.

Este es un espacio para la alegría. Para la justicia. Para historias de amor que te aceleran el corazón y te hacen suspirar.

Así que, si alguna vez habéis deseado un mundo donde la gente con poder de verdad se lo *mereciera*; donde la justicia sea restaurativa, no punitiva; donde mujeres sáficas salven vidas, se enamoren con locura y amen aún con más fuerza..., estáis en el lugar adecuado.

Bienvenidas a Phoenix Ridge. Me alegro mucho de que estéis aquí.

Con todo mi cariño,

Emily x

1

IVY

La doctora Ivy Monroe recorrió con el dedo el borde de su vaso de whisky, observando cómo las olas rompían contra los acantilados. Desde su posición privilegiada en el Cliffside Lounge, el océano Pacífico se extendía, infinito y oscuro, interrumpido solo por franjas de plateada luz de luna. Los ventanales panorámicos del hotel Oceana enmarcaban la vista como si de un cuadro se tratase: hermoso, intocable, contenido sin riesgo alguno.

No como su vida, que se había hecho añicos hacía exactamente cuarenta y siete horas.

Se llevó el Lagavulin a los labios y dejó que el licor ahumado le abriese un camino de fuego por la garganta. Era el tercero de la noche, pero ¿quién llevaba la cuenta? La camarera, seguramente. La mujer, impecablemente vestida, había enarcado una ceja de forma perfecta ante el último pedido de Ivy, aunque no había dicho nada. Otro juicio más que ignorar.

El trío de jazz del rincón cambió a una pieza más lenta y melancólica. Apropiado. Los dedos de Ivy buscaron su móvil, comprobando instintivamente si había alguna novedad antes de recordar que había desactivado todas las notificaciones. Después de todo, quizá otro whisky no vendría mal.

—Las amenazas de muerte te provocan estas cosas —murmuró para sí, mientras sus palabras se perdían bajo la música.

Todo había comenzado con una anomalía: un único número fuera de lugar en los informes financieros de Harbor Heights. La mayoría lo habría pasado por alto, considerándolo un error de redondeo o un decimal mal colocado. Pero los patrones eran el lenguaje de Ivy; los números, su lengua materna. Aquella única discrepancia la había conducido por una madriguera de empresas fantasma, permisos falsificados y sobornos disfrazados de honorarios de consultoría. Y en el fondo de todo: el Sindicato Seraphim.

Ayer por la mañana, había descubierto su despacho saqueado. Habían destrozado los monitores, pero no habían tocado sus discos duros encriptados. Aficionados. El mensaje que le habían dejado sobre el escritorio había sido menos sutil: una pluma blanca y una nota con seis palabras:

Sigue escarbando y te enterrarán.

El hielo de su vaso se movió, reflejando la luz azul de la barra. Ivy sopesó sus opciones por centésima vez. Podía huir; tenía suficiente dinero y contactos para desaparecer. Podía retractarse, afirmar que había cometido un error en su análisis, aunque la sola idea le revolvía el estómago. O podía hacer lo que había hecho: entregar sus pruebas al fiscal del distrito de Phoenix Ridge y solicitar protección mientras preparaban el caso.

Mañana estaría bajo custodia policial oficial. Esta noche era su último retazo de libertad, por así decirlo, viendo el océano desde la barra de un hotel donde un vaso de whisky costaba más que el salario por hora de la mayoría de la gente.

—Menuda libertad —masculló.

Su reflejo en el ventanal le llamó la atención: ojeras oscuras bajo unos ojos demasiado alerta, la piel demasiado pálida contra su jersey negro de cuello alto. Tenía el aspecto de lo que era: una mujer que funcionaba a base de cafeína, adrenalina y miedo.

Un movimiento en el reflejo captó su atención. Una mujer se había sentado en el extremo opuesto de la barra. Había algo en su postura —la espalda recta, la energía contenida, la manera en que sus ojos escaneaban continuamente la sala— que hizo que Ivy se

enderezase. Llevaba una sencilla americana de color carbón sobre una camisa blanca, un atuendo informal de negocios que de alguna manera parecía una armadura. Su pelo oscuro, cortado en una melena corta y definida, acentuaba la línea de su mandíbula. Era llamativa sin pretenderlo, segura de sí misma sin alardear de ello.

La camarera se acercó a la recién llegada con una familiaridad que sugería que era una clienta habitual. La mujer pidió sin mirar la carta. Cuando alzó su copa —algo de color ámbar con una única esfera de hielo—, sus movimientos fueron precisos, controlados.

Ivy reconoció el tipo: policía o militar. La observación cuidadosa, la espalda contra la pared, la mano izquierda libre. En su campo de trabajo, Ivy se había topado con suficientes agentes federales y detectives como para reconocerlos a la legua. No es que importara. Phoenix Ridge era una ciudad lo bastante grande como para que aquella mujer no tuviera relación con su caso.

Volvió a mirar hacia el ventanal, pero se descubrió siguiendo a la mujer en el reflejo. Había algo cautivador en su quietud, como estar en el ojo del huracán. Ivy apretó los dedos alrededor del vaso. Buscaba una distracción, y aquella mujer lo era sin duda, todo aristas y serena confianza.

La desconocida la sorprendió observándola.

En lugar de apartar la mirada, Ivy le sostuvo la suya en el reflejo del ventanal. Un desafío. La comisura de los labios de la mujer se crispó, casi una sonrisa, pero no del todo. Alzó su copa en el más mínimo gesto de reconocimiento antes de volver a su bebida.

El pulso de Ivy se aceleró. Interesante.

Por primera vez en días, el nudo de pavor en su estómago se aflojó, reemplazado por otro tipo de tensión. El peligro que la esperaba mañana seguía ahí, pero esta noche..., esta noche podía elegir un riesgo diferente. Uno con límites que ella podía controlar.

Se terminó el whisky de un solo trago y se puso en pie. El suelo se tambaleó ligeramente bajo sus pies, pero se apoyó en la barra para mantener el equilibrio. El alcohol le había embotado los sentidos, pero su mente seguía lúcida. Lo bastante lúcida como para tomar decisiones de las que podría arrepentirse por la mañana.

Pero la mañana parecía muy lejana.

Se pasó la mano por su vestido negro y ceñido —la armadura que había elegido para esa noche— y se dirigió hacia la mujer de la barra. Si esta iba a ser su última noche de libertad, más valía que valiera la pena.

A su espalda, las olas seguían rompiendo contra los acantilados, implacables e inevitables. Pero, por ahora, tendrían que esperar.

La distancia hasta la barra pareció más larga de lo que debería. Ivy sintió el peso de la atención de la mujer mientras se acercaba: una atención mesurada, inquisitiva. De cerca, la desconocida era aún más despampanante. Tenía unos rasgos marcados pero refinados, con unos ojos oscuros que no revelaban nada y lo veían todo.

—¿Está ocupado ese asiento? —preguntó Ivy, señalando el taburete vacío que había a su lado.

La mujer miró el taburete como si le sorprendiera encontrarlo libre. —Parece que no. —Su voz era grave, con una ligera carraspera que le provocó a Ivy un inesperado escalofrío por la espalda.

Ivy se deslizó sobre el asiento y dejó el vaso vacío en la barra. —Tomaré otro —le dijo a la camarera, y luego señaló con la cabeza la copa de la desconocida—. Y lo que sea que esté bebiendo ella.

—Todavía no he terminado esta —dijo la mujer, levantando su copa.

—Entonces se está quedando atrás. —Ivy extendió la mano—. Soy… —Se interrumpió, al recordar su situación. El anonimato se le antojó de pronto un regalo—. En realidad, nada de nombres. Hagámoslo sencillo.

La mujer enarcó una ceja ligeramente, pero asintió. —Sencillo —repitió, sin aceptar la mano que Ivy le ofrecía.

Ivy la retiró, más divertida que ofendida. —¿No le gusta tocar a desconocidos?

—Es que soy precavida por naturaleza. —La mujer dio un sorbo deliberado a su bebida, sin apartar los ojos del rostro de Ivy—. Aunque usted no parece especialmente preocupada por la precaución.

La camarera sirvió el whisky de Ivy y una segunda copa de lo que fuera que estuviera bebiendo la mujer —un bourbon local, se

dio cuenta Ivy al percibir su aroma—. Levantó su vaso en un brindis silencioso.

—La precaución está sobrevalorada —dijo Ivy tras dar un sorbo —. Sobre todo cuando ya has calculado los riesgos.

—¿Ah, sí? —La boca de la mujer se curvó en algo que casi parecía una sonrisa—. ¿Ha calculado los riesgos de acercarse a una desconocida en el bar de un hotel?

—Usted no es una amenaza para mí. —Ivy se inclinó un poco más—. Al menos, no de ninguna forma que yo no haya consentido.

Los ojos de la mujer se oscurecieron, pero su expresión permaneció controlada. —Habla con mucha seguridad de alguien de quien no sabe nada.

—Sé lo suficiente. —Ivy ladeó la cabeza—. ¿Policía o militar? Su postura la delata. Además de la forma en que ha registrado cada salida desde que me he sentado.

Aquello le arrancó una reacción genuina: un breve destello de sorpresa rápidamente enmascarado. —Exmilitar —admitió la mujer —. Actualmente… en el sector privado.

—¿Asesora de seguridad? —aventuró Ivy. Era una transición bastante común.

—Algo por el estilo. —La mujer hizo un gesto displicente con la mano libre—. ¿Y usted?

—¿Yo? —Ivy sonrió—. Solo soy una mujer tomándose una copa en un bar.

—Una mujer que puede distinguir a una exmilitar a veinte pasos y que no quiere intercambiar nombres. —La mujer se echó ligeramente hacia atrás—. No es precisamente la típica huésped de hotel.

—Nunca he dicho que lo fuera. —Ivy repasó el borde de su vaso con un dedo—. Además, a lo mejor solo quería invitar a una copa a la persona más interesante de la sala.

—Adulación. —La mujer negó con la cabeza—. Ahora sé que quiere algo.

Ivy se rio, sorprendida por la autenticidad de su propia risa. Hacía días que no se reía, quizá semanas.

—¿Tan difícil es creer que simplemente me parece usted atractiva? —preguntó.

La mujer la estudió durante un largo rato. —No —dijo finalmente —. Pero cuesta creer que eso sea todo.

—Quizá busco una distracción. —Ivy miró hacia la ventana, donde la oscuridad ya había engullido por completo el océano—. Quizá me atraen las mujeres que parecen capaces tanto de protegerme como de destruirme.

—Es una preferencia peligrosa.

—He tenido una semana peligrosa.

Algo en el tono de Ivy debió de revelar más de lo que pretendía, porque la expresión de la mujer cambió ligeramente, con una sutil suavidad en la mirada.

—Todas tenemos nuestras razones para estar solas en el bar de un hotel —dijo la mujer en voz baja.

El salón se había ido llenando mientras hablaban, y el ruido ambiental aumentaba con cada recién llegado. Ivy se inclinó para hacerse oír.

—Vayamos a un sitio más tranquilo.

Sin esperar respuesta, se levantó y caminó hacia una zona de asientos más apartada, cerca de las ventanas. Tras un instante de vacilación, más que ver, sintió que la mujer la seguía.

Se acomodaron en un reservado esquinero con una tapicería de un azul intenso que parecía absorber el sonido, creando un reducto de intimidad. El océano se extendía al otro lado del cristal, un vacío infinito que reflejaba el cielo.

—Mejor —dijo Ivy, mientras deslizaba su copa sobre la mesa baja que las separaba—. Ya me oigo pensar.

—¿Y en qué piensa? —preguntó la mujer, manteniendo una prudente distancia en el lado opuesto del reservado.

Ivy le sostuvo la mirada. —Pienso en que las dos estamos solas en este hotel por esta noche. En que las dos buscamos… algo. Y en que es poco probable que ninguna de las dos encuentre una opción mejor.

El semblante de la mujer permaneció impasible, pero los nudillos se le pusieron ligeramente blancos alrededor de la copa. —Es usted

muy directa.

—La vida es demasiado corta para no serlo. —Ivy se inclinó hacia delante—. Me alojo en la habitación 1247. Sin nombres, sin historias, solo esta noche. Si le interesa, termínese la copa y nos vemos allí en quince minutos.

Se levantó antes de que la mujer pudiera responder, cogiendo su bolso de mano y el whisky a medio terminar. —O no. Sin presiones, sin expectativas, no me ofenderé en ningún caso.

Ivy se dirigió hacia la salida, sintiendo el peso de la mirada de la mujer entre los omóplatos. No se giró. Eso habría delatado incertidumbre, y de todas las cosas que Ivy podía sentir esa noche, la incertidumbre no era una de ellas.

Las puertas del ascensor se cerraron a su alrededor en silencio y exhaló lentamente, viendo cómo subían los números de las plantas. El corazón se le aceleraba con cada segundo que pasaba. Había sido una apuesta arriesgada, hacerle una proposición tan descarada a una desconocida. Sobre todo a una desconocida que irradiaba autocontrol como si fuera un campo de fuerza.

Pero había habido algo en aquellos ojos oscuros, un fuego cuidadosamente contenido que se correspondía con el que ardía en el pecho de Ivy. Un reconocimiento de almas gemelas en su aislamiento, quizá.

¿Y si se equivocaba? ¿Y si la mujer no venía?

Entonces Ivy pasaría su última noche de libertad a solas con una botella del minibar y sus pensamientos por compañía.

Entró en su suite y la puerta se cerró con un chasquido tras ella. Quince minutos. Dejó el bolso sobre la mesa de la entrada y llevó su copa hasta las puertas del balcón. El océano se extendía ante ella, negro e inquieto bajo el cielo nocturno.

Quince minutos para descubrir si se enfrentaría a esa inmensidad sola.

Habían pasado doce minutos cuando un suave golpe en la puerta interrumpió el estrépito de las olas al chocar contra los acantilados. A Ivy le dio un vuelco el corazón, pero se tomó su tiempo para cruzar la habitación, intentando calmarse el pulso. Se detuvo ante la

puerta, con una mano apoyada en la fría madera, y respiró hondo antes de abrir.

La mujer estaba de pie en el pasillo, con las manos en los bolsillos de su americana de color carbón, en una postura a la vez relajada y alerta. La cálida iluminación del pasillo resaltaba unos reflejos cobrizos en su pelo oscuro, suavizando el corte severo que enmarcaba su marcada mandíbula. De cerca, Ivy pudo ver motas de color ámbar en sus ojos marrones, una calidez inesperada en sus profundidades, por lo demás, reservadas.

—Ha venido —dijo Ivy, retrocediendo para permitirle la entrada.

—Sí, he venido. —La mujer pasó a su lado para entrar en la suite y su presencia llenó el espacio al instante. Olía a sándalo y a algo cítrico y limpio; un aroma sutil, intencional—. He estado a punto de no hacerlo.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión? —Ivy cerró la puerta y la cerradura electrónica se activó con un suave pitido que pareció increíblemente alto en el repentino silencio que se hizo entre ellas.

La mujer se giró, estudiando a Ivy con aquella misma mirada mesurada del bar. —Quizá la curiosidad —dijo finalmente—. O puede que simplemente esté cansada de decir que no a las cosas que quiero.

Un calor le nació en el pecho a Ivy. —¿Y qué es lo que quiere, exactamente?

En lugar de responder, la mujer se acercó a los ventanales que ocupaban una de las paredes de la suite. La luz de la luna que entraba a raudales transformó su perfil en una silueta plateada que se recortaba contra la oscuridad del exterior.

—Bonitas vistas —dijo.

—No la he invitado a subir por las vistas. —Ivy se dirigió hacia el mueble bar, con los tacones hundiéndose en la mullida alfombra—. ¿Una copa?

—No. —La mujer se volvió para mirarla—. Creo que las dos somos conscientes de por qué estoy aquí. Más alcohol solo… complicaría las cosas.

Ivy abandonó la idea de la copa y, en su lugar, se acercó despacio, dándole tiempo a la mujer para que cambiara de opinión.

La distancia entre ellas parecía cargada de electricidad; cada paso reducía el voltaje y, al mismo tiempo, aumentaba la corriente.

Cuando estuvieron a un suspiro la una de la otra, Ivy alzó una mano y detuvo la punta de sus dedos justo antes de rozar el rostro de la mujer. —¿Puedo?

La mujer asintió una vez con un movimiento apenas perceptible.

Ivy le perfiló la mandíbula, sintiendo el calor de su piel y la leve tensión del músculo bajo ella. La mujer permaneció perfectamente inmóvil; solo el ritmo acelerado de su respiración delataba su respuesta al contacto.

—Es usted muy controlada —observó Ivy, con la voz apenas un susurro—. Me pregunto qué haría falta para que perdiera ese control.

La mujer le sujetó la muñeca a Ivy, con un agarre firme pero no doloroso. —Da por hecho que quiero perder el control.

—Todo el mundo quiere perder el control a veces —replicó Ivy—. Sobre todo la gente que se aferra a él con tanta fuerza como usted.

Sus rostros estaban a centímetros el uno del otro, tan cerca que Ivy podía sentir el aliento de la mujer en sus labios. Le sacaba varios centímetros, lo que obligaba a Ivy a inclinar la barbilla para mantener el contacto visual. La diferencia de altura le provocó un inesperado escalofrío.

—Dígame que me vaya —dijo la mujer, con la voz áspera—, y lo haré.

Ivy liberó la muñeca del agarre de la mujer solo para entrelazar los dedos en los mechones cortos y sedosos de su nuca. —Quiero que se quede.

El beso, cuando por fin llegó, no se pareció en nada a lo que Ivy había imaginado. Esperaba dominación, quizá incluso agresividad por parte de alguien que irradiaba un poder tan contenido. En cambio, los labios de la mujer fueron suaves contra los suyos, casi vacilantes. Esa inesperada ternura hizo que algo se retorciera dolorosamente en el pecho de Ivy.

No quería ternura. No esa noche. No de una desconocida.

Ivy profundizó el beso, su lengua buscando entrada, mientras su mano libre encontraba la cintura de la mujer para atraerla hacia sí.

Sintió el instante exacto en que el control de la mujer empezó a flaquear: un estremecimiento que le recorrió el cuerpo, un pequeño sonido ahogado en el fondo de su garganta.

Se separaron, ambas con la respiración agitada, e Ivy aprovechó el momento para quitarle la americana de los hombros. La prenda cayó al suelo en un charco oscuro a sus pies. La camisa blanca de botones que llevaba debajo era impecable y profesional, una barrera que Ivy, de repente, estaba desesperada por derribar. —¿Siempre es tan impaciente? —preguntó la mujer, con un atisbo de diversión en su voz entrecortada mientras los dedos de Ivy se afanaban con los botones.

—Solo cuando algo importa. —Ivy abrió la camisa y reveló un sencillo sujetador negro sobre una piel olivácea. Una fina cicatriz blanca trazaba un camino justo por debajo de la clavícula de la mujer. Sin pensarlo, Ivy se inclinó para besarla.

A la mujer se le cortó la respiración y sus manos, por fin, por fin, se alzaron para acunar el rostro de Ivy. —¿Esto importa? —preguntó, con un atisbo de vulnerabilidad en sus facciones.

—Esta noche importa —aclaró Ivy, buscando la cremallera de su propio vestido—. No para siempre, ni siquiera mañana. Solo esta noche.

Hubo un entendimiento entre ellas: un acuerdo, un límite, un permiso. La mujer asintió y después ayudó a Ivy con la cremallera; sus nudillos rozaron la piel desnuda de la espalda de Ivy con deliberada lentitud.

El vestido se deslizó hasta el suelo y se amontonó alrededor de los tobillos de Ivy. Se deshizo de él y de los tacones en un solo movimiento, de repente varios centímetros más baja, pero no por ello menos decidida. Su pelo rubio miel, que se había recogido antes en un elegante moño, comenzaba a soltarse, y algunos mechones le enmarcaban el rostro.

La mirada de la mujer recorrió el cuerpo de Ivy, deteniéndose en el encaje negro contra la piel pálida, en la suave curva de sus caderas, en la constelación de pecas que salpicaba su esternón. Había aprecio en aquella mirada, pero también algo más: una

especie de asombro, como si estuviera intentando memorizar cada detalle.

—Es usted preciosa —dijo sin más.

Ivy no estaba preparada para el efecto que le causaron aquellas palabras: una calidez que no tenía nada que ver con el deseo y todo que ver con sentirse verdaderamente vista. Ocultó aquel momento de vulnerabilidad echando mano del cinturón de la mujer.

—Usted también lo es —replicó—. Y va demasiado vestida.

Se dirigieron al dormitorio en una danza de avances y retrocesos, despojándose de ropa e inhibiciones a cada paso. Cuando llegaron a la enorme cama, ya estaban en ropa interior, con la piel acalorada y sonrojada por la expectación.

La mujer guio a Ivy hacia atrás hasta que sus rodillas tocaron el colchón, pero, en lugar de seguirla, se detuvo. Bajo la tenue luz que se filtraba a través de las vaporosas cortinas, su expresión era seria, casi solemne.

—¿Está segura de esto? —preguntó.

Ivy alargó la mano, recorriendo la afilada línea de la clavícula de la mujer, la curva de su hombro, los tonificados músculos de sus brazos. Podía sentir el poder contenido que había allí, el cuidadoso control incluso en ese momento. Pero también podía sentir el leve temblor bajo la superficie, la vulnerabilidad tras la fortaleza.

Por primera vez en toda la noche, Ivy se preguntó quién era realmente aquella mujer: qué hacía cuando no estaba en bares de hotel, qué le había hecho aquella cicatriz en la clavícula, si siempre dudaba así al borde de la intimidad.

Pero esas no eran preguntas para esa noche. Esa noche no se trataba de saber, sino de olvidar.

—Estoy segura —dijo Ivy, atrayendo a la mujer hacia la cama, a su lado—. Sin nombres, sin pasado, sin futuro. Solo nosotras, ahora mismo.

Ivy estrelló sus labios contra los de la mujer y deslizó la mano por el muslo de esta, serpenteando hasta que sintió la tela de algodón. Ya un poco húmeda, notó Ivy con una leve sonrisa.

Alargó el brazo, deslizó la mano por debajo de las bragas de la mujer y exploró su humedad con los dedos.

Ivy oyó y sintió, más que vio, cómo la respiración de la mujer se entrecortaba y su cuerpo se tensaba como respuesta, e Ivy reaccionó presionando su clítoris con un poco más de fuerza.

—Ahí, justo así —gimió la mujer entre besos mientras agarraba con fuerza la cintura de Ivy.

Ivy rompió el contacto y le mordió el labio inferior, rozándolo con los dientes. —¿Le gusta?

Ivy dejó que su pulgar bajara un poco más, tentando la entrada de la mujer, antes de incorporarse, quitarle las bragas empapadas y tirarlas lejos de la cama.

—Así mejor —Ivy observó la figura de la mujer sobre la cama y cómo sus curvas fluían perfectamente por su cuerpo—. Sintiendo cómo su propia necesidad palpitaba, se sentó a horcajadas sobre la pierna de la mujer y comenzó a frotarse contra su muslo mientras introducía dos dedos en la desconocida.

De inmediato, la otra mujer jadeó y arqueó la espalda, apretándose más contra Ivy, y esta respondió introduciendo tres dedos con más insistencia. Ivy no pudo controlarse mientras se contoneaba contra el musculoso muslo de la mujer, y apenas tardó un instante en que su propio orgasmo la arrollara; sintió una chispa de energía recorrerla mientras todos sus músculos se contraían a la vez y echaba la cabeza hacia atrás de placer.

—Uf... Necesitaba esto —jadeó Ivy.

—Ya veo —la mujer enarcó una ceja, como si estuviera sorprendida por la rapidez del orgasmo de Ivy.

Con las oleadas de placer aún recorriéndola, Ivy maniobró y se colocó entre las piernas de la otra mujer.

Se detuvo un instante para admirar el coño bien afeitado de la mujer y la humedad que le empapaba los dedos, la mano y la muñeca mientras se los introducía una vez más, moviéndolos hacia dentro y hacia fuera, doblándolos en el ángulo justo para hacerla gemir. Ivy se inclinó y pasó la lengua por el pliegue de la ingle de la mujer, hasta llegar a su clítoris, donde primero le dio un suave lengüetazo y luego otro con más insistencia, a medida que la máscara de dureza de la mujer se deshacía.

Cuando el cuerpo de la desconocida se tensó, señal de que su orgasmo no tardaría en llegar, Ivy mantuvo el ritmo tanto con la lengua como con los dedos hasta que la mujer gritó al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás contra la almohada, levantando las caderas hacia Ivy y facilitándole así saborear su dulce liberación.

Ivy no paró hasta que el cuerpo de la desconocida dejó de convulsionarse de éxtasis y se relajó por completo. Por fin, Ivy alzó la vista hacia la mujer y sonrió con apenas las comisuras de los labios, sabiendo que había tenido éxito en su intento de desabrochar a aquella bella desconocida. Se llevó los dedos a sus propios labios y probó el orgasmo de la mujer en ellos, recorriéndolos con la lengua antes de metérselos en la boca para succionarlos. Los mismos dedos que acababan de estar dentro de la otra mujer.

La mujer no le quitó los ojos de encima mientras lo hacía, con una expresión de curiosidad en el rostro.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —dijo ella. Ivy sonrió y enarcó las cejas en respuesta.

—Hay quien lo dice —contestó.

La mujer se giró para ponerse encima de Ivy, de repente llena de nuevo de la dominancia que claramente se le había escapado, inmovilizándola contra el colchón y besándola con más agresividad que hasta entonces.

Ivy disfrutó de la sensación de tenerla encima, de la forma en que su peso la presionaba, haciéndola sentir atrapada de la manera más deliciosa.

—¿Qué quieres? —le susurró al oído, e Ivy sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.

—Fóllame —dijo Ivy, tan atrevida como siempre, sin miedo a pedir directamente lo que quería.

No tuvo que pedírselo dos veces.

Sintió cómo el fuerte muslo de la mujer le abría las piernas de inmediato, presionando firmemente contra su clítoris. Sintió el instinto de restregarse de nuevo, pero esta vez quería más. Quería sentir a esa mujer dentro de ella, follándola.

Abrió más las piernas para darle un mejor acceso y, como si le estuviera leyendo la mente, la mano derecha de la mujer se colocó

de repente entre las piernas de Ivy mientras sus ojos oscuros la miraban directamente a los suyos.

La provocó durante unos segundos, como para empapar sus dedos en la humedad de Ivy, antes de penetrarla con firmeza y profundidad, e Ivy gimió con fuerza como respuesta.

—Joder, qué bien sientas —jadeó Ivy al notar la deliciosa sensación de unos dedos largos y fuertes abriéndola.

Había pasado demasiado tiempo. Demasiado.

Sintió que la mujer añadía otro dedo y empezaba a follársela con ellos.

Se perdió disfrutando de cada deliciosa embestida de los dedos en su interior.

—Más fuerte —gimió, desesperada por sentir más.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada decidida de la mujer que estaba sobre ella, que no respondió con palabras, pero desde luego sí lo hizo con la mano derecha.

Ivy sintió de pronto la potencia de sus embestidas cuando la mujer se recolocó ligeramente y luego la acometió con más fuerza. Más rápido. Y fue tan jodidamente maravilloso como Ivy había deseado que fuera.

Se oyó a sí misma gemir con desenfreno mientras entregaba su cuerpo a la pura sensación de ser follada por una bella y fuerte desconocida.

Sintió que iba alcanzando el crescendo y se permitió llegar hasta allí. Cada vez más cerca. Lo sintió crecer, hermoso e inmenso, su orgasmo formándose en su interior como si fuera un ser propio, y supo que cuando por fin lo liberara, la máxima sensación de placer inundaría cada una de las diminutas células de su cuerpo.

—Voy a… Estoy tan cerca… —Ivy apenas podía articular palabra, con el cuerpo moviéndose bajo la mujer con la fuerza de cada embestida.

—Córrete para mí —le gruñó la mujer al oído mientras continuaba con las implacables embestidas de sus dedos.

Y así, sin más, Ivy sintió cómo su orgasmo se liberaba, inundando de placer cada parte de ella.

Sintió su cuerpo vibrar con fuerza con las réplicas mientras la mujer ralentizaba el ritmo y finalmente se detenía, manteniendo los dedos quietos dentro de Ivy mientras ambas se calmaban. La mujer seguía tumbada sobre ella.

Ivy abrió los ojos y se encontró de nuevo con los complejos y reservados ojos oscuros de la mujer que tenía encima.

La mujer le sonrió a Ivy.

—Sí que es usted especial —dijo de nuevo antes de sacar lentamente los dedos de Ivy y apartarse de ella de un giro.



Ivy se despertó con la fría luz azulada del preamanecer filtrándose a través de las cortinas. Por un momento, se quedó completamente quieta, intentando orientarse. El sonido constante de una respiración a su lado le trajo de golpe los recuerdos de la noche: manos fuertes, susurros de ánimo y momentos de una ternura sorprendente en medio de la desesperación.

Giró la cabeza con cuidado sobre la almohada. La mujer yacía boca abajo, con el rostro medio hundido en la almohada y un brazo extendido por el espacio que las separaba, como si incluso en sueños tratara de alcanzar algo. Su pelo oscuro estaba alborotado, suavizando los rasgos afilados de su rostro. Dormida, parecía más joven; la tensión vigilante había desaparecido de sus facciones.

Ivy la estudió con una atención casi forense al detalle: la curva de sus omóplatos que se alzaba sobre la sábana blanca, los lunares dispersos que creaban constelaciones sobre su piel, las tenues marcas del bronceado que revelaban una vida pasada en parte bajo el sol. La cicatriz que había visto antes era solo una de las varias que marcaban el cuerpo de la mujer, y cada una contaba una historia que Ivy nunca conocería.

Era mejor así.

Aquella noche había sido exactamente lo que necesitaba: una escapada temporal, una conexión humana sin complicaciones ni expectativas. Al llegar la mañana, volverían a sus vidas separadas.

La suya, un torbellino de custodia protectora y declaraciones judiciales. La de la mujer… fuera cual fuese la vida que había creado esos ojos cautelosos y esa postura vigilante.

Ivy miró el reloj de la mesilla de noche: 4:17 de la madrugada. Hora de que su mujer misteriosa se marchara. La idea de despertarla, de las despedidas incómodas y la posibilidad de preguntas, hizo que a Ivy se le oprimiera el pecho con incomodidad. Mejor dejarla dormir. Mejor haberse ido antes de que esos ojos perspicaces se abrieran y vieran demasiado.

Sintió el suelo frío bajo los pies descalzos mientras se deslizaba fuera de la cama. Cogió ropa limpia de la maleta con silenciosa eficacia, con movimientos perfeccionados a lo largo de años de madrugones y marchas sigilosas.

En el cuarto de baño, se vistió rápidamente con un sencillo jersey negro de cuello alto y unos pantalones de pinzas, recogiéndose el pelo rubio miel en una coleta pulcra. Su reflejo en el espejo parecía diferente de algún modo: tenía las mejillas sonrojadas y los ojos más brillantes de lo que habían estado en días. Se inclinó más, buscando señales del miedo que la había llevado al bar la noche anterior.

Seguía allí, al acecho bajo la superficie, pero ahora estaba atenuado. Controlable.

Se aplicó un maquillaje mínimo, lo justo para borrar las sombras bajo sus ojos. El profesionalismo era su propia coraza, una que necesitaría hoy más que nunca.

Ivy regresó sigilosamente al dormitorio con movimientos cuidadosos y medidos. La mujer no se había movido, su respiración seguía siendo profunda y regular. Con la creciente luz del alba, Ivy pudo ver una cicatriz más considerable en su costado izquierdo: un círculo fruncido que solo podía ser una herida de bala. Al verla, sintió una oleada de preguntas que reprimió de inmediato.

Sin nombres, sin historias. Esos eran los términos que habían acordado.

Reunió sus efectos personales —el móvil, la cartera, la tarjeta de la habitación— y los guardó en un pequeño bolso cruzado de piel. Mientras lo hacía, su mirada se posó una vez más en el rostro dormido de la mujer. Sin la cautela de la vigilia, su expresión era

abierta, casi vulnerable. Esa imagen le produjo una inesperada opresión en el pecho.

Por impulso, se inclinó y presionó los labios suavemente contra la sien de la mujer. El leve aroma de su champú —algo herbal y limpio — se mezclaba con el olor más íntimo de la noche que habían compartido.

—Gracias —susurró Ivy, aunque sabía que no podía oírla.

Se irguió y se dirigió hacia la puerta, cada paso poniendo la distancia necesaria entre ellas. En el umbral, se detuvo para una última mirada. La escena se le grabó en la memoria: las sábanas blancas revueltas, la luz de la mañana cayendo oblicua sobre la cama, la mujer de pelo oscuro durmiendo como si no tuviera otro lugar en el que estar.

Por un instante breve e irracional, Ivy consideró quedarse: volver a meterse en aquella cama cálida, esperar a que esos ojos marrones se abrieran, proponerle desayunar, tal vez intercambiar nombres después de todo. La idea era tan tentadora que de hecho dio medio paso hacia la cama.

Pero la realidad volvió a imponerse con la vibración de su móvil en el bolsillo. El mundo exterior la esperaba, con todas sus complicaciones y peligros. Esta habitación, esta noche... habían sido un santuario temporal, nada más.

Ivy se dio la vuelta y se deslizó fuera de la habitación, cerrando la puerta en silencio tras de sí. El pasillo del hotel estaba desierto y la mullida moqueta amortiguaba sus pasos mientras caminaba hacia el ascensor. Pulsó el botón de llamada y esperó, con su reflejo fragmentado en las pulidas puertas de latón.

El ascensor llegó con un suave tintineo. Dentro, Ivy pulsó el botón del vestíbulo y luego se apoyó en la pared del fondo mientras las puertas se cerraban. Los músculos, que no había ejercitado así en meses, le dolían de una forma agradable. No se había dado cuenta de cuánta tensión había estado acumulando hasta que se liberó de ella temporalmente.

Mientras el ascensor descendía, Ivy se reajustó mentalmente, dejando atrás a la mujer que había buscado consuelo en los brazos de una desconocida para volver a ser la doctora Ivy Monroe,

contable forense y testigo clave contra una de las organizaciones criminales más peligrosas de Phoenix Ridge.

Para cuando las puertas se abrieron a la vasta extensión de mármol del vestíbulo, su espalda se había erguido y su expresión se había compuesto en una neutralidad profesional. Cruzó hasta el mostrador de recepción y gestionó la prolongación de su estancia en una habitación diferente. No había necesidad de volver a la de arriba; la mujer misteriosa podría despertarse cuando quisiera y encontrarse sola, exactamente como ambas habían previsto.

Solucionado ese asunto, Ivy se dirigió a la cafetería del hotel, situada frente al mar. Apenas acababan de abrir y el personal todavía estaba preparando el servicio de desayunos. Pidió un café para llevar y salió a la terraza.

El aire era fresco y olía a sal, y el cielo se aclaraba pasando del índigo al azul pálido. Ivy respiró hondo, llenándose los pulmones con la brisa pura del océano. En el horizonte asomaba el primer filo del sol, que teñía el agua de oro fundido.

Un nuevo día. Trajera lo que trajese, lo afrontaría con la mirada clara y la mente centrada.

Había hecho lo que necesitaba: encontrar un momento de evasión, una noche para despejarse antes de sumergirse en el caos que la esperaba. La mujer de arriba seguiría siendo un recuerdo agradable, nada más. Para mañana a estas horas, Ivy estaría instalada en el piso franco que le hubiera preparado el departamento de policía de Phoenix Ridge, rodeada de agentes cuyo trabajo era mantenerla con vida hasta que pudiera testificar.

Su móvil vibró: un mensaje de su contacto en la fiscalía para confirmarle la hora de recogida esa misma mañana.

La realidad, puntual como un reloj.

Ivy sorbió su café y observó las olas romper contra los acantilados. Seguían su ritmo incesante, un recordatorio de que algunas fuerzas, una vez puestas en marcha, no se pueden detener.

Ella había puesto en marcha su propia fuerza cuando decidió destapar los crímenes del Seraphim Syndicate. Ya no había vuelta atrás, por muy tentadoras que pudieran ser las distracciones.

La mujer sin nombre de la noche anterior se despertaría sola en la habitación 1247, sin encontrar más rastro de Ivy que unas sábanas revueltas y el persistente aroma de su perfume. Era mejor así. Para cuando se vistiera y se marchara, Ivy estaría en otra habitación, preparándose para los caóticos días que tenía por delante.

Ivy no miró atrás mientras caminaba por la terraza hacia el acceso privado a la playa. No lo necesitaba. Había conseguido exactamente lo que había venido a buscar: una noche de libertad antes de que los muros se cerraran a su alrededor.

Era suficiente. Tenía que serlo.

2

JULIA

Julia se despertó en silencio.

Por un momento, permaneció completamente inmóvil, evaluando su entorno sin abrir los ojos; una costumbre forjada durante años de entrenamiento militar y trabajo policial. Su propia cama. Su propio apartamento. El sutil aroma de su detergente en las sábanas.

Sola.

Abrió los ojos. La luz de la mañana se filtraba por las persianas que se había olvidado de cerrar, proyectando sombras alargadas por todo el dormitorio. El espacio a su lado estaba vacío, las sábanas frías al tacto. Ninguna hendidura en la almohada, ningún calor persistente. De no ser por el leve rastro de un perfume desconocido y el agradable dolor de sus músculos, podría haber creído que había soñado con la mujer del hotel.

El alivio se entrelazó con un inesperado hilo de decepción. Ganó el alivio.

Julia pasó las piernas por el lado de la cama y se puso de pie, haciendo girar los hombros para desentumecerlos. El reloj digital de su mesilla de noche marcaba las 7:42. Se había dormido más de lo habitual, una rareza que la dejó con una ligera sensación de

descoloque. Recordaba haberse despertado sola en el hotel y haber cogido un Uber a casa sobre las cinco de la mañana.

Fue descalza hasta el baño, evitando deliberadamente su reflejo hasta que se hubo echado agua fría en la cara tres veces.

Cuando finalmente levantó la vista, unos ojos familiares le devolvieron la mirada: castaños oscuros, alerta a pesar de lo temprano de la hora, con el mismo cariz vigilante de siempre. Tenía el pelo alborotado por el sueño y las líneas definidas de su corte *undercut* se habían suavizado. Se pasó los dedos por él, poniéndolo en orden con movimientos ensayados.

Mientras se lavaba los dientes, su mente repasó metódicamente la noche anterior. La mujer del hotel: pelo rubio miel, ojos inteligentes, un cuerpo hecho para el pecado y una sonrisa irónica que insinuaba secretos. Sin intercambiar nombres, por mutuo acuerdo. Una liberación bienvenida tras semanas de tensión.

Y ahora, la ruptura limpia que ella prefería. Perfecto.

Entonces, ¿por qué su apartamento parecía más vacío de lo normal?

Julia desechó la idea y se metió en la ducha, poniendo el agua casi hirviendo. Se quedó bajo el chorro, dejando que le cayera por los hombros y la espalda, arrastrando las sensaciones persistentes de unas manos desconocidas. Se rozó distraídamente la cicatriz de bala del costado, una vieja costumbre cuando analizaba un problema. Pero aquí no había ningún problema. Una noche. Sin complicaciones. Exactamente como estaba previsto.

Cerró el agua con un giro decidido y cogió una toalla.

Su rutina matutina se desarrolló con precisión militar. El café se preparó mientras se vestía con ropa de correr. Una taza, solo, de pie junto a la encimera de la cocina. Luego salió por la puerta dos horas más tarde de lo habitual, con los pies golpeando el asfalto con un ritmo constante mientras se dirigía al sendero costero que serpenteaba por los espectaculares acantilados de Phoenix Ridge.

El aire de la mañana temprano traía el sabor a sal y la promesa de otro día despejado. Julia forzó el ritmo, concentrándose en el ardor de sus pulmones en lugar de en las imágenes fragmentadas que no dejaban de aflorar: un cuello pálido arqueándose bajo sus

labios, unos dedos elegantes enredándose en su pelo, un «por favor» susurrado que casi la había desarmado.

Ocho kilómetros después, regresó a su apartamento, con el sudor enfriándosele sobre la piel con la brisa de la mañana. La histórica estación de bomberos reconvertida en apartamentos se alzaba sólida y tranquilizadora contra el cielo cada vez más claro, su ladrillo rojo cálido bajo la luz temprana. El piso de Julia ocupaba la segunda planta, con techos altos y ventanas que daban tanto a la calle como al callejón trasero; consideraciones tácticas que la habían convencido para quedarse con el piso incluso antes de que se enamorara de su encanto.

Se duchó de nuevo, esta vez de forma eficiente, y se puso la ropa de trabajo: pantalón oscuro, camisa blanca de botones, sobaquera con su Glock 19. El peso familiar del arma la tranquilizó. Se colgó la placa con su cadena al cuello y la metió bajo la camisa; una costumbre de sus días de agente encubierta que nunca había perdido.

En la cocina, preparó una segunda taza de café, esta para llevar en un termo. Su móvil vibró en la encimera mientras enroscaba la tapa.

Jefa de policía Diana Marten. Su jefa rara vez llamaba tan temprano a menos que hubiera surgido algo importante.

—Scott —respondió con voz cortante y profesional.

—Necesito que venga a mi despacho urgentemente —dijo la jefa Marten sin preámbulos—. Nueva misión. Prioridad uno.

El pulso de Julia se aceleró. Prioridad uno significaba servicio de protección, normalmente para un testigo de alto riesgo. Después de semanas moviendo papeles, la perspectiva de trabajo de campo le provocó un familiar subidón de adrenalina.

—¿Detalles? —preguntó, catalogando ya mentalmente lo que necesitaría.

—Cuando llegue aquí —el tono de la jefa no admitía réplica—. ¿Y, Julia? Este caso es delicado. Solo para el personal del departamento.

La comunicación se cortó antes de que Julia pudiera responder. Se guardó el teléfono en el bolsillo, con la mente ya cambiando de chip, categorizando y preparándose. Un dispositivo de protección

con problemas de seguridad adicionales significaba un testigo en grave peligro. Alguien con información lo bastante valiosa como para convertirlo en un objetivo.

Se terminó el café de tres largos tragos, casi sin notar el calor. Era hora de irse.

Julia cogió la americana y las llaves con movimientos rápidos y eficientes. En la puerta, se detuvo para una última comprobación de seguridad, una costumbre tan arraigada como respirar. Puertas cerradas con llave, ventanas aseguradas, persianas ajustadas para impedir que nadie viera el interior, pero que a la vez le permitieran a ella detectar cualquier movimiento fuera.

Al girarse para marcharse, su mirada se posó en la única fotografía que había en la mesa de la entrada: ella, como agente novata, de pie junto a su madre con su uniforme de teniente. Tres generaciones de mujeres de la familia Scott habían llevado la placa del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. El rostro de su abuela la miraba desde un viejo recorte de periódico enmarcado en la pared: la primera mujer detective de la historia del departamento.

El legado era un peso que Julia sobrellevaba sin queja. La excelencia no era una aspiración; era una exigencia.

Se enderezó de hombros y salió, echando los tres cerrojos a su espalda. El recuerdo de una piel suave y susurros urgentes ya se estaba desvaneciendo, reemplazado por la lúcida concentración del deber profesional. Para cuando llegó a su sedán camuflado del departamento, la mujer del hotel ya había sido cuidadosamente compartimentada y archivada junto con otras experiencias agradables, pero en última instancia, irrelevantes.

La detective Julia Scott tenía trabajo que hacer. Y fuera cual fuese esta nueva misión, la abordaría con la misma precisión y disciplina que aplicaba a todo lo demás en su vida.

El tráfico matutino de Phoenix Ridge se abría a su paso a regañadientes mientras se dirigía al centro, con la radio de la policía como un murmullo bajo y constante de fondo. La ciudad despertaba a su alrededor, con sus ritmos y patrones tan familiares como los latidos de su propio corazón. Julia conducía de forma automática,

con la mente ya en la comisaría, preparándose para lo que fuera que la esperase allí.

Estaba lista. Siempre estaba lista.

El Departamento de Policía de Phoenix Ridge se alzaba ante ella, con su fachada de piedra caliza reluciendo bajo el sol de la mañana. Modernas ampliaciones de cristal envolvían la estructura histórica; una metáfora perfecta del propio departamento, pensó Julia. Cimientos tradicionales que sustentaban métodos progresistas.

Fichó en la entrada de seguridad y saludó con un gesto de cabeza al agente Washington, que estaba en el mostrador. Al novato se le iluminaron los ojos cuando Julia pasó por su lado.

—¡Detective Scott! ¿Se ha enterado de la redada de anoche en Cedar Street? El equipo de la teniente Cooper desmanteló toda una red de distribución.

—Me alegro por ellas —dijo Julia, sin detenerse—. La energía entusiasta de los agentes novatos solía agotarla. Ahora le resultaba casi entrañable, como ver a unos cachorros aprender a andar.

La sala de inspectores bullía de actividad: teléfonos sonando, teclados repiqueteando y alguna que otra carcajada que se elevaba por encima del bullicio. A diferencia de las comisarías dominadas por hombres que había visitado en otras ciudades, la división de detectives de Phoenix Ridge reflejaba la composición exclusivamente femenina del departamento.

—¡Scott! —La detective Morgan Rivers la interceptó junto a la cafetera, con una taza en la mano que llevaba el lema «Probablemente NO sea admisible en un juicio»—. Pensaba que seguías de servicio administrativo esta semana.

—Me ha llamado la jefa. —Julia se sirvió una taza de la jarra etiquetada «Mezcla de la División de Pruebas - TÓCALO Y MUERE». A pesar de la advertencia, era de dominio público que las técnicas de pruebas preparaban el mejor café de la comisaría.

Morgan enarcó una ceja. —¿Te ha llamado la dragona en persona? Debe de ser algo gordo.

—Ya veremos. —Julia mantuvo un tono de voz neutro, aunque Morgan no se equivocaba. La jefa Diana Marten no hacía llamadas personales para encargos rutinarios.

Morgan la estudió un momento, con la cabeza ladeada. —¿Tienes un aspecto diferente hoy? ¿Has mojado o algo?

Julia bebió un sorbo deliberado de café, dejando que el calor amargo reprimiera su instinto de reaccionar. —O algo.

Morgan sonrió. —Ya era hora. Te estabas volviendo…

—Tengo una reunión —la interrumpió Julia, dirigiéndose ya hacia el despacho de la jefa, al otro extremo de la sala.

—¡Luego me das detalles! —le gritó Morgan a su espalda.

Julia no se dignó a responder. Morgan era lo más parecido a una amiga que tenía en el departamento, pero había límites. Lo de anoche estaba claramente al otro lado de esos límites.

El despacho de la jefa Marten se distinguía del caos de la sala de operaciones, un cubo de cristal con una lámina de privacidad que podía activarse con solo pulsar un botón. En ese momento transparente, Julia podía ver a la jefa dentro, con el teléfono pegado a la oreja y la mano libre moviéndose con gestos secos y enfáticos. Diana Marten resultaba una figura imponente incluso sentada tras su escritorio: alta, con el pelo oscuro y corto plateado en las sienes, facciones afiladas y la intensidad concentrada de un halcón acechando a su presa.

Cuando Julia se acercó, la jefa alzó la vista y le hizo un gesto con dos dedos para que entrara, sin dejar de hablar por teléfono. —Comprendo su preocupación, concejala, pero mi departamento funciona con independencia de las presiones políticas. Cuando tenga algo que comunicar, será la primera en saberlo.

Colgó sin esperar respuesta y centró su atención en Julia. —Cierre la puerta y active la pantalla de privacidad.

Julia obedeció. Las paredes de cristal se esmerilaron, aislándolas de las miradas curiosas de la sala de operaciones. Cuando se giró, la jefa la estudiaba con los ojos entrecerrados.

—¿Me ha solicitado, jefa? —Julia permaneció de pie, con las manos entrelazadas a la espalda, una postura de atención que le habían inculcado en la academia.

—Siéntese, Scott. —Diana le indicó la silla que había frente a su escritorio—. Tengo un encargo de protección para usted. Una testigo de alto riesgo en un caso en curso.

Julia se sentó, manteniendo la espalda recta y la expresión neutra. —Sí, señora.

La jefa dio unos golpecitos sobre una carpeta que había en su escritorio. —¿Qué sabe del Sindicato Serafín?

El nombre le provocó a Julia una sacudida de reconocimiento. Todos los agentes de Phoenix Ridge conocían el sindicato: una organización en la sombra que se había infiltrado en las infraestructuras de la ciudad durante la última década. Fraude inmobiliario, blanqueo de capitales, corrupción política. Operaban con casi total impunidad, protegidos por su red de influencias y la dificultad de rastrear sus actividades.

—Una importante organización criminal —respondió Julia, catalogando mentalmente lo que sabía—. Dirigida por Vincent Knox, aunque mantiene una imagen pública legítima. Especializada en delitos financieros, sobre todo en fraudes de promoción inmobiliaria. Múltiples investigaciones no han logrado reunir pruebas suficientes para su procesamiento.

Diana asintió, sin sorprenderse por el exhaustivo conocimiento de Julia. —Hasta ahora. —Deslizó la carpeta por el escritorio—. Tenemos una informante. Una contable forense que ha descubierto pruebas que vinculan a Knox directamente con múltiples promociones fraudulentas y sobornos a funcionarios municipales. Ayer se lo entregó todo a la fiscalía.

Julia abrió la carpeta y examinó la primera página. —¿Qué credibilidad tiene?

—Incontestable. Es especialista en análisis financiero forense con fama de ser meticulosa en su trabajo. Doctorados en Matemáticas y en Análisis Financiero Forense. Ya colaboró con el FBI en casos de fraude de alto nivel.

—Doctora Ivy Monroe —leyó en voz alta.

—Ha recibido amenazas —continuó Diana—. Asaltaron su oficina hace dos días. El mensaje que le dejaron fue lo bastante claro como para asustarla y que pidiera protección. Teniendo en cuenta lo que sabe y contra quién va a declarar, esas amenazas deben tomarse muy en serio.

Julia pasó la página para revisar la evaluación de la amenaza. —¿Sicarios del sindicato?

—Probablemente. Knox no tolera la traición y considera cualquier oposición a él como una afrenta personal. El testimonio de Monroe podría derribar toda su organización. Ya la hemos trasladado a un piso franco temporal en el centro, pero necesitamos un dispositivo más seguro.

Julia asintió, procesando la información con una precisión metódica. —¿Por qué yo en concreto, jefa?

Diana se recostó en la silla, juntando las yemas de los dedos. —Su historial en protección de testigos es impecable. Ninguna baja bajo su supervisión. Además, necesito a alguien a quien no se pueda comprar ni intimidar.

La implicación tácita quedó suspendida en el aire entre ellas. Los tentáculos del sindicato llegaban lejos, posiblemente incluso al propio departamento. Julia sintió cómo una fría y familiar determinación se instalaba en su pecho.

—No sabe en quién puede confiar —dijo ella, simplemente.

—Confío en usted, Scott. —La mirada de la jefa era inquebrantable—. Su abuela me salvó la carrera cuando era una novata. Su madre me formó. Y la he observado lo suficiente como para saber que está hecha de la misma pasta.

Viniendo de la jefa Diana Marten, aquello era un gran halago. Julia inclinó ligeramente la cabeza, reconociendo tanto el cumplido como la responsabilidad que conllevaba.

—¿Cuál es el plan?

—Evaluación inicial en el piso franco del centro. La detective Rivers está con ella. Usted asumirá la responsabilidad principal de su protección, con Rivers como apoyo. Una vez que haya evaluado la situación, la trasladaremos a un lugar más seguro. —La expresión de Diana se endureció—. Este caso está compartimentado. La información me llega únicamente a mí. Si alguien más pregunta, está usted de baja administrativa tras la revisión de aquel tiroteo.

Julia asimiló las órdenes mientras ajustaba mentalmente sus planes.

—¿Plazos para la declaración?

—La fiscalía está montando el caso ahora mismo. El gran jurado se reunirá en unas tres semanas, si todo va bien. —Diana tamborileó con un dedo sobre el escritorio—. Manténgala con vida, Scott. No es solo nuestra mejor oportunidad para acabar con Knox; es la única que tenemos.

—Entendido, jefa.

—Una cosa más. —El tono de la jefa se suavizó ligeramente—. La doctora Monroe tiene un carácter… fuerte. No está acostumbrada a seguir órdenes ni restricciones. Llévela con tiento. Necesitamos su cooperación.

Julia se permitió una sonrisa pequeña y tensa.

—Sé lidiar con testigos difíciles.

—Estoy segura de que sí. —Diana se levantó, señalando el fin de la reunión—. Contacte con Rivers en el piso franco. La dirección está en el expediente. ¿Y, Scott?

Julia se detuvo en la puerta, con el expediente bajo el brazo.

—¿Sí, jefa?

—Cúbrase las espaldas. Knox tiene ojos en todas partes.

Con un asentimiento, Julia salió del despacho y la pantalla de privacidad se desactivó tras ella. El bullicio de la sala de detectives la envolvió de nuevo, pero apenas se percató. Su mente ya iba tres pasos por delante, trazando protocolos de seguridad y planes de contingencia.

Julia necesitaba un lugar tranquilo para revisar el expediente a fondo antes de conocer a la testigo. Se desvió de la salida y se dirigió a las salas de reuniones del fondo de la división de detectives. Necesitaba saberlo todo sobre la doctora Monroe y el caso antes de establecer contacto.

Mientras caminaba, sintió cómo el peso de la responsabilidad se posaba sobre sus hombros. Le sentaba bien, le resultaba familiar y la centraba. Estaba hecha para eso: para interponerse entre el peligro y quienes necesitaban protección.

Miró el expediente que llevaba en la mano. Los dispositivos de protección requerían una concentración absoluta y, si algo era Julia Scott, era una persona concentrada.

Fuesen cuales fuesen las complicaciones que el «carácter fuerte» de la doctora Monroe pudiese presentar, Julia las resolvería. Siempre lo hacía.

Julia ocupó una sala de reuniones vacía al fondo de la división de detectives y cerró la puerta. El pequeño espacio era funcional: paredes blancas, una mesa larga y sillas que priorizaban la función sobre la comodidad. Perfecto para concentrarse. Desplegó el contenido del expediente de Ivy Monroe sobre la mesa, colocándolo en hileras metódicas.

Doctora Ivy Monroe, cuarenta y cinco años.

Primero, las credenciales profesionales: doctorado en Matemáticas por el MIT a los veinticuatro. MBA por Stanford. Segundo doctorado en Análisis Forense Financiero por Berkeley. Autora de publicaciones sobre técnicas modernas de blanqueo de capitales. Profesora invitada en la Universidad de Phoenix Ridge.

—Una fuera de serie —murmuró Julia, impresionada a su pesar.

A continuación, el resumen del caso: Monroe había estado revisando el potencial de inversión de Harbor Heights Development cuando descubrió irregularidades financieras. En lugar de limitarse a informar de sus hallazgos a su cliente, había indagado más a fondo, hasta descubrir una compleja red de empresas fantasma, permisos falsificados y sobornos disfrazados de honorarios de consultoría. Todos los caminos conducían a Vincent Knox y al Sindicato Seraphim.

Julia estudió los diagramas financieros que Monroe había creado. Eran elegantes en su complejidad: flechas multicolores que conectaban entidades, anotadas con fechas e importes de las transacciones. Incluso con sus limitados conocimientos financieros, Julia supo apreciar la minuciosidad. No se trataba de una simple denuncia, sino del metódico y meticuloso desmantelamiento de una organización criminal.

Pasó a la evaluación de amenazas. Allanamiento de su oficina hacía dos días. Mensaje dejado: una pluma blanca y una nota que decía: «Sigue cavando y acabarás enterrada». Tácticas de intimidación clásicas del sindicato. Los sicarios de Knox tenían fama

de proferir amenazas teatrales seguidas de acciones brutales si no se hacía caso al mensaje.

Julia apretó la mandíbula. Ya había visto las secuelas de esas «acciones» antes.

Se abrió la puerta y levantó la vista, alerta al instante. La detective Morgan Rivers apareció en el umbral, con dos tazas de café en la mano.

—He pensado que te vendría bien otro café —dijo Morgan, dejando una de las tazas junto al codo de Julia—. La jefa me ha puesto al día. Soy tu apoyo en este caso.

—¿Qué puedes contarme de ella? —preguntó Julia, recogiendo los documentos y devolviéndolos al expediente.

Morgan se dejó caer en una silla frente a ella.

—Aún no la conozco, pero he revisado su informe de antecedentes. Un currículum impresionante. Sin antecedentes penales, ni siquiera una multa de aparcamiento. Vive sola, apenas tiene vida social en la ciudad a pesar de llevar aquí tres años. —Tamborileó con un dedo en su propia taza—. Parece una adicta al trabajo.

—Se necesita una para reconocer a otra —dijo Julia, con el fantasma de una sonrisa surcándole el rostro.

Morgan resopló. —Habla por ti. Yo tengo aficiones.

—Hacer pasteles para el departamento por el estrés no cuenta como afición.

—Lo dice la mujer cuyo piso parece que está deshabitado. —Morgan se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Escucha, hay algo más que deberías saber. Corre la voz por el departamento de que Knox tiene un topo. No hay nada confirmado, pero…

—El jefe mencionó esa posibilidad —la interrumpió Julia—. Por eso esto está compartimentado. Tú, yo y ella. Nadie más.

Morgan asintió, aliviada. —¿Entonces, cuál es el plan?

—Pasaré el resto del día revisando el expediente y preparando un dispositivo de seguridad. Tú harás el primer turno con ella esta noche en el piso franco del centro. Te relevaré mañana por la mañana y luego la trasladaremos a un lugar más seguro. —Julia miró su reloj—. ¿El jefe ha dicho que ya la han trasladado del hotel?

—Sí. Una patrulla la ha recogido hace una hora: Rodriguez y Navarro. Deberían estar instalándola ahora mismo. —Morgan se levantó, estirándose—. Iré para allá sobre las seis, para que se ponga cómoda.

—Actúa con cautela —dijo Julia—. Ni llamadas con los teléfonos del departamento, ni protocolos estándar. Da por hecho que todo está comprometido.

—No es la primera vez que hago esto, Scott. —Morgan se dirigió a la puerta y luego se detuvo—. Ah, ¿y Julia? Intenta dormir algo esta noche. Tienes pinta de necesitarlo.

Después de que Morgan se fuera, Julia volvió al expediente, perdiéndose en los detalles de la operación de Knox vistos a través del experto análisis de Ivy Monroe. Las horas pasaron volando, marcadas únicamente por las idas a la cafetera y el gradual desplazamiento de la luz del sol sobre la mesa de la sala de conferencias.

Al anochecer, se había memorizado cada prueba, cada conexión que Monroe había descubierto. También había conseguido un piso franco extraoficial: una cabaña en las montañas propiedad de su antiguo oficial de instrucción, ahora jubilado en Arizona. Sin rastro digital, sin conexión con el departamento. Si había una filtración, no llegaría hasta allí.

Julia finalmente salió de la comisaría bien entrada la noche, con el peso de la responsabilidad asentado cómodamente sobre sus hombros. Mañana conocería a la doctora Monroe y comenzaría el proceso de mantenerla con vida hasta que pudiera testificar. Esta noche, se prepararía.

De vuelta en su piso, Julia preparó metódicamente las mochilas de emergencia, revisó las armas y perfiló los planes de contingencia. Cuando por fin se metió en la cama cerca de la medianoche, su sueño fue profundo pero alerta; un descanso de soldado, lista para despertarse a la más mínima alteración.



La mañana llegó demasiado rápido. Julia se levantó a las cinco, se duchó y se vistió con enérgica eficiencia. A las seis, ya estaba de camino al piso franco, tras haber seguido una ruta cuidadosa para asegurarse de que no la seguían.

El piso franco estaba ubicado en un edificio de uso mixto en el distrito universitario: apartamentos sobre tiendas de lujo. Discreto, con múltiples puntos de entrada y salida. Bueno para el corto plazo, pero Julia ya estaba planeando el traslado a un lugar más seguro. Un lugar totalmente ajeno a los registros del departamento.

Aparcó a dos manzanas y se acercó a pie, inspeccionando los tejados y las ventanas por costumbre. La calle estaba concurrida por gente que iba a trabajar y estudiantes que se dirigían a sus primeras clases. Una buena tapadera, pero también demasiadas variables que controlar. Necesitaban un lugar más aislado.

El portal del edificio requería una llave electrónica para entrar. Julia usó la que Morgan le había dejado en la comisaría y subió por las escaleras en lugar de coger el ascensor, otra costumbre arraigada. Se fijó en las cámaras de seguridad, las salidas de emergencia y las posibles vulnerabilidades. La evaluación fue automática, tan natural como respirar.

El apartamento 3C estaba al final de un largo pasillo. Julia se detuvo en la puerta, escuchando. Ni un sonido del interior. Llamó dos veces, hizo una pausa y luego tres; la contraseña que Morgan habría establecido para identificarse.

La puerta se abrió y apareció Morgan, con aspecto cansado pero alerta. Detrás de ella, Julia vislumbró un piso franco estándar del departamento: muebles funcionales, persianas bajadas, maletines de equipo apilados contra una pared.

—¿Algún problema? —preguntó Julia en voz baja mientras entraba.

Morgan negó con la cabeza. —Noche tranquila. Ahora mismo está revisando las notas de su caso. —Bajó la voz—. Pero te aviso: no está nada contenta con estar encerrada. Ya ha preguntado dos veces cuándo podrá volver a su despacho.

—Eso no va a pasar —declaró Julia rotundamente, mirando hacia el pequeño comedor donde una mujer estaba sentada de espaldas a

ellas, con los papeles extendidos sobre la mesa en un patrón que parecía caótico, pero que probablemente estaba meticulosamente organizado.

—Doctora Monroe —la llamó Morgan—. Ha llegado su nueva escolta. Es la detective Julia Scott.

La mujer se giró y el tiempo pareció vacilar. Pelo rubio miel recogido en una coleta alta y pulcra. Unos ojos agudos e inteligentes que Julia había visto entornados por el placer hacía poco más de veinticuatro horas. La misma boca que había jadeado y gemido contra su cuello ahora se contraía en una fina y profesional línea.

El reconocimiento cruzó el rostro de la mujer como un relámpago: conmoción, bochorno, un destello de algo más, demasiado complejo para ponerle nombre. Todo contenido en el lapso de un latido, antes de que su expresión se suavizara hasta volverse de una fría neutralidad.

Julia sintió que su propio rostro se paralizaba, mientras su entrenamiento se activaba para mantener la compostura, incluso mientras su mente se aceleraba para reconciliar a la profesional serena que tenía delante con la apasionada desconocida del Hotel Oceana. El recuerdo de la piel de aquella desconocida chocó violentamente con la realidad de la doctora Ivy Monroe, testigo clave y objetivo de protección.

Era imposible, pero el universo le había gastado la broma más cruel. Su rollo de una noche —la mujer sin nombre que se había escabullido antes del amanecer— era ahora la persona que debía proteger. La mujer a la que le habían asignado proteger con su vida.

Toda una vida de disciplina mantuvo la expresión de Julia neutral y su voz firme cuando respondió:

—Doctora Monroe. Me haré cargo de su protección como agente principal.

Las palabras surgieron por algún tipo de piloto automático mientras su cerebro procesaba las implicaciones. Cada caricia, cada susurro de ánimo, cada momento íntimo, todo con una testigo que ahora estaba bajo su protección. Una infracción fundamental del protocolo, aunque ninguna de las dos podría haberlo sabido.

La doctora Monroe —Ivy— se recuperó primero.

—Inspectora Scott —dijo con voz cortante—. Estaba revisando las pruebas que presentaré ante el gran jurado.

Su tono no delataba nada, pero sus nudillos se pusieron blancos allí donde se aferraban al borde de la mesa.

Morgan, ajena a la tensión palpable entre ellas, señaló hacia la cocina.

—El café está recién hecho. Te pongo al día del dispositivo antes de irme.

Julia asintió mecánicamente, aún luchando por reconciliar a la mujer que tenía delante con la que la había dejado en la cama hacía un día.

Siguió a Morgan a la cocina, agradecida por el momento para recomponerse. Mientras Morgan le explicaba en voz baja los protocolos del piso franco, Julia se obligó a concentrarse, compartimentando con eficiencia experta. La complicación personal era irrelevante. La misión —mantener viva a la doctora Ivy Monroe— era lo único que importaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Morgan de repente—. Pareces rara.

—Estoy bien —replicó Julia, demasiado deprisa—. Solo pensaba en las opciones de seguridad.

Morgan la estudió un momento y luego se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. —Miró su reloj—. Debería irme. Llámame cuando estéis listas para trasladarla. Lo coordinaré con el jefe. —Bajó aún más la voz—. Y, Julia, vigílala de cerca. Ahora parece dispuesta a cooperar, pero me da la sensación de que no está acostumbrada a seguir las órdenes de nadie.

Si Morgan supiera.

Joder.

Más fuerte.

Las palabras de la mujer de la otra noche resonaron en su mente.

Julia esperó a que la puerta se cerrara tras su compañera antes de volverse para encarar a la doctora Monroe. La mujer se había levantado de la mesa y ahora estaba de pie con los brazos cruzados, con una expresión que era una compleja mezcla de vergüenza y desafío.

El silencio se alargó entre ellas, tenso e incómodo. Hacía dos días, eran dos desconocidas que solo compartían una noche de pasión. Hoy, su vida estaba, literalmente, en manos de Julia.

Finalmente, Julia habló, con voz controlada y profesional.

—Tenemos que hablar.

Ivy Monroe —genial contable forense, testigo clave contra el Sindicato Seraphim y la mujer con la que Julia había disfrutado del sexo más que de ninguna otra cosa en mucho tiempo— levantó ligeramente la barbilla.

—Sí —convino ella, con la voz igual de contenida—. Creo que sí.

El espacio entre ellas pareció contraerse, el piso franco se volvió de repente demasiado pequeño para contener la magnitud de su incomodidad compartida. Julia permaneció junto a la encimera de la cocina, manteniendo la distancia física mientras su mente repasaba a toda velocidad los protocolos para situaciones como esta.

Excepto que no había protocolos para esto. Nada en su entrenamiento la había preparado para el momento en que el deber profesional colisionara con una historia íntima.

Ivy rompió el silencio primero.

—Creo que estamos de acuerdo en que esto es… —pareció buscar la palabra adecuada— inesperado.

—Es una forma de verlo. —Julia mantuvo su voz neutra mientras sus pensamientos se arremolinaban. Cada momento de aquella noche en el Hotel Oceana se repetía en su mente con un nuevo contexto: la insistencia de la mujer en el anonimato, sus ganas de irse antes del amanecer, su comentario sobre tener una «semana peligrosa». Todo cobraba perfecto sentido ahora.

Ivy se cruzó de brazos con más fuerza, con los nudillos blancos contra los bíceps. —¿Supongo que solicitará que la reasignen.

La afirmación, tan directa, devolvió a Julia a la realidad de golpe. —No —dijo con firmeza—. Eso levantaría preguntas que ninguna de las dos quiere responder.

—¿Así que simplemente… fingimos que nunca ha pasado? —Ivy enarcó una ceja, un gesto que Julia recordaba de su primer encuentro en el bar del hotel.

—Profesionalmente hablando, sí. —Julia se acercó a las ventanas, comprobando las persianas mientras hablaba, una medida de seguridad necesaria que además le daba algo que hacer con las manos—. Lo que ocurrió antes de que supiera que era usted una testigo es irrelevante para mi deber ahora.

—Irrelevante —repitió Ivy, con voz plana.

Julia se giró para mirarla. Ivy permanecía completamente quieta, la tensión emanaba de su postura contenida. Incluso despeinada por una noche en un piso franco, vestida con lo que parecía un chándal prestado del PRPD, mantenía un porte digno: la barbilla alta, los hombros echados hacia atrás, la mirada directa. El mismo desafío silencioso que a Julia le había parecido tan cautivador en el hotel suponía ahora un desafío completamente distinto.

—Mi trabajo es mantenerla con vida hasta que pueda testificar —dijo Julia, recurriendo a la profesionalidad impecable que tan bien le había servido en innumerables situaciones difíciles—. Todo lo demás es una distracción que no podemos permitirnos.

—Eso es muy… compartimentado por su parte. —Un atisbo de sarcasmo tiñó el tono de Ivy.

—Es necesario. —Julia se movió para comprobar otra ventana, manteniendo la farsa de una inspección de seguridad—. Vincent Knox la quiere muerta. Su gente tiene recursos, contactos y fama de encontrar a sus objetivos. Las complicaciones personales no la mantendrán a salvo.

—¿Y usted sí? —La pregunta tenía un matiz cortante que no había estado ahí antes.

Julia le sostuvo la mirada. —Sí.

Algo cambió en la expresión de Ivy, una vulnerabilidad fugaz que enmascaró rápidamente. Se apartó, volviendo a la mesa del comedor donde sus papeles yacían esparcidos. —Debería saber que he recibido otra amenaza.

Julia se puso rígida. —¿Cuándo?

—Ayer. —Los dedos de Ivy recorrieron el borde de un documento —. Un correo electrónico a mi cuenta de trabajo segura. Solo un puñado de personas tiene esa dirección.

—¿Qué decía?

—«Los ángeles caen desde grandes alturas». —Ivy levantó la vista, con expresión sombría—. Venía de una dirección falsificada, pero el significado estaba bastante claro.

Julia procesó la información, añadiéndola mentalmente a la evaluación de la amenaza. —Al Sindicato Serafín le gustan las referencias bíblicas. Knox se considera a sí mismo una especie de ángel vengador.

—Soy consciente. —Ivy señaló sus papeles—. He rastreado la estructura de su organización. La modela según las jerarquías angélicas: llama a sus lugartenientes «arcángeles», a sus sicarios «potestades». Sería de risa si no fuera tan peligroso.

Julia se acercó a la mesa, el interés profesional superando momentáneamente la incomodidad entre ellas. Los papeles revelaban intrincados organigramas, flujos financieros y mapas de conexiones, todo meticulosamente anotado con una letra pequeña y precisa.

—Es un trabajo impresionante —dijo, sinceramente.

—Es a lo que me dedico. —El tono de Ivy se suavizó ligeramente.

Mientras hablaba, sus manos se movían sobre los papeles, recolocándolos con movimientos rápidos y decididos. La mente analítica detrás del trabajo era evidente: metódica, exhaustiva, implacable en su búsqueda de conexiones. Julia se sintió momentáneamente fascinada por esta visión de Ivy en su elemento profesional.

—Tenemos que trasladarla. Esta ubicación no es lo bastante segura, sobre todo si hay una filtración en el departamento —dijo Julia, reconduciendo sus pensamientos.

Ivy levantó la vista bruscamente. —¿Sospecha que alguien del departamento de policía trabaja con Knox?

—Es una posibilidad que no podemos ignorar. —Julia mantuvo la voz firme—. Knox ha corrompido a funcionarios antes. Operamos bajo la suposición de que los pisos francos convencionales podrían estar comprometidos.

—Entonces, ¿dónde…?

—Cuanto menos sepa sobre eso ahora mismo, mejor. —Julia la interrumpió—. Haga la maleta con lo que necesite. Nos vamos en

treinta minutos.

La expresión de Ivy se endureció. —No respondo bien a las órdenes, detective.

—Y yo no negocio los protocolos de seguridad, doctora Monroe.

El tratamiento formal añadía otra capa de distancia entre ellas, un recordatorio de sus actuales roles en lugar de su historia compartida. Ivy le sostuvo la mirada durante un largo instante y después asintió una vez, un reconocimiento a regañadientes.

—Treinta minutos —aceptó.

Julia la observó recoger sus papeles con movimientos rápidos y eficientes para luego desaparecer en el dormitorio. Cuando la puerta se cerró tras ella, Julia soltó el aire que no era consciente de estar conteniendo.

Se acercó a la ventana y se posicionó para vigilar la calle de abajo con la espalda pegada a la pared; el procedimiento estándar, aunque ahora le pareció algo mecánico. Su mente no dejaba de dar vueltas a la imposible coincidencia que había puesto a Ivy Monroe en su camino dos veces en otros tantos días, en circunstancias tan sumamente diferentes.

La parte profesional de su cerebro ya estaba trazando las complicaciones que esto creaba. El historial personal podía nublar el juicio y crear puntos ciegos. En circunstancias normales, habría solicitado que la reasignaran de inmediato.

Pero estas no eran circunstancias normales. Una filtración en el departamento significaba reducir al mínimo el número de personas que supieran de la protección de Ivy. Solicitar un cambio de asignación requeriría una explicación, lo que llevaría a preguntas que ninguna de las dos podía permitirse.

Además de eso, había algo más: una terca certeza de que seguía siendo la mejor agente para esta misión, a pesar de las complicaciones personales. Ya había mantenido a testigos con vida en condiciones imposibles antes. Podía volver a hacerlo, sin importar que supiera exactamente cómo se sentía la piel de Ivy bajo las yemas de sus dedos, cómo se le entrecortaba la respiración cuando…

Julia cortó el pensamiento en seco. La compartimentación le había sido muy útil a lo largo de su carrera. Esta situación no sería diferente.

Su móvil vibró con un mensaje de Morgan: *Perímetro despejado. Coche listo en el garaje subterráneo.*

Julia le respondió con un breve acuse de recibo y luego se dirigió a la pequeña cocina para preparar dos tazas de café para llevar. Las rutinas sencillas la ayudaban a serenarse y le daban algo que hacer con las manos mientras su mente diseñaba la estrategia.

La puerta del dormitorio se abrió e Ivy salió con una pequeña bolsa de lona y el maletín de su portátil. Se había puesto unos vaqueros oscuros y un jersey de cuello alto negro, y llevaba el pelo todavía recogido en aquella pulcra coleta. Profesional, contenida, sin delatar ni un ápice a la mujer que le había hecho una proposición tan audaz a Julia en el bar del hotel.

—¿Lista? —preguntó Julia, ofreciéndole una de las tazas.

Ivy la aceptó con un asentimiento, con cuidado de evitar cualquier contacto cuando sus manos se acercaron. —¿Adónde vamos?

—A un lugar seguro. —Julia recogió sus propias cosas—. Cogeremos el montacargas hasta el garaje. La detective Rivers ha despejado la ruta y preparado un vehículo.

—¿Y estamos seguras de que se puede confiar en ella? —La pregunta fue directa.

Julia la miró con dureza. —Por supuesto. Morgan es una de las pocas personas en las que confío sin reservas.

Algo parpadeó en el rostro de Ivy, quizá el reconocimiento de la declaración implícita de que el círculo de confianza de Julia era muy reducido.

—Sígame —continuó Julia, comprobando su arma una última vez antes de guardarla en la pistolera—. No se separe de mí, haga exactamente lo que le diga. Si pasa algo, su único trabajo es seguir con vida. Déjeme el resto a mí.

Ivy se irguió, un gesto que de alguna manera lograba transmitir tanto aceptación como desafío. —No estoy indefensa, detective. Llevo mucho tiempo cuidando de mí misma.

—Soy consciente. —El recuerdo de la confianza en sí misma de Ivy en el bar del hotel pasó fugazmente por la mente de Julia—. Pero supongo que nunca ha tenido a profesionales intentando matarla.

—Siempre hay una primera vez para todo —replicó Ivy con sequedad.

El comentario quedó suspendido entre ellas, cargado de un doble sentido no intencionado. Julia decidió ignorarlo y centrarse en la tarea inmediata.

—Vamos. —Se dirigió a la puerta, miró por la mirilla antes de quitar los cerrojos.

El pasillo estaba despejado. Julia la guio hasta el montacargas del fondo, colocándose ligeramente por delante de Ivy, con una mano cerca de su arma enfundada. Cada movimiento estaba calculado, cada sentido agudizado.

Las puertas del ascensor se abrieron para revelar una cabina vacía. Julia entró primero, inspeccionando las esquinas antes de indicarle a Ivy que entrara. Mientras las puertas se cerraban, se fijó en que Ivy se colocaba automáticamente en la esquina con las mejores líneas de visión, un pequeño pero revelador indicio de que se estaba tomando la situación en serio.

—El garaje conecta con un callejón de servicio —explicó Julia mientras bajaban—. La detective Rivers ha conseguido un vehículo allí. Una vez estemos en marcha, tomaremos una ruta indirecta hasta la nueva ubicación.

Ivy asintió, abrazando la taza de café con ambas manos. —¿Cuánto durará esto?

—El gran jurado está previsto para dentro de tres semanas.

—No me refería a eso. —Los ojos de Ivy se encontraron con los suyos en los espejos del ascensor—. ¿Cuánto tiempo tendré que estar mirando por encima del hombro? Después de testificar, después de que Knox sea imputado..., ¿esto acaba alguna vez?

La pregunta revelaba una vulnerabilidad que Ivy había mantenido cuidadosamente oculta hasta entonces. Julia sopesó su respuesta con cuidado, contraponiendo la sinceridad con la necesidad de tranquilizarla.

—La amenaza disminuye considerablemente una vez que Knox esté bajo custodia —dijo finalmente—. Pero la gente como él tiene mucha memoria y sus tentáculos son muy largos.

—O sea, que es un no.

—Es un «diferente» —aclaró Julia—. Ahora mismo, usted es una amenaza inmediata para su libertad y su organización. Más tarde, será una de las muchas testigos que ayudaron a encerrarlo. La situación cambia.

El ascensor aminoró la marcha al llegar al nivel del garaje. Julia cambió de posición, colocándose entre Ivy y las puertas que se abrían.

—Quédese detrás de mí —murmuró mientras el ascensor emitía un timbre.

Las puertas se abrieron y revelaron el aparcamiento en penumbra. Julia lo inspeccionó metódicamente: las columnas de soporte, los vehículos aparcados, las sombras donde alguien podría ocultarse. Nada parecía fuera de lugar, pero el cosquilleo en la nuca —un instinto perfeccionado a lo largo de años de entrenamiento— le dijo que permaneciera alerta.

Morgan esperaba junto a una berlina de color azul oscuro, con una postura relajada pero sin dejar de mover los ojos. Se enderezó cuando se acercaron.

—Todo despejado —informó—. El coche está limpio, la ruta trazada.

Julia asintió. —Nosotras nos encargamos desde aquí. Llama cuando puedas, pero sigue los protocolos.

—Hecho. —La mirada de Morgan se desvió hacia Ivy—. Doctora Monroe, buena suerte. Recuerde lo que hablamos.

Ivy asintió, con el fantasma de una sonrisa en los labios. —Intentaré ser paciente.

—El día que eso ocurra… —murmuró Morgan, lanzándole a Julia una mirada de compasión mientras le entregaba las llaves.

Mientras Morgan se marchaba, Julia abrió la puerta del copiloto para Ivy, inspeccionando el garaje una vez más antes de rodear el vehículo hacia el lado del conductor. La rutina le resultaba tan

familiar que era casi reconfortante. Se acomodó al volante, arrancó el motor y condujo el coche con suavidad hacia la salida.

A su lado, Ivy estaba sentada con rigidez, con la atención fija en el espejo retrovisor lateral. —¿Que alguien nos siga es el procedimiento habitual o un motivo de alarma?

La mirada de Julia se desvió hacia el espejo retrovisor. Un todoterreno negro había salido dos coches por detrás de ellas y mantenía el ritmo. —Depende del vehículo.

—Un todoterreno negro, con las lunas tintadas. Estaba aparcado tres plazas más allá de donde entramos en el garaje.

Las manos de Julia se aferraron al volante. La observación de Ivy era precisa, exactamente lo que alguien en su posición debería notar. El hecho de que lo hubiera visto antes de que la propia Julia se percatara de ello era tan impresionante como preocupante.

—Podría no ser nada —dijo Julia, manteniendo la calma en la voz mientras giraba—. O podría ser algo. Lo averiguaremos.

Tomó deliberadamente el primer desvío a la derecha, y luego otro, observando cómo el todoterreno seguía el mismo patrón. La adrenalina comenzó a vibrar por sus venas, la familiar mezcla de concentración y preparación que precedía a la acción.

—Nos está siguiendo, ¿verdad? —preguntó Ivy en voz baja.

Julia asintió una vez, calculando ya rutas y contramedidas. —Eso parece.

—¿Cuál es el plan?

—Primero, confirmaremos que no es una coincidencia. —Julia hizo otro giro, este inesperado y en contra del flujo del tráfico. El todoterreno dudó y luego la siguió—. Y ahora lo sabemos.

Giró bruscamente a la izquierda, acelerando con suavidad. —Llame a la detective Rivers —le indicó, entregándole su móvil a Ivy —. Dígale que nos siguen, un todoterreno negro, sin matrícula visible. Nos dirigimos al este por Granada.

Mientras Ivy hacía la llamada, Julia se concentró en poner distancia entre ellas y su perseguidor sin que fuera obvio. Una persecución en coche en pleno tráfico matutino pondría en peligro a los transeúntes y atraería una atención que no podían permitirse.

—Morgan va a mandar refuerzos —informó Ivy al colgar la llamada. Su voz era sorprendentemente firme—. Dice que nos dirijamos hacia el centro si es posible.

Julia asintió, impresionada por la serenidad de Ivy a pesar de las circunstancias. Para ser alguien sin experiencia de campo, estaba manejando la situación con una calma sorprendente.

El todoterreno había acortado la distancia entre ellas; ahora estaba solo un coche por detrás. Julia podía ver la silueta del conductor —un hombre de hombros anchos—, pero el lado del copiloto quedaba oculto por la ventanilla tintada.

—Cuando gire en el próximo semáforo, agáchese en el asiento —le indicó Julia—. Permanezca agachada hasta que le diga lo contrario.

—Ya saben que soy yo —señaló Ivy—. ¿De qué servirá esconderme?

—Limita sus oportunidades de tiro.

Ivy obedeció sin más discusión y se deslizó hacia abajo hasta que solo se le veía la coronilla.

El semáforo de delante se puso en ámbar. Julia aceleró para pasarlo y luego giró bruscamente a la derecha, cerrándole el paso a un camión de reparto. Por el retrovisor, vio que el todoterreno intentaba seguirlas, pero el camión le bloqueaba el paso. Una ventaja momentánea, pero no suficiente.

—Sabían dónde encontrarnos —dijo Julia, mientras su mente sopesaba las implicaciones a toda velocidad al tiempo que maniobraba entre el tráfico—. La ubicación de ese piso franco era información clasificada del departamento.

—Su teoría de la filtración acaba de cobrar más fuerza —respondió Ivy, todavía encogida en su asiento.

—Sí. —Julia tomó otro desvío, trazando una ruta impredecible mientras se abrían paso hacia el centro, donde esperaban los refuerzos—. Lo que significa que no podemos fiarnos de nadie hasta que sepamos de quién se trata.

—¿Excepto de Morgan?

Julia apenas dudó. —Excepto de Morgan.

El todoterreno reapareció en su retrovisor; de algún modo había atravesado varias calles laterales para interceptar su trayectoria. Quienquiera que condujera conocía bien la ciudad; posiblemente era un agente de policía local o un exmilitar con entrenamiento táctico.

—Han vuelto —observó Ivy, tras haberse girado para mirar por el retrovisor a pesar de su posición.

—Los veo. —La voz de Julia se mantuvo impasible—. Estamos a tres minutos de los refuerzos, si podemos mantener esta distancia.

El todoterreno aceleró de repente, reduciendo la distancia entre ellos con una velocidad alarmante. Julia dio un volantazo para evitar el impacto cuando les golpeó el parachoques trasero, haciendo que su coche derrapara por el carril. Corrigió la trayectoria con suavidad; sus músculos actuaban por puro entrenamiento e instinto.

—Agárrese —advirtió, y luego giró rápidamente para meterse en una estrecha calle de sentido único, en dirección contraria. Sonaron las bocinas mientras los coches que venían de frente se desviaban para evitarlas. El todoterreno intentó seguirlas, pero no pudo maniobrar con la misma eficacia por el angosto espacio.

Julia aprovechó la ventaja para atravesar un aparcamiento y salir a una calle paralela. Por un momento, el todoterreno desapareció de sus retrovisores.

—¿Los hemos perdido? —preguntó Ivy, con la serenidad finalmente resquebrajada.

—Temporalmente. —Julia no redujo la velocidad—. No se incorpore.

La radio cobró vida con un crujido mientras se acercaban a la comisaría del centro. La voz de Morgan sonó, tensa pero controlada: —Scott, tenemos unidades en la entrada sur. Métala por el acceso subterráneo.

—Recibido —confirmó Julia, ajustando ya su ruta.

La comisaría apareció delante, una visión bienvenida. Julia tomó la entrada de servicio que conducía al garaje subterráneo seguro, y solo redujo la velocidad lo suficiente para usar su tarjeta en la barrera. Mientras bajaban por la rampa, por fin se permitió soltar el aire.

—Ya estamos a salvo —le dijo a Ivy—. Ya puede incorporarse.

Ivy se enderezó, con los movimientos agarrotados por haber estado encogida. Tenía el rostro pálido pero sereno, y los ojos alerta, evaluando la situación mientras aparcaban en una plaza cerca del ascensor.

—No nos seguían al azar —dijo cuando Julia apagó el motor.

—No, desde luego que no. —Julia se giró para mirarla directamente—. Alguien sabía exactamente dónde encontrarla y cuándo nos moveríamos. Alguien con información interna.

Las implicaciones flotaron entre ellas, una amenaza que se extendía más allá de los matones callejeros hasta las mismas personas que debían proporcionar protección.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó Ivy, con la voz firme a pesar de las circunstancias.

Julia le sostuvo la mirada. —Ahora cambiamos el plan por completo. Nada de pisos francos del departamento ni canales oficiales. Solo usted y yo, fuera del radar.

—Usted y yo —repitió Ivy, en una frase cargada de un significado que ninguna de las dos podía abordar por completo en ese momento.

—Sí. —El tono de Julia era firme; había tomado una decisión—. Lo que sea que pasara entre nosotras antes no cambia el hecho de que mi trabajo consiste en mantenerla con vida. Y ahora mismo, soy la única en la que puede confiar para ello.

Ivy la estudió durante un largo instante, mientras una expresión indescifrable le cruzaba la mirada. Finalmente, asintió.

—De acuerdo, inspectora Scott —dijo con voz deliberadamente formal—. Guíeme.

Aquella distancia en su tono era necesaria, se dijo Julia. Profesional. Adecuada. Era exactamente lo que la situación exigía.

Entonces, ¿por qué sentía que era otra barrera que superar, otra complicación en una misión que ya estaba llena de ellas?

Julia desechó el pensamiento. Mantener a Ivy Monroe con vida era ahora su única prioridad, independientemente de su historia compartida, independientemente de la confusión que se le revolvía en el pecho cada vez que aquellos inteligentes ojos verdes se encontraban con los suyos.

Tenía un trabajo que hacer. Todo lo demás era irrelevante. Tenía que serlo.

3

IVY

Ivy salió del ascensor y entró en el aparcamiento subterráneo de la comisaría. La jefa Diana Marten las esperaba junto a una berlina de aspecto anónimo, su alta figura proyectando autoridad a pesar de su atuendo informal.

—Doctora Monroe, soy la jefa Marten —dijo Marten con un seco asentimiento de cabeza—. Ojalá nos conociéramos en mejores circunstancias.

—Lo mismo digo —replicó Ivy, irguiendo los hombros. Después de pasarse la vida controlando cada variable, odiaba sentirse como una pieza de ajedrez movida por el tablero.

—La detective Rivers me ha puesto al corriente —continuó Marten—. La persecución confirma lo que sospechábamos: tenemos un topo.

—Lo que significa que todos los recursos del departamento están comprometidos —añadió Julia, todavía situada ligeramente por delante de Ivy, con el cuerpo en ángulo para vigilar tanto a la jefa como el entorno.

La expresión de Marten se endureció. —He dispuesto que un transporte de señuelo salga en treinta minutos. Protocolo estándar, equipo completo, con destino a un piso franco en el distrito de

Sequoia. Eso debería darles tiempo para desaparecer como es debido.

—¿Y mi equipo? —preguntó Ivy—. ¿Mis archivos? No puedo dejarlo todo atrás sin más.

—Morgan recuperará lo esencial de su trastero —dijo Julia—. Lo ha mencionado usted durante el trayecto.

Ivy se mordió la lengua para no contestar. Sí, había compartido esa información durante su frenética huida: la ubicación de su trastero de seguridad, registrado a nombre de una sociedad fantasma. Otra capa de protección de la que ahora la despojaban.

—Jefa —dijo Ivy, dirigiéndose directamente a Marten—, entiendo los problemas de seguridad, pero necesito mantener cierto control sobre esta situación.

—Doctora Monroe —la interrumpió Marten, con un tono autoritario, pero no hostil—, el control es un lujo que ahora mismo no puede permitirse. Vincent Knox tiene recursos, contactos y una vendetta personal contra cualquiera que amenace su organización.

—Tres semanas aislada con la detective Scott no son una «incomodidad» —espetó Ivy antes de poder contenerse—. Es… —Se interrumpió, consciente de cómo podría sonar su objeción.

La jefa enarcó una ceja mínimamente. —¿Hay algún motivo concreto por el que se oponga a la protección de la detective Scott? Es la mejor que tenemos.

Ivy sintió que le subía el calor a las mejillas mientras Julia permanecía exasperantemente en silencio a su lado. —Ningún motivo concreto. Simplemente prefiero encargarme de las cosas de forma independiente.

—Que es exactamente con lo que cuenta Knox —dijo Julia por fin, con voz mesurada—. Los objetivos aislados son más fáciles de eliminar.

Aquella brusca valoración le provocó un escalofrío a Ivy. No era ingenua; sabía perfectamente de lo que era capaz Knox. Eso era lo que hacía que su testimonio fuera tan peligroso.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Ivy, cediendo sin reconocerlo directamente.

—Ahora —respondió Marten—. Este vehículo ha sido asegurado por la detective Scott personalmente. No lleva distintivos y no está registrado a nombre del departamento.

Julia asintió, con la mano cerca de la funda de su pistola. —Necesitaremos provisiones.

—Ya están cargadas en el maletero —dijo Marten—. Víveres básicos, equipo de emergencia, un pequeño arsenal.

—¿Arsenal? —repitió Ivy.

—Protocolo estándar para la protección de testigos de alto riesgo —explicó Julia sin mirarla—. Nos preparamos para cualquier contingencia.

Contingencias. Un término tan clínico para un enfrentamiento armado con los sicarios de Knox.

Marten le entregó a Julia un pequeño paquete. —Teléfonos de prepago. Fuera de la red. Dentro están los protocolos de comunicación. —Se giró hacia Ivy—. Doctora Monroe, su testimonio podría desmantelar una de las organizaciones criminales más sofisticadas que ha visto esta ciudad. No podemos permitirnos perderla.

La declaración era puramente profesional: Ivy era un activo, una testigo, un medio para un fin. Sin embargo, conllevaba un peso que se le asentó incómodamente en el pecho.

—Deberíamos movernos —dijo Julia, mirando su reloj—. La ventana de oportunidad se está cerrando.

La jefa Marten asintió. —Buena suerte. No den señales de vida hasta que lleguen al destino. —Le tendió la mano a Ivy—. Gracias por su valentía, doctora Monroe.

Ivy le estrechó la mano automáticamente. —Solo seguí el rastro del dinero, jefa. Los patrones estaban ahí para que cualquiera los viera.

—Pero fue usted quien los vio —replicó Marten—. Y eso lo cambia todo.

Aquel reconocimiento inesperado pilló a Ivy desprevenida. Julia ya estaba abriendo la puerta del copiloto, su postura transmitía urgencia sin necesidad de palabras.

Ivy se deslizó en el asiento y observó a través de la ventanilla cómo la jefa Marten hablaba brevemente con Julia, ambas con semblante grave. Un instante después, Julia estaba al volante, guiándolas hacia la salida.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Ivy mientras salían a la luz del atardecer.

Julia mantenía la vista fija en la carretera, observando constantemente a su alrededor. —Me ha recordado que este caso es más grande que cualquiera de nosotras.

Esa sencilla afirmación contenía un trasfondo que Ivy no lograba descifrar del todo.

—Necesito saber cuál es el plan —dijo Ivy, llevando deliberadamente la conversación a un terreno más seguro.

Julia conducía por calles secundarias, su forma de conducir parecía aleatoria, pero tenía un propósito. —Una cabaña en la montaña a unas dos horas al norte. Aislada, defendible y fuera de cualquier registro de propiedad vinculado al departamento o a mí.

—¿Y estaremos allí hasta el gran jurado?

—Ese es el plazo actual. Tres semanas, quizá más dependiendo de la agenda del tribunal.

Tres semanas. Ivy se recostó en el asiento, viendo cómo la ciudad se iba dispersando a medida que se dirigían al norte. Tres semanas a solas con la mujer con la que había pasado una noche de erotismo desenfrenado.

Desde luego, el universo tenía un sentido del humor perverso.

—Está enfadada —observó Julia, rompiendo el silencio.

—¿Usted no lo estaría? —replicó Ivy—. Mi vida se ha reducido a huir y esconderme. Me persiguen criminales, me ha traicionado el sistema que se supone que debe protegerme y ahora me enfrento al aislamiento con… —Se interrumpió bruscamente.

—Conmigo —terminó Julia por ella—. La complicación que nunca anticipó.

—No me gusta sentirme impotente —admitió Ivy; las palabras se le escaparon antes de poder contenerlas.

Algo en la expresión de Julia se suavizó ligeramente. —Lo entiendo mejor de lo que podría pensar.

Esa sencilla afirmación creó un puente momentáneo sobre el abismo que las separaba. Ivy estudió el perfil de Julia: la mandíbula afilada, los ojos concentrados, los movimientos controlados que delataban años de entrenamiento.

—Tenemos que hacer una parada —dijo Julia, poniendo el intermitente para salir de la autovía—. Es un lugar lo bastante apartado para ser seguro, pero necesito hablar con Morgan sobre la recuperación de su equipo.

Ivy asintió, observando cómo la expansión urbana daba paso a casas diseminadas y, después, a extensiones de terreno sin urbanizar. La carretera empezó a ascender, serpenteando por las estribaciones.

Al coronar una colina, de repente, Julia se tensó y toda su actitud cambió a un estado de alerta máxima. Su mano se posó sobre el arma mientras oteaba por el retrovisor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ivy, percibiendo el cambio al instante.

—Un todoterreno negro, a unos tres kilómetros —respondió Julia con voz tensa—. Acaba de aparecer al doblar la curva.

—Podría ser una coincidencia —sugirió Ivy, aunque el nudo que se le formaba en el estómago sugería lo contrario.

—Podría ser —convino Julia, sin sonar muy convencida—. Pero, por mi experiencia, las coincidencias acaban costando vidas.

Aceleró ligeramente y tomó la siguiente curva con precisión. La carretera que se extendía ante ellas serpenteaba por un bosque cada vez más denso, que ofrecía tanto cobertura como visibilidad limitada.

—Todavía estamos al menos a una hora de la cabaña —dijo Julia, comprobando constantemente los retrovisores—. Si nos están siguiendo, tenemos que despistarlos antes de acercarnos siquiera a nuestro destino.

Ivy se giró para mirar hacia atrás, con la adrenalina recorriéndole el cuerpo. —Ahora no los veo.

—Se mantienen a distancia. Táctica profesional: mantener el contacto visual sin alertar al objetivo. —La voz de Julia había adquirido un tono desapegado, más de análisis que de reacción.

Ivy se dio cuenta con una claridad sorprendente: esta era Julia en su elemento. La mujer cautelosa y controlada del hotel había sido auténtica, pero incompleta.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Ivy, esforzándose por mantener la voz firme.

Julia comprobó su arma con una sola mano, manteniendo la otra firme en el volante. —Vamos a averiguar si de verdad nos están siguiendo. Y si es así —se encontró brevemente con la mirada de Ivy, con un gesto resuelto—, nos aseguraremos de que no nos sigan hasta la cabaña.

La amenaza implícita debería haberla asustado. En cambio, Ivy se sintió extrañamente tranquila. Fuesen cuales fuesen las complicaciones personales que existían entre ellas, una cosa estaba cada vez más clara: la detective Julia Scott era muy, pero que muy, buena en su trabajo.

Y en ese momento, ese trabajo consistía en mantener a Ivy con vida.

El todoterreno las siguió durante casi cinco kilómetros, manteniendo una distancia constante demasiado precisa para ser una coincidencia. Ivy lo observaba por el retrovisor lateral, con el corazón martilleándole en las costillas. Incluso con sus limitados conocimientos de táctica, podía reconocer la naturaleza deliberada de su persecución.

—Ni siquiera intentan ocultarlo —dijo, con la voz firme a pesar de la adrenalina que le corría por las venas.

La mandíbula de Julia se tensó de forma casi imperceptible. —No. Quieren que sepamos que nos siguen. —Giró bruscamente a la derecha por una carretera más estrecha. Los neumáticos del sedán levantaron gravilla—. Es una táctica psicológica. Crear incertidumbre, forzar errores.

—¿Y funciona?

Un atisbo de sonrisa se dibujó en los labios de Julia. —Hoy no.

Julia conducía con una precisión concentrada, tomando carreteras rurales que serpenteaban a través de un bosque cada vez más denso. Las montañas se alzaban a su alrededor, con laderas cubiertas de pinos que recortaban líneas irregulares contra el cielo

que oscurecía. Ivy nunca se había aventurado tan lejos en la zona agreste del norte de Phoenix Ridge, a pesar de llevar tres años viviendo en la ciudad. Su mundo se había limitado a los edificios de oficinas del centro, a su apartamento con vistas al puerto y a algún que otro restaurante de lujo. Aquel paisaje salvaje bien podría haber sido otro país.

Sin previo aviso, Julia se desvió hacia lo que parecía una pista forestal, apenas lo bastante ancha para su vehículo. Las ramas arañaban las ventanillas mientras se adentraban en el bosque.

—Agárrese —advirtió Julia, acelerando donde Ivy habría esperado que redujera la velocidad.

El sedán botaba sobre los surcos y las raíces expuestas, y cada impacto sacudía el cuerpo de Ivy. Se aferró a la manija de la puerta, con los nudillos blancos, mientras Julia sorteaba el traicionero camino con una confianza inesperada.

—¿Adónde vamos…?

—A conseguir una ventaja —la interrumpió Julia, con la atención fija en la escabrosa pista que tenía delante—. El todoterreno es demasiado ancho para este sendero. Tendrán que encontrar otra ruta o seguirnos a pie.

Ivy se giró para mirar hacia atrás, pero solo pudo ver destellos entre los árboles. —No los veo.

—Acabarán por alcanzarnos. Esto solo nos compra tiempo. —Julia tomó una curva y, de repente, apagó el motor—. Fuera. Rápido.

Antes de que Ivy pudiera procesar la orden, Julia ya estaba saliendo del vehículo, arma en mano. Ivy forcejeó con el cinturón de seguridad, y la gravedad de la situación finalmente penetró su distanciamiento analítico. No se trataba de un ejercicio teórico. Alguien las estaba cazando activamente.

El aire del bosque la golpeó al salir: frío, con olor a pino y henchido del anochecer que se acercaba. Julia ya estaba sacando algo del maletero: una mochila, que se echó a un hombro antes de agarrar a Ivy del brazo.

—Tenemos que movernos —dijo en voz baja—. Siga mis pasos al milímetro. No toque nada que no sea imprescindible.

—¿Va a dejar el coche? —preguntó Ivy, sorprendida.

—Está comprometido. Podrían haberle colocado un rastreador mientras estábamos en la comisaría. —Julia empezó a subir por un sendero apenas visible, moviéndose en silencio a pesar de la alfombra de agujas de pino y ramitas caídas—. Morgan lo recogerá más tarde.

Ivy la siguió, esforzándose por igualar el avance sigiloso de Julia. Cada ramita que crujía bajo sus pies parecía una baliza que anunciaba su ubicación. Estaba acostumbrada a moverse por laberintos financieros, no por bosques de verdad.

—¿Cuánto falta? —susurró tras varios minutos de ascenso.

—Lo bastante lejos para establecer distancia, lo bastante cerca para observar. —Julia no aminoró el paso—. Hay una cresta más adelante con visibilidad de la carretera.

Continuaron en silencio, y el esfuerzo físico entró en calor a Ivy a pesar del aire cada vez más frío de la tarde. Sus botas de ciudad eran totalmente inadecuadas para el senderismo; las suelas lisas resbalaban en las zonas de musgo y tierra suelta. Julia parecía anticiparlo, y de vez en cuando le tendía una mano en los tramos especialmente traicioneros, sin comentarios ni condescendencia.

Aquellos simples puntos de contacto —los dedos aferrando la muñeca, la palma contra la palma— transmitían una tensión inoportuna. Breves, necesarios y, sin embargo, cada roce evocaba ecos de la noche que pasaron juntas.

Ivy apartó esos pensamientos, centrándose en su respiración cada vez más dificultosa. No estaba en mala forma, pero sus baños habituales en el puerto no la habían preparado para escalar la ladera de una montaña al atardecer.

Llegaron a un saliente rocoso justo cuando la última luz directa del sol se desvanecía del cielo. Julia le hizo un gesto a Ivy para que se agachara mientras se acercaban al borde, que ofrecía una vista despejada de la sinuosa carretera de abajo y del sedán abandonado.

—Ahora esperamos —murmuró Julia, acomodándose en una postura que parecía informal pero que le proporcionaba un campo de visión óptimo—. Y a ver quién aparece.

Ivy se dejó caer a su lado, agradecida por la oportunidad de recuperar el aliento. —¿Cómo sabe que encontrarán el coche?

—Porque son profesionales —Julia sacó unos pequeños prismáticos del bolsillo de su chaqueta—. Y porque quieren que sepamos que nos están buscando.

—Se trata de intimidación, ¿verdad? Knox quiere que tenga miedo de testificar.

Julia asintió con la cabeza, escudriñando la carretera de abajo. —El miedo es un poderoso elemento disuasorio. A menudo más eficaz que la violencia real.

—No va a funcionar —dijo Ivy, y sus palabras surgieron con una convicción inesperada—. No me asusto fácilmente.

Julia bajó los prismáticos, estudiando a Ivy con una expresión que no supo descifrar. —Empiezo a darme cuenta.

Algo en su tono reconfortó a Ivy a pesar de que el aire se enfriaba. Se abrazó a sí misma, de repente consciente de lo poco preparada que estaba para pasar una noche en las montañas. Su americana ligera podía ser apropiada para oficinas climatizadas, pero ofrecía poca protección contra los elementos.

Julia se dio cuenta. Sin decir nada, se quitó la chaqueta y se la entregó a Ivy, quedándose en una camiseta táctica negra de manga larga.

—Estoy bien —protestó Ivy automáticamente.

—Está temblando —replicó Julia—. Y la hipotermia no nos ayudará a ninguna de las dos. —Como Ivy dudaba, añadió—: No es una cortesía, es una decisión táctica.

Ese planteamiento facilitó la aceptación. Ivy se puso la chaqueta, sintiéndose inmediatamente envuelta por el calor corporal residual y un tenue aroma a sándalo. Se dijo a sí misma que el consuelo que sentía era puramente físico.

—Ahí —susurró Julia de repente, levantando de nuevo los prismáticos—. Acceso por el suroeste.

Ivy entrecerró los ojos. Al principio no vio más que sombras que se hacían más profundas. Entonces, un movimiento captó su atención: dos figuras emergieron de la linde del bosque, acercándose al sedán abandonado con las armas desenfundadas.

—¿La gente de Knox? —preguntó, con una voz apenas audible.

Julia asintió, con todo el cuerpo tenso en una alerta controlada. —A juzgar por sus patrones de movimiento, exmilitares o de fuerzas del orden especializadas. No son los típicos matones del sindicato.

La precisión de su evaluación le recordó a Ivy que Julia estaba en su elemento. La mujer disciplinada e hipervigilante que tenía a su lado era tan profesional en su campo como Ivy en el análisis forense financiero.

Observaron cómo las dos figuras examinaban metódicamente el vehículo; una rodeaba el perímetro mientras la otra revisaba el interior. Incluso desde esa distancia, su eficacia era evidente. Tenían práctica, eran minuciosos y peligrosos.

—Están buscando sangre —explicó Julia en voz baja—. Comprobando si resultamos heridas o si nos mataron antes de abandonar el vehículo.

—¿Qué pasará cuando se den cuenta de que no fue así?

—Ampliarán la búsqueda, empezando por las rutas de escape más lógicas. —Julia no dejaba de mover los ojos, vigilando constantemente su entorno incluso mientras observaba la escena de abajo—. Razón por la cual tomamos la menos lógica.

Un entendimiento silencioso se estableció entre ellas; Julia las había guiado deliberadamente en una dirección que sus perseguidores no considerarían de inmediato, ganando un tiempo precioso.

Una de las figuras de abajo habló por lo que parecía ser una radio. La otra señaló hacia el bosque, al otro lado de la carretera.

—Están pidiendo refuerzos —dijo Julia—. Y han identificado nuestra ruta de escape más probable… si nos hubiéramos comportado de forma predecible.

—Pero no lo hicimos.

—No. —La boca de Julia se curvó en algo que casi parecía una sonrisa—. No lo hicimos.

Las figuras se retiraron entre los árboles, moviéndose en dirección opuesta a la posición real de Julia e Ivy. Solo cuando desaparecieron por completo, Julia se relajó ligeramente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ivy.

—Ahora esperamos hasta que anochezca por completo, y luego continuamos hacia la cabaña. —Julia se recostó contra la pared de roca—. Son otros cinco kilómetros, pero nos acercaremos desde un ángulo inesperado.

—¿A pie? ¿A oscuras?

—A menos que prefiera llamar a un taxi.

La seca respuesta le arrancó una risa suave a Ivy. —Creo que me las apañaré.

Julia asintió. Por un breve instante, Ivy entrevió a la mujer del hotel: reflexiva, casi tierna bajo su apariencia serena. Luego, la máscara profesional volvió a su sitio.

—Descanse mientras pueda —le aconsejó Julia—. Va a ser una noche larga.

Ivy se reclinó contra la fría piedra, dolorosamente consciente de tener a Julia a su lado; tan cerca que sus hombros casi se rozaban, pero separadas por unos límites profesionales que ninguna de las dos podía permitirse volver a cruzar.



El bosque se fue sumiendo en el crepúsculo que las envolvía, vivo con sonidos sutiles. En algún punto de la lejanía, una lechuza lanzó una llamada solitaria e inquietante que capturaba a la perfección la sensación de aislamiento de Ivy.

Estaba completamente fuera de su elemento allí, dependía de Julia de una forma que la incomodaba. Sin embargo, bajo su resistencia, emergió una verdad a regañadientes: si tenía que poner su vida en manos de otra persona, pocas opciones habría mejores que la detective Julia Scott.

Permanecieron en la cresta hasta que la oscuridad fue total y el bosque a su alrededor se transformó en un paisaje de sombras y sonidos. Ivy tenía las piernas agarrotadas de mantener la postura; su cuerpo le recordaba que pasaba los días detrás de un escritorio, no agazapada en la ladera de una montaña.

—Ya es hora —dijo Julia finalmente, irguiéndose con una gracia fluida que Ivy no pudo evitar envidiar—. Han trasladado la búsqueda a la ladera este. Daremos un rodeo por el norte.

Ivy se levantó, reprimiendo una mueca de dolor ante la protesta de sus músculos. —Guíeme.

El bosque las engulló en la oscuridad mientras se movían en silencio a través de la maleza. La noche había caído por completo, y el cielo cubierto de nubes no ofrecía ni la luz de la luna ni la de las estrellas para guiarlas. Ivy seguía la silueta de Julia, una forma ligeramente más oscura contra la negrura circundante. Hacía tiempo que había dejado de preguntarse cómo se orientaba la detective con tanta confianza; otra habilidad que Ivy no había previsto cuando invitó a una desconocida a su habitación de hotel dos noches atrás.

—Cuidado por dónde pisa —susurró Julia, tendiéndole una mano para ayudarla a cruzar un arroyo poco profundo. El agua gorgoteaba suavemente bajo sus pies, enmascarando el sonido de su paso.

Los dedos de Ivy se aferraron a los de Julia por necesidad, no por preferencia. O al menos eso se dijo a sí misma mientras el breve contacto le enviaba un inoportuno escalofrío por el brazo. El agotamiento y el miedo la estaban haciendo vulnerable a sensaciones que no podía permitirse.

—¿Cuánto falta? —preguntó cuando llegaron a la otra orilla.

—Menos de un kilómetro y medio. —Julia se detuvo, con la cabeza ladeada, escuchando algo que Ivy no podía detectar—. Vamos a buen ritmo.

A buen ritmo. Como si estuvieran en una excursión de fin de semana en lugar de huyendo de asesinos profesionales. Ivy reprimió una risa ligeramente histérica. Tres días antes, su mayor preocupación había sido preparar su presentación para el gran jurado. Ahora, caminaba a duras penas por un bosque de montaña con ropa de ciudad, con su vida confiada a una mujer a la que había conocido sexualmente, pero no personalmente.

—¿No nos encontrarán? —Odió el temblor en su voz, la delatora debilidad.

—Esta noche no. —La confianza de Julia era inquebrantable.

Reanudaron la marcha, y el ritmo de sus movimientos se le fue metiendo a Ivy en los huesos. El esfuerzo físico la mantenía caliente a pesar del descenso de la temperatura, aunque tenía los pies entumecidos por culpa de su calzado inadecuado.

La realidad de su situación se cristalizaba con cada paso: Vincent Knox la quería muerta, en el departamento de policía había al menos un traidor, y su vida, cuidadosamente construida, se había reducido a lo que podía llevar encima y lo que Julia pudiera proteger.

Independencia, control, autosuficiencia —los pilares sobre los que había edificado su existencia— le habían sido arrebatados en el lapso de setenta y dos horas.

—Pare. —La orden de Julia fue tan repentina que Ivy casi chocó con ella—. Escuche.

Ivy contuvo el aliento, aguzando el oído para captar lo que fuera que había alertado a Julia. Al principio, no hubo nada más que el susurro del viento entre las agujas de los pinos. Entonces lo percibió: un sonido mecánico distante, rítmico y cada vez más fuerte.

—Un helicóptero —murmuró Julia—. Ni la policía ni los noticieros seguirían esta ruta de vuelo por la noche.

—¿Knox? —preguntó Ivy, aunque ya sabía la respuesta.

Julia asintió una vez, con la mandíbula tensa. —Necesitamos cobertura. Ahora.

Giraron bruscamente a la izquierda, adentrándose en un pinar milenario. El dosel de las copas se espesó sobre sus cabezas, proporcionando un escudo natural contra la observación aérea. Julia se movía con renovada urgencia, guiándolas a través de las secciones más densas del bosque con una precisión infalible.

El tableteo del helicóptero se intensificó y los focos de búsqueda rasgaban la oscuridad entre los árboles describiendo amplios arcos a cierta distancia a su derecha. El corazón de Ivy le martilleaba en el pecho y su respiración salía en jadeos cortos y controlados mientras luchaba por seguirle el ritmo a Julia.

La cabaña apareció ante ellas tan de repente que pareció materializarse de la propia oscuridad, una sombra sólida contra el telón de fondo del bosque. Baja, rústica, con un tejado de metal y

ventanas pequeñas, parecía haber brotado de la ladera de la montaña en lugar de haber sido construida sobre ella.

Julia se acercó con cautela, haciéndole una señal a Ivy para que se quedara en el linde del bosque. El ruido del helicóptero se había desvanecido, pero la amenaza que representaba persistía en la tensión de los hombros de Julia mientras rodeaba la estructura, comprobando los puntos de entrada y las líneas de visión con una minuciosidad metódica.

Finalmente satisfecha, regresó junto a Ivy, que la esperaba, con una expresión indescifrable en la oscuridad.

—Está despejado. Entremos antes de que el helicóptero vuelva.

El interior de la cabaña estaba frío y olía a humedad por el desuso. Julia cerró la puerta tras ellas, echando tres cerrojos distintos antes de correr las gruesas cortinas de las ventanas. Solo entonces sacó una pequeña linterna táctica del bolsillo; su haz de luz iluminó un espacio rústico y funcional a la vez: una estancia principal con una pequeña cocina, un sofá pequeño, una estufa de leña en una esquina y una única puerta que, presumiblemente, conducía a un dormitorio.

—Hogar, dulce hogar —dijo Julia. Era el primer atisbo de humor irónico que Ivy le escuchaba desde su reencuentro.

La absurda normalidad de la frase, dadas las circunstancias, resquebrajó la compostura que Ivy había mantenido con tanto esmero. El agotamiento, el miedo y la naturaleza surrealista de toda la situación convergieron en un único momento de claridad.

Aquello era real. Todo. El peligro, el aislamiento, la proximidad forzada a una mujer con la que había compartido un momento íntimo pero a la que en realidad no conocía. Durante las tres semanas siguientes, su mundo se había reducido a esa cabaña, a esas montañas y a la detective Julia Scott.

—Necesito sentarme —dijo Ivy, con una voz que le sonó lejana.

La expresión de Julia cambió; la evaluación profesional dio paso a algo que podría haber sido preocupación.

—Use el sofá. Encenderé el fuego.

Ivy se dejó caer sobre los cojines gastados, observando cómo Julia se movía con eficacia por el pequeño espacio, revisando las

provisiones, asegurando los puntos de entrada, preparando la estufa de leña con manos expertas. Cada movimiento revelaba algo nuevo sobre ella: competencia, preparación, atención al detalle.

Fuera, el viento arreció y las ramas arañaban el tejado metálico de la cabaña como dedos esqueléticos. El helicóptero había enmudecido, pero Ivy sabía que su ausencia era temporal. Knox no se rendiría tan fácilmente. No cuando ella poseía la información que podía desmantelar toda su operación.

—Esta noche estaremos a salvo —dijo Julia, como si le leyera el pensamiento. El fuego había prendido, y su cálido resplandor suavizaba los duros rasgos de su rostro—. Intente descansar. Mañana estableceremos los protocolos de seguridad adecuados.

—¿Así es como vamos a llamarlo? —preguntó Ivy, demasiado cansada para filtrar sus pensamientos—. ¿Protocolos?

La mirada de Julia se encontró con la suya a través de la cabaña; algo tácito pasó entre ellas.

—Sí —dijo finalmente—. Así es como lo llamaremos. Todo lo demás es una distracción.

A medida que el calor del fuego llenaba gradualmente el pequeño espacio, Ivy reconoció la verdad en las palabras de Julia. Lo que hubiera pasado entre ellas en el Hotel Oceana pertenecía a otra vida, una en la que Ivy Monroe no era un objetivo y Julia Scott no era su escudo.

Por ahora, al menos, esas eran las únicas identidades que importaban.

4

JULIA

El calor del fuego por fin llegó a los rincones más lejanos de la cabaña, pero apenas sirvió para disipar la tensión entre sus ocupantes. Julia dio otra vuelta por el pequeño espacio, comprobando pestillos que ya había asegurado dos veces y probando ventanas que no se habían abierto en meses. Cada movimiento era preciso, medido, una manifestación física de su hipervigilancia.

—¿De verdad es necesaria la tercera comprobación? —preguntó Ivy desde su sitio en el gastado sofá—. ¿O es solo tu forma de evitar la conversación?

Julia se detuvo ante la ventana que daba al norte, con su reflejo fantasmal recortado contra la oscuridad del exterior. —La seguridad no es algo que se garantice una sola vez —corrió la pesada cortina, asegurándose de que no pudiera escapar ni una rendija de luz—. Es una evaluación y adaptación continuas.

—¿Como un mantra que te repites a ti misma?

—Como una realidad que mantiene a la gente con vida.

Ivy se movió en el sofá y el cuero crujió bajo su peso. La luz del fuego se reflejó en su pelo rubio miel, ahora suelto de su coleta profesional y cayendo en suaves ondas sobre sus hombros. Se había

quitado la chaqueta, dejando al descubierto un sencillo jersey negro de cuello alto que acentuaba la elegante línea de su cuello sobre la clavícula, hasta sus pechos; un detalle que Julia se obligó a no observar.

—Entonces, ¿cuál es nuestra situación exactamente? —preguntó Ivy, cuya mente analítica necesitaba a todas luces un marco para procesar las circunstancias—. Más allá de «cabaña aislada y asesinos a sueldo».

Julia completó su ronda y regresó a la pequeña cocina, donde había colocado las escasas provisiones de su mochila de emergencia. —Estamos fuera de la red, lo que significa una huella digital mínima. Teléfono por satélite solo para emergencias. La detective Rivers traerá más suministros mañana por la mañana: lo esencial de su almacén de seguridad, provisiones adecuadas y equipo de comunicación.

—¿Y después?

—Mantendremos la posición hasta el gran jurado —Julia empezó a organizar las provisiones con una precisión metódica—. Tres semanas, posiblemente más, dependiendo de la programación.

—Tres semanas —la voz de Ivy sonó queda, más contemplativa que combativa—. Solas tú y yo en esta cabaña.

La sencilla afirmación quedó suspendida entre ellas, cargada de implicaciones que ninguna parecía dispuesta a abordar directamente. Julia se concentró en ordenar las barritas de proteínas por fecha de caducidad, una tarea sin sentido que le daba a sus manos algo que hacer mientras su mente repasaba los protocolos de seguridad.

—El dormitorio es suyo —dijo, cambiando de tema—. Yo haré los turnos de guardia desde aquí.

Ivy miró hacia la única puerta que salía de la sala principal y luego de nuevo a Julia. —Tú también necesitas dormir, detective.

—Estoy entrenada para operaciones prolongadas con un mínimo de sueño.

—Claro que lo estás —el tono de Ivy denotaba un hastío que iba más allá del agotamiento físico. Se levantó del sofá, estirándose sutilmente; otro movimiento que Julia fingió no advertir—. Al menos

dime que hay agua corriente. Mataría por una ducha después de patearme el monte.

—Los servicios básicos funcionan. Agua caliente limitada por la bombona de propano. La presión es decente —Julia señaló la pequeña puerta del baño—. Las toallas están en el armario de debajo del lavabo.

Ivy asintió y luego vaciló. —¿Tienes algo que pueda ponerme para dormir? Ya que mi equipaje es, al parecer, un riesgo para la seguridad.

La pregunta era práctica, razonable y, de alguna manera, profundamente inoportuna. Julia abrió la cremallera de su mochila y sacó una camiseta negra pulcramente doblada —la reglamentaria del departamento para el entrenamiento físico— y un pantalón corto de correr con cordón en la cintura.

—Es todo lo que tengo hasta mañana —dijo mientras se lo ofrecía.

Ivy cruzó la habitación para coger la ropa y sus dedos rozaron los de Julia en el intercambio. El breve contacto envió una corriente de consciencia por el cuerpo de Julia, una respuesta que inmediatamente catalogó como inapropiada e irrelevante.

—Gracias —la voz de Ivy se había suavizado; las aristas afiladas de su frustración anterior, mitigadas temporalmente por la simple amabilidad—. Por todo, supongo. Por traernos aquí a salvo.

Julia asintió una vez, incapaz de formular una respuesta que no revelara más de lo que pretendía. La distancia profesional era su ancla en aguas desconocidas. Se aferró a ella con la desesperación de quien ha vislumbrado una alternativa y la ha encontrado aterradoramente atractiva.

Cuando Ivy desapareció en el baño, Julia soltó el aire que no era consciente de estar conteniendo. El sonido de la ducha al empezar —el agua corriendo por las viejas tuberías— proporcionaba un ruido de fondo constante que ocultaba en parte los pensamientos que se agolpaban en su mente.

Se acercó de nuevo a las ventanas y apartó la cortina lo justo para inspeccionar el perímetro. El bosque era un muro de oscuridad más allá del pequeño claro; los árboles sombríos se mecían con la

brisa de la montaña. Ni rastro de persecución, ni luces o movimientos extraños. Todavía.

La gente de Knox sería estratégica, metódica. Habían perdido el rastro temporalmente, pero no abandonarían la caza. Julia conocía a los de su calaña; había trabajado con suficientes exmilitares y agentes de cuerpos especiales como para reconocer los patrones. Se reagruparían, analizarían y formularían una nueva estrategia. Y cuando lo hicieran, ella tenía que estar preparada.

El teléfono por satélite vibró sobre la encimera. El código de Morgan: dos ráfagas cortas, una larga.

—Scott —contestó, en voz baja.

—Revisión del perímetro despejada —informó Morgan sin preámbulos—. Operación de señuelo exitosa. La jefa tiene al equipo principal de Knox persiguiendo fantasmas en el distrito este.

—¿Y la filtración?

—Estamos en ello. La jefa está compartimentando la información, dando detalles diferentes a unidades distintas. Cuando la gente de Knox aparezca, sabremos qué pozo estaba envenenado.

Julia procesó la información, trazando mentalmente la jerarquía del departamento y sus probables vulnerabilidades.

—¿Algún rastro del helicóptero?

—Negativo. Sin matrícula, sin plan de vuelo registrado. Pero estamos vigilando el tráfico aéreo en el sector. Si vuelven a intentarlo, tendremos aviso previo.

Un pequeño consuelo, pero mejor que nada.

—¿Estado del suministro?

—Según lo previsto para las 08:00. Aproximación por el norte, como hablamos. —Morgan hizo una pausa, y Julia casi pudo ver la expresión de su compañera: esa mezcla de preocupación y exasperación que reservaba para los momentos más tercos de Julia —. ¿Cómo lo lleva la doctora?

Julia miró hacia la puerta del baño, de cuya base mal sellada escapaba vapor.

—Se está adaptando.

—Eso no es una respuesta.

—Es todo lo que vas a conseguir.

Morgan suspiró, y el sonido crepitó a través de la línea.

—Julia, sé que esto no es el procedimiento habitual, pero si hay algo que deba…

—No lo hay —la interrumpió Julia, quizá con demasiada brusquedad—. Céntrate en la filtración. Nosotras nos encargamos de todo aquí.

Siguió una larga pausa.

—Vale —dijo Morgan finalmente—. Pero recuerda lo que solía decir Hayes…

—«El testigo no es la misión, sino el testimonio» —citó Julia de memoria a su antiguo instructor.

—Eso. No lo pierdas de vista.

La llamada terminó, dejando a Julia con la inquietante sensación de que Morgan sospechaba más de lo que debía. Su compañera era perspicaz, sobre todo en lo que respectaba a las raras desviaciones de Julia del protocolo. Y aunque no había nada explícitamente poco profesional en su manejo actual de la situación, la corriente subyacente entre ella e Ivy era una complicación que no podía negar del todo.

La ducha se detuvo. Julia se ocupó de preparar la zona para dormir en el sofá, desplegando la manta de emergencia de su mochila con movimientos bruscos y eficientes. Había dormido en condiciones mucho peores durante su servicio militar. Un sofá gastado en una cabaña segura era prácticamente un lujo en comparación con los puestos de avanzada del desierto y las posiciones tácticas.

La puerta del baño se abrió en una nube de vapor. Ivy salió envuelta en la ropa de Julia; la camiseta del departamento le quedaba holgada sobre su complexión más menuda y los pantalones cortos de correr apenas se veían bajo el dobladillo. Llevaba el pelo húmedo, las mejillas sonrojadas por el agua caliente y los pies descalzos sobre el suelo de madera de la cabaña. La transformación de profesional pulcra a esta versión más suave resultaba chocante por su intimidad.

Sus miradas se cruzaron a través de la habitación y, por un momento, ninguna de las dos habló. Algo pasó entre ellas —

reconocimiento, recuerdo, posibilidad— antes de que Julia rompiera deliberadamente la conexión.

—¿Ha aguantado el agua caliente? —preguntó, con voz deliberadamente informal.

—Apenas. —Ivy se colocó un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja, un gesto tan inconscientemente vulnerable que a Julia se le oprimió el pecho—. Pero me ha sabido a gloria después del día que hemos tenido.

Julia asintió, concentrada en ajustar la manta en lugar de mirar a Ivy directamente. —Debería descansar un poco. Mañana nos dedicaremos a establecer los protocolos de seguridad y los procedimientos de comunicación adecuados.

—Siempre tan profesional. —El tono de Ivy encerraba algo indescifrable; no era exactamente burla, pero tampoco admiración. Se dirigió hacia la puerta del dormitorio y se detuvo con una mano en el marco—. La oferta sigue en pie, ¿sabes? Ese sofá parece medieval y la cama es más que grande.

La sugerencia cayó entre ellas como una granada de mano: peligrosa, volátil, imposible de ignorar pero arriesgada de abordar. Julia mantuvo una expresión neutra gracias a años de disciplina.

—No sería apropiado —dijo, midiendo cada palabra.

—Apropiado —repitió Ivy, con un atisbo de amargura asomando en su voz—. ¿Así es como llamamos ahora a la distancia profesional?

—Es lo necesario. —Julia le sostuvo la mirada, deseando que Ivy comprendiera lo que ella no podía articular del todo—. Lo que sea que pasara entre nosotras antes es irrelevante para nuestra situación actual.

—Irrelevante. —La sonrisa de Ivy no le llegó a los ojos—. Se te da muy bien eso, ¿verdad? Compartimentar. Decidir qué importa y qué no.

La observación dio más en el clavo de lo que Julia estaba dispuesta a admitir. —Me ha mantenido con vida en situaciones en las que las emociones habrían sido un lastre.

—¿Y eso es lo que soy yo ahora? ¿Un posible lastre?

La pregunta quedó flotando entre ellas, cruda y sincera de una forma que sus intercambios anteriores no lo habían sido. Julia se

descubrió incapaz de articular la negativa automática que exigía el protocolo. Porque la verdad era más complicada de lo que la distancia profesional podía abarcar.

—Descanse un poco, Ivy —dijo finalmente, y el uso de su nombre de pila fue una pequeña concesión a la realidad que ambas reconocían pero no podían abordar.

Algo en la expresión de Ivy se suavizó al oír su nombre. Asintió una vez y luego desapareció en el dormitorio sin decir nada más. La puerta se cerró con una serena contundencia que pareció resonar en el pequeño espacio.

Julia exhaló despacio, con una tensión momentáneamente insoportable en los hombros. Fuera, el viento había arreciado y las ramas arañaban el tejado de metal como dedos esqueléticos. El sonido se correspondía con la inquietud que le recorría la espina dorsal. La gente de Knox era buena —exmilitares y agentes de cuerpos especializados, según sus informes—. No se rendirían por un contratiempo temporal.

Se acercó a la estufa de leña y añadió otro tronco para mantener el calor durante la noche. El resplandor del fuego proyectaba sombras danzantes en las paredes de la cabaña y sobre las fotografías de las mujeres que habían convertido el Departamento de Policía de Phoenix Ridge en lo que era hoy. Julia se preguntó brevemente qué pensarían de su situación actual: atrapada entre el deber y el deseo, entre la obligación profesional y la complicación personal.

Revisó su arma una última vez antes de acomodarse en el sofá, colocándose de forma que tuviera una visión clara tanto de la puerta principal como de la del dormitorio. Esa noche dormiría a ratos; la vigilancia se impondría al agotamiento. Era un estado que le resultaba familiar, uno que su cuerpo sabía cómo sobrellevar tras años de entrenamiento.

Lo que le resultaba menos familiar era la conciencia de que Ivy estaba justo detrás de esa puerta cerrada: brillante, vulnerable y, de algún modo, en una posición perfecta para derribar las defensas que Julia había mantenido durante años.

Céntrate en la misión, se recordó a sí misma. *No en la testigo. En el testimonio.*

Pero mientras la cabaña se sumía en los sonidos de la noche, Julia no pudo evitar preguntarse si, por una vez, la distinción podría no estar tan clara.



La mañana llegó con una luz tenue que se filtraba a través de las gruesas cortinas de la cabaña. Julia llevaba horas despierta, durmiendo a intervalos —veinte minutos por aquí, treinta por allá—, con el cuerpo entrenado para descansar sin renunciar a la vigilancia.

Reavivó el fuego con eficiencia experta, moviéndose en silencio para no despertar a Ivy. Tras comprobar las cerraduras y examinar el perímetro, encontró café molido rancio en la pequeña cocina y lo midió en la vieja cafetera.

La puerta del dormitorio se abrió mientras servía la primera taza.

—Por favor, dime que eso es café —dijo Ivy con la voz ronca por el sueño. Estaba de pie en el umbral, con una camiseta del PRPD de Julia que le quedaba holgada y el pelo revuelto de una forma que delataba sueños inquietos.

—Es café —confirmó Julia, sirviendo una segunda taza—. La calidad es dudosa, pero la cafeína es de verdad.

Ivy se acercó a la pequeña cocina y aceptó la taza que le ofrecía con ambas manos. —Gracias. —Dio un sorbo y arrugó ligeramente la nariz—. No bromeaba con lo de la calidad.

—Morgan traerá provisiones de mejor calidad esta mañana.

—Junto con mis archivos, espero. —Ivy se dirigió hacia la ventana.

—Aléjese de la ventana, por favor.

—No hay nadie ahí fuera —dijo Ivy, aunque obedeció.

—Eso no lo sabe. —Julia señaló el sofá—. Vamos a establecer unas normas básicas mientras esperamos a Morgan.

Se sentaron en extremos opuestos, manteniendo deliberadamente la distancia entre ellas.

—Primero —empezó Julia—, los protocolos de seguridad. Las ventanas, cubiertas. Nada de luces después del anochecer, a menos que sea necesario. La voz baja, sobre todo cerca de las ventanas.

—Suena más a una cárcel que a protección —observó Ivy.

—La incomodidad es mejor que la alternativa. —Julia continuó—: Los desplazamientos al exterior se limitan a las necesidades esenciales, y nunca sola. A la menor señal de vigilancia o de que alguien se acerca, activaremos los protocolos de emergencia.

—¿Y cuáles son?

—Posición segura en el dormitorio trasero, que tiene paredes reforzadas y una salida oculta. Yo me enfrento a los hostiles mientras usted se retira a la posición secundaria que estableceremos hoy.

La expresión de Ivy se endureció. —Hace que suene como un combate.

—Lo es. —Julia le sostuvo la mirada—. Knox no envía a gente a negociar. Los envía a eliminar problemas.

—Y yo soy el problema.

—Su testimonio lo es —corrigió Julia—. Usted es solo el vehículo.

Los dedos de Ivy se aferraron a la taza. —Claro. La testigo no es la misión, sino el testimonio. ¿Es eso lo que le enseñan? ¿A ver a las personas como recipientes de información?

La crítica dolió más de lo que debería. —Se trata de mantener la perspectiva. El apego emocional compromete el juicio.

—Y no querríamos eso —dijo Ivy en voz baja, y sus palabras tuvieron un peso especial.

Julia continuó: —Segunda regla: protocolos de comunicación. El teléfono por satélite solo para emergencias. Contacto por mensaje con Morgan cada seis horas, de forma aleatoria para evitar que reconozcan un patrón.

—¿Y si necesito ponerme en contacto con mis colegas? ¿Seguir trabajando en el caso?

—Morgan traerá un equipo seguro. Todo lo que envíe pasará por el cifrado del departamento.

—¿Y las necesidades físicas? Comida, provisiones, artículos de primera necesidad.

—Cubiertas con la entrega de suministros. Mantenemos una reserva para dos semanas en todo momento.

—Ha pensado en todo —dijo Ivy, con un tono que oscilaba entre la admiración y el resentimiento.

—Es mi trabajo.

—¿También es su trabajo fingir que somos dos desconocidas?

El brusco cambio de tema pilló a Julia con la guardia baja. Levantó la vista y descubrió que Ivy la observaba con una intensidad que hacía imposible la evasiva.

—Lo *somos* —dijo Julia con cuidado—. Una noche no cambia eso.

—Una noche en la que conocía cada centímetro de mi cuerpo. —La voz de Ivy se mantuvo impasible—. En la que me quedé dormida en sus brazos antes de cometer el error de marcharme. ¿Ese tipo de desconocida?

Un calor le subió al rostro a Julia; no era bochorno, sino el incómodo rubor del recuerdo. Las imágenes acudieron a su mente: la curva de la columna de Ivy arqueándose bajo sus manos, el sabor a sal en su clavícula, el suave sonido que hacía cuando…

—Eso fue diferente —dijo Julia, atajando sus propios pensamientos—. Ninguna de las dos sabía quién era la otra.

—Y ahora sí lo sabemos. ¿Acaso eso hace que lo que pasó sea menos real?

—Lo convierte en irrelevante —dijo finalmente, con unas palabras que le sonaron huecas—. Mi responsabilidad es mantenerla con vida hasta que testifique. Eso es todo.

—Entonces, dejemos las cosas bien claras sobre estas normas, detective. ¿Quiere distancia profesional? De acuerdo. Pero no espere que finja que no sé cómo se sienten sus manos fuertes sobre mi cuerpo o cómo le cambia la voz cuando se permite desear algo.

Julia se levantó bruscamente. —Esto no es productivo.

—¿No lo es? —Ivy permaneció sentada, conservando de algún modo la sartén por el mango—. Creo que reconocer la presencia del elefante en la habitación es lo más productivo que podríamos hacer.

—No hay ningún elefante —insistió Julia, acercándose a la ventana; una retirada táctica disfrazada de vigilancia—. Solo existe nuestra realidad actual: soy responsable de su seguridad hasta que

declare ante el gran jurado. Todo lo demás es una distracción que no podemos permitirnos.

El silencio se prolongó entre ellas. Cuando Ivy finalmente habló, su voz había adoptado un tono casi clínico.

—Entonces, centrémonos en lo que sí podemos permitirnos. Usted me necesita cooperativa para que sus estrategias de protección funcionen. Yo necesito estímulos intelectuales para no volverme loca aquí encerrada. Así que esta es mi propuesta: usted respeta que no soy solo un «recipiente para un testimonio», sino una profesional con obligaciones laborales en curso, y yo respetaré sus protocolos de seguridad. ¿Le parece razonable?

La rama de olivo estaba tan perfectamente alineada con la naturaleza analítica de Ivy que Julia estuvo a punto de sonreír. A punto.

—Razonable —convino—. Lo que nos lleva a la tercera regla: honestidad. Si algo no le cuadra, si nota cualquier cosa inusual, dígamelo de inmediato.

—He forjado mi carrera a base de detectar anomalías. —La sonrisa de Ivy no llegó a reflejarse en sus ojos—. Es lo que me metió en este lío, para empezar.

—Sí, así es. —Julia titubeó y luego añadió—: Ese mapa financiero que hizo de la organización de Knox… fue un trabajo impresionante.

Algo en la expresión de Ivy se suavizó. —Gracias. Solo seguí los patrones. El dinero nunca miente, aunque la gente que lo mueve sí lo haga.

—En eso nos parecemos —dijo Julia—. En buscar patrones que otros pasan por alto.

Una chispa de conexión genuina surgió entre ellas; el respeto profesional tendiendo un puente sobre el abismo que su historia personal había creado. El teléfono por satélite vibró sobre la encimera, rompiendo el momento.

Julia miró la pantalla. «Morgan. Puntual como un reloj».

Tras una breve conversación en la que confirmó el inminente envío de suministros e información actualizada sobre los movimientos de Knox, Julia se giró y encontró a Ivy observándola, con la taza de café acunada entre las palmas de las manos.

—Su compañera parece competente —observó Ivy—. ¿Confía en ella plenamente?

—Con mi vida —dijo Julia—. Y lo que es más importante, con la suya.

Ivy asintió y se dirigió al baño. —Debería ponerme presentable antes de que llegue su compañera. No querría minar su reputación profesional.

El comentario era una pulla por la que Julia no podía culparla del todo. Antes de que pudiera responder, Ivy desapareció en el baño y la puerta se cerró con una discreta firmeza.

Julia exhaló lentamente, inspeccionando la cabaña. Los parámetros de su situación estaban establecidos: protocolos de seguridad definidos, canales de comunicación confirmados, límites profesionales reforzados.

Entonces, ¿por qué sentía que todo era tan frágil, como si la cuidada estructura que había construido pudiera derrumbarse con una sola palabra fuera de lugar o una mirada persistente?

Porque puede, reconoció en silencio. *Porque hay límites que, una vez cruzados, nunca pueden restablecerse por completo.*



La entrega de suministros fue más fácil de lo que Julia había previsto. Morgan llegó con dos bolsas de lona con provisiones, un portátil seguro para Ivy y un maletín hermético que contenía sus archivos. El intercambio duró menos de quince minutos, y Morgan, afortunadamente, se guardó para sí sus observaciones sobre la situación.

Ahora, tres horas después, Julia estaba en el estrecho porche de la cabaña, con el teléfono por satélite pegado a la oreja mientras escudriñaba el bosque circundante. Se había colocado estratégicamente: de espaldas a la pared, con una línea de visión despejada en todas las direcciones y lo bastante cerca de la puerta como para refugiarse dentro a la primera señal de peligro.

—Dime —dijo cuando Morgan respondió.

—La situación está evolucionando. —La voz de Morgan era tensa, de una forma que puso a Julia en alerta de inmediato—. Knox está intensificando sus acciones. Han detenido a dos de sus matones cerca del apartamento de la doctora Monroe. Iban armados y llevaban fotos vuestras.

La mandíbula de Julia se tensó.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace menos de una hora. La jefa se está encargando personalmente, manteniéndolos aislados del resto de la población carcelaria.

—¿Y la filtración?

—Esa es la otra preocupación. —Morgan bajó la voz, aunque la conexión por satélite hacía improbable que alguien pudiera escuchar su llamada—. Hemos acotado la búsqueda a la División de Detectives, probablemente alguien con acceso directo a los protocolos de protección de testigos.

Julia procesó la información, repasando mentalmente la lista de la división. Veintisiete detectives, todas mujeres, todas supuestamente investigadas. La idea de que una de ellas pudiera estar a sueldo de Knox le revolvió el estómago.

—¿Alguna sospechosa?

—Nada en concreto. La jefa Marten está implementando cortafuegos de comunicación: compartimentando la información, pasando detalles diferentes a cada unidad. Pero sea quien sea, sabe cómo trabajamos.

—Es profesional —concluyó Julia—. No se limita a aceptar sobornos, sino que trabaja activamente en contra del departamento.

—Eso parece. —Morgan hizo una pausa—. Hay más. El laboratorio forense ha terminado de analizar el equipo del helicóptero que os siguió. Tecnología de vigilancia de grado militar, de última generación. Knox no solo está invirtiendo recursos en esto, está desplegando medios especializados.

Julia se acercó al borde del porche, barriendo metódicamente la linde de los árboles con la mirada. No había más movimiento que el vaivén natural de las ramas con la brisa de la montaña, pero eso no significaba que no las estuvieran vigilando.

—¿Han informado de nuestra ubicación a la teniente Vasquez?

—Negativo. Solo tú, yo y la jefa. Y he revisado mi vehículo y mi equipo en busca de rastreadores antes de subir.

—Que siga así. ¿Y, Morgan? Ten cuidado.

—En ello estoy. —Una breve pausa—. ¿Cómo va todo por ahí? De verdad.

Julia sabía lo que su compañera le estaba preguntando, no sobre la seguridad operativa, sino sobre la tensión latente entre ella e Ivy.

—Bajo control —respondió Julia.

—Eso no es una respuesta.

—Es todo lo que vas a conseguir.

Morgan suspiró.

—Vale. Pero recuerda lo que nos decía el sargento Cooper: «Las complicaciones comprometen…».

—«…y el compromiso mata» —terminó Julia—. Lo recuerdo.

Terminó la llamada, sintiendo el peso de la responsabilidad oprimiéndole el pecho. Knox estaba intensificando sus acciones, desplegando recursos profesionales con precisión militar. La filtración provenía de la División de Detectives, lo que podía comprometer todos los protocolos de seguridad que habían establecido.

Julia volvió a entrar en la cabaña y cerró la puerta con llave. Ivy no levantó la vista de la mesa donde había desplegado sus documentos, su concentración absoluta mientras hacía anotaciones en un complejo diagrama de flujo. Llevaba el pelo recogido en su habitual coleta, su expresión de una intensa concentración. En otra vida, Julia podría haber encontrado la escena cautivadora: Ivy en su elemento, brillante y concentrada.

En esta vida, solo complicaba las cosas.

—Tenemos que hablar —dijo Julia, rompiendo el silencio.

Ivy levantó la vista. —¿Sobre qué?

—Una evaluación de la amenaza actualizada. —Julia se acercó a la mesa, manteniendo una distancia profesional mientras examinaba los documentos—. Knox ha intensificado sus acciones. Dos de sus hombres han sido detenidos cerca de su apartamento, armados y con fotos de vigilancia.

La expresión de Ivy se endureció, pero no mostró el miedo que Julia podría haber esperado. —Era de esperar.

—Hay más. La filtración proviene de la División de Detectives, de alguien con acceso directo a los protocolos de protección de testigos.

—No hay honor entre ladrones —murmuró Ivy—. Ni entre policías, por lo visto.

La observación tenía un deje amargo que hizo que Julia se erizara. —Un agente corrupto no invalida a todo el departamento.

—¿No? Dígaselo a la gente cuya seguridad se ha visto comprometida. —Ivy le sostuvo la mirada—. He visto este patrón antes, Julia. La corrupción se extiende porque la gente de bien cree que es un caso aislado.

El uso de su nombre de pila —informal, como si compartieran una conexión más profunda— provocó una incómoda onda expansiva en la compostura de Julia.

—Morgan ha mencionado que estaba usted trabajando en algo nuevo —dijo, reconduciendo la conversación—. Algo que podría explicar por qué Knox está tan decidido a eliminarla específicamente a usted.

Los ojos de Ivy se entrecerraron una fracción. —Creía que la misión era el testimonio, no el testigo.

La pulla fue certera. —Están conectados —concedió Julia—. ¿En qué está trabajando?

Por un momento, Ivy pareció sopesar cuánto revelar. Luego suspiró y deslizó hacia ella un documento del conjunto que tenía extendido ante sí.

—He encontrado un patrón en las adquisiciones de propiedades del sindicato —dijo, volviendo a su tono clínico de informe profesional—. No solo blanqueo de capitales, sino un posicionamiento estratégico en torno a activos específicos de la ciudad: plantas de tratamiento de aguas, centros de respuesta a emergencias, subestaciones eléctricas.

—Infraestructura crítica —señaló Julia, la alarma agudizando su atención.

Ivy asintió. —Exacto. Estas propiedades forman una red en torno a las vulnerabilidades clave de la infraestructura de Phoenix Ridge. En una situación de emergencia, quien controle estas propiedades podría, de hecho, aislar o controlar secciones enteras de la ciudad.

—¿Sugiere que Knox está planeando algún tipo de ataque a las infraestructuras?

—Sugiero que está creando un medio de presión. Un seguro contra un procesamiento judicial, del tipo que haría que los funcionarios de la ciudad se lo pensaran dos veces antes de actuar contra él. —Los ojos de Ivy se encontraron con los de Julia—. Esto va más allá del delito financiero, Julia. Se trata de poder y control a un nivel fundamental.

Si Ivy tenía razón, Knox no solo estaba protegiendo su organización criminal; se estaba posicionando para tomar a toda una ciudad como rehén si se sentía amenazado.

—¿Sabe el fiscal del distrito de esta línea de investigación? —preguntó Julia.

—Todavía no. Estaba verificando los registros de la propiedad cuando tuvimos que evacuar. —Ivy vaciló—. Esta información me convierte en algo más que un testigo financiero. Me convierte en una amenaza para los planes de contingencia de Knox.

—Un objetivo mayor —reconoció Julia, recalibrando mentalmente sus necesidades de seguridad.

—Sí. Y si hay una filtración en su departamento...

—Somos más vulnerables de lo que había evaluado en un principio —terminó Julia.

En el exterior, las nubes se arremolinaban sobre los picos lejanos y las sombras se hacían más profundas en el claro a medida que la tarde daba paso al anochecer. El tiempo estaba cambiando, se acercaba otro frente según el informe de Morgan. Otra variable a tener en cuenta, otro factor en su ecuación cada vez más compleja.



La noche cayó rápidamente, la oscuridad se filtraba entre los árboles como la tinta en el papel. Julia estaba de pie junto a la ventana, donde una estrecha abertura en las cortinas le proporcionaba la visibilidad justa para vigilar el claro. Las primeras estrellas habían aparecido entre los jirones de nubes, pero su luz apenas iluminaba el bosque.

A su espalda, Ivy por fin había sucumbido al agotamiento y se había quedado dormida en la mesa, entre todos sus documentos. Julia la había visto luchar contra el sueño durante horas: dando cabezadas para luego incorporarse de golpe, pellizcándose el puente de la nariz con los dedos, con los hombros hundiéndose poco a poco bajo el peso del cansancio. Al final, la naturaleza había vencido a su obstinada determinación.

Julia cruzó la cabaña en silencio y cogió una manta del sofá. Se la echó con cuidado por los hombros a Ivy, permitiéndose un instante para observar a la mujer que se ocultaba tras la coraza de profesionalidad. Dormida, las facciones de Ivy se suavizaban y la feroz inteligencia que animaba su rostro daba paso a algo más vulnerable. Un mechón de pelo rubio miel se le había escapado de la coleta y le caía por la mejilla de un modo que hizo que a Julia le picaran los dedos con el impulso de apartárselo.

Se contuvo, apartándose antes de que el impulso se convirtiera en acción. Ese tipo de pensamientos era precisamente lo que no podía permitirse; no con la gente de Knox dándoles caza, no con una filtración en el departamento que amenazaba su seguridad, no cuando la vida de Ivy dependía de que su concentración fuera absoluta.

El teléfono por satélite vibró una vez sobre la encimera: la señal de control de Morgan. Julia envió el código de confirmación, una sencilla secuencia numérica que cambiaba con cada comunicación. Era el procedimiento estándar, aunque le parecía cada vez más insuficiente dado lo que ahora sabían sobre la posible filtración.

Volvió a su puesto junto a la ventana; el arma reglamentaria resultaba tranquilizadora en la palma de su mano. Su peso la centraba, era un recordatorio táctil de su propósito y su entrenamiento. Su madre le había enseñado a disparar por su

décimo cumpleaños, una tradición familiar que se remontaba a los tiempos de su abuela como una de las primeras agentes de policía de Phoenix Ridge. La responsabilidad de la placa formaba parte intrínseca de su identidad, era imposible separarla de quien era.

Una ramita crujió en el bosque, más allá del claro.

Julia se puso rígida, alerta al instante, desterrando cualquier pensamiento que pudiera distraerla. Apagó la única lámpara que había estado iluminando el interior de la cabaña, sumiendo la estancia en la oscuridad.

Sus ojos se acostumbraron rápidamente, y escudriñó la linde del bosque metódicamente. El viento se movía entre las ramas más altas; las nubes se desplazaban, revelando momentáneamente más estrellas para luego volver a ocultarlas. Nada más se movía. Ni sombras extrañas, ni el brillo delator de algún equipo, ni sonidos repetidos que pudieran indicar presencia humana.

Probablemente era un animal. Un ciervo, quizás, o un zorro. Aun así, Julia se mantuvo vigilante durante largos minutos, esperando cualquier confirmación que elevara la preocupación al nivel de alarma.

A su espalda, Ivy se removió, mascullando algo ininteligible antes de sumirse de nuevo en un sueño más profundo. Ese pequeño sonido inconsciente desencadenó otra oleada de recuerdos que Julia no podía permitirse: la voz de Ivy en la oscuridad de la habitación del hotel, susurrando su nombre.

Julia cerró los ojos un instante, obligándose a desechar las imágenes. —Las complicaciones comprometen —se susurró a sí misma, la advertencia del sargento Cooper era un recordatorio muy necesario—. Ya se había permitido verse comprometida una vez, al principio de su carrera: una implicación emocional con un testigo que casi les cuesta la vida a ambos cuando el juicio de Julia flaqueó en un momento crítico.

No volvería a cometer el mismo error. No podía permitírselo, con tanto en juego.

La cabaña crujió sutilmente cuando el viento arreció fuera; las ramas arañaban el tejado de metal como dedos esqueléticos que buscaran una entrada. Julia miró su reloj: las 2:37. Aún quedaban

horas para el amanecer, la parte más oscura de la noche todavía estaba por llegar. Movió los hombros para liberar la tensión y mantuvo su posición en la ventana. Ya dormiría más tarde, a ratos —veinte minutos por aquí, treinta por allá—, pero por ahora, la vigilancia era la prioridad.

Su mirada se desvió de nuevo hacia Ivy, que seguía durmiendo en la mesa. Una testigo que se había convertido en una complicación. Una complicación que una vez había sido… ¿qué, exactamente? Una desconocida. Una conexión. Un momento de genuina intimidad en una vida deliberadamente estructurada para evitarla.

Julia no era tan ingenua como para creer que sus reacciones eran simplemente memoria física. Había algo en Ivy Monroe que la había atraído aquella noche en el bar del hotel, algo más allá de la atracción evidente. Inteligencia, desde luego. Siempre se había sentido atraída por las mentes brillantes; le resultaba particularmente intrigante cómo procesaban el mundo. Pero era más que eso. Había una cualidad en la determinación de Ivy, en su negativa a dejarse intimidar incluso por amenazas directas contra su vida. Un núcleo de acero bajo el exterior profesional que se correspondía con algo en la propia naturaleza de Julia.

Un sonido del exterior captó de nuevo su atención, distinto al del viento, menos natural. Julia se quedó inmóvil, con todos los sentidos agudizados mientras escuchaba. Durante varios segundos, nada. Y entonces ahí estaba otra vez: un susurro demasiado deliberado para ser un animal.

Se movió en silencio por la cabaña y sacó el monocular de visión nocturna de su bolsa de equipo. De vuelta en la ventana, escudriñó la linde del bosque sistemáticamente, cuadrante por cuadrante, buscando cualquier alteración en los patrones naturales del bosque.

Allí. Una sombra más oscura que la propia negrura, que se movía con determinación en lugar de mecerse con el viento. Y luego desapareció tan rápido que Julia podría haberla imaginado.

Pero no era así. Los años de entrenamiento y experiencia le habían afinado el instinto demasiado como para dudar.

Había alguien ahí fuera.

Julia cogió el teléfono por satélite y redactó un mensaje en clave para Morgan: *Posible vigilancia. Mantener distancia. Solo preparativos.*

La respuesta llegó casi de inmediato: *Confirmado. Equipos en espera. Aproximación matutina cancelada.*

Así que Morgan se mantendría alejada hasta que Julia diera luz verde, y se estaban preparando recursos adicionales del departamento por si eran necesarios. Si la gente de Knox ya estaba vigilando la cabaña, era esencial limitar el tráfico al lugar para evitar una confrontación directa.

Julia volvió a la ventana y escudriñó de nuevo en busca de cualquier señal de la sombra que había atisbado. Nada se movía, salvo el vaivén natural de las ramas con el viento cada vez más fuerte.

La cuestión era si el vigilante las había visto o si simplemente estaba registrando una posible ubicación. La disciplina de luces en la cabaña había sido estricta y sus movimientos, cuidadosamente controlados para evitar ser detectadas. Era posible que aún no las hubieran descubierto.

Posible, pero no seguro. Y la incertidumbre era un lujo que no podían permitirse.

Julia se acercó a donde dormía Ivy y, tras dudar un instante, le puso una mano en el hombro.

—Ivy —susurró, manteniendo la voz lo bastante baja para que no se oyera a distancia—. Despierte.

Ivy se despertó al instante, y su cuerpo se tensó antes incluso de haber abierto los ojos del todo.

—¿Qué pasa?

—Posible vigilancia —dijo Julia, manteniendo un tono neutro para no provocar una alarma innecesaria—. He visto movimiento entre los árboles. Podría no ser nada, pero tenemos que prepararnos.

Ivy se incorporó y la manta se le escurrió de los hombros mientras se orientaba.

—¿Prepararnos cómo?

—Meta en la maleta solo lo esencial. Si tenemos que movernos, dispondremos de minutos, no de horas —Julia ya estaba reuniendo

los artículos cruciales: armas, comunicaciones, equipo de navegación —. El dormitorio tiene una salida oculta a un barranco que se aleja del acceso principal. Si vienen, esa es nuestra ruta de extracción.

Ivy se levantó, moviéndose con una eficacia sorprendente para alguien que había estado profundamente dormida momentos antes.

—¿Y si no vienen? ¿Y si solo era un animal?

—Entonces habremos practicado valiosos protocolos de emergencia —replicó Julia, reconociendo la posibilidad sin admitirla —. Más vale estar preparadas para nada que no estarlo cuando importe.

Ivy le estudió el rostro un momento, leyendo claramente más de lo que Julia pretendía revelar.

—No crees que fuera un animal.

No era una pregunta. Julia no fingió lo contrario.

—No —admitió—. El patrón de movimiento no era el correcto.

Ivy asintió una vez, aceptando la evaluación sin rechistar.

—Dime qué necesitas que haga.

La sencilla respuesta —pragmática, directa, confiando en el juicio de Julia sin perder tiempo en miedos o preguntas— provocó una inesperada oleada de respeto. Muchos testigos entraban en pánico a la primera señal de amenaza. Ivy estaba calculando los siguientes pasos.

—Reúna los expedientes más importantes de su caso —le indicó Julia—. Cualquier cosa irremplazable para su testimonio. Yo prepararé las mochilas de emergencia y comprobaré la ruta de extracción.

Se movieron en un silencio coordinado, cada una centrada en las tareas que se le habían asignado. Julia observó por el rabillo del ojo cómo Ivy clasificaba metódicamente los documentos, priorizando con la misma precisión analítica que aplicaba a los registros financieros. Ni un movimiento en vano, ni una vacilación. Solo una eficiencia tranquila y concentrada.

Aquella imagen estabilizó algo en Julia, un reconocimiento de que, por complejas que fueran las cosas entre ellas, podían funcionar juntas con eficacia cuando era necesario.

—Estamos listas —dijo Ivy en voz baja, apareciendo al lado de Julia con una pequeña mochila que contenía los documentos que había seleccionado—. ¿Y ahora qué?

Julia la miró a los ojos y no encontró nada del miedo que podría haber esperado, solo una determinación resuelta.

—Ahora esperamos —dijo—. Y vigilamos. Si están ahí fuera, acabarán moviendo ficha.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces están recopilando información para un futuro acercamiento. —Los ojos de Julia volvieron a la linde del bosque—. De cualquier modo, hemos perdido la seguridad de este lugar. Mañana por la mañana tendremos que poner en marcha el plan de contingencia.

Ivy asimiló la información, con expresión pensativa más que alarmada. —¿Siempre tienes un plan de contingencia, no?

—Varios —confirmó Julia—. Forma parte del trabajo.

—¿Y tu trabajo suele implicar este nivel de… intensidad?

La pregunta era deliberadamente neutra, pero Julia percibió la verdadera indagación que subyacía en ella; no sobre sus responsabilidades profesionales, sino sobre la persona que había detrás de la placa. Sobre si Julia Scott se movía siempre por el mundo con ese grado de hipervigilancia.

—No siempre —admitió—. Pero con la suficiente frecuencia.

Ivy asintió lentamente, y algo parecido a la comprensión afloró en sus facciones. —Debe de ser agotador —dijo, no con lástima, sino con una especie de reconocimiento—. Vivir en ese estado de alerta.

La observación fue incómodamente perspicaz, despojándola de la distancia profesional para tocar una verdad que Julia rara vez se reconocía ni a sí misma. La vigilancia constante, la evaluación perpetua de amenazas, salidas y ángulos de aproximación… era más que formación o costumbre. Era su forma de navegar por la existencia.

—Uno se adapta —dijo Julia con sencillez, reacia a examinar las implicaciones más a fondo.

—Sí —asintió Ivy, sorprendiéndola—. Lo haces. Hasta que no recuerdas cómo existir de otra manera. Lo entiendo mejor de lo que crees.

El paralelismo pilló a Julia desprevenida; el reconocimiento de que la mente analítica de Ivy podía funcionar con principios similares, constantemente en busca de patrones y anomalías, sin estar nunca del todo en reposo. Distintos campos, distintas aplicaciones, pero quizá el mismo enfoque fundamental ante un mundo que rara vez ofrecía seguridad o certeza.

Por un momento, la barrera profesional entre ellas pareció menos una protección necesaria y más una construcción artificial, una línea trazada sobre una experiencia compartida que ninguna de las dos había esperado encontrar en la otra.

El momento pasó tan rápido como había llegado, y la realidad se reafirmó en la forma de sus circunstancias inmediatas. Julia volvió a centrar su atención en la ventana, en el bosque que se extendía más allá, en las sombras que podían ocultar a quienes deseaban hacerle daño a Ivy.

Pero algo había cambiado, sutil pero innegable. Un reconocimiento no solo de lo que las separaba, sino de lo que podría conectarlas más allá de la noche que habían compartido en el Hotel Oceana.

Aún faltaban horas para el amanecer, y la parte más oscura de la noche envolvía la cabaña como una mortaja. Lo que fuera que aguardara en el bosque —la gente de Knox o los propios demonios de Julia— tendría que ser afrontado a la fría luz de la mañana.

Por ahora, vigilarían. Y esperarían. Juntas.

5

IVY

El suave repiqueteo de la lluvia se convirtió en un estruendo durante la noche, pasando de ser un delicado ruido de fondo a un asalto que despertó a Ivy de golpe. Parpadeó bajo la luz grisácea de la mañana, momentáneamente desorientada hasta que la realidad la golpeó de nuevo: el hotel, el piso franco, la persecución por el bosque y, ahora, esta cabaña donde estaba prisionera con la mujer con la que había pasado una noche temeraria y hermosa.

Se echó la manta sobre los hombros y caminó descalza hasta la ventana. Lo que vio le encogió el estómago.

El bosque había desaparecido tras un muro de agua y viento. Las ramas de los árboles se doblaban en ángulos alarmantes, los escombros se deslizaban por el claro y un torrente incesante transformaba el suelo en ríos de lodo. No era solo lluvia; era el tipo de tormenta de montaña que redibuja el paisaje.

—Perfecto —masculló.

La puerta del dormitorio crujió cuando la abrió. Julia ya estaba despierta —como era de esperar— y de pie junto a la ventana principal con el teléfono por satélite pegado a la oreja. Se giró al ver

entrar a Ivy, y sus hombros comunicaban lo que su expresión cuidadosamente controlada intentaba ocultar.

—Entendido —dijo Julia al teléfono—. Manténganme informada. —Guardó el dispositivo—. Buenos días.

—¿Lo son? —preguntó Ivy, señalando hacia la ventana.

—La tormenta es peor de lo previsto —reconoció Julia—. La carretera que baja de la montaña está inundada en tres puntos y hay un desprendimiento de tierra que bloquea el acceso principal.

Las implicaciones se cernieron sobre Ivy. —Estamos atrapadas.

—Temporalmente contenidas —la corrigió Julia, como si la terminología pudiera mejorar su situación—. Morgan no podrá llegar hasta que pase la tormenta y el equipo de carreteras despeje el acceso. Podrían ser veinticuatro horas, posiblemente más.

—¿Y si la gente de Knox decide aprovecharse de nuestro aislamiento?

—Las mismas condiciones que impiden a Morgan llegar hasta nosotras también limitan sus opciones de aproximación. El helicóptero no puede volar con este tiempo y los vehículos terrestres no pueden circular por las carreteras bloqueadas. —Julia se dirigió a la pequeña cocina, donde el café se estaba haciendo—. El detective Rivers ha confirmado que no ha habido ninguna actividad inusual. Estamos todo lo seguras que podemos estar.

Ivy observó cómo Julia servía dos tazas, con movimientos eficientes y controlados. Todo en ella estaba controlado: desde sus comprobaciones de seguridad hasta la cuidada distancia que mantenía. Solo una vez había visto flaquear ese control, y el recuerdo hizo que su cuerpo se calentara a pesar del frío de la cabaña. —Toma. —Julia le tendió una taza humeante, con cuidado de evitar cualquier contacto—. La luz sigue funcionando, pero he hecho preparativos por si hay cortes. Hay leña apilada junto a la estufa y luces de emergencia colocadas estratégicamente.

Ivy dio un sorbo, sorprendida por la calidad. —Este está mejor.

—El envío de suministros de Morgan incluía lo esencial. Un buen café ocupa un lugar destacado en esa lista.

Casi una broma. Ivy se encontró sonriendo a pesar de todo. —Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

Julia no le devolvió la sonrisa, pero algo en su expresión se suavizó una pizca. —Puede que la tormenta sea una bendición. Si nosotras somos inaccesibles, también lo es nuestra ubicación.

—¿El lado positivo de estar atrapada con una persona que apenas puede mirarme a los ojos? —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera filtrarlas.

El rostro de Julia se cerró de inmediato. —Voy a comprobar el perímetro. Hay comida en la cocina si tienes hambre.

Y así, sin más, se había ido. Ivy se quedó en medio de la cabaña, con la frustración ardiéndole en el pecho.

El aislamiento forzado ya empezaba a sacarla de quicio. Estaba acostumbrada a tener el control: sobre su entorno, su horario, sus interacciones. Allí no tenía nada de eso. Estaba a merced del tiempo, de los matones de Knox y de una filtración en el departamento que podía comprometerlas en cualquier momento.

Y Julia. Siempre Julia, con su irritante competencia y su exasperante autocontrol.

Ivy empezó a pasear de un lado a otro: cinco pasos en una dirección, giro, cinco pasos de vuelta. De repente, la cabaña le pareció imposiblemente pequeña, las paredes demasiado cercanas, el techo demasiado bajo. Nunca se le había dado bien el encierro. De niña, se escondía en espacios abiertos —bibliotecas, parques, museos— para escapar de la casa asfixiante de sus padres. De adulta, había elegido un apartamento con ventanales del suelo al techo con vistas al océano, una escapatoria visual incluso cuando el trabajo la mantenía físicamente contenida.

Allí no había adónde ir, adónde respirar.

Su mente repasaba a toda velocidad escenarios, contingencias, probabilidades: el próximo movimiento de Knox, la filtración en el departamento, los plazos para el gran jurado. Calcular el riesgo era algo instintivo para ella, una forma de imponer orden en el caos. Pero esta situación desafiaba sus marcos analíticos habituales.

No solo las amenazas externas, sino sus propias respuestas a ellas… y a Julia.

Un trueno retumbó, haciendo vibrar las ventanas. La puerta se abrió de golpe y Julia entró tambaleándose, empujada por una

ráfaga de viento y lluvia. La cerró tras de sí, con el agua chorreándole del pelo y la ropa empapados.

—Está empeorando —dijo ella, como si no fuera evidente—. Tenemos que prepararnos para la posibilidad de un aislamiento prolongado. Hay tramos de la carretera de bajada de la montaña completamente anegados.

—¿Cómo de prolongado? —exigió Ivy, con una renovada claustrofobia arañándole la garganta.

—Como mínimo, cuarenta y ocho horas antes de que los equipos puedan empezar a despejar. Posiblemente más. —Julia se pasó una mano por el pelo mojado, un gesto inusualmente azorado en ella—. Morgan está implementando protocolos secundarios. Mantendremos silencio de radio, salvo para emergencias.

—Dos días —repitió Ivy; las palabras le pesaban como piedras en la boca—. Como mínimo.

—Correcto.

—A solas. En esta cabaña. Contigo.

Los ojos de Julia por fin se encontraron con los suyos, y algo brilló en sus profundidades antes de ser cuidadosamente contenido. —También correcto.

Ivy reanudó su paseo. —Esto es ridículo. Tengo que preparar un testimonio y organizar pruebas. Debería estar trabajando con la fiscalía, no escondiéndome en el bosque como una…

—¿Preferirías estar muerta? —la interrumpió Julia, con un deje en la voz que Ivy no le había oído antes—. Porque esa es la alternativa. La gente de Knox no va a parar porque a ti te venga mal.

—No me trates con condescendencia —espetó Ivy—. Soy plenamente consciente de la amenaza. Fui yo quien la descubrió, ¿recuerdas? Mientras tú estabas… —se interrumpió.

—¿Mientras yo estaba qué? —Julia se acercó, el agua aún goteando de su ropa—. Dilo.

El desafío quedó suspendido en el aire, la primera grieta en la cuidada fachada profesional de Julia. Ivy casi pudo ver la lucha interna mientras Julia batallaba por mantener sus compartimentos.

—Mientras seguías el protocolo —dijo Ivy finalmente, con palabras deliberadamente neutras pero cargadas de todo lo no dicho —. Haciendo tu trabajo, inspectora Scott. ¿No es eso lo que es esto? ¿Solo una misión más?

Algo cambió en la expresión de Julia antes de que la máscara profesional se reafirmara. —Mi trabajo es mantenerte con vida. Todo lo demás es irrelevante.

—Irrelevante —repitió Ivy—. Sí, eso lo has dejado perfectamente claro.

Se dio la vuelta. Las paredes de la cabaña parecían estrecharse, la tormenta encerrándolas en aquella olla a presión de tensión no reconocida.

La verdadera tormenta, se dio cuenta Ivy, no era la que rugía fuera. Era la que se estaba gestando entre ellas, cobrando fuerza con cada evasiva cuidadosa, cada distancia deliberada, cada reconocimiento tácito.

Y al igual que el diluvio más allá de las paredes de la cabaña, no quedaba más remedio que atravesarla.

Las horas pasaron lentamente, marcadas solo por la cambiante intensidad de la tormenta. Ivy había renunciado a pasearse de un lado a otro para revisar los expedientes del caso, pero su mente se negaba a concentrarse. El mismo párrafo danzó ante sus ojos tres veces antes de que finalmente se rindiera, arrojando la carpeta sobre la mesa con un suspiro de frustración.

Julia levantó la vista desde su puesto junto a la ventana. Se había pasado la mañana alternando entre comprobaciones del perímetro y vigilancia, logrando de algún modo permanecer seca a pesar del diluvio. Su eficiencia era exasperante.

—¿Algún problema? —preguntó Julia, con tono neutro.

—¿Aparte de estar atrapada en una cabaña durante una inundación con una mujer que me trata como si fuera un artefacto explosivo sin detonar? No, todo es maravilloso.

La mandíbula de Julia se tensó de forma casi imperceptible. Volvió a dirigir su atención a la ventana sin responder, su perfil afilado contra la luz grisácea.

Ese silencio sereno encendió algo en Ivy. Toda su vida había estado rodeada de gente que mantenía cuidadosas máscaras: padres cuya impecable imagen pública ocultaba una negligencia emocional, colegas que elogiaban su trabajo mientras resentían su éxito. Había desarrollado un talento para encontrar los puntos de presión y provocar reacciones que revelaran lo que se ocultaba debajo.

Había gente que coleccionaba arte. Ivy coleccionaba verdades.

Se levantó de la mesa, colocándose deliberadamente en el campo de visión de Julia. —¿Practicas esa expresión estoica frente al espejo cada mañana o te sale de forma natural?

Julia no mordió el anzuelo. —Si está buscando un conflicto para pasar el rato, no me interesa.

—Claro que no. A ti solo te interesa el protocolo —Ivy se acercó más, invadiendo la cuidadosa burbuja de espacio que Julia mantenía entre ellas—. Solo tengo curiosidad, ¿compartimentalizarlo todo te hace la vida más fácil o solo más solitaria?

Algo brilló en los ojos de Julia, un destello tan fugaz que Ivy podría habérselo perdido si no hubiera estado observando con tanta atención.

—El análisis psicológico no es necesario —dijo Julia, con voz deliberadamente mesurada—. Solo tenemos que coexistir hasta que despejen las carreteras.

—Como dos desconocidas.

—Es lo que somos.

—Las desconocidas no saben los sonidos que hace la otra cuando tiene un orgasmo —las palabras cayeron como un golpe físico, resquebrajando el aire entre ellas—. Las desconocidas no saben qué caricias hacen jadear a la otra.

Julia por fin se giró por completo hacia ella, con el color subiéndole a las mejillas. —Basta.

—¿Por qué? ¿Porque te incomoda? ¿Porque te recuerda que eres humana debajo de todo ese control? —Ivy se acercó aún más, lo suficiente para captar el aroma de la piel de Julia bajo el olor a humo de leña de la cabaña—. ¿O porque te recuerda lo rápido que se desvaneció ese control cuando tenías los dedos dentro de mí?

La respiración de Julia se entrecortó de forma audible. Sus manos se flexionaron a los costados, un pequeño gesto delator que provocó una oleada de satisfacción en Ivy. Por fin, una reacción.

—Esto no es apropiado —consiguió decir Julia.

—No —convino Ivy—, no lo es. Tampoco lo fue llevarme a la cama cuando ni siquiera sabías mi nombre. Pero lo hiciste de todos modos —ladeó la cabeza, estudiando el rostro de Julia—. ¿Qué le hizo romper sus propias reglas aquella noche, detective Scott? ¿Qué me hizo diferente?

—Nada la hizo diferente —dijo Julia, con palabras demasiado apresuradas—. Solo fue...

—¿Solo fue qué?

—Solo un error.

La palabra no debería haberle dolido. Ivy había ido al bar del hotel buscando exactamente lo que había sucedido: una conexión anónima, un escape temporal, sin complicaciones. Pero oír a Julia descartarlo tan limpiamente fue como una bofetada.

—Si solo fue un error —dijo, bajando aún más la voz—, ¿por qué no puedes mirarme sin recordar? Lo veo cada vez que te obligas a mirarme a los ojos. Lo estás reviviendo. Preguntándote si sería lo mismo. Preguntándote si sabría igual.

Julia retrocedió un paso, retirándose físicamente del avance de Ivy. Era la primera vez que Ivy la veía ceder terreno.

—Esto no ayudará a nuestra situación —dijo Julia, con la voz tensa por la contención.

—¿Qué situación? ¿La de que estamos atrapadas por una tormenta o la de que estamos fingiendo que aquella noche nunca ocurrió?

—Ambas —los hombros de Julia se pusieron rígidos—. Tengo un trabajo que hacer, doctora Monroe...

—Y ahí está. «Doctora Monroe». Tan formal, tan correcta. Borrando nuestra historia con un título —Ivy soltó una risa cortante que no contenía humor alguno—. No me llamabas «doctora» cuando tenías tu boca en mi...

—¡Basta! —el puño de Julia golpeó el alféizar con la fuerza suficiente para hacer vibrar una taza cercana. El arrebato las sumió

a ambas en un silencio momentáneo.

Un trueno resonó afuera, una puntuación perfecta para la rara muestra de emoción de Julia. La tormenta había empezado a igualar su turbulencia interna; el viento aullaba en las esquinas de la cabaña mientras la lluvia azotaba las ventanas con renovada ferocidad.

—¿Quiere saber por qué mantengo la distancia? —preguntó finalmente Julia, con voz grave y peligrosa—. Porque el apego es un lastre en esta situación. Porque las complicaciones emocionales hacen que maten a la gente. Porque en el momento en que empiece a pensar en usted como algo más que una testigo que necesita protección será el momento en que ponga en peligro su seguridad.

—Eso es muy noble, pero también es una sarta de gilipolleces —Ivy se cruzó de brazos—. No estás manteniendo la distancia para protegerme. Lo haces para protegerte a ti misma.

—No sabe nada de mí.

—Sé más de lo que crees. Sé que luchas por mantener el control porque te aterroriza lo que pasa cuando lo pierdes. Sé que te escondes tras el protocolo porque es más seguro que una conexión auténtica. Sé...

—Usted no me conoce —la interrumpió Julia, dando un paso al frente y cerrando la distancia que Ivy había estado intentando eliminar. Tenía los ojos oscurecidos por algo más que ira—. Pasó una noche con una mujer a la que deliberadamente no le preguntó el nombre. No puede pretender que sabe quién soy o por qué hago lo que hago.

—Entonces dímelo —la retó Ivy—. Dime por qué te da tanto miedo reconocer lo que pasó entre nosotras.

—¡Porque no puede volver a pasar! —Las palabras brotaron de Julia con una fuerza inesperada, crudas y sin filtro—. Porque cada vez que te miro, lo recuerdo, y quiero... —Se interrumpió bruscamente, apretando la mandíbula mientras luchaba visiblemente por recuperar la compostura.

La confesión quedó flotando en el aire entre ellas, eléctrica e inestable. Ivy sintió que se le aceleraba el pulso, con una mezcla de victoria y consciencia en el pecho. Por fin había conseguido

resquebrajar la cuidada fachada de Julia y dejar al descubierto el deseo que ocultaba.

—¿Qué quieres? —la apremió, sin estar dispuesta a dejar que Julia se echase atrás.

Los ojos de Julia se encontraron con los suyos, despojados de su distancia profesional por primera vez desde que se habían reconocido en el piso franco. —No importa lo que yo quiera. Mi trabajo es mantenerla a salvo, no complicar una situación ya de por sí peligrosa con... distracciones.

—¿Eso soy para ti? ¿Una distracción?

—Sabes que eres más que eso —admitió Julia, tan bajo que Ivy casi no la oyó por encima del rugido constante de la tormenta—. Ese es el problema.

La confesión, por pequeña que fuera, cambió el ambiente entre ellas. Ivy había estado presionando en busca de una reacción, buscando grietas en la armadura de Julia, pero ahora se encontraba sin estar preparada para la vulnerabilidad que había dejado al descubierto.

—Julia... —empezó a decir, pero la interrumpió una repentina y violenta ráfaga de viento que sacudió toda la estructura de la cabaña. Las luces parpadearon una, dos veces, y luego las sumieron en la oscuridad.

En el súbito silencio de la falta de electricidad, todo lo que Ivy podía oír era la respiración de ambas y el incesante asalto de la tormenta.

—Qué oportuno —masculló Julia; su voz llegaba desde la oscuridad, más adelante—. No se mueva. Las luces de emergencia están en el cajón de la cocina.

Ivy oyó, más que vio, a Julia moverse por el espacio con una soltura propia de la práctica. Un instante después, un haz de luz rasgó la penumbra, iluminando el rostro de Julia con un marcado relieve. La máscara profesional había vuelto a su sitio; la breve ventana de sinceridad ya se había cerrado.

—La red eléctrica probablemente se ha sobrecargado por la tormenta —dijo Julia, toda profesionalidad de nuevo—. Tenemos que

prepararnos para la bajada de las temperaturas. Voy a encender el fuego.

Y así, sin más, el momento se había desvanecido, extinguido tan completamente como la electricidad. Ivy observó a Julia moverse con resuelta eficiencia por la cabaña, recogiendo leña, comprobando los suministros de emergencia y reforzando las contraventanas. El terreno emocional que habían ganado desapareció bajo las inmediatas cuestiones prácticas.

Pero algo había cambiado. La grieta en la armadura de Julia ya no podía pasarse por alto, la confesión no podía desoírse.

Ivy había presionado buscando una reacción, no una conexión. Ahora, inesperadamente, había vislumbrado ambas cosas, y se descubrió deseando más de cada una.

La cabaña se enfrió con una rapidez alarmante. Sin electricidad, el sistema de calefacción había dejado de funcionar, dejando solo la chimenea como defensa contra el frío de la montaña. Ivy se abrazó a sí misma, observando cómo su aliento formaba pequeñas nubes en el haz de la linterna de Julia.

—Tengo que revisar el resto de la cabaña —dijo Julia, entregándole a Ivy una segunda linterna—. ¿Puede empezar a coger las mantas?

La pragmática petición le pareció un salvavidas después de su cargado enfrentamiento. Ivy asintió, agradecida por tener una tarea que requería una concentración más allá de su tensión sin resolver.

Encontró una pila de mantas de lana en un baúl a los pies de la cama; su olor a humedad sugería que habían estado guardadas desde el invierno anterior. Mejor que nada. Las llevó de vuelta a la sala principal, donde Julia estaba arrodillada ante la chimenea, colocando metódicamente la yesca.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Ivy, dejando las mantas en el sofá.

Julia no levantó la vista. —Hay periódicos en esa cesta. Necesito algunos para encender el fuego.

Ivy los cogió y le ofreció las páginas sin decir nada. Sus dedos se rozaron durante el intercambio, un contacto accidental que no

debería haberse sentido tan significativo. Las manos de Julia estaban sorprendentemente cálidas a pesar del frío.

—Ya has hecho esto antes —observó Ivy mientras Julia construía con pericia una estructura para el fuego que parecía mucho más sofisticada que los intentos chapuceros de las pocas veces que Ivy había ido de acampada.

—Me enseñó mi abuelo. Creía en las habilidades prácticas. —Julia encendió una cerilla, y la pequeña llama le iluminó el rostro con cálidos tonos dorados antes de acercarla al periódico—. Los aparatos electrónicos fallan. El fuego es fiable.

La yesca prendió, y las llamas empezaron a trepar por la madera cuidadosamente dispuesta. En cuestión de minutos, el fuego proyectaba luces danzantes por la estancia principal de la cabaña y emanaba las primeras y tímidas olas de calor.

—Aun así, esta noche va a hacer frío —dijo Julia, levantándose y sacudiéndose las manos en los vaqueros—. El fuego ayuda, pero sin aislamiento, perderemos el calor rápidamente.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Ivy, sabiendo ya la respuesta, pero necesitando oír a Julia articularla.

—Tendremos que permanecer cerca del fuego. Compartir el calor corporal.

Incluso a la luz de la lumbre, Ivy pudo ver la incomodidad de Julia con la situación. En otras circunstancias, podría haber sido divertido: la controlada y profesional detective forzada a una proximidad que había estado evitando deliberadamente.

—No te preocupes —dijo Ivy, incapaz de resistirse—. Prometo no aprovecharme de la situación.

La mirada de Julia se clavó en la suya, inesperadamente cortante. —Esto no es una broma.

—Soy consciente. El humor es la forma que tenemos algunos de lidiar con el estrés. —Ivy colocó las mantas en el suelo frente a la chimenea, creando una cama improvisada—. Hay quien compartimentaliza. Otros se ríen. Todos tenemos nuestros mecanismos.

Julia pareció sopesarlo antes de asentir una vez. —Me parece justo. Aseguraré el perímetro mientras aún quede algo de luz.

Desapareció en las partes oscuras de la cabaña, con el haz de la linterna rebotando mientras comprobaba las ventanas y las puertas. Ivy se sentó en el nido de mantas, observando el fuego y escuchando la embestida incesante de la tormenta. El viento aullaba en las esquinas de la cabaña y las ramas de los árboles arañaban el tejado. El aislamiento de la montaña, que al principio le había parecido una ventaja táctica, ahora resultaba siniestro, un recordatorio de lo completamente aisladas que estaban.

Cuando Julia regresó, su expresión era sombría. —El arroyo que hay detrás de la cabaña está creciendo. Si se desborda, puede que tengamos que trasladarnos a un terreno más elevado. —Consultó su reloj—. Nos quedan quizás cuatro horas de luz. Después, tendremos que ahorrar las pilas de la linterna.

Ivy sintió una nueva oleada de claustrofobia. —Genial. Atrapadas, heladas y con una posible inundación. ¿Alguna otra buena noticia?

—El teléfono por satélite todavía tiene batería —ofreció Julia, acomodándose en el lado opuesto del lecho de mantas—. Y el fuego debería aguantar toda la noche si tenemos cuidado.

Se sentaron en silencio mientras la escasa luz del día seguía desvaneciéndose. El fuego crepitaba y chisporroteaba, y las sombras danzaban por las paredes como seres vivos. Fuera, la tormenta no daba señales de amainar, y la lluvia azotaba las ventanas con renovada furia cada vez que el viento cambiaba de dirección.

—Nunca me han gustado las tormentas —dijo Ivy al cabo de un rato, más para llenar el silencio que para compartir información—. Demasiado imprevisibles. Con demasiado potencial para causar daños.

Julia la miró, la luz del fuego reflejándose en sus ojos oscuros. —Hay gente que las considera purificadoras.

—¿Y tú?

Una leve pausa. —Yo respeto su poder.

Ivy se abrazó las rodillas, observando el fuego. —Eso no es una respuesta.

—No —admitió Julia—. No lo es. —Dudó y luego añadió—: El silencio después de una tormenta… eso es lo que me resulta

purificador. Cuando todo ha quedado limpio y el mundo está en calma.

Ese inesperado atisbo del paisaje interior de Julia fue como un regalo. Ivy lo examinó con cuidado, guardando ese conocimiento como un pequeño tesoro.

—¿Es eso lo que estás esperando conmigo? —preguntó en voz baja—. ¿La calma después de la tempestad?

Julia mantuvo la mirada fija en el fuego. —No sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabes. —Ivy se movió ligeramente para encararla de forma más directa—. Estás esperando a que testifique, a que Knox sea acusado y a que esta asignación termine. A que todo vuelva a la normalidad.

—¿No es eso lo que ambas queremos?

La pregunta quedó flotando en el aire entre ellas, cargada de implicaciones que ninguna de las dos parecía dispuesta a verbalizar. El fuego crepitaba en el silencio; un leño se desplazó y envió chispas chimenea arriba.

—Lo que quiero —dijo Ivy finalmente—, es entender por qué te empeñas tanto en negar lo que pasó entre nosotras.

—No estoy negando nada. —La voz de Julia se hizo más grave, casi perdida bajo el rugido constante de la tormenta—. Estoy haciendo mi trabajo.

—Tu trabajo no requiere una amputación emocional.

—En este caso, puede que sí. —Finalmente se giró para sostenerle la mirada a Ivy—. Si empiezo a pensar en ti en términos de lo que yo quiero en lugar de lo que necesitas para seguir viva, creo una vulnerabilidad. Un punto ciego. Un instante de vacilación que podría costarte la vida.

La sinceridad descarnada de su voz pilló a Ivy por sorpresa. No era la distancia profesional de la detective Scott, sino algo más personal.

—Julia…

—Lo he visto pasar —continuó Julia, como si detenerse significara no volver a empezar nunca—. En mi primer año de detective. Otro agente se implicó emocionalmente con un testigo.

Cometió un error. El testigo murió. —Volvió a mirar el fuego—. No dejaré que eso te pase a ti.

La confesión se instaló entre ellas, redefiniendo la percepción que tenía Ivy de los rígidos límites de Julia. No era solo protocolo, no solo profesionalidad, sino miedo genuino.

—Lo siento —dijo Ivy en voz baja.

—No lo sientas. Era un recordatorio que necesitaba.

La cabaña se había oscurecido; su mundo se contrajo al pequeño círculo de calor y luz creado por el fuego. La tormenta parecía ahora más lejana, su furia menos relevante que las silenciosas revelaciones que se desarrollaban entre ellas.

Ivy sintió que el frío se filtraba por las partes de su cuerpo que no recibían el calor directo del fuego. Se estremeció involuntariamente.

—Deberías acercarte más al fuego —dijo Julia, al darse cuenta de inmediato.

—Y tú también.

Ambas se movieron hacia el interior, y de repente el círculo de mantas pareció mucho más pequeño. Sus hombros se rozaron, y el contacto envió una sacudida de consciencia a través de Ivy.

—¿Mejor? —preguntó Julia, con la voz más áspera que momentos antes.

—Casi.

Julia cogió la manta de arriba, la desdobló y la colocó sobre los hombros de ambas sin hacer comentarios. La cobertura compartida las obligó a acercarse aún más, con los muslos tocándose y los brazos pegados del hombro al codo.

—Gracias —dijo Ivy, por la manta y por la confianza implícita en aquel pequeño gesto de conexión.

—Es solo práctico —replicó Julia, pero su tono tenía menos convicción que de costumbre.

El calor del fuego las envolvía, creando un capullo de calor y luz contra la fría oscuridad. Ivy se descubrió intensamente consciente de la respiración de Julia, del sutil aroma de su piel bajo el olor a leña de la cabaña, y del punto exacto donde sus cuerpos se unían.

—¿Qué pasará después? —preguntó Ivy, en un susurro—. Después de que testifique y Knox sea acusado.

Julia guardó silencio tanto tiempo que Ivy pensó que no le respondería. Cuando por fin habló, midió sus palabras.

—No lo sé. —Una pausa, y luego—: ¿Qué quieres que pase?

La pregunta sonó monumental, cargada de posibilidades que ninguna se había permitido considerar. Ivy se giró ligeramente y se encontró con que Julia ya la estaba mirando, con la luz del fuego proyectando sus rasgos en ámbar y sombras. Su máscara profesional se había desvanecido de nuevo, revelando algo que le cortó la respiración a Ivy.

—Creo —dijo Ivy lentamente— que quiero descubrir quién es Julia Scott cuando no está protegiendo a alguien.

Algo cambió en la expresión de Julia; vulnerabilidad y anhelo se hicieron visibles por un instante antes de ser cuidadosamente contenidos. Estaban tan cerca que Ivy podía sentir el calor de la respiración de Julia y ver el momento preciso en que su mirada se posó en los labios de Ivy.

El tiempo pareció suspenderse; la tormenta, el frío y el peligro retrocedieron ante la singular realidad de su proximidad. Ivy se inclinó ligeramente hacia delante, arrastrada por una inevitabilidad que se había ido gestando desde aquella noche en el Hotel Oceana.

La mano de Julia se alzó hasta quedar suspendida a escasos centímetros del rostro de Ivy. Durante un instante en que contuvo el aliento, Ivy pensó que iba a acortar esa última distancia.

Sin embargo, Julia se apartó, aunque el esfuerzo le resultó visiblemente doloroso. —No podemos —dijo, con la voz embargada por la contención—. No mientras estés bajo mi protección.

—Julia...

—Necesito mantener la objetividad para protegerte. —Las palabras sonaron ensayadas, un mantra repetido para afianzar su resolución—. Cuando esto acabe..., será diferente.

La promesa implícita en aquellas últimas palabras quedó suspendida en el aire entre ellas, sin ser ni una confesión ni una negativa.

—Cuando esto acabe —repitió Ivy, con una mezcla de aceptación y desafío en la voz.

Julia asintió una vez y luego volvió a mirar el fuego, aunque no se apartó del calor que compartían. Fuera, la tormenta continuaba su asalto, pero dentro de su pequeño círculo de luz, algo había cambiado: una verdad reconocida, aunque todavía no aceptada.

Se quedaron en silencio, rozándose los hombros, mientras la oscuridad reclamaba el mundo más allá de su frágil santuario.

6

JULIA

Julia abrió los ojos en la penumbra del alba; su cuerpo se puso en alerta antes de que su mente fuera del todo consciente. Se quedó completamente inmóvil, escuchando. La cabaña crujió con suavidad, asentándose después de la tormenta. Seguía lloviendo, pero el violento aguacero se había convertido en un repiqueteo constante contra el tejado de metal.

Había dormido a intervalos durante la noche, con el cuerpo entrenado para descansar sin bajar la guardia. Ivy seguía dormida en el nido de mantas frente a las brasas moribundas de la hoguera, con su pelo rubio miel desparramado sobre la almohada improvisada y las facciones suavizadas por el sueño.

Julia se levantó en silencio, procurando no mover la manta que habían compartido. El recuerdo de su casi beso persistía, una complicación que no podía permitirse y que no lograba lamentar del todo. Apartó ese pensamiento y se acercó a la ventana para evaluar la situación.

El bosque relucía con los vestigios de la tormenta, las ramas pesadas por la lluvia y la primera luz filtrándose a través de las nubes. Ningún movimiento extraño, ninguna señal de persecución.

Sin embargo, algo la había despertado, un instinto perfeccionado tras años de experiencia.

El teléfono por satélite vibró sobre la encimera: un mensaje, no una llamada. Julia lo cogió en silencio, tensándose ya por la inesperada comunicación. Morgan sabía que debía mantener silencio de radio a menos que…

El mensaje no contenía palabras, solo una secuencia de números: 24-7-12-19. Su código de emergencia. *Tiempo despejado, pero los pájaros migran temprano.* Traducción: Vigilancia detectada, proceder con cautela.

A Julia se le heló la sangre. Respondió con la secuencia de confirmación y se guardó el dispositivo. Su mente pasó de inmediato al modo de evaluación táctica: suministros, rutas de escape, posiciones defensivas. Tenían tal vez una hora antes de que quienquiera que las estuviera observando hiciera su movimiento, quizá menos.

Las dimensiones de la cabaña se contrajeron a su alrededor, y sus debilidades estratégicas de repente se volvieron flagrantes. Demasiadas ventanas. Salidas limitadas. La foresta circundante ofrecía ocultación para una aproximación. Tenía que despertar a Ivy, pero sin alarmarla. Todavía no.

Añadió leña al fuego, una actividad práctica que enmascaraba su estado de alerta mientras escudriñaba la linde del bosque a través de los pequeños huecos de las cortinas. La luz de la mañana reveló huellas recientes en el barro; no eran de animal, demasiado deliberadas. Alguien había rodeado la cabaña durante la noche, manteniéndose justo en la linde del bosque, donde el tejado de la cabaña le protegería de la lluvia.

Profesional. Paciente. Bien entrenado.

—Buenos días —dijo la voz de Ivy, ronca por el sueño, a su espalda.

Julia se giró, con cuidado de mantener una expresión neutra. —Por fin ha pasado la tormenta. —Se dirigió a la pequeña cocina y puso el café—. La carretera podría estar lo bastante despejada para que Morgan traiga los suministros al mediodía.

Ivy se estiró, haciendo una ligera mueca de dolor cuando sus músculos entumecidos protestaron. —¿Por favor, dime que hay agua caliente para una ducha?

—Debería. El depósito es pequeño, pero el sistema de propano parece intacto. —Los ojos de Julia volvieron a la ventana, captando un ligero movimiento en el borde del claro—. Tómate tu tiempo. No vamos a ir a ninguna parte de momento.

Ivy la estudió, con la cabeza ligeramente ladeada. —Pasa algo.

Julia dudó. Ivy era observadora, más que la mayoría de los testigos que había protegido. Intentar ocultarle la verdad solo generaría desconfianza.

—Tenemos compañía —dijo en voz baja, entregándole a Ivy una taza de café—. Morgan ha enviado un aviso. Alguien está vigilando la cabaña.

Para su crédito, Ivy no se dejó llevar por el pánico. Sus dedos se apretaron alrededor de la taza, pero su voz se mantuvo firme. —¿La gente de Knox?

—Es lo más probable. El patrón de movimiento sugiere formación militar o de algún cuerpo de seguridad especializado, lo que concuerda con lo que sabemos de su equipo de seguridad.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Ivy, alejándose de la ventana como Julia le había indicado sutilmente.

—Nos preparamos. En silencio. —Julia tomó un sorbo deliberado de su café, manteniendo una apariencia de normalidad mientras su mente clasificaba las prioridades—. Dúchate. Yo empezaré a reunir lo esencial. Cuando termines, hablaremos de la estrategia.

Ivy asintió, consciente de la necesidad de mantener la normalidad. —Pueden ver la cabaña. Se darán cuenta si de repente empezamos a correr de un lado para otro.

—Exacto. Mantenemos la rutina mientras nos preparamos para movernos. —Julia le sostuvo la mirada—. Hemos entrenado para esto.

El *nosotras* implícito no era exacto —Ivy no tenía entrenamiento táctico—, pero la conexión que creaba era deliberada. Estaban juntas en esto. Un equipo. La distinción entre protectora y testigo se difuminaba ante la amenaza inmediata.

Ivy desapareció en el cuarto de baño. La ducha empezó a sonar momentos después, con el agua corriendo por las viejas tuberías, proporcionando un ruido de cobertura para los preparativos de Julia. Esta se movió metódicamente por la cabaña, reuniendo los suministros esenciales: armas, munición, dispositivos de comunicación, raciones de emergencia. Todo fue a parar a las mochilas de emergencia que había preparado durante la noche, empaquetadas para obtener la máxima eficiencia con el mínimo peso.

Comprobó su arma reglamentaria. El cargador encajó en su sitio con un clic satisfactorio, un sonido que la ancló en el presente. Aquel era terreno conocido: evaluación de amenazas, respuesta táctica, protocolos de protección. La complejidad emocional de su conexión con Ivy retrocedía ante la claridad del peligro inmediato.

Julia volvió a la ventana, escudriñando sistemáticamente la linde del bosque, sector por sector. La sombra que había entrevisto se había desvanecido, pero sabía que seguían ahí fuera. Observando. Esperando. Depredadores pacientes acechando a una presa cautelosa.

El teléfono por satélite vibró de nuevo. Otro mensaje de Morgan: *Refuerzos a treinta minutos. Medios en posición para interceptar.*

Julia frunció el ceño. Morgan había desplegado recursos del departamento, lo que significaba involucrar a otros, creando una posible vulnerabilidad si la filtración se extendía más allá de lo que habían identificado. Pero necesitaban el apoyo. Dos contra un número desconocido de profesionales de Knox no era una situación que le gustara.

La ducha se detuvo. Julia se guardó el teléfono en el bolsillo y continuó con sus preparativos, manteniendo sus movimientos pausados por si las observaban a través de las ventanas. Acababa de asegurar la segunda mochila de emergencia cuando Ivy salió, con el pelo húmedo pero completamente vestida.

—¿Siguen ahí fuera? —preguntó Ivy en voz baja.

Julia asintió una vez. —Al menos dos, posiblemente más. Morgan va a enviar refuerzos, pero están a treinta minutos.

—¿Esperarán tanto tiempo? —La mente analítica de Ivy ya estaba calculando probabilidades.

—Depende de sus órdenes. —Julia le hizo un gesto a Ivy para que se sentara lejos de las ventanas—. Llevan observando el tiempo suficiente para establecer nuestra rutina. Si tuvieran órdenes de eliminar de inmediato, se habrían movido durante la noche.

—Así que están recopilando información.

—Lo más probable. Confirmando tu identidad, evaluando las medidas de seguridad, trazando las rutas de aproximación. —Los ojos de Julia no dejaban de moverse, vigilando constantemente la linde del bosque incluso mientras hablaba—. Knox quiere estar seguro.

—¿Cómo salimos de aquí? —preguntó Ivy, una cuestión práctica que las centró a ambas.

—Por la salida oculta del dormitorio, y luego bajando por el barranco. —Julia se acercó a su bolsa de equipo y extrajo lo que parecía una radio portátil—. Esto es una radiobaliza de localización personal. Si nos separamos, actívala. Morgan te encontrará.

Ivy cogió el dispositivo. —¿Y tú?

—Estaré a tu lado. —Julia consultó su reloj—. Tenemos aproximadamente veinte minutos antes de que lleguen los refuerzos. Necesitamos crear una distracción, algo que mantenga ocupado a quien sea que esté vigilando mientras nos vamos.

—La ducha —sugirió Ivy de inmediato—. Déjala abierta. Pensarán que sigo dentro.

Julia asintió, impresionada por su rapidez mental. —Bien. También pondremos luces y sonidos con temporizador para que parezca que nos movemos con normalidad dentro cuando en realidad ya nos hayamos ido.

Se dirigió a la pequeña cocina y empezó a preparar el desayuno deliberadamente; el olor a café y comida se extendió por las ventanas abiertas de la cabaña, creando una ilusión de normalidad.

—Voy a darte un arma —dijo Julia en voz baja, dándole la vuelta al beicon con una indiferencia ensayada—. Una Glock 19, como la mía. Cargador de quince balas y una en la recámara.

Ivy se tensó ligeramente. —No tengo entrenamiento…

—Apunta y aprieta el gatillo si se acercan lo bastante como para verles el blanco de los ojos. Es el último recurso. —Julia continuó preparando el desayuno como si nada—. Prefiero que la tengas y no la necesites.

La gravedad de la situación se cernió sobre ellas: los preparativos despreocupados del desayuno, la conversación mesurada, todo mientras la muerte aguardaba, posiblemente, en el bosque al otro lado de las ventanas. Dos mundos que existían simultáneamente: el mundano y el letal, separados por nada más que un cristal y una estrategia.

Julia le puso un plato delante a Ivy. —Come. Necesitaremos la energía.

Mientras Ivy daba un bocado deliberado, Julia percibió otro sutil movimiento en el linde del bosque; esta vez más pronunciado, menos cuidadoso. Se estaban preparando para actuar.

Se les acababa el tiempo.

Julia esperó a que Ivy terminara de comer para indicarle que había llegado la hora. Con una calma deliberada, recogió los platos y los dejó en el fregadero.

—He preparado una ruta hasta un segundo vehículo —dijo Julia mientras recogía el equipo de inteligencia—. Dos millas al este a través del barranco, y otra milla al norte hasta la pista forestal. La gente de Morgan creará una distracción para cubrir nuestra extracción, pero tendremos un margen de tiempo limitado.

Se movía por la cabaña con una precisión metódica, guardándose munición extra en los bolsillos de la chaqueta, asegurando los dispositivos de comunicación y cogiendo el botiquín de primeros auxilios. Sus movimientos eran eficientes y revelaban el entrenamiento táctico que constituía su base.

—¿Cuándo fue la última vez que corriste? —le preguntó, entregándole a Ivy una pequeña mochila.

—Ayer, contigo —replicó Ivy con sequedad—. Antes de eso… Nado. En el puerto, tres veces por semana.

—Bien. Aquí la resistencia importa más que la velocidad. Pisa exactamente donde yo pise. Mantente agachada. No te muevas hasta que yo te haga una señal. —Julia consultó su reloj—. La

distracción de Morgan empieza en doce minutos. Tenemos que estar en posición para entonces.

Ivy guardó su maletín con los documentos esenciales en la mochila, con movimientos mesurados y deliberados. Sin malgastar energía, sin pánico. Solo la concentración controlada de una mente acostumbrada a la presión.

—La ducha —dijo, dirigiéndose ya hacia el baño—. La pondré con agua caliente al máximo para que eche mucho vapor. Así se empañarán las ventanas y será más difícil ver si hay alguien dentro.

Julia asintió. —Bien. Yo prepararé el resto.

Mientras Ivy preparaba el engaño del baño, Julia preparó el interior de la cabaña. Un plato del desayuno dejado a la vista cerca de la ventana. Unas tazas de café colocadas para sugerir una conversación en curso. Una chaqueta sobre una silla como si se la acabaran de quitar. Pequeños detalles para mantener la ilusión de que estaba ocupada.

De su bolsa de equipo, sacó un pequeño dispositivo: una de las creaciones especiales de Morgan que reproduciría sonidos grabados a intervalos aleatorios. Puertas de armarios abriéndose y cerrándose. Pasos sobre el suelo de madera. Conversaciones amortiguadas. El equivalente sonoro a un truco de supervivencia que los excursionistas usaban para disuadir a los depredadores: parecer más grande de lo que se es.

—Lista —dijo Ivy, regresando del baño, de donde ahora salía una nube de vapor por debajo de la puerta.

Julia le entregó una chaqueta oscura. —Ponte esto. Se ve menos en el bosque.

Mientras Ivy obedecía, Julia llevó a cabo una última comprobación de seguridad, con la mente calculando variables y contingencias. Fuera, el bosque permanecía ominosamente quieto. Los vigilantes estaban siendo pacientes, quizá esperando sus propios refuerzos, quizá esperando órdenes.

—Casi es la hora —dijo Julia, mirando de nuevo su reloj—. El equipo de Morgan creará una distracción en la carretera principal, algo que atraerá la atención sin revelar su presencia. Cuando ocurra, nos moveremos.

Condujo a Ivy hasta el dormitorio y cerró la puerta tras ellas. La habitación era austera: una cama individual, una mesita de noche, una cómoda de madera. Nada que sugiriera la ruta de escape que Julia reveló entonces, apartando la cómoda para dejar al descubierto una pequeña puerta construida en la pared.

—Los dueños originales eran destiladores clandestinos —explicó ella, mientras manipulaba el sencillo pestillo—. Construyeron túneles de escape por si había redadas federales. Este lleva al barranco que hay detrás de la cabaña.

La puerta se abrió y reveló un pasadizo estrecho, apenas lo bastante grande para que un adulto se arrastrara por él. Salió una bocanada de aire viciado, con olor a tierra húmeda.

—Tú primero —ordenó Julia—. La sellaré detrás de nosotras.

Ivy dudó solo un instante antes de ponerse de rodillas y entrar en el pasadizo. Julia la siguió de inmediato, tirando de la cómoda para volver a colocarla parcialmente en su sitio con una cuerda atada a una de sus patas, y luego aseguró la puertecilla desde el interior. La oscuridad las envolvió, absoluta y desorientadora.

—Espera —susurró Julia, sacando una pequeña linterna. El estrecho haz de luz iluminó unos toscos soportes de madera y paredes de tierra; un túnel que, más que invitar al paso, parecía permitirlo a regañadientes.

En el reducido espacio, Julia se volvió sumamente consciente de la proximidad de Ivy: su respiración controlada, el sutil aroma de su champú bajo el persistente olor a humo de leña de la cabaña, la tensión que irradiaba su cuerpo. Julia apartó esa sensación y se centró en los parámetros de la misión: extracción, evasión, aseguramiento.

—No te separes —murmuró, guiándola por el estrecho pasadizo —. El túnel tiene unos cincuenta metros antes de desembocar en el barranco. Desde allí, tendremos la protección del bosque, pero tendremos que movernos rápido.

Se arrastraron en silencio, con la tierra oprimiéndolas. En dos ocasiones, el túnel se estrechó hasta el punto de que tuvieron que ponerse de lado para continuar. Julia mantuvo la vista al frente, ignorando la incomodidad primigenia de estar bajo tierra. Detrás de

ella, Ivy se movía con una agilidad sorprendente, igualando el ritmo de Julia sin quejarse.

—Ya casi estamos —susurró Julia al ver una luz que se filtraba por lo que parecían unas tablas sueltas más adelante. Apagó la linterna y aminoró la marcha, escuchando atentamente cualquier sonido que pudiera indicar un peligro al acecho a la salida del túnel.

Nada, salvo el suave repiqueteo de la lluvia persistente sobre las hojas y el lejano canto de un pájaro. Sonidos naturales. El bosque, inalterado.

Julia llegó a la salida y probó con cuidado la cubierta de madera. Se movió con facilidad, diseñada para no parecer más que escombros del bosque a simple vista. La apartó lo justo para asomarse, escudriñando el barranco de forma sistemática. Paredes de tierra empinadas y cubiertas de maleza. Árboles que ofrecían una cobertura moteada. Ni rastro de presencia humana.

—Despejado —susurró—. Iré primero y aseguraré la zona. Espera mi señal.

Sin esperar confirmación, Julia se deslizó por la abertura, su cuerpo pasando con fluidez de los confines del túnel a una posición táctica agazapada, propia de quien espera un contacto hostil. Pistola en mano, se movió en un círculo cuidadoso, cubriendo todos los ángulos de aproximación, antes de regresar a la entrada del túnel.

—Ven —le indicó tendiéndole una mano para ayudar a Ivy a salir.

Ivy salió a la luz de la mañana, parpadeando rápidamente mientras sus ojos se adaptaban. El barranco se extendía ante ellas, un canal natural que descendía por el bosque y ofrecía tanto cobertura como una ruta clara para alejarse de la cabaña.

—Seguiremos el barranco —le indicó Julia en voz baja—. Muévete solo cuando yo me mueva. Párate cuando yo me pare. Si me tiro al suelo, te tiras al suelo. ¿Entendido?

Ivy asintió, con la determinación grabada en sus facciones. La académica había desaparecido, reemplazada por alguien dispuesta a luchar por su supervivencia. Julia sintió una oleada de respeto que rápidamente canalizó en concentración.

A lo lejos, un estruendo sordo resonó por el bosque: la distracción de Morgan, justo a tiempo. Inmediatamente después, el

leve sonido de motores de vehículos arrancando se propagó entre los árboles.

—Ahora —dijo Julia, y comenzaron su descenso por el barranco, dejando atrás el refugio comprometido.

El barranco se estrechaba a medida que descendían, y sus laderas se volvían más empinadas a cada metro. Julia se movía con una eficiencia consumada, colocando cada pie deliberadamente en el terreno resbaladizo. Detrás de ella, Ivy igualaba su ritmo, manteniendo la distancia precisa que Julia había establecido: lo bastante cerca para comunicarse, lo bastante lejos para poder moverse de forma independiente si era necesario.

La lluvia había transformado el suelo del bosque en un terreno traicionero de raíces al descubierto y barro absorbente. Por dos veces, Ivy estuvo a punto de caer, y tuvo que agarrarse a las ramas que sobresalían. Julia registró cada traspié sin volverse, calculando la resistencia de Ivy en comparación con la distancia que quedaba hasta el punto de extracción.

Avanzaban a buen ritmo. Demasiado bueno.

Julia aminoró el paso, con un instinto que le erizaba la piel. El barranco que tenían delante giraba bruscamente a la derecha, creando un ángulo muerto: un cuello de botella natural, ideal para una emboscada. Levantó el puño, la señal universal para detenerse.

Ivy se quedó helada al instante, con la respiración controlada a pesar del esfuerzo del descenso. Julia sintió una nueva oleada de respeto por su capacidad de adaptación; puede que careciera de entrenamiento táctico, pero poseía algo igual de valioso: la habilidad para seguir órdenes sin dudar cuando era importante.

Julia le hizo un gesto a Ivy para que no se moviera y avanzó sola, acercándose a la curva con el sigilo que para ella era ya instintivo. Apoyó la espalda contra la pared del barranco, notando el lodo frío en los hombros, y escuchó.

Nada más que los sonidos del bosque: el goteo de la lluvia en las hojas, el susurro de las ramas sobre sus cabezas, el suave murmullo del agua que buscaba su camino ladera abajo. Sin embargo, su instinto le gritaba que había peligro.

Avanzó con cautela, lo justo para asomarse por la curva. El barranco continuaba su descenso, ensanchándose en lo que parecía ser un pequeño claro donde un pino caído había creado un puente natural sobre la hondonada, cada vez más profunda.

Y en ese puente, una figura esperaba, inmóvil, paciente, vigilando el camino que tendrían que tomar.

Profesional. Exmilitar, a juzgar por su posición: líneas de visión óptimas, múltiples vías de escape, cobertura natural. La ropa oscura se fundía con la corteza húmeda del pino, haciendo que la figura fuera difícil de distinguir del propio bosque. No era un equipo de persecución cualquiera. Un recurso especializado. Un asesino.

Julia se retiró en silencio y regresó adonde esperaba Ivy.

—¿Problemas? —susurró Ivy, leyendo la respuesta en la expresión de Julia antes de que pudiera hablar.

—Hay un operativo delante —replicó Julia, con voz apenas audible—. Está posicionado para interceptarnos. Necesitamos una ruta alternativa.

Inspeccionó las paredes del barranco, sopesando las opciones. A su derecha, el talud se alzaba casi en vertical, sin ofrecer un camino viable. A la izquierda, una pendiente un poco menos pronunciada presentaba una subida posible, aunque difícil.

—¿Podemos volver atrás? —preguntó Ivy.

—Negativo. Es probable que un segundo equipo nos esté siguiendo el rastro. —Julia señaló con la cabeza el talud de la izquierda—. Subiremos y lo rodearemos. El terreno será inestable, solo raíces y rocas. Sigue exactamente mis pasos.

Sin esperar respuesta, Julia comenzó el ascenso, usando las raíces de los árboles como agarres. El lodo convertía cada presa en una apuesta; algunas raíces se mantenían firmes, otras se desprendían a la más mínima presión. Probaba cada punto de apoyo antes de cargar su peso, creando un camino seguro para que Ivy la siguiera.

A medio camino de la cima del talud, una raíz se arrancó del barro con un suave sonido de succión. El pie de Julia resbaló, provocando una cascada de pequeñas piedras ladera abajo. El ruido pareció atronador en el silencio del bosque.

Abajo, Ivy se apretó contra el talud, paralizada. Ambas esperaron, atentas a cualquier indicio de que el operativo las hubiera oído.

El silencio se mantuvo durante tres latidos. Cuatro. Cinco.

Entonces, el inconfundible sonido de movimiento al otro lado de la curva: unos pasos rápidos y decididos se acercaban a su posición.

—Arriba. Ahora —ordenó Julia, abandonando el sigilo por la velocidad.

Treparon por lo que quedaba de talud, con las manos y la ropa cubiertas de barro. Julia fue la primera en llegar a la cima; se tiró cuerpo a tierra y desenfundó el arma en un único y fluido movimiento. Abajo, Ivy forcejeaba en los últimos metros, donde las raíces expuestas escaseaban.

—La mano —indicó Julia, extendiendo el brazo mientras mantenía la posición de tiro con el otro.

Los dedos de Ivy se cerraron en torno a su muñeca justo cuando el agente apareció en el recodo del barranco. Desde su posición elevada, Julia tenía una vista despejada de su perseguidor: un hombre de unos treinta años con la complexión compacta de alguien entrenado para la resistencia, no para la galería. Sus movimientos eran medidos y sus ojos no dejaban de escudriñar el entorno.

Vio la alteración en el barro de inmediato y su mirada recorrió el terraplén hasta el lugar por donde habían subido.

Julia apretó con más fuerza la muñeca de Ivy, tirando de ella el último tramo hasta terreno llano. —Muévete —susurró, mientras se incorporaba hasta ponerse en cuclillas—. A las diez, a unos treinta metros.

Huyeron a través de la maleza, abandonando la relativa comodidad del sendero del barranco para adentrarse en la espesura del bosque. Detrás de ellas, el agente inició su propio ascenso.

Un tronco caído les proporcionó un escondite momentáneo. Julia se dejó caer tras él, arrastrando a Ivy consigo.

—Está solo —evaluó, mientras comprobaba su arma rápidamente —. Seguramente tenga comunicación con el equipo principal. Si conseguimos neutralizarlo antes de que informe de nuestra posición...

—¿Cómo? —preguntó Ivy, con la voz firme a pesar de su respiración agitada.

La mente de Julia repasó a toda velocidad las opciones, descartándolas una por una por ser demasiado arriesgadas teniendo que proteger a Ivy. El procedimiento estándar sería mantener la distancia, evitar el enfrentamiento y llegar al punto de extracción. Pero el procedimiento estándar daba por hecho que tendrían terreno despejado y recursos de apoyo. Allí no tenían ni lo uno ni lo otro.

—Nos separamos —decidió—. Yo lo distraeré. Tú continúa hacia el noreste, siguiendo la ruta que te enseñé en el mapa. El Jeep está oculto bajo una lona de camuflaje cerca del cruce del camino forestal.

—¿Quieres que te deje sola? —La expresión de Ivy se endureció —. Ni hablar.

—Esto no es un debate.

—Tienes razón, no lo es. —Ivy miró a su alrededor, luego cogió una rama caída del largo de su brazo y comprobó su peso—. No estoy entrenada, pero tampoco soy una inútil.

Antes de que Julia pudiera responder, un movimiento a su derecha desvió su atención de la discusión. El agente se acercaba rápido, era más hábil rastreando de lo que había previsto.

—No te levantes, rodea por la izquierda a mi señal —le indicó Julia, aceptando los nuevos parámetros—. Cuando se centre en mí, te acercas por detrás. Una oportunidad. Haz que cuente. Ivy asintió, agarrando la rama con los nudillos blancos por la tensión.

El agente se detuvo a treinta metros, con la cabeza ladeada mientras escuchaba. Julia reconoció la táctica; a veces, el silencio revelaba más que una búsqueda activa. Se quedó completamente quieta, controlando la respiración hasta hacerla casi inaudible.

A su lado, Ivy siguió su ejemplo, convirtiéndose en una estatua tras el tronco caído. El único sonido entre ellas era el suave repiqueteo de las gotas de lluvia sobre las hojas.

El agente avanzó con cautela, con el arma desenfundada pero baja, una técnica profesional que evitaba recortar su silueta contra el fondo del bosque. Veinte metros. Quince. Diez.

Julia buscó la mirada de Ivy, asintió una vez y salió de su escondite disparando dos tiros precisos; no para acertar, sino para dirigir al agente hacia la posición de Ivy.

La emboscada debería haber funcionado. Habría funcionado contra un agente cualquiera. Pero mientras el hombre se lanzaba a cubierto, Julia percibió el destello de reconocimiento en sus ojos; no era sorpresa ante el ataque, sino familiaridad con la táctica.

Exagente de la ley. Concretamente, formación policial.

Julia se dio cuenta en el mismo instante en que el agente se recuperaba, encarándola con su arma con una precisión avezada. El tiempo se comprimió con una claridad cristalina. Julia tenía que elegir: mantener su posición, mejor cubierta, o salir al descubierto para atraer el fuego lejos de donde esperaba Ivy.

No había elección posible.

Se lanzó de lado, exponiendo su posición mientras volvía a disparar para forzar la atención del agente. Él siguió su movimiento, girando el arma en un arco controlado.

Detrás de él, Ivy se alzó como un espíritu vengador, con la rama en alto.

La rama impactó con un crujido espeluznante. El agente se desplomó hacia delante y el arma se disparó inofensivamente contra el suelo del bosque. Antes de que pudiera recuperarse, Julia ya estaba sobre él, clavándole la rodilla en la parte baja de la espalda mientras le quitaba el arma.

—Las bridas. Bolsillo izquierdo —le indicó a Ivy, que inmediatamente rebuscó en su mochila y sacó las sujeciones.

Julia le ató las muñecas al agente y luego le dio la vuelta. Un hilo de sangre manaba de un corte en la línea del pelo, donde había impactado el arma improvisada de Ivy. Los ojos del hombre permanecían desenfocados, con la consciencia flaqueando.

—¿Quién le ha enviado? —exigió Julia con voz dura—. ¿Knox directamente o alguien de dentro del departamento?

Los ojos del agente se enfocaron por un momento. Una sonrisa, fría y profesional, se dibujó en su rostro. —Usted ya sabe cómo funciona esto, Scott. Nosotros no hablamos.

Julia se quedó inmóvil. Sabía su nombre. No solo su cargo, no solo su misión. A ella, en concreto.

—¿Cómo...?

—¿Cree que Knox no tiene un expediente de cada detective de Phoenix Ridge? —La risa del hombre fue más bien una tos, húmeda y forzada—. Sobre todo de los que podrían convertirse en un problema. La gran Julia Scott. Tercera generación de policías. Un historial impecable. Demasiado impecable. Demasiado limpio. Pone nerviosa a la gente.

Julia mantuvo una expresión neutra, pero su mente iba a mil por hora. El agente no solo estaba entrenado como los del PRPD, sino que conocía detalles sobre ella. Detalles personales. La filtración era más grave de lo que habían pensado.

—Tenemos que movernos —dijo Ivy, escudriñando el bosque con una percepción recién agudizada—. No estará solo.

La sonrisa del agente se ensanchó. —Una mujer lista. Más lista que su perra guardiana.

Julia procesó las opciones tácticas estándar, descartando cada una tan rápido como se le ocurría. Con un número desconocido de hostiles persiguiéndolas y un departamento comprometido, el procedimiento habitual era un lujo que no se podían permitir.

—Lo dejamos aquí —decidió—. Atado, pero vivo.

Ivy enarcó una ceja. —Les dirá por dónde hemos ido.

—Por eso no vamos a ir por donde él espera. —Julia registró rápidamente al agente y le quitó una radio, un cargador de repuesto y un cuchillo táctico—. Nos está cazando basándose en los protocolos del departamento: rutas de extracción estándar, pisos francos conocidos. Vamos a cambiar las reglas del juego.

Se guardó el equipo y se levantó, oteando los alrededores. —Noreste, a toda prisa. El Jeep está a menos de un kilómetro.

Dejaron al agente atado al tronco de un árbol, con un vendaje de campaña básico en la herida de la cabeza. Suficiente para asegurar su supervivencia, pero no para acelerar su recuperación. Julia marcó un ritmo brutal a través del bosque, ya sin preocuparse por el sigilo ahora que su presencia estaba confirmada. La velocidad se convirtió en la prioridad.

La revelación del agente había alterado sus cálculos tácticos. No solo su ubicación, sino también su identidad había quedado comprometida. La gente de Knox no solo estaba cazando a un testigo; estaban cazando a Julia Scott en concreto.

—Estás pensando en voz alta —dijo Ivy mientras se abrían paso por una densa zona de maleza—. ¿A qué se refería? Con eso de que pones nerviosa a la gente.

—Luego —contestó Julia—. Concéntrate en el terreno.

Salieron de la linde de los árboles a un camino forestal abandonado, poco más que dos roderas de neumáticos a medio reclamar por la naturaleza. Julia se orientó, miró el reloj y luego giró a la izquierda.

A unos cincuenta metros, parcialmente oculta bajo ramas caídas y una lona de camuflaje, apenas se distinguía la silueta de un vehículo. Julia se acercó con cautela, buscando señales de manipulación antes de retirar la lona para revelar un Jeep Wrangler de un modelo antiguo.

—¿Lo ha preparado Morgan? —preguntó Ivy, respirando con dificultad por la rápida carrera a través del terreno escarpado.

—No. Un recurso personal. —Julia comprobó los bajos del vehículo y el capó antes de sacar una llave de una caja magnética oculta en el guardabarros—. Fuera de los registros del departamento. A nombre de una empresa fantasma que creé hace cinco años.

Ivy arqueó las cejas. —Te has estado preparando para algo como esto.

—Me preparo para las contingencias —dijo Julia mientras abría la puerta del copiloto—. Entra.

El Jeep arrancó a la primera y el rugido del motor resultó incómodamente ruidoso tras el silencio relativo del bosque. Julia consultó brevemente el teléfono por satélite y tomó nota de las coordenadas de extracción que Morgan le había transmitido.

—El equipo de Morgan nos espera en el punto de encuentro de la cresta sur —dijo, metiendo una marcha—. Son veinte minutos en coche, suponiendo que las carreteras estén despejadas.

—¿Es prudente? —Ivy se abrochó el cinturón de seguridad—. Si el departamento está comprometido...

—Morgan no lo está —afirmó Julia, sin admitir réplica—. Es la única en la que confío plenamente.

Avanzaron lentamente por la pista forestal, con la suspensión del Jeep absorbiendo lo peor de las roderas y los baches. Julia conducía con la intensa concentración que aplicaba a todo: revisaba constantemente los retrovisores, escudriñaba los límites del bosque y catalogaba las posibles amenazas y vías de escape.

Pasaron cinco minutos. Diez. La pista forestal empezó a ensancharse y el firme fue mejorando a medida que se acercaban al cruce con una carretera comarcal. Julia sintió que sus hombros se destensaban ligeramente. Si llegaban a la carretera principal, sus posibilidades mejorarían considerablemente.

En el asiento del copiloto, Ivy se había quedado en silencio, con la mirada fija en el retrovisor.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia, al percibir la sutil tensión en la postura de Ivy.

—Probablemente nada —dijo Ivy, sin sonar convencida—. Solo una sombra en la carretera, detrás de nosotras. Ya no está.

Julia miró su propio retrovisor, sin ver más que la carretera vacía. Aun así, los instintos de Ivy habían demostrado ser fiables. Pisó ligeramente el acelerador para aumentar la velocidad.

La pista forestal describía una curva cerrada a la derecha justo antes del cruce con la carretera. Al tomar la curva, a Julia se le cortó la respiración. Un todoterreno negro estaba parado al ralentí en la intersección, bloqueándoles la salida.

—Agárrate —le advirtió, dando un volantazo brusco a la izquierda. El Jeep se salió de la pista forestal para meterse en un camino de servicio que ella había visto momentos antes: más estrecho, más escarpado, pero una ruta alternativa.

Detrás, el motor del todoterreno rugió. Julia aceleró, forzando el Jeep al límite mientras las ramas arañaban las ventanillas. El vehículo más pequeño tenía ventaja en la estrecha pista, pero el todoterreno tenía más potencia y conductores profesionales.

—Nos estaban esperando —dijo Ivy, apoyándose en el salpicadero mientras el coche botaba al pasar por una serie de baches—. ¿Cómo lo sabían?

—El agente tuvo tiempo de comunicar por radio nuestra dirección —Julia miró por el retrovisor, vislumbrando el todoterreno que las perseguía a través de los huecos en el follaje—. O han interceptado las comunicaciones de Morgan sobre el punto de extracción.

El camino de servicio dio paso a otra pista forestal, más ancha pero aún sin asfaltar. Julia aceleró y el barro salpicó de los neumáticos cuando el Jeep derrapó ligeramente antes de agarrarse a la superficie.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ivy, con la voz sorprendentemente firme a pesar de la accidentada marcha.

—Lejos del punto de encuentro. —Julia tomó una decisión en una fracción de segundo, girando a la derecha donde el mapa que había memorizado indicaba que el camino se bifurcaba—. No voy a llevarlos hasta Morgan.

—¿Así que estamos solas?

—Por ahora.

El todoterreno volvió a aparecer en su retrovisor, más cerca esta vez. Se veían dos hombres en los asientos delanteros, y posiblemente más detrás. Conductores de persecución profesionales, que ganaban terreno a pesar de la dureza del firme.

La mente de Julia repasó a toda velocidad las opciones, cada una menos atractiva que la anterior. Al Jeep le quedaba poco combustible. Las carreteras acabarían llevando a la civilización, donde los daños colaterales se convertían en una preocupación. Continuar la persecución solo retrasaba el inevitable enfrentamiento.

—Tenemos que desaparecer —dijo, con los ojos fijos en la carretera mientras su mente trazaba una ruta de escape—. Hay una vía de servicio a tres kilómetros que conecta con la carretera del sur. Si podemos llegar a ella sin que vean hacia dónde giramos...

—¿Y entonces qué? ¿Otro piso franco? —La pregunta de Ivy no contenía ninguna crítica, solo una evaluación práctica—. Si el departamento está comprometido, ningún lugar oficial es seguro.

—A un piso franco no —decidió Julia, mientras el plan se materializaba con sus palabras—. A mi piso.

Ivy se le quedó mirando. —¿Es prudente?

—Es el último lugar donde buscarán. La gente de Knox esperará que sigamos el protocolo. No se imaginarán que vayamos a desaparecer del mapa por completo —Julia volvió a mirar por el retrovisor. El todoterreno se había quedado ligeramente rezagado en un tramo especialmente accidentado de la carretera—. Y mi edificio tiene medidas de seguridad que la mayoría de los pisos francos no poseen.

El antiguo parque de bomberos reconvertido, con sus gruesos muros de ladrillo y sus puntos de acceso limitados. Las puertas y ventanas reforzadas que había instalado ella misma. La ruta de escape a través del edificio contiguo que había preparado cuando se mudó. Medidas de seguridad nacidas de la misma preparación cautelosa que había dado lugar a la sociedad instrumental y al Jeep oculto.

—Realmente has pensado en todo —observó Ivy, con un matiz de algo parecido al respeto en la voz.

—No en todo —admitió Julia—. Solo en las variables que puedo controlar.

El camino de servicio apareció más adelante, apenas visible entre los árboles: un brusco giro a la izquierda que sería fácil pasar por alto si no sabías que existía. Julia redujo la velocidad una fracción, calculando la distancia que la separaba de sus perseguidores.

—Cuando tome la curva, agáchate en el asiento —le indicó—. Tienen que creer que hemos seguido recto.

Julia esperó a que el todoterreno desapareciera momentáneamente tras una curva y entonces giró con precisión. El Jeep botó al entrar en el camino de servicio, aún más estrecho, y las ramas arañaron los laterales mientras se adentraban en el bosque.

—Quédate agachada —advirtió Julia, acelerando por la pista irregular a pesar del castigo que le infligía a la suspensión del Jeep.

A través de los claros entre los árboles, alcanzó a ver la pista forestal principal que habían abandonado. El todoterreno apareció,

continuando recto y pasando de largo su desvío oculto, sin saber que habían elegido un camino diferente.

Julia mantuvo la velocidad durante otra milla y media antes de permitirse respirar. —Estamos a salvo. Por ahora.

Ivy se enderezó en su asiento. —¿Cuánto falta para llegar a la autopista?

—Ocho kilómetros por este camino de servicio. Luego hacia el sur, a la ciudad —Julia calculó tiempo y distancia—. Podemos estar en mi piso en noventa minutos si no nos detectan.

—¿Y si lo hacen?

—Entonces, improvisaremos —las manos de Julia se aferraron con más fuerza al volante—. Otra vez.

La adrenalina de la persecución se estaba desvaneciendo, dando paso a que las implicaciones de las palabras del agente resurgieran. Knox tenía un expediente sobre ella. Sabía su nombre. Posiblemente la había elegido como objetivo específico. La filtración en el departamento era más profunda de lo que habían temido en un principio.

—Alguien lleva mucho tiempo filtrando información a Knox —dijo, expresando la conclusión en voz alta—. No solo sobre tu testimonio. Sobre el departamento… y sobre mí.

—Pero ¿por qué escogerte a ti como objetivo? A no ser que… —sus ojos se abrieron un poco más—. A no ser que supieran que te asignarían a mi dispositivo de protección. Antes de que ocurriera.

La implicación se instaló entre ellas, pesada e inquietante. Alguien lo bastante alto en el departamento de policía de Phoenix Ridge como para influir en las asignaciones de protección. Alguien con acceso a expedientes personales y procedimientos tácticos.

—No podemos fiarnos de nadie —concluyó Julia—. No hasta que identifiquemos la fuente.

—¿Ni siquiera de Morgan?

Julia vaciló; la pregunta la había tocado más de cerca de lo que quería admitir. —De Morgan me fío. De nadie más.

Se sumieron en el silencio mientras el Jeep avanzaba a trompicones por el camino de servicio, cada una perdida en sus

propios cálculos. El bosque fue clareando a medida que se acercaban a la autopista, y la civilización invadía el terreno salvaje.

La decisión de Julia de llevar a Ivy a su piso no era solo estratégica; era personal. Una ruptura de los rígidos límites que había establecido entre el deber profesional y la vida privada. Otra línea cruzada en una misión que ya había desdibujado demasiadas.

Pero con los recursos del departamento comprometidos y la gente de Knox demostrando un conocimiento exhaustivo de los protocolos habituales, el lugar más seguro era un sitio impredecible. Un lugar donde pudieran reagruparse, reevaluar la situación y planificar su siguiente movimiento.

Un lugar donde a nadie se le ocurriría buscar a una detective que siempre seguía las normas.

7

IVY

Ivy estaba de pie en el centro del apartamento de Julia, catalogando los detalles. La antigua estación de bomberos rehabilitada respiraba historia: paredes de ladrillo visto, techos altos con las vigas originales, ventanales industriales que filtraban la luz de la tarde a través de los cuarterones.

Julia se movía a su alrededor con eficientes círculos, echando los cerrojos y comprobando las líneas de visión.

—El perímetro está despejado —anunció Julia, guardando su arma reglamentaria en la funda—. Deberíamos estar seguras aquí de momento.

Ivy asintió distraídamente, con la atención atrapada por las contradicciones que la rodeaban. Precisión militar en la disposición de los muebles: nada que bloqueara las rutas de escape, todo colocado para una visibilidad óptima. Sin embargo, encontró una calidez sorprendente en lugares inesperados: una manta tejida a mano sobre un sofá de cuero, una colección de clásicos muy leídos en una pequeña estantería y un tocadiscos antiguo bajo la ventana.

—Tienes discos —observó Ivy, acercándose a la colección guardada en una sencilla caja de madera. Los ojeó: la mayoría eran

de música clásica, con algo de jazz—. Vinilos de verdad. No es la típica decoración milenial, la verdad.

—De mi abuelo —respondió Julia sin dar más detalles, y desapareció en lo que parecía ser un cuarto de baño con un pequeño botiquín.

Ivy continuó su exploración. Una colección de rocas volcánicas ordenadas por tamaño en el alféizar de una ventana. Una fotografía enmarcada de tres generaciones de mujeres con uniformes de la policía de Phoenix Ridge. Un pequeño huerto de hierbas aromáticas en el balcón que se veía por la ventana lateral —albahaca, romero, tomillo—, meticulosamente cuidado pero rara vez utilizado, a juzgar por su tamaño.

Al igual que su dueña, el apartamento se revelaba con cautela, midiendo lo que desvelaba.

La puerta del baño se abrió y Julia salió con un paño húmedo presionado en el antebrazo, donde una rama le había rasgado la piel durante la huida. —Hay una camiseta limpia y unos pantalones de chándal en la cama si quieres cambiarte. El baño es todo tuyo.

—Gracias —Ivy dudó y luego añadió—: Estás sangrando.

Julia se miró el brazo. —No es nada. Solo una herida superficial.

—Déjame —Ivy cruzó la habitación y le cogió el paño de entre los dedos a Julia, que no opuso resistencia. La herida no era grave, pero necesitaba una limpieza—. Siéntate.

Para su sorpresa, Julia obedeció y se sentó en un taburete de la cocina. Sus dedos se rozaron durante el intercambio, provocando que una sensación de plena consciencia le recorriera la piel a Ivy. Se concentró en la tarea, limpiando la herida con metódica precisión.

—Has hecho esto antes —observó Julia.

—Mi doctorado no venía con un equipo médico personal —respondió Ivy con sequedad—. Fui voluntaria en un refugio para mujeres durante el posgrado. Los primeros auxilios básicos formaban parte de la formación.

Los ojos de Julia la estudiaron con renovado interés, como si estuviera encajando esa información en el expediente mental que mantenía sobre Ivy Monroe, testigo clave y objetivo de protección. Y

rollo de una noche, aunque ese detalle parecía deliberadamente omitido de sus cálculos.

—Ya está —dijo Ivy, asegurando el vendaje—. No es medicina de urgencias, pero aguantará.

—Gracias —Julia se levantó, restableciendo de inmediato la distancia física—. Informaré a Morgan, le haré saber que hemos cambiado de ubicación.

La adrenalina de su huida por el bosque se estaba desvaneciendo, dejando tras de sí un agotamiento que le calaba hasta los huesos. Ivy recogió las cosas que Julia le había ofrecido y se retiró al baño, cerrando la puerta con un suave clic que por un momento pareció definitivo.

Cuando salió después de ducharse, Julia estaba de pie junto a la encimera de la cocina, con dos tazas de café humeante frente a ella. También se había cambiado; llevaba unos vaqueros oscuros y una sencilla camiseta negra con cuello de pico que dejaba al descubierto las marcadas líneas de sus clavículas.

—Morgan está implementando contramedidas —dijo Julia, empujando una taza hacia Ivy—. Está pasando información diferente a distintas unidades para identificar la filtración.

—¿Y hasta entonces?

—Nos quedamos aquí. Fuera del radar, sin dejar rastro.

Ivy rodeó la cálida cerámica con las manos. —¿Tu apartamento es seguro? Si Knox tiene un expediente sobre ti…

—Mi dirección oficial es un piso de alquiler en el centro en el que nunca he vivido —respondió Julia—. Este sitio es propiedad de una sociedad pantalla con tres niveles de separación entre ella y yo. Las únicas personas que saben que vivo aquí son Morgan y mi familia.

Ivy enarcó una ceja, impresionada. —¿Paranoica o preparada?

—¿Hay alguna diferencia?

Mientras se sentaban a la pequeña mesa con la pasta preparada a toda prisa, la mirada de Ivy se posó en un juego de ajedrez colocado en una balda bajo una ventana, con las piezas a mitad de partida.

—¿Juegas? —preguntó, señalando el tablero con la cabeza.

Julia levantó la vista del plato. —A veces. Sobre todo contra mí misma.

—¿Con blancas o con negras?

—Con ambas. Es una buena práctica de estrategia.

Claro que lo era. No por placer ni por relajarse, sino como entrenamiento. Ivy se acercó para examinar el tablero. —Las blancas han sacrificado un alfil para dejar expuesta a la reina negra. Una vulnerabilidad deliberada para crear una oportunidad. —Sus ojos se encontraron con los de Julia a través de la cocina—. Estás calculando si el riesgo merece la pena.

Por un momento, la cuidada máscara de Julia se resquebrajó, revelando algo crudo, casi herido, en su interior. Pero desapareció al instante y la compostura profesional volvió a imponerse.



Mientras recogían los platos, la mano de Ivy rozó la de Julia al pasarle un plato. El breve contacto le envió una descarga eléctrica por el brazo, un recuerdo físico demasiado potente como para ignorarlo. La leve inspiración de Julia confirmó que ella también lo había sentido, aquella corriente entre ellas que se negaba a disiparse a pesar de las barreras profesionales.

—Gracias por la cena —dijo Ivy, deliberadamente informal—. Y por la ducha. Y la ropa.

—Protocolo estándar para la protección de testigos.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Solo una testigo?

Las manos de Julia se detuvieron en el plato que estaba secando. —Sabes que no es tan sencillo.

—En realidad, no sé nada de lo que soy para ti —replicó Ivy, las palabras saliendo con más dureza de la que pretendía—. Has tenido mucho cuidado de no aclararlo.

Antes de que Julia pudiera responder, su teléfono vibró con un mensaje. —Morgan. Trae provisiones y los expedientes de tu caso. Llega en diez minutos.

El momento se fracturó y la realidad se apresuró a llenar el espacio entre ellas. Ivy asintió y retrocedió para dejarle a Julia sitio para moverse. La conversación no había terminado, simplemente estaba en pausa. Las preguntas seguían ahí, flotando en el aire entre ellas, esperando respuestas que ninguna de las dos parecía dispuesta a articular del todo.

«Cuestión de tiempo», pensó Ivy, observando cómo Julia comprobaba su arma y se dirigía hacia la ventana. «Solo es cuestión de tiempo».

Morgan entregó los suministros con su eficiencia característica, sus agudos ojos observando la proximidad de Ivy y Julia con un interés apenas disimulado. Había traído lo esencial: ropa, equipo de comunicaciones encriptado, armamento adicional y, lo más importante, los expedientes del caso de Ivy de su almacén seguro.

—El señuelo ha funcionado —informó Morgan, descargando la última bolsa en la encimera de la cocina de Julia—. La gente de Knox está registrando el cuadrante este. El comisario Marten tiene tres flujos de información distintos recorriendo el departamento para identificar al topo.

Julia asintió, de pie y con los brazos cruzados, con el peso equilibrado sobre las puntas de los pies. —¿Novedades sobre la cabaña?

—La han peinado después de que se fueran ustedes. No hay señales de que encontraran el túnel de escape. —La mirada de Morgan se desvió de nuevo entre ambas, con una pregunta implícita en sus ojos que no verbalizó—. Debería volver.

Las mujeres intercambiaron una breve y cargada mirada, la comunicación no verbal de dos compañeras que confiaban implícitamente la una en la otra. Entonces Morgan se marchó, dejando a Julia echando los cinco cerrojos de su puerta.

—Tu compañera es observadora —señaló Ivy, examinando ya las cajas de pruebas precintadas que Morgan había traído—. Sospecha algo.

—Morgan se fija en todo. Eso es lo que la hace buena en su trabajo —respondió Julia sin dar más detalles.

Ivy eligió una caja con la etiqueta «Seraphim Financial - Pruebas Principales» y la colocó sobre la mesa de la cocina. Dentro estaban los documentos originales que llevaba meses recopilando: registros de la propiedad, archivos de empresas fantasma y transferencias financieras anotadas. Los extendió sobre la mesa, cayendo inmediatamente en el ritmo familiar de su trabajo.

—Esto ayuda —dijo, buscando un documento concreto—. Las copias que llevé a la cabaña estaban incompletas.

Julia la observaba desde el umbral de la cocina, algo cambió en su expresión al ver a Ivy en su elemento profesional.

—De verdad que te encanta esto —dijo Julia en voz baja, casi para sí misma—. Los patrones. La caza.

Ivy levantó la vista, sorprendida por el comentario. —¿Como si a ti no te encantara rastrear sospechosos?

—Es diferente —dijo Julia al acercarse a la mesa, estudiando los complejos diagramas financieros que Ivy había creado—. Yo sigo el protocolo. Tú sigues la intuición.

—Yo sigo el dinero —replicó Ivy, dando un golpecito sobre el registro de una propiedad—. El dinero nunca miente, aunque la gente sí lo haga. Cada transacción cuenta una historia: quién pagó a quién, cuándo, cuánto y a través de qué canales. Si juntas suficientes historias, el patrón emerge.

Julia se inclinó más, recorriendo los documentos con la mirada.

—¿Y el patrón de Knox?

—Arrogancia —afirmó Ivy mientras sacaba un mapa de Phoenix Ridge con círculos rojos que destacaban propiedades específicas—. Se cree que su red es demasiado compleja para rastrearla. Pero la complejidad crea vulnerabilidad. Más piezas móviles significa más puntos de fallo.

Sus hombros casi se rozaban mientras se inclinaban sobre el mapa, lo más cerca que habían estado desde el bosque. Ivy era plenamente consciente de la proximidad de Julia: el aroma limpio de su piel, el ritmo mesurado de su respiración, la energía contenida que irradiaba incluso en la quietud.

—Has creado un perfil completo —observó Julia, con una admiración genuina tiñéndole la voz.

Ivy asintió.

—Financiero, psicológico y operativo. Knox ha construido su identidad en torno a ser intocable. Cuando esa ilusión se haga añicos con mi testimonio…

—Será peligroso —terminó Julia la frase—. Más peligroso de lo que ya es.

—Sí —Ivy se giró para mirarla, sus cuerpos ahora a escasos centímetros—. Por eso me quiere muerta antes de que testifique.

Las crudas palabras quedaron suspendidas entre ellas, la realidad irrumpiendo en lo que por un momento había parecido una afinidad intelectual. Julia retrocedió un paso y la distancia profesional se reafirmó como una barrera física.

—Deberíamos prepararnos para esa eventualidad —dijo, y su voz recuperó la cadencia distante y profesional.

—¿Para cuál? ¿Mi testimonio o mi muerte?

Julia se estremeció, una reacción tan sutil que la mayoría no la habría percibido.

—No tiene gracia.

—No intento hacerme la graciosa —Ivy dejó los documentos y siguió a Julia, que se retiraba hacia el salón—. Intento derribar este muro que has construido.

—No hay ningún muro. Hay responsabilidad profesional.

—Chorradas —la palabra cayó entre ellas, afilada y deliberada—. Lo que hay es que te escondes detrás del protocolo porque es más seguro que reconocer lo que está pasando entre nosotras.

Julia se giró, su compostura fallando por un raro e indefenso momento.

—No está pasando nada entre nosotras.

—Entonces, ¿por qué no puedes mirarme sin recordar aquella noche? —Ivy se acercó más, invadiendo deliberadamente el espacio que Julia mantenía con tanto esmero—. ¿Por qué se te corta la respiración cuando nuestras manos se tocan? ¿Por qué me has traído a tu casa —tu verdadera casa— en lugar de a otro lugar secreto?

—Te he traído aquí porque es seguro.

—Me has traído aquí porque confías en mí —replicó Ivy—. La confianza no es protocolo, Julia. Es personal.

La mandíbula de Julia se tensó, el músculo de esa zona contraído por la tensión.

—Esta conversación no es productiva.

—¿Productiva? —Ivy se rio, un sonido carente de humor—. No estamos discutiendo las proyecciones financieras trimestrales. Estamos hablando de lo que sea que es esto, esta corriente que ha circulado entre nosotras desde el hotel.

—No puede haber nada entre nosotras mientras estés bajo mi protección.

—Eso no dejas de repetirlo —Ivy se acercó aún más, lo suficiente como para ver las tenues motas ambarinas en los ojos oscuros de Julia—. Pero tu cuerpo te delata cada vez que estamos en la misma habitación.

A Julia se le entrecortó la respiración.

—Ivy…

—Dime que no lo sientes —la retó Ivy, bajando aún más la voz—. Dime que no piensas en aquella noche. En mis manos sobre ti. En cómo sentiste cuando yo…

—Basta —la palabra se le desgarró en la garganta a Julia, cruda y sin filtros—. No podemos hacer esto.

—¿Por qué no? Ya lo hemos hecho —Ivy no retrocedió, manteniéndose firme en el espacio cargado de tensión entre ellas—. Cruzamos esa línea en el momento en que te invité a la habitación de mi hotel. Todo lo que ha venido después ha sido fingir que podemos desandar el camino.

—Fue una noche —dijo Julia, con el control deshilachándosele por los bordes—. Antes de saber quién eras. Antes de que te convirtieras en mi responsabilidad.

—¿Y después? —preguntó Ivy—. ¿Qué pasará cuando testifique? ¿Después de que deje de ser tu obligación profesional?

Algo cambió en la mirada de Julia, sus barreras se derrumbaron durante un brevísimo instante. —No lo sé —admitió, con una voz que era apenas un susurro.

—Creo que sí lo sabes. —Ivy levantó la mano y la mantuvo cerca del rostro de Julia sin llegar a tocarla; le ofrecía una conexión, no la exigía—. Creo que te aterroriza desear algo que no puedes controlar. A alguien a quien no puedes compartimentar.

Julia no se apartó. Se quedó completamente inmóvil, atrapada entre la distancia profesional y el deseo personal. El momento se alargó entre ellas, tenso y cargado de posibilidades.

—Haces que pierda el control —dijo Julia finalmente, como si le hubieran arrancado la confesión contra su voluntad—. Y el control es lo único que tengo.

La cruda sinceridad de su voz pilló a Ivy desprevenida. No hablaba la detective serena, sino la mujer que se ocultaba bajo la coraza, vulnerable de una forma que Ivy no había previsto.

—El control está sobrevalorado —dijo Ivy en voz baja—. Créeme, me he pasado la vida intentando controlar cada variable. No funciona.

—Tiene que funcionar —replicó Julia, con un deje de desesperación en la voz—. La gente muere cuando se pierde el control.

Aquellas palabras tenían un peso que trascendía la situación inmediata: viejas heridas, viejos miedos. Ivy vio en los ojos de Julia algo que reconocía demasiado bien: la carga de la responsabilidad, el pánico a fracasar.

—No todo se puede calcular y contener —dijo Ivy, permitiendo por fin que sus dedos rozaran la mejilla de Julia—. Ni siquiera la mejor detective o la analista más brillante pueden hacerlo.

Julia no se apartó del contacto. Cerró los ojos brevemente, una rendición inconsciente. —Esto es un error.

—Quizá. —El pulgar de Ivy recorrió el contorno de la mandíbula de Julia—. O quizá sea lo único que tiene sentido en todo este caos.

Cuando Julia abrió los ojos, algo había cambiado en su profundidad: la determinación se desmoronaba y, en su lugar, surgía la necesidad. Levantó la mano y sus dedos se cerraron en torno a la muñeca de Ivy; no para apartarla, sino para sujetarla, sintiendo su pulso.

—Si te pasara algo por estar yo distraída...

—No me va a pasar nada —le aseguró Ivy—. Me protege la mejor detective de Phoenix Ridge.

—Eso no lo sabes.

—No, no lo sé —convino Ivy—. Igual que no sabía que entrar en el bar de aquel hotel me traería hasta aquí. A veces tenemos que adentrarnos en la incertidumbre.

La tensión entre ellas había cambiado, se había transformado en algo más profundo e inevitable. Los dedos de Julia ascendieron desde la muñeca de Ivy por su brazo, una exploración vacilante que envió una descarga eléctrica en espiral por el cuerpo de Ivy.

—Y si nos adentramos en esto, ¿qué pasará entonces? —preguntó Julia, con una vulnerabilidad desnuda en la voz.

—Entonces nos enfrentaremos a lo que venga —respondió Ivy, acortando la distancia que quedaba entre ellas—. Juntas.

Durante un instante suspendido en el tiempo, se encontraron al borde de un precipicio, ambas conscientes de que el siguiente movimiento lo cambiaría todo de forma irrevocable. Entonces, el control de Julia —esa contención cuidadosa y constante— por fin se hizo añicos.

Las manos de Julia se desplazaron desde la muñeca de Ivy hasta su rostro, los dedos le temblaban con una contención que se disolvía a pasos agigantados. Por un momento que las dejó sin aliento, se quedaron suspendidas entre los límites profesionales y el deseo en carne viva.

—No puedo desconcentrarme —susurró Julia, una confesión arrancada desde lo más profundo de su ser—. No con tu vida en juego.

—Entonces no lo hagas —replicó Ivy, cubriendo las manos de Julia con las suyas—. Mírame bien. A mí, entera.

El último hilo de la resistencia de Julia se rompió. Acortó la distancia entre ellas y su boca encontró la de Ivy con una intensidad desesperada. El beso no se pareció en nada al de la primera noche. Este era reconocimiento, posesión, rendición.

El cuerpo de Ivy respondió al instante, la memoria muscular despertó con el contacto de Julia. Se apretó más contra ella, deslizando las manos bajo la camisa de Julia hasta encontrar la piel

cálida, y sintió la brusca inspiración de la detective cuando sus dedos recorrieron el relieve de una cicatriz en su costado.

Julia la hizo retroceder hacia el dormitorio sin romper el contacto, como si temiera que la separación pudiera volver a levantar los muros entre ellas. Sus movimientos eran a la vez urgentes y cuidadosos, un deseo atemperado por una protección que parecía más instintiva que profesional.

—Esto lo cambiará todo —murmuró Julia contra el cuello de Ivy, con la voz ronca cargada de deseo y advertencia.

—Ya lo ha hecho —replicó Ivy mientras buscaba los botones de la camisa de Julia con manos firmes. Los desabrochó metódicamente, uno a uno, revelando una piel bronceada y olivácea, y el sujetador deportivo negro que llevaba debajo. Julia se quedó quieta, dejándose desnudar, y la vulnerabilidad reemplazó el férreo control que solía mantener.

Cuando Ivy le deslizó la camisa por los hombros, Julia por fin se movió y se quitó la camiseta del PRPD que Ivy le había prestado por la cabeza con un movimiento fluido. Sus cuerpos se apretaron y el contacto provocó que una corriente eléctrica saltara entre ellas. Lo que fuera que estuviera ocurriendo trascendía el deseo físico.

—¿Estás segura? —preguntó Julia, deteniendo las manos en la cintura de Ivy, ofreciéndole una última oportunidad para echarse atrás.

Ivy respondió guiándola hacia atrás hasta que sus piernas chocaron con el borde de la cama de Julia. Tiró de Julia para que cayera con ella, y sus cuerpos se alinearon con una inevitabilidad que resultaba a la vez nueva y familiar.

—Nunca he estado más segura de nada —dijo, y acercó el rostro de Julia al suyo.

Ivy unió sus labios a los de Julia con una suavidad que se intensificaba a cada segundo. Las manos de Julia subieron y se enredaron en su pelo, tirando suavemente de su nuca. Ivy gimió, echando la cabeza hacia atrás, y luego apretó los labios contra el cuello de Julia, dejando un rastro de besos suaves que descendía por su cuello, sus hombros, sus clavículas y su pecho.

Atrapó uno de los pezones de Julia con la boca, jugando con él y recorriéndolo con la lengua. El cuerpo de Julia respondió cuando su pezón se endureció en la boca de Ivy, y las manos de Julia se deslizaron por los costados de Ivy, atrayéndola aún más hacia sí, antes de bajarlas hasta las bragas de encaje de Ivy para quitárselas.

Ivy contoneó las caderas y se las quitó, dejándolas caer al suelo. Dejó que Julia la guiara para tumbarse en la cama, acomodando la cabeza en el centro de la almohada mientras Julia colocaba su cuerpo sobre el de ella.

Ivy hizo un esfuerzo por incorporarse, pero Julia le sujetó los brazos y dijo: «Déjame a mí». Julia la besó con ternura y le mordisqueó la piel mientras bajaba, jugueteando con sus pezones. Cuando su boca se cernió sobre el coño anhelante de Ivy, esta habría jurado que el tiempo se detuvo en ese instante mientras contenía la respiración, expectante.

Julia bajó la cabeza y tomó a Ivy en su boca, recorriendo su humedad con largas lamidas, apretando la lengua contra su clítoris, empujándola dentro de ella. Ivy exhaló y dejó que su cuerpo se relajara ante las sensaciones.

—Dios mío. Qué bien lo haces —gimió Ivy—. Por favor, fóllame... —jadeó.

Julia respondió introduciendo los dedos en ella, e Ivy sintió cómo se contraía a su alrededor como respuesta. Gimió mientras la lengua de Julia exploraba ávidamente su clítoris. Ivy sintió los dedos de Julia curvarse en su interior, en el ángulo preciso para alcanzar su punto G, e inconscientemente abrió más las piernas, dándole a Julia aún más acceso.

—Sí, justo ahí. Justo ahí —gimió Ivy.

Sintió que Julia cambiaba de postura, buscando un mejor ángulo para arquear los dedos más profundamente en su interior y empezar a follarla como era debido, mientras su boca cálida y acogedora trabajaba su clítoris.

Ivy pensó que podría estallar en ese mismo instante.

Ivy miró de reojo a Julia y, al ver el deseo y la necesidad en estado puro en su rostro, perdió todo el control y empujó las caderas con fuerza contra la boca y la mano de Julia.

—Más fuerte —jadeó, desesperada por sentir toda la fuerza de Julia follándola.

Julia aceleró el ritmo, su lengua recorriendo el clítoris de Ivy rápidamente mientras sus dedos entraban y salían, follándola tal y como había soñado, hasta que Ivy sintió la tensión acumularse en cada músculo y vio estrellas flotar ante sus ojos antes de que oleadas de placer sacudieran su cuerpo y gritara el nombre de Julia en un gemido.

Julia siguió moviendo la lengua y curvando los dedos hasta que el cuerpo de Ivy se relajó; entonces, se arrastró hasta tumbarse a su lado. Las manos de Julia nunca abandonaron el cuerpo de Ivy mientras retiraba los dedos y los deslizaba por la curva de sus caderas, el hueco de su cintura, el costado de su brazo y alrededor de su pecho hasta que Ivy se acurrucó contra el cuerpo de Julia, haciendo la cucharita.

Ivy trazó circulitos en el brazo de Julia que la rodeaba protectoramente. —Eso ha sido... increíble.

—Sabes a gloria —susurró Julia con reverencia en la voz.

La luz de la luna se filtraba por las persianas, pintando franjas plateadas sobre la cama de Julia. Ivy se giró para poder apoyar la cabeza en el hombro de Julia, trazando dibujos en su clavícula mientras la respiración de Julia se calmaba gradualmente. El silencio entre ellas era diferente ahora que la tensión se había transformado en vulnerabilidad.

—Estás pensando muy alto otra vez —murmuró Ivy.

Los dedos de Julia se detuvieron en su exploración de la espalda de Ivy. —Deformación profesional.

—¿Te arrepientes de lo que acaba de pasar? —Ivy se incorporó, estudiando el rostro de Julia en la penumbra.

—No me arrepiento —dijo Julia, con una seguridad sorprendente —. Pero esto complica las cosas.

Ivy le apartó un mechón de pelo oscuro de la frente. —¿Ves? Llevas toda tu carrera compartimentándolo todo. Esto difumina todos los límites.

—Los límites existen por algo. —Algo cambió en la expresión de Julia; su conciencia profesional se abría paso de nuevo a pesar de la

intimidad del momento.

—O crean una falsa sensación de seguridad. —Ivy se recostó de nuevo en el hombro de Julia—. He forjado mi carrera encontrando patrones en el caos. A veces, los patrones más reveladores surgen cuando los límites se disuelven.

—¿Como con la organización de Knox?

—Exacto. Su red atraviesa líneas jurisdiccionales y operativas, creando vulnerabilidades en esas intersecciones.

Julia se movió ligeramente. —Hablas de sistemas financieros, pero estás pensando en nosotras.

—Las dos somos especialistas en sistemas —dijo Ivy mientras le trazaba la curva de la mandíbula—. Tú, en operaciones tácticas; yo, en estructuras financieras. Ambas entrenadas para mantener el control.

—Nunca se me ha dado bien improvisar.

—Lo planeas todo para cualquier contingencia. Excepto para esta.

—Nadie se prepara para esto —admitió Julia, estrechando su brazo alrededor de la cintura de Ivy—. Las probabilidades desafían todo cálculo.

El cómodo silencio se rompió con la vibración del teléfono de Julia. Se tensó de inmediato, alargando la mano hacia el dispositivo mientras la otra permanecía, protectora, alrededor de Ivy.

—Morgan. —Julia leyó el mensaje por encima—. Hay avances en la identificación del topo. Tres posibles fuentes dentro de la División de Detectives.

—Son buenas noticias —dijo Ivy, observando lo rápido que Julia había vuelto a su faceta protectora.

—Pero no explica cómo Knox sabía de mi conexión específica con este caso. —Julia frunció el ceño—. Alguien con acceso a las decisiones de asignación.

—¿Podría Knox tener otras fuentes? ¿Vigilancia tecnológica? —sugirió Ivy, con su mente analítica ya inmersa en el problema.

Julia lo sopesó. —Es posible. Knox tiene recursos para tecnología de alto nivel. —Su expresión se endureció—. Tenemos que verificarlo todo y no fiarnos de nada hasta que lo sepamos con certeza.

—Puedo ayudar —dijo Ivy, incorporándose—. Las conexiones financieras son mi especialidad. Dame una conexión segura y podré trazar un mapa más completo de la red de Knox, averiguar a quién paga.

Algo parecido a la admiración asomó al rostro de Julia. —¿De verdad que no le tienes miedo?

—¿Qué más da una capa más de su operación? —replicó Ivy con una leve sonrisa.

Julia la estudió con atención y, por un breve instante, Ivy atisbó la incertidumbre bajo su máscara profesional, un destello de vulnerabilidad que sugería que, al llegar la mañana, el haber cruzado aquellos límites no le sentaría a Julia tan bien como afirmaba.

—Deberíamos dormir —dijo Julia finalmente, sin abandonar del todo su responsabilidad profesional—. Morgan vendrá al amanecer con nueva información.

—Durmamos, entonces —aceptó Ivy, acomodándose a su lado.

Mientras la respiración de Julia se acompasaba con el sueño, su brazo permaneció curvado sobre la cintura de Ivy, pero había una nueva tensión en sus hombros, una rigidez que regresaba a su postura. Los muros que Ivy tanto se había esforzado en derribar ya se estaban reconstruyendo, ladrillo a ladrillo.

Ivy permaneció despierta más tiempo, estudiando el afilado perfil de la mujer a su lado. Reconoció el patrón que se estaba formando: la retirada de Julia a la distancia profesional tras la intimidad, el inevitable arrepentimiento matutino que seguiría a este momento de conexión. Para alguien que se había pasado la vida controlándolo todo, rendirse al deseo era un error táctico que Julia no se perdonaría fácilmente.

El mañana traería consigo un ajuste de cuentas. Pero, por esa noche, Ivy se permitió permanecer en aquel frágil espacio entre el deber profesional y la necesidad personal, escuchando los latidos de Julia y esperando a que el alba rompiera su paz temporal.

8

JULIA

Julia se despertó con la luz del día filtrándose a través de las persianas a medio cerrar y encontró a Ivy dormida a su lado. Tenía el pelo rubio miel esparcido por la almohada, respiraba profunda y acompasadamente, y la sábana le caía hasta la cintura, revelando las pecas que Julia había recorrido con los dedos horas antes. Una ternura inesperada le oprimió el pecho, seguida de un frío golpe de realidad.

Había roto su regla más fundamental.

La constatación se le asentó como plomo en el estómago. Se deslizó de la cama en silencio, recogiendo la ropa tirada por el suelo, prueba de su fracaso profesional. En el baño, puso el agua de la ducha tan caliente que quemaba, como si el vapor pudiera purificar lo que había hecho.

El agua eliminó los rastros físicos, pero no pudo hacer nada contra el recuerdo grabado a fuego en sus músculos. Cerró el grifo con una eficacia brutal, acorazándose con pragmatismo táctico: sujetador deportivo, camisa de botones, vaqueros oscuros. La mujer que salió de allí era la detective Scott, no la versión que había cedido el control.

—Poco profesional —murmuró a su reflejo—. Peligroso.

La voz de su abuela resonó en su mente: «Los sentimientos hacen que maten a los testigos, Julia». La coletilla de su madre: «Y a los agentes también». Generaciones de mujeres Scott habían servido a Phoenix Ridge manteniendo la distancia emocional. En una sola noche, Julia había traicionado ese legado.

El teléfono por satélite vibró. La llamada de control matutina de Morgan.

—Scott —contestó, con voz controlada.

—El perímetro está despejado —informó Morgan—. La jefa quiere un informe para el mediodía. ¿Alguna novedad?

La culpabilidad atenazó a Julia. —Negativo. Mantengo la posición. La doctora Monroe está revisando las pruebas.

Una verdad a medias. Morgan detectaría una mentira después de años trabajando juntas.

—Recibido. Seguiré revisando los protocolos de seguridad.

En la cocina, Julia preparó café con una precisión mecánica; el ritual reforzaba el control que había abandonado durante la noche. Oyó abrirse la puerta del dormitorio y unos pasos que se acercaban. Enderezando los hombros, se giró con su máscara profesional firmemente colocada.

Ivy estaba de pie en el umbral, envuelta en la camiseta del Departamento de Policía de Phoenix Ridge de Julia, con el pelo alborotado. Sus ojos se entrecerraron de inmediato al detectar el cambio.

—Y así, sin más, volvemos a la detective Scott —dijo, aceptando la taza que le ofrecía sin rozarle los dedos.

—Tenemos que hablar de los parámetros —replicó Julia, manteniendo una cuidada distancia.

—Parámetros. —La boca de Ivy se torció en un gesto de desagrado—. Qué término tan clínico para lo que pasó anoche.

Julia se acercó a la ventana para comprobar los ángulos de visión. —Lo de anoche fue un error de juicio. Una falta de ética profesional que no puede repetirse.

—Un error de juicio —repitió Ivy, cada palabra precisa y fría—. ¿Así es como lo llamamos ahora?

—¿Cómo prefieres que lo llame?

—No sé. ¿Conexión? ¿Deseo? Algo menos insultante que «error de juicio».

—Mi responsabilidad es mantenerte con vida hasta que testifiques. Una implicación emocional compromete esa misión. Lo sabes.

Ivy dejó el café intacto sobre la mesa. —No te preocupaba la implicación emocional cuando tenías la boca entre mis…

—Basta. —La voz de Julia tenía el filo de acero de una orden—. Esto no es productivo.

—No, lo que no es productivo es fingir que lo de anoche no fue importante. —Ivy se cruzó de brazos—. Lo que no es productivo es actuar como si pudieras archivarlo sin más en cualquier compartimento mental que hayas destinado a los errores.

La acusación encontró los puntos vulnerables bajo la coraza de Julia. Y es que, en efecto, había estado archivando mentalmente el encuentro; no porque no hubiese sido importante, sino porque lo había sido demasiado.

—No estoy diciendo que no importara —dijo Julia, con la voz ligeramente temblorosa—. Digo que no puede volver a pasar.

—¿Porque protegerme requiere distancia emocional? ¿O porque estás aterrada de sentir algo que no puedes controlar?

—Lo que me asusta es la idea de no protegerte por estar centrada en cómo me haces sentir en lugar de en de dónde vendrá la próxima amenaza.

Algo en la expresión de Ivy cambió. —Lo pillo. Crees que las emociones afectan al juicio. Pero, Julia, ya hemos cruzado esa línea. Fingir que podemos volver atrás no nos hace estar más seguras; solo crea un tipo de distracción diferente.

Su lógica era impecable. Julia permaneció en silencio, atrapada entre el deber profesional y la realidad emocional. —Bien. Por ahora, lo haremos a tu manera. —Ivy dio un paso atrás—. Inspectora Scott, entonces. Pero no creas que esta conversación ha terminado.

—Tenemos preocupaciones más inmediatas —dijo Julia, agradecida por el cambio de tema—. Morgan ha informado de que la jefa Marten quiere un informe para el mediodía.

—¿Y qué le decimos?

—Nada sobre lo de anoche —respondió Julia automáticamente.

Una sonrisa amarga se dibujó en la boca de Ivy. —Obviamente. Faltaría más que alguien se enterara de que la inspectora Perfecta ha cruzado una línea.

La pulla le dolió porque contenía algo de verdad. Julia había labrado su carrera sobre el cumplimiento del protocolo, cargando con el legado de la familia Scott como un peso sobre los hombros.

—Le diremos que estamos a salvo y que seguimos preparándonos para la vista ante el gran jurado —dijo Julia—. Morgan está organizando una reunión segura en el Lavender's Café para hoy.

—¿Lavender? ¿La dueña de la cafetería de lesbianas de the Heights? —Las cejas de Ivy se alzaron en señal de reconocimiento.

Julia asintió. —Es un recurso de la comunidad. Su cafetería tiene una trastienda segura. Necesito reunirme allí con Morgan mientras usted se queda aquí a salvo.

—De eso nada. —Los ojos de Ivy centellearon—. No voy a quedarme al margen. Es mi testimonio, mi vida la que está en juego. Anoche este piso era lo bastante seguro para las dos —contraatacó Ivy cuando Julia protestó—. ¿Por qué de repente hoy es insuficiente?

La acusación implícita era que el cambio de Julia en los parámetros era más emocional que táctico. Y tenía razón.

—¿Y si me niego a quedarme aquí? —la desafió Ivy, levantando la barbilla con ese gesto testarudo que Julia había aprendido a reconocer—. ¿Me esposarás a la cama? Sería irónico, dadas las circunstancias.

La luz de la mañana se reflejó en el pelo de Ivy, iluminando su expresión decidida. En ese momento, no era solo una testigo a la que proteger, sino una fuerza de la naturaleza: brillante, terca, que se negaba a dejarse amilanar.

Algo cambió en los cálculos de Julia. Quizá aquella testigo no era una vulnerabilidad, sino un activo.

—De acuerdo —concedió—. Puedes venir. Pero seguirás mis protocolos de seguridad al pie de la letra. Sin desviaciones, sin preguntas y sin improvisaciones.

—Entendido. Tu operación, tú mandas.

—Y, Ivy…

—Lo sé —la interrumpió Ivy—. Distancia profesional. No ha pasado nada. Solo somos una inspectora y su testigo.

—Nos vamos en una hora. —Julia se retiró—. Vístete para pasar desapercibida.

En el umbral del baño, Ivy se detuvo. —¿Sabes qué es lo irónico? Anoche fue la primera vez que no sentí miedo desde que empezó todo esto.

La puerta se cerró con un suave clic, dejando a Julia a solas con las implicaciones de las palabras de Ivy. Distancia profesional. Seguridad óptima. Protocolos de protección. Los conocidos principios de su formación se repetían como un mantra, ahogando el eco de la respiración de Ivy contra su piel.

Había cometido un error. No volvería a cometerlo. Costara lo que costara.

~

El trayecto hasta el café de Lavender implicó tres cambios de vehículo y una tortuosa ruta a pie, lo que justificó la paranoia de Julia cuando Ivy vio la misma cara dos veces en lugares distintos.

—A las tres. Sudadera de la universidad —murmuró Ivy, sin alterar el paso.

A Julia se le aceleró el pulso, aunque mantuvo el semblante impasible. —Te has dado cuenta. —Dejó que un matiz de aprobación tiñera sus palabras; fue la primera muestra de calidez que había mostrado en todo el día.

—Me fijo en los patrones —replicó Ivy.

La vigilancia confirmó lo que Julia sospechaba: Knox estaba ampliando su red. Las condujo al interior de una tienda de discos de vinilo de segunda mano, manteniendo una actitud de estar ojeando sin más. La puerta trasera las dejó en un callejón situado detrás de unos edificios de la época victoriana. En el tercer portal, Julia llamó siguiendo la secuencia convenida.

La puerta se abrió para revelar a Lavender Larwood, alta e imponente, con su pelo plateado y su mirada escrutadora. Una institución en el distrito de Heights y, desde hacía años, un recurso extraoficial del departamento.

—Inspectora Scott —reconoció Lavender—. Morgan la está esperando arriba.

—Gracias, Lavender. —Julia le hizo un gesto a Ivy para que pasara antes de echar un último vistazo al callejón—. ¿Algún problema?

—Nada evidente —respondió Lavender, echando varios cerrojos —. Pero últimamente la ciudad parece… atenta.

Julia entendió el subtexto. La red de informadores de Lavender por todo Phoenix Ridge estaba detectando la misma escalada que ella había observado. Knox estaba movilizando recursos fuera de su patrón habitual. La cuestión era si eso indicaba desesperación o confianza.

Siguió a Ivy por unas escaleras desgastadas hasta la sala privada que había sobre la cafetería. Construido en el alero del edificio victoriano, el espacio contaba con ventanas en una posición óptima que satisfacían los requisitos tácticos de Julia: líneas de visión despejadas sin quedar expuesta.

Morgan estaba sentada ante una mesa antigua, con el portátil abierto y su pelo oscuro recogido en una práctica trenza. Su rápida evaluación de la cuidada distancia entre Julia e Ivy fue percibida, pero, por suerte, no comentada.

—Han llegado —dijo Morgan—. ¿Las han seguido?

—Posible vigilancia. Un hombre con una sudadera de la universidad. —Julia realizó una comprobación del perímetro por costumbre, midiendo las distancias entre salidas y obstáculos—. Lo ha visto Ivy.

Morgan asintió. —La doctora tiene buena vista.

—La suficiente como para detectar las pautas de las filtraciones en su departamento —replicó Ivy.

—Por eso estamos aquí. —Morgan señaló la mesa donde esperaban unas tabletas encriptadas junto a las características galletas de mantequilla de Lavender—. Lavender, esta es la doctora

Ivy Monroe, la experta en análisis forense financiero que va a acabar con Vincent Knox.

El apretón de manos de Lavender fue firme y breve. —Ya era hora. Mi comunidad lleva años viéndolo comprar propiedades y expulsar a los negocios regentados por mujeres.

—El distrito de Heights ha sido un objetivo particular —reconoció Ivy—. Su entramado identifica negocios de mujeres, crea problemas a través de empresas tapadera y luego se lanza con ofertas por debajo del precio de mercado.

Julia observó la explicación de Ivy, sorprendida por la confianza profesional que reemplazaba cualquier rastro de la torpeza de la mañana. La mujer que había dormido en su cama la noche anterior —vulnerable, apasionada, desinhibida— era ahora puro análisis nítido y observaciones precisas. La transformación no debería haber sido atractiva, pero lo era.

—Centrémonos —dijo Julia, cortando de raíz esa peligrosa línea de pensamiento—. ¿Qué sabemos de la filtración?

Morgan activó una tableta que mostraba el organigrama del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. —El jefe Marten ha estado gestionando flujos de información controlados. Detalles diferentes para unidades diferentes, rastreando qué información aparece en las operaciones de Knox.

—¿Y? —Julia se inclinó hacia delante, forzando su mente a entrar en modo analítico.

—No es bueno. La filtración proviene de la División de Inspección. Las tres informaciones de prueba llegaron a manos de la gente de Knox en cuestión de horas.

A Julia se le encogió el estómago, aunque mantuvo una expresión neutra. La División de Investigación..., su división. Su equipo. Una traición de la unidad en la que había servido durante toda su carrera.

—¿Hasta dónde llega? —preguntó con voz firme a pesar de la presión que sentía en el pecho.

—La primera filtración que apareció fue la del nivel más alto. —Morgan le sostuvo la mirada—. Dentro de la División de Investigación, solo una persona recibe ese nivel de información.

—La teniente Harper —dijo Julia, y el nombre le supo a cenizas en la boca.

—La segunda al mando del jefe —confirmó Morgan—. Su supervisora directa.

Los dedos de Julia se aferraron al borde de la mesa, con los nudillos blancos. La teniente Allison Harper: veinte años de servicio, jefa de la División de Investigación, su mentora desde el primer día de Julia en el cuerpo. La mujer que le había entregado su placa de detective. Quien la había recomendado para la rotación especial de protección de testigos. Quien le había dicho a Julia que le recordaba a su abuela: la legendaria Marie Scott, la primera mujer detective de la historia de Phoenix Ridge.

Todo era mentira.

—¿Pruebas? —la forzó Julia a mantenerse impasible; la profesionalidad era su único escudo contra el golpe emocional.

—Patrones financieros —respondió Morgan, deslizando la tableta hacia ella—. Harper ha hecho tres compras importantes este año: una propiedad vacacional en Aspen, la matrícula de su hija en Stanford y un barco nuevo en el puerto deportivo.

—Dijo que su padre había muerto y le había dejado una herencia. —Julia examinó los datos, buscando cualquier explicación alternativa, cualquier posibilidad que preservara la imagen de la mujer en la que había confiado.

—No hay constancia de ninguna herencia —dijo Morgan con delicadeza—. De hecho, su padre vive en Florida.

Ivy alargó la mano hacia la tableta.

—¿Me permites?

Julia asintió y le cedió el dispositivo. Observó cómo los ojos de Ivy recorrían la información; la mente de la contable forense procesaba los patrones de forma visible.

—No son pagos directos —señaló Ivy—. Están camuflados como rendimientos de inversión, pero las fechas coinciden exactamente con las operaciones del departamento relacionadas con Knox. —Trazó una secuencia específica—. ¿La redada de Harborview que salió mal? Harper recibió un «dividendo» de cincuenta mil dólares justo al día siguiente.

—¿Desde cuándo? —preguntó Julia con voz hueca.

—Dos años y tres meses. El primer pago llegó justo después de su ascenso a jefa de la División de Investigación.

—Lo que le dio acceso a todos los detalles operativos —añadió Morgan—. Incluidos los protocolos de protección de testigos.

Las implicaciones cristalizaron con una claridad brutal. Harper no solo había estado filtrando información, sino que había estado comprometiendo sistemáticamente las operaciones del departamento durante años.

—Por eso Knox sabía que debía atacarme a mí específicamente —dijo Julia, mientras las piezas encajaban con una precisión nauseabunda—. Harper me asignó al destacamento de protección de Ivy.

—Siempre le ha dado a usted los casos de alto riesgo —apuntó Morgan—. Es usted la chica de oro del departamento. La tapadera perfecta para las operaciones que quieren controlar… o sabotear.

A Julia le tembló un músculo de la mandíbula mientras luchaba por mantener la compostura. Había sido un peón, utilizada por alguien en quien confiaba, alguien que había sido su mentora. Más que una traición profesional, era algo personal. Harper la había mirado a los ojos durante años, sabiendo que estaba poniendo en peligro todo lo que Julia defendía.

—El jefe Marten ha estado reuniendo pruebas en secreto —continuó Morgan—. Pero el caso tiene que ser irrefutable antes de que actuemos.

—Así que estamos atrapadas en el limbo —concluyó Julia—. Y mi supervisora directa informa a Knox.

—No exactamente —intervino Lavender—. El jefe Marten ha autorizado una operación compartimentada. La detective Rivers es ahora su único contacto oficial.

Julia asimiló esto, sintiendo cómo la estructura institucional en la que había confiado toda su carrera se desmoronaba bajo sus pies. Aislada del departamento, del sistema y la jerarquía que la habían definido profesionalmente desde que se graduó en la academia.

—La jefa me ha pedido que le dé esto —dijo Morgan, entregándole un pequeño pendrive—. Solo para sus ojos. Nuevos

protocolos, canales de comunicación seguros.

Julia se lo guardó en el bolsillo sin decir nada, con la atención puesta ya en las consideraciones tácticas. —Necesitamos planes de contingencia. Si Harper está comprometido, puede que otros también lo estén.

—Por eso la hemos traído aquí —explicó Morgan—. Este lugar no figura en ningún registro policial.

Lavender asintió. —El distrito de Heights tiene un largo historial de ofrecer refugio. Mi cafetería es solo un nodo en una red que es anterior a cualquiera de nosotras.

—Mujeres que ayudan a mujeres —precisó Morgan—. Gestionada por la comunidad, totalmente independiente de los canales oficiales.

Aquella revelación cambió la percepción que Julia tenía de su propia ciudad. Bajo la superficie se extendían redes de protección más profundas, invisibles a no ser que supieras dónde mirar, un sistema paralelo que ahora podría ser su única red de seguridad.

—Deberíamos irnos —dijo Julia, levantándose—. Cuanto más tiempo permanezcamos en un mismo sitio, mayor será el riesgo.

—Hay una furgoneta de reparto en la parte de atrás —ofreció Lavender—. Matrícula limpia, sin conexión con el departamento.

Al llegar a las escaleras, Julia se detuvo, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas para la situación. —Gracias —dijo finalmente, y la sencilla frase transmitió el peso de todo lo que no podía expresar.

Lavender asintió, con una comprensión que iba más allá de la ayuda inmediata. —Diana haría lo mismo por cualquiera de las mías.

La referencia a la jefa Marten por su nombre de pila le pareció significativa. Los vínculos entre aquellas mujeres eran más profundos que la mera cortesía profesional: una red de confianza que trascendía las jerarquías oficiales.

Fuera, el crepúsculo transformaba la arquitectura victoriana con sombras teñidas de oro. Julia las condujo hasta una furgoneta de reparto anodina, con la mente ya ocupada en calcular rutas y planes de contingencia; la familiar planificación táctica era un refugio de la agitación emocional.

—Conduzco yo —dijo, con un tono de mando que era un frágil ancla a la normalidad.

Mientras conducía por las calles secundarias, Julia era muy consciente de Ivy a su lado, silenciosa y vigilante. La incomodidad de la mañana había sido reemplazada por algo más complejo: la experiencia compartida de ver sus cimientos derrumbarse. La traición de Harper había golpeado el núcleo de la identidad profesional de Julia, dejándola a la deriva, sin la estructura que había anclado su vida entera.

Julia se dio cuenta con una claridad repentina de que mantener la distancia emocional con Ivy ya no era solo una cuestión de ética profesional. Era pura supervivencia. Ahora que todo lo estable en su vida se había revelado de repente como una ilusión, no podía permitirse otra vulnerabilidad. No ahora. No cuando la seguridad de Ivy dependía de que Julia siguiera siendo funcional.

El control ya no era solo un protocolo.

Era supervivencia.

9

IVY

—Es más que blanqueo de capitales —la voz de Ivy rompió el tenso silencio que reinaba en el apartamento desde por la mañana. Mapas de Phoenix Ridge cubrían una pared y diagramas financieros, la otra. Julia había convertido el salón en un centro de mando táctico; su apartamento era ahora una extensión de su coraza profesional.

Julia interrumpió su ronda de vigilancia perimetral —la duodécima de la mañana— y se giró. —¿A qué se refiere?

Ivy estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y el pelo recogido en una coleta tirante, rodeada de documentos sobre propiedades inmobiliarias. El muro entre ellas, agrietado momentáneamente durante la noche, se erigía ahora reforzado por una distancia profesional. Una fría precisión había sustituido a la intimidad y se había establecido un ritmo: Julia protegía, Ivy analizaba y ninguna de las dos mencionaba lo que había surgido entre ellas.

—Mire este patrón —Ivy extendió un mapa de la ciudad mientras las yemas de sus dedos trazaban los círculos rojos que marcaban las propiedades estratégicas de Knox—. No es una adquisición de

inmuebles al azar. Estas propiedades forman una red en torno a puntos de infraestructura clave por todo Phoenix Ridge.

Julia se acercó a pesar de sí misma, con la curiosidad táctica superando las barreras emocionales. —¿Qué tipo de infraestructura?

—Plantas de tratamiento de agua. Centros de respuesta a emergencias. Subestaciones eléctricas —Ivy señaló cada punto en orden—. Knox se ha posicionado de forma sistemática para controlar el acceso a servicios esenciales.

—¿Por qué? —Julia se arrodilló junto al mapa, con la concentración profesional tendiendo un puente momentáneo sobre el abismo que las separaba.

—Para tener con qué presionar —los ojos de Ivy se encontraron con los de Julia, agudos por la revelación—. Un seguro contra un posible procesamiento. Si la ciudad actúa contra él, puede colapsar barrios enteros. Ya no es solo un delito financiero; va de poder y control a un nivel fundamental.

Julia estudió el patrón con creciente preocupación, viendo la disposición estratégica con nuevos ojos. —Esto cambia la evaluación de la amenaza.

—Y por eso creo que estamos cometiendo un error fundamental de enfoque —dijo Ivy, con una certeza cada vez mayor en su voz.

Julia se detuvo junto a la ventana, con la atención captada a pesar de su barricada emocional. —¿Qué quiere decir?

—Estamos jugando a la defensiva —Ivy dio un golpecito decidido sobre el mapa—. Ocultándonos. Reaccionando. Dejando que Knox dicte las condiciones del enfrentamiento —levantó la vista y se encontró directamente con la mirada recelosa de Julia—. Tenemos que darle la vuelta a la tortilla.

—Nuestra prioridad es mantenerla con vida hasta que testifique ante el gran jurado —el tono de Julia tenía la certeza seca de una evaluación táctica—. No enfrentarnos a fuerzas hostiles.

—Cuentan precisamente con eso —Ivy se levantó con un movimiento fluido y se dirigió hacia donde estaban dispuestas sus pruebas financieras—. Knox conoce los protocolos de protección estándar. Nosotras nos escondemos, ellos nos cazan. Cuanto más

tiempo juguemos a su juego, más probabilidades habrá de que nos encuentren.

La mandíbula de Julia se tensó imperceptiblemente. —¿Propone que dejemos de escondernos?

—Propongo que dejemos de reaccionar y empecemos a perseguir —Ivy levantó un documento, un complejo diagrama que mostraba la red de empresas fantasma que Knox usaba para blanquear dinero—. Los golpeamos donde son vulnerables.

—En absoluto —la negativa de Julia fue tajante e inmediata—. Exponerla deliberadamente sería…

—Nuestra única opción para detenerlo —Ivy se acercó, con el diagrama de infraestructuras extendido entre ellas como un desafío —. Controlamos la exposición, fijamos las condiciones y elegimos el campo de batalla. Mientras tanto, desbaratamos su plan de infraestructuras antes de que sea operativo.

De repente, el apartamento pareció más pequeño, el aire cargado por el choque de estrategias. El entrenamiento de Julia exigía protección, contención y la minimización de riesgos. La mente de Ivy funcionaba de otra manera: veía patrones, calculaba probabilidades, encontraba ventajas en el caos.

—Esto no es un rompecabezas financiero —dijo Julia, con la voz baja por la frustración—. Son profesionales con entrenamiento militar que la están cazando a *usted* en concreto.

—Y yo soy una profesional que ha descubierto toda su operación, incluido este plan de infraestructuras que nadie más ha detectado — Ivy no retrocedió—. Está subestimando lo que yo aporto a esta lucha. Cuanto más esperemos, más afianzadas estarán esas propiedades estratégicas.

Julia se alejó y reanudó su ronda por el apartamento, comprobando las cerraduras que ya había asegurado. Sus hombros cargaban con una tensión que no existía antes de la traición de Harper.

—Mi trabajo es mantenerla con vida —las palabras le salieron de forma automática, ensayadas; más un mantra que un intento de diálogo.

—Su trabajo —replicó Ivy— es asegurarse de que mi testimonio sea eficaz, lo que implica detener este plan de infraestructuras antes de que convierta mi declaración en algo irrelevante. Y eso se consigue más rápido si aceleramos los acontecimientos, en lugar de esperar a que Knox nos encuentre mientras afianza su posición.

Julia se giró, con un brillo peligroso en la mirada. —¿Y cómo exactamente propone que «aceleremos los acontecimientos»?

La pregunta no demostraba conformidad, pero sí que estaba prestando atención. Ivy aprovechó la oportunidad.

—Usaremos mis pruebas como cebo —dijo, señalando sus archivos—. Empezaremos a filtrar estratégicamente fragmentos concretos. Información que perjudique la adquisición de infraestructuras de Knox, pero que no comprometa el caso financiero principal.

—Quiere provocarlo deliberadamente —el tono de Julia lo convirtió en una acusación.

—Quiero desestabilizar toda su operación. —Ivy se acercó al muro de las pruebas y señaló varios documentos clave en secuencia —. El plan de infraestructuras de Knox depende de mantener una apariencia de legitimidad. Sus inversores, sus contactos políticos, sus adquisiciones de propiedades… todo requiere que mantenga una fachada respetable.

Cogió un diagrama que mostraba la red de propiedades. —Empezaremos a publicar pruebas de estas propiedades adyacentes a las infraestructuras. Demostraremos cómo conectan con las empresas fantasma de Knox. Forzaremos a sus inversores legítimos a distanciarse. Crearemos un escrutinio normativo que le impida hacerse con el control total de estas ubicaciones estratégicas.

—Y ponerse una diana aún más grande en la espalda. —Julia se cruzó de brazos—. Aceleraría sus esfuerzos para eliminarla.

—Ya ha destinado esos recursos —replicó Ivy—. Pero ahora mismo, su gente está cazando de forma metódica, siguiendo protocolos. Si desbaratamos su plan de infraestructuras, esos cazadores metódicos se volverán desesperados y erráticos.

Julia entrecerró los ojos. —La desesperación es más peligrosa, no menos.

—La desesperación es predecible. —Ivy volvió a señalar el mapa —. Cuando se siente presionado, Knox sigue patrones. Su perfil psicológico es coherente a lo largo de años de operaciones. Cuando se ve amenazado, se retira a propiedades específicas y consolida sus recursos.

Señaló un grupo de círculos rojos en el extremo este de la ciudad. —Como estas propiedades cerca de la planta de tratamiento de aguas de Red Ridge. Ahí es donde irá cuando se vea presionado: su ubicación más segura, cerca de su objetivo de infraestructura más valioso.

La comprensión afloró en la expresión de Julia. —No está hablando solo de desestabilizar su organización. Está hablando de hacerlo salir de su escondite personalmente mientras se interfiere en su control de las infraestructuras.

—Exacto. —La sonrisa de Ivy tenía el filo de la satisfacción—. Usa la intimidación como arma. Pero en este juego se puede jugar a dos bandas.

Julia se acercó al muro de las pruebas para estudiar el patrón que Ivy había identificado: la posición estratégica de las propiedades en torno a instalaciones críticas, el calendario de adquisiciones por fases, el perfil psicológico incrustado en las decisiones operativas.

—Un depredador acorralado es impredecible —dijo.

—Solo si el rincón es inesperado. —Ivy cogió su portátil—. Sé exactamente cómo responderá Knox a factores desencadenantes específicos. Se cree intocable porque nunca se ha enfrentado a un oponente que entendiera todo su sistema, incluido su plan de influencia a través de las infraestructuras.

La luz de la mañana entraba a raudales por la ventana, iluminando las motas de polvo entre ellas mientras Julia sopesaba la estrategia. Su entrenamiento le exigía una contención protectora, pero su instinto reconocía el mérito del enfoque de Ivy.

—La filtración del departamento complica las cosas —dijo finalmente—. Cualquier comunicación digital corre el riesgo de ser interceptada.

No era un sí. Todavía no. Pero la puerta se estaba abriendo.

—No usaremos los canales del departamento. —Los dedos de Ivy tamborileaban sobre su portátil—. Usaremos las conexiones seguras de Lavender, completamente fuera de las redes oficiales.

—Lo tiene todo pensado.

—El análisis de patrones es a lo que me dedico —Ivy le sostuvo la mirada a Julia—. Igual que la respuesta táctica es a lo que se dedica usted.

La comparación no era un halago, sino un reconocimiento: un respeto profesional que tendía un puente sobre el abismo que su enredo personal había creado. Algo cambió en la postura de Julia; la rígida protectora cedió brevemente el paso a la socia estratégica.

—Es de alto riesgo —dijo Julia, y se acercó a la encimera de la cocina, donde su arma reglamentaria estaba desmontada de la limpieza de la mañana.

—Menos arriesgado que esperar a que nos encuentren mientras Knox afianza su control sobre la infraestructura. —Ivy observó cómo las manos de Julia montaban el arma con precisión mecánica—. Y mayor probabilidad de éxito de la misión.

Los dedos de Julia se detuvieron sobre el arma. —Éxito de la misión.

—Conseguir que yo testifique antes de que la influencia de Knox sobre la infraestructura haga que no sirva para nada —aclaró Ivy—. ¿No es ese el verdadero objetivo?

Las palabras flotaron entre ellas, cargadas con todo lo que no se había dicho. Julia reanudó el montaje, y el clic del metal contra el metal acentuaba el silencio.

—Tendré que establecer protocolos de seguridad —dijo finalmente—. Rutas, contingencias, planes de extracción.

No era un acuerdo explícito, pero Ivy reconoció el cambio. El muro que las separaba no había caído, pero había aparecido una puerta; el respeto profesional había creado un pasaje donde la conexión emocional había fracasado.

—Ya he trazado un mapa de los objetivos prioritarios —dijo Ivy, volviéndose hacia su portátil—. Expondremos primero las propiedades adyacentes a la infraestructura para generar un

escrutinio normativo inmediato y luego iremos avanzando hacia el núcleo de las operaciones financieras.

Julia enfundó el arma. —Contactaré con Morgan y organizaré un transporte seguro a casa de Lavender.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo? —preguntó Ivy, para asegurarse de que quedaba claro.

La expresión de Julia permaneció hermética, pero la determinación había sustituido a la negativa. —Estamos considerando opciones tácticas que incluyen medidas ofensivas controladas contra el plan de adquisición de infraestructuras de Knox.

Una sonrisa asomó a los labios de Ivy. —Siempre tan profesional.

—El profesionalismo es lo que nos mantiene con vida. —Julia se dirigió al dormitorio para recoger su equipo. En el umbral de la puerta, se detuvo—. Y que conste que sigue sin gustarme.

—Tomó nota, inspectora. —Ivy se volvió hacia sus mapas financieros, con una voz teñida de satisfacción—. No tiene por qué gustarle. Solo tiene que ayudarme a ejecutarlo.

Julia desapareció en el dormitorio, pero la línea rígida de sus hombros se había suavizado ligeramente. El muro que las separaba seguía en pie, pero ahora tenía un propósito más allá de la distancia emocional: una base estratégica desde la que lanzar su contraataque.

Al otro lado de las ventanas del apartamento, Phoenix Ridge continuaba con su ritmo matutino, ajeno a la batalla que se estaba planeando entre sus muros. En algún lugar de la ciudad, Vincent Knox se creía en control de la caza.

Eso estaba a punto de cambiar.



El Café de Lavender olía a bollería recién hecha, a expreso y a sutiles notas de la flor que le daba nombre. En circunstancias normales, Ivy podría haber apreciado la cálida iluminación y el ambiente de sofisticación informal cuidadosamente cultivado. Hoy, apenas reparó

en el espacio principal mientras Julia la guiaba a través de él con una mano suspendida cerca de la parte baja de su espalda; no llegaba a tocarla, pero estaba lo bastante cerca como para dirigir sus movimientos.

—La trastienda —murmuró Julia, conduciéndola hacia una pesada puerta morada casi camuflada en el ornamentado papel pintado del edificio victoriano.

Los clientes de la cafetería apenas les prestaron atención: mujeres reunidas en animada conversación ante tazas humeantes, unas pocas leyendo solas, otras tecleando en sus portátiles. El distrito de The Heights siempre había sido el centro de la vida comunitaria lesbiana de Phoenix Ridge, y la cafetería, su sede no oficial. En cualquier otro contexto, Ivy podría haberse quedado, intrigada por este atisbo de un pilar cultural que nunca había explorado debidamente durante sus años en la ciudad.

La puerta morada se abrió cuando se acercaban, revelando la alta figura de Lavender, con su pelo plateado reflejando la luz. Los mismos ojos evaluadores que Ivy recordaba de su anterior encuentro las examinaron rápidamente antes de hacerlas pasar.

—Puntuales —dijo Lavender mientras cerraba la puerta a sus espaldas—. Morgan lo tiene todo listo.

A diferencia de la acogedora cafetería de fuera, la trastienda era un centro de mando disfrazado de almacén de antigüedades. Las paredes de ladrillo visto sostenían estanterías de acero repletas de suministros para la cafetería y lo que parecían ser colecciones de discos antiguos. Pero la mesa central albergaba tecnología punta: varios portátiles encriptados, conexiones por satélite y equipos de comunicación que Ivy reconoció de operaciones federales en las que había participado como asesora.

Morgan Rivers levantó la vista de uno de los ordenadores y su práctica trenza se balanceó mientras asentía a modo de saludo. —Doctora Monroe, está todo listo.

Julia realizó una comprobación del perímetro, verificando las salidas y las medidas de seguridad, mientras Ivy examinaba la instalación. La huella digital de este lugar sería invisible para la

vigilancia estándar: equipos de nivel profesional que operaban en redes distintas a las de los proveedores comerciales.

—No ha perdido el tiempo —le dijo Ivy a Lavender, al observar que el equipo se había dispuesto exactamente como ella había solicitado.

Lavender se encogió de hombros, con un gesto más práctico que displicente. —Diana me ha mantenido al corriente sobre Knox durante años. Cualquier oportunidad para desbaratar su operación merece la pena.

La referencia informal a la jefa Marten por su nombre de pila todavía sorprendió a Ivy. Los lazos entre estas mujeres iban más allá de la cortesía profesional; era una red de confianza construida al margen de las jerarquías oficiales.

Ivy abrió la cremallera de su maletín y sacó el primer paquete de pruebas. —Empecemos.

Mientras ella ordenaba los documentos, Morgan configuraba el sistema seguro. Lavender se movió a su alrededor y dejó una bandeja con tazas humeantes sobre la mesa.

—El mismo especial de la última vez —dijo, colocando el líquido de tono violáceo junto a Ivy—. Sigue ayudando a concentrarse.

El aroma cálido y herbal del té ascendió: lavanda realzada con bergamota y esa nota terrosa que Ivy todavía no podía identificar. Tomó un sorbo y el sabor la ancló en medio de aquella operación de alto riesgo.

—La primera fase se centra en las propiedades adyacentes a infraestructuras —explicó Ivy, organizando los documentos sobre la mesa—. Divulgaremos pruebas de que las empresas fantasma de Knox están adquiriendo posiciones estratégicas alrededor de la planta de tratamiento de aguas del este.

Julia se inclinó sobre el mapa que Ivy había extendido y su proximidad provocó en Ivy una inoportuna oleada de conciencia. —¿Quién recibe la información?

—Múltiples destinatarios simultáneamente —respondió, centrándose en los documentos en lugar de en el aroma a sándalo que impregnaba la piel de Julia—. El Comisionado del Agua de la ciudad, la Junta de Urbanismo, la Oficina de Protección

Medioambiental y tres periodistas concretos conocidos por su cobertura de la corrupción municipal.

Lavender se cruzó de brazos, apoyada en una estantería. —¿Y está segura de que actuarán en consecuencia? Knox tiene protección política.

—Los funcionarios municipales no pueden ignorar posibles amenazas a la seguridad de la infraestructura hídrica —explicó Ivy—. Los periodistas se asegurarán de que la información se haga pública demasiado rápido como para que Knox pueda suprimirla a través de sus contactos. Cuando la seguridad del agua se convierte en el problema, hasta los funcionarios corruptos tienen que responder.

Morgan levantó la vista del teclado. —Canales seguros establecidos. Indetectables hasta esta ubicación o cualquier red asociada con ninguna de ustedes.

Julia estudió la configuración de seguridad con aprobación profesional antes de volverse hacia Ivy. —Repásenos de nuevo la secuencia completa.

Ivy dispuso los tres paquetes de pruebas en orden. —Primero, divulgamos la documentación de la planta de tratamiento de aguas, lo que desencadenará una investigación regulatoria inmediata. Eso crea la perturbación inicial.

Sus dedos se movieron hacia el segundo paquete. —Cuando Knox empiece a responder a ese frente, divulgaremos las pruebas de la subestación eléctrica, que conectan dos de sus negocios legítimos con las empresas fantasma que compraron las propiedades circundantes. Eso le obligará a hacer frente a amenazas en múltiples frentes.

—¿Y el tercer paquete? —inquirió Julia.

—Conexiones políticas. —Ivy dio un golpecito al último conjunto de documentos—. Registros que demuestran que tres concejales recibieron «honorarios de consultoría» de empresas que posteriormente aprobaron cambios de zonificación en torno a estos puntos de infraestructura. Cuando esto salga a la luz, se distanciarán públicamente de Knox.

Lavender silbó en voz baja. —No solo está desbaratando su plan de infraestructuras. Está desmantelando toda su red de protección.

—Esa es la intención —confirmó Ivy—. Aislarlo, forzarlo a tomar medidas reactivas, predecir su patrón de retirada.

La expresión de Julia se mantuvo deliberadamente neutra, pero Ivy percibió el sutil cambio en su postura; su mente táctica completamente inmersa en la estrategia.

—¿Plazos entre filtraciones?

—Veinticuatro horas entre paquetes —dijo Ivy—. Tiempo suficiente para que cada revelación cobre fuerza, pero no para que Knox establezca contramedidas eficaces.

Morgan completó los últimos protocolos de seguridad, sus dedos moviéndose por el teclado con una eficiencia consumada.

—Lista cuando usted quiera.

Todas las miradas se volvieron hacia Ivy. Aquel era el punto de no retorno, el momento en que pasaban de la defensa a la ofensiva. Una vez que se publicaran esos documentos, Knox sabría que no solo se estaba escondiendo. Estaba cazando.

Ivy se acercó al portátil principal, con los dedos suspendidos sobre el teclado.

—Empecemos.

La hora siguiente transcurrió en una intensa concentración mientras preparaba las pruebas para su transmisión digital. Cada documento requería un empaquetado cuidadoso: lo bastante completo para desencadenar una acción inmediata, pero estratégicamente limitado para no comprometer el núcleo del caso. Anotó conexiones, resaltó transacciones clave y creó visualizaciones simplificadas que hacían innegable el patrón de la infraestructura.

Morgan facilitó el despliegue técnico mientras Julia mantenía la alerta de seguridad, con la atención dividida entre la puerta, las ventanas y alguna que otra mirada al progreso de Ivy. Lavender se movía entre la cafetería y la trastienda, manteniendo el funcionamiento normal del negocio mientras ejercía una vigilancia adicional.

Cuando el primer paquete estuvo listo, Ivy hizo una pausa y cruzó la mirada con Julia por encima de la mesa.

—Esto me convierte en un objetivo más concreto —reconoció—. Le dice a Knox que no soy solo una testigo, sino una amenaza

activa.

Algo brilló en la expresión de Julia, una preocupación más profunda que la obligación profesional.

—También lo vuelve predecible —dijo—. Ahora nosotras controlamos el ritmo.

Sus palabras se hicieron eco de la propia estrategia de Ivy. Esa breve conexión pareció más una colaboración que una protección.

Ivy asintió una vez y pulsó «Enviar». Los paquetes digitales se dispersaron por la red cifrada, los grupos de documentos se movieron por canales seguros hacia sus objetivos designados. En cuestión de minutos, apareció la primera confirmación: recibos automatizados de servidores gubernamentales que acusaban recibo de la carga de información relevante para la seguridad.

—Fase uno completada —anunció Morgan, supervisando el despliegue—. Todos los objetivos han recibido la información. La oficina del Comisionado del Agua de la ciudad ya la ha marcado para su revisión inmediata.

Lavender regresó de la cafetería principal y cerró la puerta morada tras de sí.

—Justo a tiempo. Está llegando la clientela de la tarde.

—¿Plazos del impacto? —preguntó Julia, consultando el reloj.

—Los periodistas serán los más rápidos —replicó Ivy—. Calculo que la primera exposición pública se producirá en un plazo de tres a seis horas. La respuesta regulatoria, por la mañana. —Abrió el panel de seguimiento que había creado—. Rastrearemos indicadores específicos: movimientos del precio de las acciones en las empresas legítimas de Knox, transferencias de propiedad inusuales, cambios en los dispositivos de seguridad en ubicaciones conocidas.

Julia asintió.

—Observamos durante veinticuatro horas antes de desplegar la fase dos.

—A menos que sea necesario acelerar —matizó Ivy—. Si Knox responde más rápido de lo previsto, nos ajustaremos en consecuencia.

—¿Planes de contingencia? —La pregunta de Julia iba dirigida a Morgan, pero no apartó la vista de Ivy.

—El jefe Marten ha establecido puntos de observación seguros cerca de las principales propiedades de Knox —informó Morgan—. Solo agentes de confianza, comunicación a través de canales cifrados. Cualquier movimiento inusual se notificará de inmediato.

Ivy cerró el portátil, satisfecha con el despliegue.

—Ahora, a esperar.

—Aquí no —decidió Julia—. Demasiado expuesto para una presencia prolongada. Supervisaremos a distancia y mantendremos pautas de movimiento para evitar que nos detecten.

Lavender señaló una tableta que no formaba parte de su red segura.

—Primeros indicadores de los medios. Los blogs financieros ya se están haciendo eco de los rumores sobre una investigación regulatoria de las propiedades del distrito este.

Se reunieron en torno a la pantalla para observar cómo la información comenzaba su viaje hacia la opinión pública. La cobertura aún era especulativa y fragmentaria, pero iba cobrando impulso, exactamente como Ivy había predicho. Se estaba tirando de los primeros hilos del tapiz de Knox y el intrincado patrón comenzaba a deshacerse.

—Está funcionando —dijo Morgan con un deje de sorpresa en la voz.

—Por supuesto que está funcionando —replicó Lavender—. La ciencia forense financiera unida al despliegue táctico. Una solución elegante.

Ivy sintió la presencia de Julia sobre su hombro, tan cerca que su aliento le agitó el pelo junto a la oreja. —Impresionante —murmuró ella, y esa discreta aprobación reconfortó a Ivy más de lo que debería.

—La primera fase es solo el principio —le recordó Ivy, manteniendo la concentración profesional a pesar de la proximidad —. La respuesta inicial de Knox será contenida y comedida. La verdadera prueba llegará con la segunda fase, cuando se dé cuenta del patrón de la filtración.

—Estaremos preparadas. —Julia comprobó su arma, una costumbre que en ella parecía tan inconsciente como respirar—.

Hora de moverse. Mismos protocolos de seguridad para la salida, partida escalonada.

Mientras recogían el equipo, Ivy sorprendió a Julia observándola con expresión pensativa. —¿Qué?

—Aquí es usted diferente —dijo—. Está en su elemento.

—Usted también —replicó Ivy—. Cuando deja de intentar controlarlo todo salvo las variables tácticas, claro.

Julia casi sonrió. —Deberíamos volver para revisar los datos de monitorización en un lugar seguro.

Ivy reconoció la evasiva, pero no la rebatió. Habían encontrado un ritmo profesional, una colaboración funcional que trascendía la incomodidad de la mañana. No era lo que habían compartido durante la noche, pero era sostenible, eficaz.

Cuando se disponían a marcharse, Lavender agarró a Ivy del brazo, con una expresión más seria que durante su anterior encuentro.

—Knox es aún más peligroso acorralado que cazando —dijo en voz baja—. Lo que está haciendo es necesario, pero el riesgo aumenta exponencialmente con cada fase.

—La mayoría de los depredadores son peligrosos cuando se ven acorralados —respondió Ivy—. Pero también son predecibles.

Lavender la estudió un momento y luego miró hacia Julia, que estaba realizando una última comprobación de seguridad. —Hacen ustedes un equipo interesante —observó, en un tono demasiado bajo para que nadie más lo oyera—. Métodos diferentes, misma determinación.

Antes de que Ivy pudiera responder, Lavender le soltó el brazo y se dirigió hacia la puerta. —La misma ruta de salida que planeamos. La puerta de la cocina da al callejón de servicio. Mi gente se asegurará de que esté despejado.

Ivy siguió a Julia por la salida de la cocina y apareció en el callejón de detrás de la cafetería. El aire de la tarde traía el primer atisbo del frío otoñal, y los sonidos de la ciudad quedaban amortiguados por las calles arboladas del distrito de Heights. La Operación Cebo se había puesto en marcha. Las primeras pruebas se estaban extendiendo por los canales digitales, comenzando su

labor de desestabilización del imperio cuidadosamente construido por Knox.

Por primera vez desde que descubrió el allanamiento de la oficina que había iniciado este viaje, Ivy sintió que recuperaba algo parecido al control. Los patrones eran su lenguaje; los sistemas financieros, su terreno natal. Habían transformado su pericia de un lastre a un activo.

Y en algún lugar, al otro lado de Phoenix Ridge, Vincent Knox estaba a punto de descubrir que la testigo que había estado cazando ahora lo cazaba a él.



Había anochecido cuando salieron de casa de Lavender, transformando el perfil de Phoenix Ridge en una silueta recortada y salpicada de ventanas doradas y torres de oficinas de un azul plateado. Julia las guio a través de tres cambios de dirección y dos medios de transporte distintos antes de quedar satisfecha de que no las seguían. Su vigilancia no flaqueó en ningún momento; sus ojos escrutaban constantemente los tejados, los vehículos que pasaban y los portales en sombra, incluso cuando el distrito de Heights dio paso al centro y luego se transformó en el barrio histórico donde se encontraba su edificio de apartamentos.

Caminaron las últimas seis manzanas. Julia marcaba un paso que a los observadores les parecería despreocupado, pero que cubría el terreno con eficacia. Ivy igualó su zancada, y sus pasos cayeron en una sincronización inconsciente. La distancia entre ellas se mantuvo cuidadosamente —profesional en lugar de personal—, pero algo había cambiado desde su sesión de estrategia en casa de Lavender.

—El mercado va a cerrar —señaló Ivy, mientras consultaba la aplicación de monitorización segura en su móvil—. Los primeros indicadores ya deberían ser visibles.

Julia la guio al doblar una esquina y se posicionó entre ella y la calzada. —¿Alguna novedad?

—Fluctuaciones menores en los activos legítimos de Knox —informó Ivy, examinando los datos financieros—. Aún dentro de los patrones de cotización normales. El verdadero movimiento llegará después de que los primeros informes de los medios consoliden la conexión con la infraestructura.

El parque de bomberos reconvertido apareció más adelante, con su fachada de ladrillo realzada por el último resplandor del atardecer. Julia se detuvo en la esquina y llevó a cabo una última comprobación de vigilancia antes de acercarse al edificio.

—Despejado —determinó, haciendo un gesto con la cabeza hacia la entrada lateral que evitaba el vestíbulo principal—. Pero dentro mantenemos los protocolos de seguridad completos.

Dentro del apartamento, Julia activó el sistema de seguridad antes de realizar su comprobación perimetral habitual. Ivy se dirigió a la cocina e instaló su portátil para seguir los resultados que iba arrojando su primera filtración de información. Las pruebas contra Knox ya se propagaban por los canales digitales, creando una marejada que pronto se convertiría en oleaje.

—Primer informe en los medios —anunció cuando Julia terminó su ronda de seguridad—. Una entrada en el blog del Financial Times sobre «una inusual investigación regulatoria sobre las propiedades del distrito este cercanas a infraestructuras críticas».

Julia se reunió con ella junto a la encimera de la cocina, manteniendo una distancia prudente mientras estudiaba la pantalla por encima del hombro de Ivy. —¿Cuánto tardará la organización de Knox en darse cuenta de la amenaza?

—Ya lo están vigilando —replicó Ivy, abriendo un panel de control secundario que había creado—. Tres direcciones IP distintas asociadas a operaciones conocidas del Seraphim Syndicate han accedido al sistema de archivos regulatorios en la última hora. Saben que algo está pasando.

—Pero no saben el qué —aclaró Julia—. Ni el quién.

—Todavía no —convino Ivy—. Los documentos se limpiaron de cualquier metadato identificativo. Saben que la información ha salido de alguna parte, pero no específicamente de mí.

Hizo clic hasta una terminal de Bloomberg para comprobar patrones de cotización específicos en la red de negocios legítimos de Knox. —Ligero posicionamiento defensivo en el mercado. Están liquidando ciertas participaciones y reforzando otras.

La expresión de Julia permaneció serena, pero Ivy percibió el sutil cambio en su lenguaje corporal: el interés táctico primaba sobre la distancia profesional. —Ya está preparando contingencias financieras.

—Knox piensa como un jugador de ajedrez —explicó Ivy—. Siempre calcula con tres jugadas de antelación. Está sintiendo los primeros temblores de la perturbación y ajustando su posición en consecuencia.

Una levísima sonrisa asomó a los labios de Julia. —Lo que no se da cuenta es de que por fin alguien entiende su juego.

Aquella validación inesperada reconfortó a Ivy. Julia no era dada a los elogios o al reconocimiento; medía cada palabra con precisión. Aquel pequeño gesto tenía peso precisamente por ser tan impropio de ella.

—Un segundo medio de comunicación se ha hecho eco de la noticia —advirtió Ivy al ver aparecer notificaciones en su panel—. Un diario económico local que relaciona las adquisiciones de propiedades con problemas de seguridad en la planta de tratamiento de aguas.

Julia fue a preparar café, un acto doméstico que desentonaba con su vigilancia constante. —¿Se acelera el cronograma?

—Dentro de los parámetros previstos —respondió Ivy, analizando el flujo de información—. Por la mañana, deberíamos ver la respuesta regulatoria y el impacto inicial en el mercado. —Levantó la vista de la pantalla y se encontró con la mirada de Julia—. La primera prueba real de nuestra hipótesis sobre la infraestructura.

Julia se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados en lo que Ivy ya reconocía como su postura analítica más que como una barrera defensiva. —Si usted está en lo cierto sobre el patrón, los activos de seguridad de Knox empezarán a reposicionarse esta noche.

—Pasarán de darnos caza a centrarse en el control de daños —confirmó Ivy—. Los observadores del comisario Marten deberían detectar movimiento en propiedades clave en un plazo de doce horas.

Julia asintió y sirvió café en dos tazas. Le tendió una a Ivy, y sus dedos se rozaron en el intercambio. El breve contacto no pareció accidental, pero tampoco le dio importancia.

—¿Qué pasará cuando Knox se dé cuenta de que es un ataque coordinado en lugar de una revelación fortuita? —preguntó ella.

—Acelerará la consolidación —respondió Ivy, aceptando el café con un gesto de agradecimiento—. Trasladará los recursos físicos al complejo de Red Ridge mientras despliega contramedidas legales y financieras a través de sus negocios legítimos.

—Y nosotras lanzamos la segunda fase antes de que pueda establecer una defensa efectiva —concluyó Julia.

—Exacto.

El apartamento quedó en silencio, salvo por el suave zumbido del portátil y los lejanos sonidos de la ciudad que se filtraban por las ventanas cerradas. Ivy dio un sorbo a su café; el familiar ritual la anclaba en una situación que, por lo demás, era surrealista. Hacía una semana, era la doctora Ivy Monroe, contable forense con un cómodo despacho con vistas al puerto. Ahora, estaba orquestando el desmantelamiento sistemático de la operación criminal más poderosa de Phoenix Ridge desde el apartamento de una detective mientras se escondía de asesinos a sueldo.

—Está sonriendo —observó Julia, rompiendo el silencio.

Ivy levantó la vista, sorprendida de que se hubiera dado cuenta. —Solo aprecio lo absurdo de la situación.

—¿Lo absurdo?

—Esto —dijo Ivy, haciendo un gesto vago a su alrededor—. Una mujer con títulos superiores en matemáticas y análisis forense financiero, escondida en una estación de bomberos reconvertida, desplegando ciberoperaciones de nivel federal mientras la que posiblemente sea la detective más disciplinada de Phoenix Ridge me prepara café.

Algo se suavizó en la expresión de Julia. —La vida rara vez sigue los parámetros esperados.

—No —convino Ivy—. Si lo hiciera, nunca nos habríamos conocido en el bar de aquel hotel.

La referencia a sus comienzos quedó suspendida entre ellas, sin ser del todo reconocida ni descartada. Julia no respondió directamente, pero tampoco se refugió tras sus barreras profesionales. Un progreso, a su manera.

El teléfono de Ivy sonó con un mensaje seguro de Morgan. —La posición de Knox en el mercado está cambiando —informó, leyendo la actualización—. Tres de sus negocios legítimos han comenzado ventas estructuradas de participaciones específicas.

—Reestructuración defensiva —concluyó Julia, moviéndose para comprobar una vez más el sistema de seguridad del apartamento—. Exactamente como usted predijo.

La validación no debería haber importado, pero lo hizo. Julia Scott no era una mujer que ofreciera su aprobación a la ligera ni un reconocimiento casual. Cada vez que admitía la pericia de Ivy se sentía como un logro que los reconocimientos profesionales nunca le habían proporcionado.

—Mañana empieza la preparación de la segunda fase —dijo Ivy, cerrando el portátil cuando el cansancio finalmente la alcanzó. La adrenalina del lanzamiento de la Operación Cebo se estaba desvaneciendo, dejando tras de sí un agotamiento que le calaba hasta los huesos.

Julia se dio cuenta de inmediato. —Debería descansar. Tenemos doce horas antes de la planificación de la segunda fase. Yo haré la primera guardia.

Ivy debería haber discutido e insistido en ayudar a vigilar. En lugar de eso, se encontró asintiendo, de repente incapaz de mantener la energía necesaria para su cuidadoso baile de proximidad y distancia.

—Despiérteme si algo cambia —dijo, reuniendo sus notas—. O si la gente de Knox muestra patrones de movimiento inusuales.

—Lo haré. —Julia permaneció junto a la ventana, su silueta recortada contra las luces de la ciudad. Su postura transmitía

preparación en lugar de relajación, la protectora vigilante que nunca descansaba del todo.

Ivy se detuvo en el umbral del dormitorio. —Gracias, Julia.

Ella se giró. —¿Por qué?

—Por confiar en mi estrategia. Por verme como algo más que una testigo a la que proteger.

Algo parpadeó en los rasgos de Julia: una breve grieta en la fachada profesional que reveló emociones más complejas debajo. —Su pericia es… impresionante.

Viniendo de Julia Scott, la admisión era significativa. Ivy asintió una vez, aceptando el reconocimiento profesional al tiempo que percibía su trasfondo personal.

—Buenas noches, detective.

—Buenas noches, doctora Monroe.

Los títulos profesionales mantenían sus cuidadosas distancias, pero el tono transmitía algo más cálido que la fría formalidad de la mañana. Ivy cerró la puerta del dormitorio a su espalda, demasiado agotada para analizar el sutil cambio en su dinámica.

Mientras se preparaba para dormir, su móvil sonó con una última notificación. El *Phoenix Ridge Business Journal* había publicado un artículo de fondo: «Las adquisiciones de propiedades en el distrito este plantean preocupaciones sobre la seguridad de las infraestructuras». Debajo, un subtítulo señalaba: «Las acciones de Knox Enterprises caen un 8 % en las negociaciones fuera de mercado».

La Operación Cebo se había cobrado su primera víctima. El imperio de Knox, cuidadosamente construido, había empezado a sentir los temblores de su exposición. Por la mañana, esos temblores se convertirían en sacudidas importantes a medida que se iniciaran las investigaciones reguladoras y los inversores empezaran a distanciarse de empresas potencialmente comprometidas.

Ivy dejó el móvil a un lado y se estiró en la cama de Julia, que todavía conservaba tenues rastros de la noche que habían compartido. Al otro lado de la puerta del dormitorio, oía los sigilosos movimientos de Julia: el suave clic de la comprobación de su arma, el ligero tecleo en su portátil mientras supervisaba los canales de

seguridad, el sutil crujido de las tablas del suelo bajo su vigilante patrulla.

Julia Scott seguía siendo una contradicción: una distancia profesional que envolvía una conciencia personal, una precisión táctica que ocultaba una profunda emotividad. La mujer que había abrazado a Ivy durante la noche y que luego, por la mañana, se había refugiado tras el protocolo era ahora algo diferente: una compañera estratégica que respetaba su pericia sin reconocer del todo su conexión.

No era lo que Ivy quería, no del todo. Pero era un avance. El respeto profesional estaba creando una base allí donde las barreras emocionales habían fracasado.

El día siguiente traería la nueva fase de su ofensiva contra Knox. El depredador que la había cazado estaba a punto de descubrir que la ciencia forense financiera podía utilizarse como un arma más eficaz que la intimidación física. Y Julia —controlada, disciplinada y anclada en el protocolo— se había convertido en su inesperada aliada para redefinir el campo de batalla.

Mientras el sueño la vencía, un pensamiento persistía: los patrones revelan el carácter, tanto en los sistemas financieros como en las personas. Y tanto Vincent Knox como Julia Scott estaban demostrando ser notablemente coherentes en sus respuestas a la presión.

Solo tenía que seguir aplicando a cada uno el tipo de presión adecuado.

10

JULIA

—Está funcionando —susurró Julia mientras se inclinaba hacia la pantalla del portátil, observando unos indicadores rojos parpadear en el panel de monitorización.

Tres de las sociedades pantalla de Knox estaban liquidando activos simultáneamente, tal y como Ivy había predicho. La mente táctica de Julia registraba cada dato, calculando las implicaciones.

—Tres sociedades pantalla están liquidando activos —confirmó Ivy, levantando la vista de su fortaleza de diagramas financieros con una sonrisa sincera dibujándosele en el rostro—. Los lugartenientes de Knox están desesperados.

Julia se acercó para estudiar el caos financiero que se desarrollaba en la pantalla. —Marcus Wells se está deshaciendo de sus propiedades en el distrito este. Un treinta por ciento por debajo del valor de mercado.

—Justo como estaba previsto —respondió Ivy, con una satisfacción que le confirió calidez a su voz—. La estrategia de infraestructuras se está desmoronando. Wells sabe que esas propiedades están a punto de enfrentarse a un escrutinio normativo, pero no entiende cómo las hemos relacionado con la operación de Knox.

El orgullo henchió el pecho de Julia; un sentimiento inesperado y desconocido. Durante tres días, habían ejecutado su plan con precisión quirúrgica. Cada filtración de documentos, cuidadosamente seleccionada, había levantado otra capa de la organización criminal de Knox, exponiendo vulnerabilidades que ni siquiera sus contactos políticos podían proteger. Esa mañana, el *Phoenix Ridge Tribune* lo había sacado en primera plana: «Sospechas de una organización criminal en las adquisiciones de infraestructuras críticas». El comisionado de Aguas de la ciudad había iniciado auditorías de seguridad de emergencia. El mercado inmobiliario en las zonas afectadas se había desplomado.

Y Vincent Knox estaba perdiendo dinero a espuertas.

El teléfono de Julia vibró con una actualización encriptada del jefe Marten. La leyó rápidamente. —Ha aumentado la actividad en el complejo de Red Ridge. Seis vehículos en la última hora. Knox está consolidando sus recursos.

Observó cómo los dedos de Ivy volaban sobre el teclado, correlacionando los datos de vigilancia con los movimientos financieros. La concentración de la contable forense era absoluta, su pelo rubio miel recogido en una práctica coleta, y sus ojos, afilados por la intensidad analítica.

—Sus negocios legítimos han perdido casi cuarenta millones en valor de mercado desde que empezamos —informó Ivy sin apartar la vista de la pantalla—. El consejo de administración de Knox Enterprises ha convocado una reunión de emergencia para mañana.

—Has hecho más daño en tres días de lo que la jefatura ha conseguido en tres años —admitió Julia.

—*Nosotras* lo hemos hecho —corrigió Ivy, levantando la cabeza para mirarla a los ojos—. Tu despliegue táctico lo ha hecho posible.

Algo cálido se expandió en el pecho de Julia ante ese simple reconocimiento. Durante días, se habían movido la una en torno a la otra con cortesía profesional, con el recuerdo de la intimidad compartida cuidadosamente compartimentado tras los muros del trabajo. Ella se había refugiado en la precisión táctica; Ivy había respondido con concentración analítica. Sin embargo, de alguna manera, en la persecución de Knox, habían encontrado un ritmo: la

pericia forense financiera de Ivy, unida a la mente estratégica de Julia, había creado algo que ninguna de las dos podría haber logrado por separado.

El teléfono de Julia vibró de nuevo. Comprobó el mensaje y asintió ante la confirmación. —Han retirado de las operaciones de campo a dos de los matones conocidos de Knox. Morgan acaba de confirmarlo.

—Están retirando a los cazadores. —Ivy se enderezó, y Julia se sintió momentáneamente cautivada por la transformación: el agotamiento daba paso al triunfo; la vulnerabilidad, a la fuerza—. Pasan de la persecución a la defensa.

—Tu predicción fue acertada. Knox se está retirando exactamente como proyectaste.

Más allá del cristal, Phoenix Ridge se extendía bajo un cielo nocturno, con luces que brillaban como estrellas terrenales. La estación de bomberos reconvertida ofrecía vistas estratégicas de los accesos desde tres direcciones; una de las muchas razones por las que Julia la había elegido años atrás. Ahora, mientras escudriñaba las calles de abajo, se descubrió distraída por el reflejo de Ivy en la ventana, observándola estirar los músculos agarrotados por las horas frente al ordenador.

—Deberíamos celebrarlo —dijo Ivy de repente—. Solo por esta noche.

Julia se giró, sorprendida por la sugerencia. —¿Celebrarlo?

—El éxito de la primera fase. —Ivy señaló la pantalla donde el imperio financiero de Knox se desmoronaba en satisfactorias alertas rojas—. Nos hemos ganado un momento para reconocer lo que hemos conseguido.

El protocolo exigía una vigilancia continua. El legado de la familia Scott exigía una concentración inquebrantable. Tres generaciones de agentes de Phoenix Ridge habían forjado su reputación a base de disciplina, no de indulgencia. La voz de su abuelo resonaba en su memoria: *Celébralo cuando el caso esté cerrado, no antes.*

Y, sin embargo.

—Tengo algo para ocasiones como esta —se encontró Julia caminando hacia un armario que rara vez abría, sacando una botella

de champán y dos copas—. Suministros de emergencia.

La risa de Ivy, brillante e inesperada, envió una oleada de calidez por el pecho de Julia. —¿Guardas el champán con el equipo táctico?

—Una preparación adecuada incluye todas las contingencias —Julia sintió que una sonrisa asomaba a sus labios mientras abría la botella—. Incluso el éxito.

El champán era barato, pero estaba frío, y su efervescencia llenaba las copas con una dorada promesa. Julia le entregó una a Ivy, y sus dedos se rozaron en el intercambio; un breve contacto que provocó que una oleada de consciencia le recorriera los nervios, una distracción que no podía permitirse, pero que tampoco podía lamentar del todo.

—Por la primera fase —brindó, alzando ligeramente la copa.

—Por nuestra colaboración —replicó Ivy, sosteniéndole la mirada a Julia por encima del borde de la copa.

Algo cambió en el pecho de Julia: una relajación, una rendición a la conexión contra la que había estado luchando desde aquella noche en el hotel. Chocó su copa con la de Ivy, y el tintineo quedó suspendido entre ambas como una posibilidad.

—No habría predicho esto —admitió después de dar un sorbo, con las palabras saliéndole sin filtro—. Cuando me asignaron a tu equipo de protección.

—¿Que acabaríamos cazando a Knox en lugar de escondernos de él?

—Que pasarías de ser testigo a… —Julia hizo una pausa, buscando la palabra adecuada que no revelara demasiado— colaboradora.

—¿Eso es lo que soy para ti ahora? —preguntó Ivy, con la voz más baja que antes—. ¿Una colaboradora?

La pregunta derribó las cuidadosas defensas de Julia, exigiendo una honestidad que rara vez se permitía. Le sostuvo la mirada a Ivy directamente, superando la cautela instintiva. —Eres más que eso.

La confesión, tan simple y discreta, pareció monumental. Como cruzar una línea que había dibujado en la arena, solo para encontrar tierra firme al otro lado.

—Más —repitió Ivy—. Pero sigues sin poder definirlo.

—Algunas cosas se resisten a ser clasificadas —Julia oyó la aspereza en su propia voz, el control escapándosele de formas que antes la habrían alarmado.

—¿Como lo que está pasando entre nosotras? —Ivy dio un paso adelante, acortando la cuidada distancia que habían mantenido—. ¿O seguimos fingiendo que no pasa nada?

—No estoy fingiendo —Julia se mantuvo firme, la rendición adoptando una forma distinta a la retirada—. Simplemente no tengo el lujo de explorar mientras Knox siga siendo una amenaza.

—¿Y cuando no lo sea? —insistió Ivy—. ¿Cuando esto termine?

—Entonces… —Julia dejó la copa sobre la mesa, el gesto deliberado—. Entonces tendríamos opciones.

Las palabras en voz baja quedaron suspendidas en el aire entre ellas, cargadas de posibilidades. Fuera, la ciudad continuaba con su ritmo nocturno, ajena a la batalla que estaban librando dentro de sus límites, o a la que se luchaba en esa misma habitación, entre el deber y el deseo, entre los límites profesionales y la necesidad personal.

—Ya tenemos opciones —dijo Ivy en voz baja—. Las estamos tomando cada día.

El móvil de Julia volvió a sonar, ofreciendo un respiro momentáneo de una vulnerabilidad que se sentía a la vez aterradora e inevitable. Lo miró por puro reflejo, la responsabilidad profesional nunca del todo ausente. —Otra sociedad pantalla liquidando activos. El colapso financiero se está acelerando.

Ivy asintió, aceptando la retirada momentánea. —La organización de Knox opera con jerarquía y miedo. Cuando la estructura empieza a fallar, el miedo se propaga exponencialmente.

Julia la vio volver al portátil, abriendo el panel de control para comprobar los últimos indicadores. La imitó, quedándose lo bastante cerca como para sentir el calor que irradiaba el cuerpo de Ivy. La distancia profesional permanecía, pero se había reducido, transformada en algo más permeable.

—La fase dos empieza mañana por la mañana —dijo Ivy, con la vista fija en la pantalla—. Las conexiones políticas de Knox son el

próximo objetivo. Tres concejales con vínculos financieros directos con sus adquisiciones de infraestructuras.

—Morgan tiene los dosieres de pruebas listos para su distribución —confirmó Julia, agradecida por poder centrarse en la táctica, aunque era cada vez más consciente de la proximidad de Ivy—. Mismos canales seguros, misma estrategia.

—Y mismo resultado —añadió Ivy, con un matiz de satisfacción en la voz—. La red de protección de Knox desmoronándose a su alrededor.

Levantó la vista y sorprendió a Julia observándola. Julia no apartó la mirada; sintió que algo se removía en su pecho mientras contemplaba a Ivy en su salsa: brillante, concentrada, intrépida a pesar de todo lo que Knox les había echado encima.

—¿Qué? —preguntó Ivy.

—Estás en tu salsa —dijo Julia con sencillez, la honestidad reemplazando al protocolo—. Es… cautivador.

—¿Es por eso que me estás mirando así? —preguntó Ivy, con una audacia nueva en la voz.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras calculando riesgos que no tienen nada que ver con Vincent Knox.

A Julia le subió el calor a las mejillas, una reacción física que no pudo controlar. —Estoy entrenada para evaluar todas las variables en una operación.

—¿Y qué variables estás evaluando ahora mismo, detective Scott? —Ivy se giró por completo hacia ella, tan cerca que Julia pudo percibir el sutil aroma de su piel, la calidez de su aliento.

—Distracción frente a claridad —admitió Julia; las palabras surgieron de un lugar profundo y sincero al que rara vez accedía—. Límites profesionales frente a realidad operativa.

—¿Y tu conclusión?

Julia bajó la mirada por un instante hacia los labios de Ivy y luego la devolvió a sus ojos. La evaluación de riesgos calculada que había gobernado toda su carrera le pareció de pronto inadecuada ante la realidad de lo que había crecido entre ellas.

—Que algunas barreras solo existen porque las mantenemos.

La confesión se instaló entre ellas como una invitación. Julia sintió que el corazón se le aceleraba, que su conciencia profesional daba paso a algo más inmediato, más personal.

—Pues deja de mantenerlas —dijo Ivy en voz baja—. Solo por esta noche.

Julia permaneció inmóvil, atrapada en la batalla que se libraba desde que sus caminos se habían cruzado de nuevo: el deber en guerra con el deseo, el protocolo luchando contra la necesidad. En el silencio, los sutiles sonidos del apartamento se magnificaron: el zumbido del ordenador, el lejano tráfico de la ciudad, sus respiraciones sincronizadas.

Toda una vida de disciplina familiar de los Scott la instaba a la cautela. Tres generaciones de policías de Phoenix Ridge exigían protocolo. Su entrenamiento insistía en la distancia emocional para la claridad táctica. Los parámetros de la misión requerían límites profesionales.

Pero Ivy Monroe —brillante, intrépida y capaz de ver a través de cada defensa que Julia había construido— había reescrito esos parámetros con su mera existencia.

Julia avanzó, acortando la distancia que quedaba entre ellas con la misma determinación controlada que aplicaba a todo. Su mano se alzó por voluntad propia y sus dedos trazaron la línea de la mandíbula de Ivy con una delicadeza inesperada.

—Solo por esta noche —susurró, y sus palabras fueron a la vez una rendición y una condición.

Y entonces estaba besando a Ivy; el contacto fue vacilante al principio, y luego cada vez más seguro. El beso no se pareció en nada al de su primera noche juntas. Este era un reconocimiento, una confirmación, una elección.

Sintió las manos de Ivy en su cintura, atrayéndola hacia sí mientras el beso se profundizaba. Sabía a champán y a rendición. Los cuidadosos muros que Julia había mantenido se desmoronaron bajo la simple verdad de una conexión que ya no podía negar.

Afuera, Phoenix Ridge continuaba su sinfonía nocturna, sin saber que, en el apartamento de una estación de bomberos reconvertida,

algo estaba cambiando: se estaba forjando una nueva alianza que alteraría para siempre la batalla que se libraba entre sus muros.

Y al otro lado de la ciudad, el imperio de Vincent Knox seguía desmoronándose, deshaciéndose hebra por hebra mientras sus cazadores se convertían en la presa.

Julia sintió que el beso se intensificaba, que su cuidadoso control se rendía por fin a algo más primario. Sus manos se movieron hacia la cintura de Ivy, atrayéndola hacia sí hasta que sus cuerpos se apretaron, un contacto que envió una descarga eléctrica por todo su sistema. Cuando por fin se separaron, ambas sin aliento, Julia fue consciente de un cambio en su interior: toda la distancia profesional había sido consumida por algo mucho más poderoso.

—No deberíamos —susurró, incluso mientras sus dedos se enredaban en el pelo rubio miel de Ivy, liberándolo de su práctica coleta.

—No dejas de decir eso —replicó Ivy, deslizando las manos bajo la camisa de Julia hasta encontrar su piel—. Pero ya no lo dices en serio.

Una sonrisa, insólita en su propio rostro, afloró de forma espontánea. —Puede que no.

Se dirigieron al dormitorio sin tomar una decisión consciente; la conciencia de Julia se redujo a ese único foco, a esa conexión que ya no podía negar.

Se detuvo en el umbral, de repente seria, mientras la realidad se reafirmaba. —Si volvemos a hacer esto, todo cambiará. Lo sabes.

—Todo ha cambiado ya —replicó Ivy, mientras sus dedos recorrían la marcada línea de la mandíbula de Julia—. Lo único que no ha cambiado es tu insistencia en negarlo.

Esas palabras atravesaron las últimas defensas de Julia con delicada precisión. Sintió que algo se removía en su pecho: la aceptación reemplazando a la resistencia, la verdad desplazando a la retirada.

—No se me da bien esto —admitió, con una confesión arrancada de lo más profundo de su ser—. Desear algo que no puedo controlar. A alguien que me hace… vulnerable.

La palabra quedó suspendida entre ellas, cargada de significado. La vulnerabilidad no era solo una exposición emocional, era una desventaja táctica. La vulnerabilidad mataba a agentes. Mataba a testigos.

—La vulnerabilidad no es debilidad —dijo Ivy suavemente—. No cuando se comparte.

En lugar de responder, Julia la llevó al dormitorio, hacia las sábanas arrugadas. Cuando sus labios volvieron a encontrarse, se permitió abandonar la disciplina y el control que había mantenido desde su formación en la academia.

Se quedó completamente quieta mientras los dedos de Ivy encontraban los botones de su camisa, bajando metódicamente por la hilera. La confianza reemplazó a la vigilancia que nunca abandonaba del todo la conciencia de Julia, una rendición más profunda que la intimidad física. Cuando la tela se abrió, revelando la cicatriz de sus costillas, sintió la mirada inquisitiva de Ivy.

—Kazajistán —explicó Julia brevemente—. Hace cuatro años.

Contuvo el aliento cuando Ivy se inclinó y presionó los labios sobre la marca, en un gesto de aceptación que conmovió algo más allá del deseo físico. Entonces Julia se movió, despojándolas a ambas de su ropa.

—Intenté olvidar —murmuró contra la clavícula de Ivy—. Cómo te sentías. Tu sabor. Me dije a mí misma que solo había sido una noche.

—¿Y ahora? —preguntó Ivy, sus dedos recorriendo el ángulo afilado del omóplato de Julia.

Julia levantó la vista y sintió que algo se transformaba en su pecho mientras la luz de la luna plateaba las facciones de Ivy. —Ahora sé que me equivocaba.

La admisión pareció monumental. Se unieron con una conciencia renovada; el cuerpo de Julia recordaba lo que su mente había intentado olvidar, encontrando ritmos que resonaban por igual en la memoria y en el momento presente.

El control habitual de Julia se transmutó en concentración, su atención se centró en leer el cuerpo de Ivy como un mapa, en

encontrar sus puntos sensibles. Cuando sus dedos descendieron, a Ivy se le cortó la respiración y arqueó la espalda en anticipación.

—Por favor —susurró Ivy, y Julia sintió una oleada de algo más allá del deseo: ternura, protección, conexión.

El tacto de Julia se volvió más insistente; las caricias ligeras dieron paso a una mayor presión al encontrar el clítoris de Ivy y masajearlo en círculos cerrados. Observó cómo Ivy se retorcía bajo ella, gimiendo mientras se movía. Julia bajó la mano y jugueteó con los pliegues de Ivy, sus dedos resbaladizos por la humedad.

—¿Estás lista para mí? —bromeó Julia.deep inside her, then another finger and a third. She began to thrust her fingers rhythmically while massaging Ivy's clitoris with her other hand. Ivy bit her lip and grabbed her breast, pulling on her taut nipples as she wriggled under Julia.

El deseo recorrió a Julia mientras veía a Ivy deshacerse, y continuó su ritmo, hundiendo los dedos profundamente en Ivy, dentro y fuera, para luego curvarlos hacia arriba, alcanzar su punto G y hacerle ver las estrellas.

Julia sintió cómo todo el cuerpo de Ivy se tensaba y vio cómo apartaba la mano de su pecho para agarrarse a las sábanas. Julia aceleró el ritmo, metiéndole los dedos con insistencia mientras le presionaba con firmeza el clítoris.

—Joder, joder, joder, estoy a punto de correrme —gimió Ivy, con la voz cargada de placer.

—Córrete para mí. Suéltalo todo.

Y Ivy lo hizo. Los músculos se le contrajeron alrededor de los dedos de Julia, hundidos en su interior, y soltó un grito mientras el éxtasis la arrollaba en una oleada de placer tras otra.

Julia deslizó la mano que le quedaba libre por la zona lumbar de Ivy, acunándola contra ella mientras las réplicas del orgasmo la recorrían, y no la soltó hasta que el cuerpo de Ivy dejó de temblar de puro placer.

Julia notaba su propia humedad insistente entre las piernas.

Se recolocó hasta quedar a horcajadas sobre el muslo de Ivy y presionó su clítoris contra él deliciosamente.

—¿Puedo? —le preguntó, mirando los brillantes ojos verdes de Ivy.

—Preferiría que cabalgases sobre mi cara —dijo Ivy con una sonrisita—. Quiero que te corras en mi boca.

¡Menuda pervertida!

Julia se echó a reír. No recordaba haber estado nunca con una mujer tan directa como Ivy, pero desde luego no iba a rechazar sus anhelos y deseos.

—De acuerdo, señorita pervertida. Me parece divertido —Julia se deslizó por el cuerpo de Ivy hasta quedar a horcajadas sobre su cara. Ivy le sonrió y le sujetó los muslos mientras ella se acomodaba sobre su lengua expectante.

La primera sensación de la lengua de Ivy en su coño le envió descargas de placer por todo el cuerpo.

¡No te corras tan rápido, Julia!

Pero Julia no estaba segura de poder evitarlo mientras Ivy comenzaba a darle lametones largos y firmes desde el ano hasta el clítoris. Sentía cada terminación nerviosa como si estuviera en llamas. Deseaba correrse en la cara de Ivy más de lo que recordaba haber deseado nunca nada.

Julia se restregó contra la boca de Ivy, sintiendo la más deliciosa de las presiones contra su clítoris mientras se movía de un lado a otro.

Se sintió como si estuviera en el cielo, volando alto, con los dedos entrelazados en el pelo dorado de Ivy.

Julia presionó de nuevo, con más fuerza, y segundos después su orgasmo estalló por cada minúscula parte de su cuerpo. Se sintió eyacular de placer, chorreando en la boca de Ivy, que se lo tragó con avidez.

Julia nunca se había sentido tan excitada por una pareja sexual. Disfrutó del orgasmo sobre la cara de Ivy antes de que su cuerpo se aflojara y se relajara y rodara para tumbarse en la cama.

Ivy se estaba relamiendo los labios, con los ojos velados por el deseo. —Sabes jodidamente bien —dijo.

Julia se rio. —Eres una guarra —respondió—. Y lo digo como el mayor de los cumplidos sexuales. Haces que me sienta viva

sexualmente de una forma que no lo había estado en años, o quizá nunca.

Ivy sonrió, con el orgullo dibujado en el rostro. —Bien. Me gusta.

Julia se inclinó y la besó, saboreando su propio sexo en los labios de Ivy. —A mí también me gusta —dijo.



Después, se tumbó junto a Ivy, entrelazando su pierna con la de ella mientras la atraía hacia sí.

Durante varios minutos permanecieron entrelazadas, con la luz de la luna moviéndose por la cama a medida que las nubes se desplazaban frente a las ventanas. Los dedos de Julia trazaban dibujos ociosos a lo largo de la columna de Ivy, un tacto ya no medido ni cauto, sino afectuoso, posesivo.

—Nunca se me ha dado bien esta parte —admitió finalmente, con voz queda en la oscuridad.

—¿Qué parte? —Ivy se apoyó en un codo, estudiándole la cara a Julia.

—El después —Julia hizo un gesto vago entre ambas, luchando por articular aquella vulnerabilidad que le resultaba tan ajena—. Cuando ya no es solo algo físico.

La confesión reveló una verdad que rara vez se admitía a sí misma: que tras su distancia profesional se escondía una mujer poco acostumbrada a forjar vínculos.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Ivy, con la voz suave en la oscuridad.

Los ojos de Julia se encontraron con los suyos, mientras la incertidumbre y el reconocimiento se mezclaban en su pecho. —No lo sé —admitió—. Pero es algo.

Sintió que las palabras se quedaban cortas para describir el cambio sísmico de su interior; no era una declaración, sino un comienzo.

Ivy se inclinó y posó sus labios sobre los de Julia en un beso que no contenía nada de la urgencia anterior, solo reafirmación. —Por

ahora, con esto basta.

Fuera, la noche se hizo más profunda a su alrededor, y las luces de Phoenix Ridge brillaban tras las ventanas como estrellas terrenales. En algún lugar de la ciudad, el imperio de Vincent Knox continuaba su calculado colapso, sin saber que la testigo a la que había dado caza y la detective a la que había comprometido habían encontrado fortaleza en el vínculo que él había intentado impedir.

Mientras el sueño la vencía, Julia permaneció abrazada a Ivy, con las barreras profesionales disueltas por elección y no por las circunstancias. Al menos durante esa noche, no eran detective y testigo, protectora y protegida. Eran simplemente Julia e Ivy, encontrando un santuario inesperado en los brazos de la otra.

No oyó el suave clic de la ventana de la escalera de incendios al ser forzada y luego abierta con cuidado. Sus sentidos, adiestrados tácticamente y siempre alerta incluso en sueños, no registraron la sombra que se deslizó por el tejado del edificio una hora más tarde, asegurando los puntos de acceso con precisión profesional. El peligro que se cernía en la oscuridad, más allá de su paz temporal, pasó desapercibido.

Durante esas pocas y preciosas horas, Julia durmió, sin saber que su victoria había acelerado los planes de Knox, transformando una persecución sistemática en una jugada final desesperada. Sin saber que la mañana no traería una planificación estratégica, sino violencia. Sin saber que el vínculo que finalmente había reconocido se enfrentaría a su mayor prueba antes de que el alba rompiera sobre las montañas al este de Phoenix Ridge.



Julia se despertó de golpe, la consciencia abriéndose paso a través de la niebla del sueño. Algo había cambiado en la atmósfera del apartamento: un sutil cambio en la presión del aire, el sonido casi imperceptible de una respiración contenida que no era la suya, ni la de Ivy. Su entrenamiento se activó de forma automática, su mente

catalogando amenazas antes incluso de haber abierto los ojos del todo.

El reloj digital marcaba las 4:17 de la madrugada. A su lado, Ivy dormía profundamente, con su pelo rubio miel esparcido por la almohada. Fuera, Phoenix Ridge seguía envuelto en la oscuridad previa al amanecer, con las luces de la ciudad atenuadas a través de las persianas a medio cerrar.

Pero no estaban solas.

Julia mantuvo una respiración acompasada, fingiendo seguir dormida mientras sus sentidos se agudizaban, registrando información. Un intruso en la puerta del dormitorio. Al menos dos más en el salón principal. Entrada profesional: sin cristales rotos, sin muebles movidos de su sitio. Formación táctica. Experiencia militar o de alguna fuerza especial.

El equipo de élite de Knox.

Su arma reglamentaria estaba en la funda, colgada del poste de la cama, fuera de su alcance; una posición tácticamente correcta en circunstancias normales, lo suficientemente cerca para un acceso de emergencia pero asegurada para evitar un disparo accidental. Ahora, con los intrusos ya dentro, esa corta distancia bien podría haber sido de kilómetros.

Julia tomó la decisión en microsegundos. Solo tendría una oportunidad. La sorpresa era su única ventaja.

Se impulsó hacia arriba, rodando sobre el cuerpo dormido de Ivy en un único y fluido movimiento, usando el impulso para lanzarse hacia el arma. Sus dedos se cerraron sobre la funda justo cuando una figura apareció en el umbral: equipo táctico negro, rostro oculto por un pasamontañas, postura profesional.

—¡Contacto! —ladró la figura, con voz baja y controlada.

Julia arrancó su Glock de la funda y la apuntó mientras el entrenamiento y la memoria muscular tomaban el control sobre el pensamiento consciente. Pero antes de que pudiera disparar, algo pequeño y cilíndrico describió un arco en el umbral, rebotando una vez en el suelo de madera.

Granada aturdidora.

—¡Al suelo! —gritó Julia, lanzándose hacia atrás sobre Ivy, que acababa de empezar a moverse. Cerró los ojos con fuerza y abrió la boca para igualar la presión, con la cara hundida en el colchón mientras su entrenamiento tomaba el control.

La explosión desgarró el dormitorio, una onda expansiva de sonido y luz diseñada para desorientar e incapacitar. Incluso estando preparada, Julia sintió el impacto martillearle el cráneo, el oído interno dándole vueltas mientras el equilibrio le fallaba. A su lado, Ivy gritó, un sonido distante y amortiguado bajo los efectos de la granada.

Julia se obligó a abrir los ojos a pesar de la desorientación, negándose a perder la conciencia de la situación. La habitación le daba vueltas, la veía doble y borrosa. Volvió a levantar el arma, luchando contra el vértigo que hacía casi imposible apuntar.

Una figura se abalanzó a través de la visión distorsionada. Julia disparó dos veces y los disparos resonaron ensordecedores en el reducido espacio. El primero se desvió. El segundo alcanzó al intruso en el hombro, y el impacto lo hizo girar sobre sí mismo, pero no detuvo su avance.

Más figuras entraron en tropel por la puerta. Tres, cuatro… demasiadas para seguirlas con la vista afectada. Julia rodó fuera de la cama y tiró de Ivy con ella al suelo, al lado opuesto del ataque. Le ardía la garganta al tratar de gritar instrucciones, pero era incapaz de oír su propia voz por encima del pitido provocado por la granada aturdidora.

—Quédate en el suelo —le articuló a Ivy, haciendo un gesto brusco con la mano libre mientras mantenía el arma apuntando hacia la puerta.

Un bote rebotó y quedó a la vista, de cuyas rejillas ya empezaba a salir humo. Gas CS: no letal, pero incapacitante. Iban a por ellas, no a eliminarlas. Knox quería a Ivy viva. Quería información.

La mente estratégica de Julia procesaba las implicaciones incluso mientras su cuerpo se movía por instinto. Volvió a disparar hacia un movimiento cerca de la ventana, manteniéndose agachada mientras el gas empezaba a llenar la habitación. Los detectores de humo se

activarían pronto, lo que alertaría al cuerpo de bomberos de Phoenix Ridge: posibles refuerzos si conseguían resistir lo suficiente.

Una figura oscura emergió del gas cada vez más denso, moviéndose con eficacia a pesar del caos. Julia apuntó al centro de la masa corporal y apretó el gatillo, pero el percutor golpeó una recámara vacía. Dieciséis disparos. ¿Cuándo había disparado los otros? La desorientación era más grave de lo que había creído.

La figura acortó la distancia con precisión táctica. Julia cambió al protocolo de combate cuerpo a cuerpo; su arma ahora era inútil, salvo como instrumento contundente. Se abalanzó hacia arriba, utilizando el armazón de la cama como palanca para clavar la empuñadura de la Glock en la garganta de su atacante.

El impacto dio en el blanco, pero con menos fuerza. Los efectos de la granada aturdidora habían afectado a su equilibrio, desbaratando el cálculo de la distancia y el impulso. El atacante se tambaleó hacia atrás, pero no cayó, y levantó una porra táctica en un contraataque ensayado.

Julia se giró para esquivarlo, evitando lo peor del impacto, pero sintió un fuego estallar en sus costillas cuando la porra golpeó su chaleco de protección parcial. Se dejó caer y rodó, su entrenamiento policial tomando el control donde el pensamiento consciente flaqueaba. Detrás de ella, oía a Ivy toser a medida que el gas CS se espesaba: estaba desorientada, pero consciente y alerta de la amenaza.

Otras dos figuras aparecieron a través del gas, moviéndose en una formación coordinada. No eran matones cualquiera; era el equipo de élite de Knox, formado por antiguos operadores de fuerzas especiales, ahora mercenarios con habilidades particulares.

Julia amagó hacia la izquierda y luego cargó contra el atacante más cercano, tratando de crear distancia entre ellos e Ivy. Un golpe seco le alcanzó el hombro, enviando un dolor eléctrico por su brazo. Absorbió el impacto, usando el impulso para alimentar su contraataque, y le clavó el codo en el plexo solar a su atacante.

El hombre gruñó, encorvándose ligeramente pero sin romper la formación. No eran matones callejeros; eran combatientes

entrenados que entendían el control del dolor y el posicionamiento táctico.

—Asegurad al objetivo —ordenó uno de ellos, con la voz amortiguada por una máscara que lo protegía del gas—. El tiempo corre.

Julia entrevió a Ivy a través del caos: estaba pegada a la pared, con los ojos llorosos por el gas, pero con la mente claramente despejada mientras buscaba un arma, una vía de escape, una ventaja. No presa del pánico, sino evaluando y planeando. Incluso ahora, su mente analítica seguía siendo su mayor baza.

Una renovada oleada de instinto protector impulsó a Julia hacia delante. Cargó contra la figura más cercana, abandonando la postura defensiva por un ataque agresivo, tratando de desviar la atención de Ivy. La táctica tuvo demasiado éxito: el operador la dejó acortar la distancia y luego se hizo a un lado, asestándole un golpe preciso en su costado desprotegido.

El dolor estalló en el riñón de Julia, la visión se le nubló y sus rodillas amenazaron con ceder. El entrenamiento la mantuvo en pie, la mantuvo en movimiento. Pivotó, levantando el antebrazo para bloquear un segundo golpe, y luego lanzó la rodilla hacia la entrepierna de su atacante. El hombre se movió, recibiendo el golpe en el muslo en lugar de en el objetivo previsto.

—¡Julia! —La voz de Ivy se abrió paso a través del caos, áspera por la advertencia más que por el miedo.

Julia se giró justo cuando otro operador emergía del gas, con un táser levantado y apuntando. Intentó hacerse a un lado, pero la desorientación de la granada aturdidora había mermado su percepción espacial. Los electrodos la alcanzaron de lleno, administrándole cincuenta mil voltios en una descarga incapacitante.

Sus músculos se agarrotaron, los nervios disparándose en patrones contradictorios que volvieron inútil su entrenamiento. Julia cayó de rodillas, luchando por mantenerse consciente mientras la electricidad le recorría el cuerpo. A través de sus ojos llorosos, vio cómo las figuras oscuras convergían sobre la posición de Ivy.

—No —jadeó, la palabra apenas audible entre dientes apretados.

Con un esfuerzo monumental, Julia se obligó a avanzar, arrastrándose hacia Ivy a pesar de que sus músculos se negaban a obedecer las órdenes. Tenía una oportunidad: el arma de repuesto que llevaba sujeta al tobillo, oculta bajo el pantalón del pijama. Si tan solo pudiera alcanzarla…

Un agente se percató de su movimiento al girarse. Julia vio la decisión en su postura, el reconocimiento de que seguía siendo una amenaza a pesar de su estado vulnerable. La porra táctica se alzó y descendió con precisión e impactó en su sien con un golpe controlado, diseñado para incapacitar sin matar.

La oscuridad estalló tras los ojos de Julia. Lo último que vio fue a Ivy luchando mientras unas figuras enmascaradas la arrastraban hacia la puerta; su pelo rubio como la miel reflejaba la tenue luz mientras se debatía a pesar de la fuerza abrumadora. Lo último que oyó fue a Ivy gritando su nombre, con una voz afilada por algo más que el miedo.

Luego, nada más que oscuridad, fracaso y la certeza de que había perdido a la única persona de la que por fin se había permitido depender.

Cuando por fin recobró el conocimiento, encontró el primer indicio cerca de la ventana: marcas de rozaduras en la escalera de incendios, un patrón de bota distintivo que correspondía a calzado de tipo militar. El segundo provenía del salón, donde un panel del techo desplazado revelaba que habían accedido al sistema eléctrico para desactivar las medidas de seguridad auxiliares.

Profesionales, pero con tiempo limitado. Habían sido eficientes, pero no perfectos.

Julia inspeccionó el dormitorio de nuevo, buscando cualquier cosa que se le pudiera haber pasado por alto. Knox se habría llevado a Ivy a un lugar seguro; un sitio que controlase por completo, con infraestructura para interrogatorios. Repasó mentalmente las propiedades que habían identificado durante la investigación y las clasificó según su probabilidad y sus características de seguridad.

El complejo de Red Ridge era demasiado obvio. La oficina del puerto tendría demasiados testigos. La planta de procesamiento

abandonada en el extremo este se había incendiado hacía dos meses, después de que Knox le hubiera sacado todo el partido.

Al pasar junto a la cama, algo le llamó la atención: una pequeña irregularidad en el parqué bajo el armazón. Julia se dejó caer de rodillas, ignorando la protesta de sus costillas magulladas mientras se asomaba por debajo.

Se le cortó la respiración.

Allí, grabado en el suelo con lo que debió de ser el palillo de un pendiente roto, había un símbolo: un ancla de barco toscamente dibujada con el número 7 al lado.

Ivy le había dejado un mensaje.

Incluso mientras los profesionales de Knox se la llevaban a rastras, su brillante mente había estado trabajando, creando una miga de pan que solo Julia reconocería. Los analistas del departamento verían un garabato al azar, pero Julia supo de inmediato lo que significaba.

El astillero abandonado en el noreste de Phoenix Ridge; el distrito siete según los mapas de planificación urbana. Concretamente, la antigua terminal de transporte Seraphim que habían identificado como una posible propiedad de Knox durante su investigación. La misma terminal visible desde el Hotel Oceana, donde se conocieron.

Donde todo había empezado.

Julia repasó la marca con la punta del dedo y sintió que se le oprimía el pecho. La revelación cristalizó algo en su interior y endureció su determinación hasta convertirla en algo que iba más allá del deber profesional. Ya no se trataba solo de una testigo, ni solo del testimonio o de desmantelar la organización de Knox. Se trataba de Ivy Monroe: brillante, intrépida y negándose a ser una víctima incluso cuando la superaban en fuerza.

Esto era personal de una manera que nada en la carrera de Julia lo había sido jamás.

Oyó el distintivo patrón de dos golpes de Morgan en la puerta, seguido de tres toques rápidos, la señal de emergencia que tenían establecida. Julia se movió por el apartamento con el arma en ristre, la cautela primando sobre la familiaridad incluso con su compañera.

—Joder —musitó Morgan cuando Julia abrió la puerta, asimilando la sangre, los moratones, el destrozo del apartamento—. Le han dado una buena.

—Estoy operativa —repitió Julia, reuniendo ya el resto de su equipo—. El equipo de Knox era profesional. Formación militar, entrenamiento especializado. Un mínimo de seis agentes.

Morgan asintió, realizando su propia evaluación del apartamento. —El jefe Marten está asegurando un canal fuera de la infraestructura del departamento. Los SWAT, en espera solo con personal de confianza.

—No hay tiempo para una respuesta oficial —dijo Julia, comprobando sus armas por última vez—. Sé dónde se la han llevado.

Morgan enarcó las cejas.

—¿Cómo?

Julia la llevó al dormitorio y le señaló el símbolo grabado bajo el somier.

—Ivy ha dejado esto. Es el astillero abandonado del distrito siete. La terminal Seraphim.

—La gente de Knox habrá buscado mensajes —dijo Morgan, con escepticismo en la voz.

—No habrían mirado aquí —replicó Julia—. Demasiado sutil, demasiado específico. Ivy sabía que lo encontraría.

Algo en su tono debió de revelar más de lo que pretendía, porque la expresión de Morgan cambió, y su evaluación profesional dio paso a una preocupación personal.

—Julia… —empezó, pero se detuvo para recalibrar—. ¿Cómo de segura está de esta ubicación?

—Lo bastante segura como para actuar ya. —Julia se echó la bolsa táctica al hombro, calculando ya los vectores de aproximación y los puntos de entrada—. La estrategia de Knox es predecible: un lugar seguro, un interrogatorio intensivo y deshacerse de ella cuando consiga lo que quiere.

—¿Y qué es lo que necesita?

—Todo lo que Ivy sabe sobre su plan de adquisición de infraestructuras. Las pruebas que aún no ha revelado. Los contactos

que ha hecho. —A Julia se le tensó la mandíbula—. Y ahora tiene un plazo muy ajustado, después de que hayamos desestabilizado su operación.

Morgan no discutió más, reconociendo que era inútil. En su lugar, pasó a ofrecer apoyo de seguridad.

—Tengo imágenes por satélite del astillero de los recursos del departamento. No hay actividad evidente, pero sí muchos puntos ciegos en los edificios de la terminal.

Julia asintió, dirigiéndose ya hacia la puerta.

—Necesitamos un transporte que no pueda rastrearse hasta el departamento y armas que la gente de Knox no se espere.

—De eso ya me he encargado. —Morgan la siguió, igualando su paso—. Tengo un vehículo civil a nombre de mi abuelo, y el jefe Marten ha autorizado el acceso al armero especial.

Bajaron por la escalera de incendios en lugar de usar la principal. La percepción situacional de Julia se había agudizado hasta una intensidad dolorosa. Cada sombra albergaba amenazas potenciales. Cada coche que pasaba podía contener al equipo de vigilancia de Knox. El aire matutino traía el olor a sal del puerto, un aroma familiar ahora contaminado por el fracaso y el miedo.

—Hábleme —dijo Morgan cuando llegaron al callejón donde había aparcado una berlina discreta—. ¿Cuál es el plan?

Julia guardó su equipo en el maletero, con la mente ya trazando la distribución del astillero de memoria.

—Knox tendrá a Ivy en el edificio principal de la terminal. Sin ventanas, seguro, con un único vector de aproximación. Guardias mínimos: dos en el perímetro, dos con el objetivo.

—Eso suponiendo que tenga razón sobre la ubicación —señaló Morgan mientras entraban en el vehículo—. Y suponiendo que el propio Knox esté allí.

—Estará allí. —La certeza de Julia no era táctica, era visceral—. No confiará este interrogatorio a sus subordinados. No con lo que Ivy sabe de su operación y el daño que ya le ha causado.

Mientras Morgan conducía entre el tráfico matutino, Julia se obligó a respirar a través del dolor que irradiaba de su sien, de sus costillas y de la herida más profunda del fracaso que amenazaba con

comprometer su concentración. La habían entrenado para compartimentar, para separar los sentimientos personales del deber profesional.

Pero Ivy Monroe había reescrito esos parámetros con su propia existencia. La mujer que había entrado en la vida de Julia como un encuentro anónimo, que se había convertido en su protegida, que se había transformado en su compañera y que finalmente había derribado los muros que rodeaban su corazón; esa mujer estaba ahora en manos del criminal más peligroso de Phoenix Ridge.

Y Julia removería cielo y tierra para recuperarla.

El teléfono por satélite vibró con un mensaje entrante del jefe Marten: *Equipo de confianza reuniéndose. Mantengan posición hasta apoyo táctico.*

Julia lo leyó y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo sin responder. El protocolo exigía esperar refuerzos, establecer un perímetro y llevar a cabo una vigilancia adecuada. Pero Ivy no tenía tanto tiempo.

—El jefe quiere que esperemos a los refuerzos —observó Morgan, leyendo la expresión de Julia—. El procedimiento habitual.

—Esta situación no tiene nada de rutinaria —replicó Julia, revisando su arma de nuevo—. Knox sabe que el departamento de policía está comprometido. Espera una respuesta oficial y se está preparando para ella.

—¿Y?

—Y a mí no me espera. —La voz de Julia tenía un tono cortante que Morgan no le había oído nunca.

Morgan miró de reojo a su compañera, con una preocupación evidente en su expresión. —Julia —dijo con cuidado—, está actuando al margen del protocolo. Al margen de las directrices del departamento.

—Lo sé.

—Por ella. —No fue una pregunta.

Julia sostuvo la mirada de su compañera. —Sí.

La simple confesión quedó flotando entre ellas mientras Morgan conducía hacia el polígono industrial. Ninguna de las dos habló

durante varios minutos, y el silencio se llenó de implicaciones tanto personales como profesionales.

—Ya sabe lo que solía decir Hayes —ofreció Morgan finalmente.

—«La testigo no es la misión; lo es su testimonio» —citó Julia automáticamente.

Morgan negó con la cabeza. —Eso es lo que decía en las reuniones informativas. Lo que me decía a mí cuando no había nadie más escuchando era diferente. —Hizo una pausa mientras giraba por la carretera de acceso que llevaba al astillero—. Decía: «A veces la persona se convierte en la misión, y ahí es cuando descubres qué clase de policía eres en realidad».

Las palabras se le instalaron a Julia en el pecho, como el reconocimiento de una verdad contra la que había estado luchando desde que vio a Ivy por primera vez en aquel piso franco. La persona se había convertido en la misión. Ivy Monroe había pasado de ser una testigo a una compañera y a algo que Julia todavía no podía nombrar del todo, pero que ya no podía negar.



Mientras el astillero abandonado aparecía más adelante, con sus grúas cubiertas de óxido alzándose como centinelas esqueléticos contra el cielo matutino, Julia tomó una decisión. El protocolo, las directrices del departamento, la distancia profesional… todo era secundario ante la simple verdad que había cristalizado en la devastación de la mañana.

Encontraría a Ivy. La traería a casa. Y que Dios se apiadara de quien se interpusiera en su camino.

—Tengo que entrar sola —dijo Julia mientras Morgan aparcaba el sedán a la sombra de un almacén abandonado a doscientos metros de la terminal principal—. La gente de Knox estará esperando una respuesta estándar. Múltiples entradas activarán sus protocolos de seguridad.

—Así no es como funciona esto —objetó Morgan—. Los compañeros no se separan, sobre todo en territorio hostil.

—Te necesito coordinando con el jefe Marten —replicó Julia, comprobando ya su equipo por última vez—. Estableciendo el perímetro exterior. Asegurándote de que no lleguen más hostiles como refuerzo.

Morgan reconoció el argumento por lo que era: un pretexto táctico para una decisión ya tomada. Suspiró y luego se llevó la mano a la chaqueta para sacar un pequeño dispositivo.

—Coge esto, entonces —dijo, poniéndoselo en la mano a Julia—. Es un prototipo experimental de la División Técnica. Un PEM de corto alcance. Desactiva los aparatos electrónicos en un radio de seis metros durante unos noventa segundos.

Julia se guardó el dispositivo en el bolsillo con un gesto de agradecimiento.

—¿Y, Julia? —Morgan la sujetó por el brazo cuando se disponía a salir del vehículo—. Tráela de vuelta. Y vuelve tú también.

Algo tenso y doloroso se le deshizo en el pecho a Julia ante ese simple reconocimiento. Asintió una vez, incapaz de articular palabra por la emoción que amenazaba con delatarla.

Entonces se puso en marcha, deslizándose fuera del vehículo hacia la sombra de los contenedores de transporte abandonados, fundiéndose con el páramo industrial que una vez fuera el corazón económico de Phoenix Ridge.

El astillero se extendía ante ella, un cementerio del comercio marítimo abandonado cuando se construyeron instalaciones más nuevas más al oeste. Grúas oxidadas permanecían inmóviles contra el cielo. Almacenes vacíos flanqueaban muelles de carga olvidados. El edificio de la terminal principal se alzaba en el centro, de hormigón sin ventanas y con una única entrada visible.

Julia se movió entre los contenedores con un silencio practicado, años de entrenamiento táctico concentrados en un propósito cristalino. Sus heridas protestaban a cada paso cuidadoso, pero hizo a un lado el dolor, compartimentándolo como le habían enseñado a hacer. La incomodidad física era irrelevante. Solo importaba la misión.

Solo Ivy importaba.

Divisó al primer guardia exactamente donde esperaba: apostado en la esquina suroeste del perímetro, vigilando la ruta de acceso más probable para los vehículos oficiales. Exmilitar, a juzgar por su postura. Armado con lo que parecía un fusil de asalto modificado y con un comunicador visible en la oreja.

Julia dio un amplio rodeo, usando los contenedores de transporte para cubrirse. El protocolo dictaba que debía identificar todas las posiciones de seguridad antes de entrar en combate. Pero el tiempo corría en su contra; cada minuto que Ivy permanecía en manos de Knox aumentaba la probabilidad de que le sacaran información, de que sufriera daños irreversibles, de una pérdida que Julia se negaba a contemplar.

El segundo guardia apareció cuando llegó al acceso este: en una posición similar y con el mismo equipamiento. Habría otros dos dentro con Knox e Ivy. El protocolo de seguridad estándar para operaciones externas.

Julia consultó el reloj. Siete minutos desde que había dejado a Morgan. Quizá cuarenta y cinco desde que el equipo de Knox había llegado con Ivy. El interrogatorio ya habría comenzado, pero todavía estaría en sus primeras fases. Knox sería metódico y exhaustivo. Querría saber todo lo que Ivy sabía antes de deshacerse de ella. Ese pensamiento le heló la sangre a Julia.

Llegó a la entrada lateral —el acceso de servicio—, probablemente con alarma, pero menos vigilada que las puertas principales. La cerradura era de tipo comercial, diseñada para mantener a raya a los intrusos ocasionales, pero no a una profesional decidida y con las herramientas adecuadas. Julia sacó su juego de ganzúas y se puso a trabajar con una eficiencia experta a pesar de tener los dedos heridos.

La cerradura cedió con un suave clic. Julia entreabrió la puerta con cuidado, atenta a cualquier indicio de sistemas de alarma o de respuesta. Nada, salvo el lejano sonido de maquinaria —probablemente, los generadores que alimentaban cualquier operación que Knox hubiera montado dentro—.

Se deslizó por la puerta hacia una oscuridad que olía a óxido, agua salada y algo más: una sustancia química que le erizó el vello

de la nuca. Residuos de gas CS. El equipo de Knox había utilizado la misma táctica aquí que en su apartamento.

Julia avanzó, usando la pared como guía mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra. El pasillo de servicio se extendía ante ella y la iluminación de emergencia creaba charcos de luz tenue cada seis metros. Avanzó agachada, con el arma preparada, los sentidos hiperalerta a cada sonido, cada sombra, cada amenaza potencial.

En algún lugar de aquel edificio, Ivy libraba su propia batalla contra Knox y su organización. Y Julia removería cielo y tierra para llegar a su lado.

El sonido de unos pasos que se acercaban la paralizó. Julia se pegó a la pared mientras una figura pasaba por el pasillo que se cruzaba; otro agente de seguridad, que se movía con la determinación de un profesional en lugar de estar en una patrulla rutinaria. Las instalaciones estaban más vigiladas de lo que había previsto. Knox había reforzado los protocolos de seguridad.

Julia esperó a que los pasos se alejaran y luego siguió adelante, recorriendo el pasillo hacia la zona central donde se habrían llevado a cabo las operaciones principales de la terminal. Donde Knox habría establecido su interrogatorio.

Ya voy, prometió Julia en silencio, moviéndose con renovada determinación a través de las sombras del pasado abandonado de Phoenix Ridge. *Aguanta, Ivy. Ya voy.*

11

IVY

El dolor se abrió paso en la conciencia de Ivy antes que los recuerdos: un latido en las sienes, el escozor de sus muñecas magulladas, un dolor sordo en la base del cráneo. Mantuvo los ojos cerrados, la respiración acompasada al ritmo constante del sueño, mientras su mente analítica reunía fragmentos de consciencia.

Metal frío bajo ella. Aire con un toque salino que arrastraba matices de aceite y óxido. Voces masculinas, graves y profesionales, a unos tres metros de distancia.

El astillero. La gente de Knox. Julia.

El recuerdo de Julia desplomándose por la descarga del táser la sacudió como una corriente eléctrica. Ivy se obligó a mantener la fachada de inconsciencia mientras catalogaba su situación. Manos atadas a la espalda con bridas. Los pies, sujetos de forma similar. Un contenedor de transporte, probablemente en los muelles abandonados cerca del distrito siete.

—Lleva casi una hora inconsciente —dijo una voz masculina cerca —. ¿Deberíamos usar estimulantes?

—El jefe la quiere coherente —replicó una segunda voz, con tono de autoridad—. No histérica por la aceleración química. Llegará en

menos de veinte minutos.

Ivy se arriesgó a entreabrir un párpado un milímetro. Un contenedor de metal adaptado como celda de detención. Vacío, a excepción del banco en el que yacía y una única silla metálica. Una linterna led portátil proyectaba sombras duras sobre las paredes de chapa ondulada veteadas de óxido.

Dos guardias cerca de la puerta del contenedor; vestían ropa táctica sin insignias e iban armados con pistolas y cuchillos. Le habían puesto las bridas de las muñecas a toda prisa. Una de las tiras de plástico tenía una ligera imperfección: un defecto de fabricación que creaba una cresta microscópica que quizá podría aprovechar.

Un nuevo sonido interrumpió el silencio: neumáticos sobre grava, puertas de coche al cerrarse, cuero caro sobre el hormigón.

—¿Posición? —La voz destilaba autoridad sin necesidad de alzar el tono; era culta, precisa y con el más leve atisbo de un acento de Nueva Inglaterra.

Vincent Knox había llegado. Ivy tomó una decisión. Permitió que su respiración cambiara, que su cuerpo se agitara con aparente desorientación.

—Está despierta, señor —informó el guardia, innecesariamente.

Vincent Knox apareció enmarcado en la puerta: alto, esbelto, impecablemente vestido con un traje de color crema. El pelo plateado perfectamente peinado, los ojos azul hielo la evaluaban con un distanciamiento clínico. Su colonia se abría paso entre los olores industriales como una declaración de poder.

—Doctora Monroe, creo que tenemos una conversación pendiente.

Ivy se incorporó con esfuerzo, poniendo a prueba sus ataduras mientras fingía una desorientación mayor de la que sentía. Le sostuvo la mirada a Knox directamente.

—La mayoría de la gente se limita a enviar una invitación para reunirse —dijo, con voz áspera pero firme.

Un destello de algo cruzó el rostro de Knox antes de que su expresión recuperara la neutralidad.

—Considero que los canales tradicionales son ineficaces cuando se trata con alguien que está desmantelando el trabajo de toda mi vida. —Hizo un gesto al guardia, que sacó un pequeño maletín metálico—. Supongo que comprende su situación.

Knox no era un hombre que empleara la violencia física personalmente; delegaba esas tareas desagradables. Su presencia indicaba la seriedad con la que se tomaba la amenaza que ella representaba.

Bien. El miedo era una ventaja.

—Comprendo que está perdiendo dinero e influencia a raudales —respondió ella en tono de conversación—. Las propiedades del distrito este han desencadenado investigaciones regulatorias. Tres concejales se han distanciado públicamente de sus proyectos urbanísticos. Sus acciones han caído un dieciocho por ciento desde ayer.

El destello de sorpresa en los ojos de Knox fue breve, pero inequívoco. No esperaba que ella supiera el impacto de la operación. La asimetría de la información era otra ventaja.

—Impresionante —reconoció él—. Aunque, en última instancia, inútil. La revelación de sus pruebas ha sido... un inconveniente, pero es algo de lo que podemos recuperarnos.

—¿Es por eso que sus empresas fantasma están liquidando activos a un treinta por ciento por debajo de su valor de mercado? ¿O por qué tres de los miembros de su junta directiva han dimitido desde la medianoche?

Los dedos de Knox se detuvieron sobre los cierres del maletín.

No sabía lo de las dimisiones de la junta. Sus protocolos de contingencia estaban funcionando: la publicación programada de información continuaba el desmantelamiento sistemático de su imperio incluso en su ausencia.

—Siempre he apreciado la competencia, doctora Monroe. —Knox abrió el maletín para revelar un ordenador portátil—. Alguien con su talento podría haber sido un activo en lugar de un adversario.

—No trabajo para delincuentes.

—No. Usted simplemente desmantela sus operaciones con una eficiencia notable. —Dejó el portátil en la silla—. Ha adelantado mis

planes considerablemente.

—Su estrategia de adquisición de infraestructuras era impresionante —dijo ella, moviéndose para aliviar la presión en sus muñecas—. El control de los recursos críticos en los alrededores de Phoenix Ridge: el tratamiento de aguas, las subestaciones eléctricas, los corredores de emergencia. La mayoría de la gente nunca se percató del patrón.

—La mayoría de la gente carece de visión. Phoenix Ridge ha infravalorado sus infraestructuras críticas durante décadas. Yo simplemente reconocí la... ventaja estratégica que proporcionaría el control de los puntos de acceso.

—Una baza contra un posible procesamiento judicial —afirmó Ivy con sequedad.

—Un seguro contra autoridades demasiado celosas.

—¿Es eso lo que le dijo a la teniente Harper cuando la compró? —preguntó Ivy, observando su reacción—. ¿Que se estaba asegurando un trato razonable?

El destello en los ojos de Knox confirmó otra sospecha. Harper no era su único contacto en el departamento.

—Lo que necesito de usted es un informe completo de todas sus pruebas —dijo Knox, con la voz más dura—. Entréguelo por las buenas y esto terminará con su reubicación en lugar de con su desaparición.

La amenaza quedó flotando entre ellos. Ivy mantuvo la expresión, negándose a mostrar miedo. Él creía que ella actuaba según el manual estándar de protección de testigos. No había entendido que ella y Julia ya habían cambiado las reglas.

—¿Y si me niego?

Knox cerró el portátil con un suave clic que contuvo más amenaza que un portazo.

—Ha estudiado mi organización lo suficiente como para saber que no lanzo amenazas en vano. —Hizo un gesto con la cabeza al guardia—. Marcus se lo demostrará si es necesario.

El guardia dio un paso al frente y extendió su porra táctica con un chasquido metálico.

Ivy calculó su siguiente movimiento. Necesitaba sobrevivir lo suficiente para que Julia encontrara las pistas que había dejado. La idea de Julia le provocó una oleada de emoción en el pecho. Si Julia había sobrevivido al asalto —e Ivy se negaba a considerar la alternativa—, ya estaría buscándola. La mujer que la había protegido, que había luchado a su lado y que finalmente se había rendido a ella, estaría siguiendo el rastro con una determinación inquebrantable.

—Supongo que ha analizado las implicaciones financieras de matar a un testigo federal —dijo con calma.

Un atisbo de incertidumbre. Bien.

—Las penas son significativamente más altas que las de un homicidio estándar. Especialmente cuando se combinan con cargos de conspiración entre estados. Su propiedad de Aspen sería particularmente vulnerable a la incautación.

La expresión de Knox se endureció, confirmando que su tiro a ciegas había dado en el blanco. —Ha sido muy meticulosa.

—Por eso está aquí en persona.

Cuando Knox se giraba para marcharse, Ivy jugó su carta calculada. —Las propiedades del este eran solo la primera fase.

Knox se detuvo, aún de espaldas. La quietud perfecta de su postura le dijo a Ivy que había dado en el clavo.

—Los miembros de su junta directiva no han dimitido por lo que ya he publicado. Han dimitido por lo que está programado para el mediodía.

Knox se giró lentamente. —Explíquese.

—Publicaciones con temporizador. Registros financieros que vinculan sus empresas fantasma con cuentas en paraísos fiscales gestionadas personalmente por los miembros de su junta. Su dimisión no es por principios, es preventiva.

El guardia se movió, incómodo. Tensión interna en la organización de Knox, otro posible punto de influencia.

—Las tácticas dilatorias no mejorarán su situación.

—No son tácticas. Es estrategia. —Ivy le sostuvo la mirada—. Las publicaciones son automáticas, están programadas y se distribuyen a través de canales a los que usted no puede acceder.

—Muéstremelo.

—Necesitaré acceso a un navegador seguro. Y, obviamente, que me suelten las manos.

—Átenla a la silla —ordenó finalmente—. Con una mano libre. Cualquier intento de comunicarse fuera de estos parámetros será el último que haga.

Mientras el guardia la sujetaba a la silla de metal con unas sujeciones profesionales, Ivy mantuvo una expresión neutra a pesar de la pequeña victoria. Había ganado tiempo, conservado su valor y creado incertidumbre.

Ahora solo necesitaba sobrevivir el tiempo suficiente para que Julia siguiera el rastro que había dejado. Y si había algo que Ivy Monroe sabía con absoluta certeza, era que Julia Scott pondría Phoenix Ridge patas arriba para encontrarla.

Los guardias condujeron a Ivy a través del laberinto oxidado de contenedores de transporte hasta lo que parecía ser un centro de mando improvisado en el antiguo edificio administrativo del astillero. El contraste con su celda de detención era chocante; el espacio se había transformado en una incongruente isla de lujo dentro del páramo industrial. Muebles de diseño, obras de arte originales y tecnología que no llegaría a los mercados públicos hasta dentro de unos meses poblaban la sala, con un aspecto que parecía transportado del distrito financiero del centro de la ciudad.

A través de las sucias ventanas de la oficina, podía ver lo que quedaba de la otrora próspera industria marítima de Phoenix Ridge: grúas oxidadas y diques secos abandonados, un reino de decadencia que enfatizaba la inmaculada apariencia de Knox mientras esperaba dentro. El contraste no era accidental, se dio cuenta Ivy. Knox cultivaba yuxtaposiciones que lo posicionaban como la excepción: el orden en medio del caos, la prosperidad en medio del declive.

Los guardias la sujetaron a un sillón de ejecutivo de cuero —con una mano todavía libre, como le habían prometido, pero sin hacerse ilusiones sobre una posible fuga—.

—Mi hogar lejos del hogar —comentó Knox, al percatarse de cómo lo evaluaba ella—. Encuentro que los entornos industriales favorecen la claridad de pensamiento.

Ivy catalogó cada detalle: las salidas, las cámaras de seguridad disfrazadas de elementos decorativos, la sutil imaginería religiosa entretejida por todo el espacio. Seis retratos fotográficos colgaban en una formación alada. Las jerarquías angélicas a cuyo modelo Knox había adaptado su empresa criminal: sus «arcángeles», lugartenientes principales del Seraphim Syndicate.

—Sus afectaciones religiosas son un poco forzadas —observó ella.

Knox esbozó una leve sonrisa.

—Encuentro útiles los marcos organizativos con longevidad histórica. La Iglesia ha mantenido su jerarquía durante milenios.

Colocó el portátil delante de ella, manteniéndose justo fuera de su alcance. Cautela profesional. La pantalla mostraba un navegador seguro, confirmando que había mordido el anzuelo.

—Muéstreme esas publicaciones programadas —le ordenó.

Ivy flexionó la mano libre, su mente repasaba a toda velocidad las posibilidades. Necesitaba mantener la ilusión de cooperación mientras insertaba señales en cualquier cosa que produjera. Mensajes que no significarían nada para Knox, pero que lo serían todo para Julia.

—El navegador necesita un certificado TLS seguro para el portal de autenticación —dijo, mientras sus dedos danzaban sobre el teclado, cada pulsación calculada, ganando segundos que se acumularían en los minutos que necesitaba.

—Sus habilidades de programación son inesperadas —observó Knox.

—La criminalística financiera requiere conocimientos técnicos —replicó Ivy, continuando su trabajo—. El dinero digital deja huellas digitales.

Deletreó mal ciertas palabras en la línea de comandos con sumo cuidado; no lo suficiente como para despertar sospechas, pero siguiendo un patrón que Julia reconocería como deliberado. El número de distrito del astillero. La designación específica del muelle. Coordenadas ocultas a plena vista.

—Las publicaciones están secuenciadas a través de servidores redundantes —explicó—. Eliminar un punto de activación pone en

marcha protocolos secundarios.

Knox entrecerró los ojos.

—Un seguro de vida.

—Exacto.

Él se acercó más, estudiando la pantalla.

—¿Y su seguro contra mí?

—Obviamente, no soy una suicida —contestó Ivy—. Si me mata, todas las pruebas restantes se publicarán simultáneamente.

La amenaza flotó entre ellos, completamente fabricada pero perfectamente plausible. La expresión de Knox reveló el cálculo tras sus ojos.

—Ha pensado con varias jugadas de antelación —concedió—. Aunque no tantas como cree.

Hizo un gesto sutil. El guardia del corte de pelo militar sacó un móvil y deslizó el dedo para mostrar una fotografía. A Ivy se le cortó la respiración a pesar de su determinación por no revelar nada.

Julia. Inconsciente en el suelo de su apartamento, la sangre manaba de una herida en la cabeza.

—La detective Scott sobrevivió a nuestro encuentro —dijo Knox, observando la reacción de Ivy con precisión clínica—. Aunque su estado sigue siendo… incierto.

Ivy forzó su expresión a la neutralidad, aunque el corazón le martilleaba dolorosamente contra las costillas. La imagen podría tener horas. Julia ya podría estar recuperada y viniendo a por ella.

Tenía que creerlo.

—La condecorada detective de Phoenix Ridge —continuó Knox—. Tres generaciones de legado en las fuerzas del orden. Su abuela fue especialmente notable, la primera mujer detective en la historia del departamento, si no me equivoco.

El alcance de la información que poseía era inquietante. Knox no se había limitado a investigar el expediente profesional de Julia; había estudiado su historia familiar. La naturaleza personal de la vigilancia sugería una vendetta que iba más allá de la necesidad táctica.

—Rechazó mi solicitud para entrar en la academia de policía hace treinta años —dijo Knox en tono conversacional, confirmando las

sospechas de Ivy—. Marie Scott. Dijo que carecía del «carácter moral» necesario para las fuerzas del orden.

La revelación cristalizó algo que Ivy había sospechado pero no podía confirmar: el particular odio de Knox hacia el Departamento de Policía de Phoenix Ridge, dirigido por mujeres, no era solo misoginia; era una humillación personal convertida en décadas de corrupción sistemática.

—Así que esto es una venganza —dijo Ivy, intentando ganar tiempo mientras sus dedos continuaban con su cuidadoso trabajo—. Corromper la institución que lo rechazó.

—Esto son negocios —la corrigió Knox, aunque la tensión en sus ojos delataba la mentira—. La transición del departamento a un liderazgo exclusivamente femenino simplemente hizo que ciertos agentes fueran más… receptivos a los incentivos económicos.

—Como el teniente Harper.

—Entre otros —esbozó una leve sonrisa—. ¿De verdad creía que iba a depender de un único agente comprometido? La mitad de su equipo de protección me rinde cuentas directamente a mí.

Aquella revelación tan despreocupada le heló la sangre a Ivy. No solo Harper. Varios agentes. La corrupción era más profunda de lo que incluso el jefe Marten había sospechado.

—La adquisición de infraestructuras no era solo una forma de conseguir poder —se dio cuenta en voz alta—. Se trataba de un control sistemático. De reemplazar la supervisión pública por un gobierno privado.

Knox ladeó la cabeza ligeramente, reconociendo su perspicacia.

—Phoenix Ridge ha funcionado bajo la ilusión del empoderamiento femenino durante décadas, sin dejar de ser fundamentalmente vulnerable a las directrices económicas.

—*Sus* directrices.

—Las de alguien —se encogió de hombros—. La ciudad requiere una guía que vaya más allá de la ideología feminista. Necesita estructura, jerarquía.

Su mano se dirigió al retrato más cercano, una fotografía con marco de plata de un hombre de ojos fríos y porte militar.

—Marcus ha expresado un especial interés en pasar tiempo con usted. Su historial incluye entrenamiento especializado en interrogatorios.

El guardia barbudo dio un paso al frente, golpeando la porra contra su pierna con rítmica expectación.

—Le he dado la oportunidad de cooperar —continuó Knox—. Puede que sus filtraciones programadas constituyan un inconveniente, pero mi organización ha capeado temporales peores.

Ivy siguió tecleando; cada pulsación dejaba otra miga de pan para Julia. El píxel de seguimiento del navegador se había activado; cualquier imagen que se cargara contendría metadatos. Invisibles a simple vista, pero recuperables con un análisis forense.

—Usted elige, doctora Monroe —dijo Knox, retrocediendo hacia las ventanas—. Cortesía profesional entre iguales… o el método más directo de Marcus.

Como si fuera una señal, Marcus se acercó más, con la mirada vacía y expectante. El guardia del corte de pelo militar se movió incómodo, otro indicador de una fractura interna en la organización de Knox. Ivy archivó la observación, una posible baza para más adelante.

—Necesito tres minutos más para acceder al servidor de autenticación —dijo, manteniendo la farsa—. Los protocolos de seguridad requieren unos saludos específicos.

Knox la estudió.

—Tres minutos —accedió finalmente—. Después espero resultados tangibles.

Mientras él se giraba para contemplar su decadente imperio, Ivy completó su rastro digital. El código parecería legítimo para la mayoría de los observadores, pero contenía coordenadas, marcas de tiempo y referencias incrustadas que llevarían a Julia directamente a esta ubicación.

Ahora solo necesitaba tiempo.

—¿Sabía que la estructura de sus empresas fantasma crea un patrón matemático? —preguntó ella, desviando la atención de Knox de su tecleo—. Al trazarla tridimensionalmente, forma un hexágono perfecto con seis nodos distintos.

Knox se volvió, con una curiosidad genuina que superó momentáneamente a la sospecha.

—Explíquese.

—El patrón de conectividad —sus dedos continuaron su trabajo bajo su renovada atención—. La mayoría de los delincuentes crean estructuras organizativas caóticas. La suya muestra una precisión matemática.

El orgullo: la grieta fatal en la armadura de Knox. Su necesidad de que reconocieran su genialidad pudo más que la cautela.

—La mayoría de los investigadores financieros carecen de los conocimientos matemáticos para reconocer la elegancia arquitectónica —admitió él, acercándose para observar el trabajo de ella.

Tres minutos. Solo necesitaba tres minutos más.

Al otro lado de la ventana, la sirena de un barco lejano sonó en el puerto, melancólica y persistente, como la esperanza transportada por la brisa salada. Ivy se concentró en el sonido y dejó que la centrara mientras continuaba dejando su rastro digital para que Julia lo siguiera.

Knox estudió la pantalla del portátil con una expresión indescifrable mientras se desplazaba por lo que Ivy había producido. El periodo de gracia de tres minutos se había alargado a quince mientras ella tejía una intrincada red de convincente engaño técnico: suficiente código auténtico para parecer legítimo, a la vez que incrustaba sus mensajes ocultos.

—Interesante enfoque para el protocolo de seguridad —dijo él finalmente—. Aunque observo ciertas inconsistencias.

—Los sistemas redundantes requieren patrones de acceso redundantes —respondió Ivy con calma—. Las aparentes inconsistencias crean puntos de verificación.

Marcus se movió con impaciencia detrás de Knox, claramente decepcionado por la continua discusión técnica en lugar del interrogatorio que había estado esperando. El guardia del pelo a lo militar —Ivy había oído que se llamaba Richards— mantenía una distancia más profesional, escaneando continuamente los puntos de

entrada con la disciplinada vigilancia propia del entrenamiento formal.

La sutil tensión entre los dos hombres reforzó lo que Ivy ya había evaluado: la organización de Knox contenía fisuras internas. Marcus representaba el brazo ejecutor brutal, mientras que Richards encarnaba el elemento de seguridad más profesional. Dos enfoques diferentes para el mismo objetivo, que coexistían con dificultad bajo la autoridad de Knox.

Un punto de apoyo que pensaba explotar.

—Señor Knox —dijo, con un tono de voz lo bastante alto como para que los guardias la oyeran sin que pareciera que se dirigía a ellos—. Su equipo de seguridad parece mantener los protocolos militares a pesar de su condición de civiles. Una disciplina inusual para contratistas privados.

Knox levantó la vista, reconociendo el intento, pero con la suficiente curiosidad como para permitirlo. —Richards sirvió con distinción. Su unidad estaba especializada en la protección de activos de alto valor.

—Mientras que Marcus…

El sutil cambio en la postura de Marcus se lo dijo todo. En su caso no había un historial de servicio distinguido, solo una aptitud para la violencia que Knox había canalizado en su operación.

—Marcus tiene otras aptitudes —respondió Knox con neutralidad.

—Por supuesto. —Ivy tecleó otra línea de código, incrustando el número de muelle específico del astillero—. Precisión militar combinada con… métodos menos comedidos. Una combinación eficaz.

Richards no reaccionó de forma visible, pero la distancia cada vez mayor que mantenía con Marcus lo decía todo. Desdén profesional. Otra fisura.

—Su trabajo anterior con las agencias federales debe de haberla expuesto a estructuras de seguridad similares —observó Knox, redirigiendo la conversación.

—Las operaciones conjuntas del FBI y el Tesoro mantienen jerarquías más claras —replicó Ivy, continuando su trabajo mientras

mantenía un tono de voz informal—. Protocolos definidos para la gestión de activos y la cadena de mando.

Marcus volvió a moverse, golpeándose la pierna con la porra con creciente impaciencia. —Esto está llevando demasiado tiempo —murmuró, lo suficientemente alto para que Knox lo oyera—. Está ganando tiempo.

Knox levantó una mano sin apartar la vista de la pantalla. —Paciencia, Marcus. La cortesía profesional tiene su lugar.

—La cortesía profesional no impidió que desmantelara tres sociedades pantalla esta mañana —replicó Marcus, acercándose—. Mientras estamos aquí sentados hablando, probablemente tenga más filtraciones programadas.

La insubordinación quedó suspendida en el aire. Richards ajustó sutilmente su posición; no es que se pusiera del lado de Knox, pero desaprobaba claramente el desafío abierto a la autoridad. La fisura se ensanchó.

Ivy mantuvo su concentración en la pantalla, aparentemente absorta en su trabajo mientras calculaba su próximo movimiento en este peligroso juego. Tres jugadores con diferentes objetivos: Knox buscaba información, Marcus quería violencia, Richards mantenía la disciplina profesional a pesar de servir a una organización criminal.

—El protocolo de autenticación requiere una verificación biométrica —dijo, ignorando la tensión de Marcus para centrarse en Knox—. El reconocimiento del patrón de tecleo como capa de seguridad.

Knox asintió, su respeto por las medidas de seguridad técnica prevaleciendo sobre la sospecha. —Elegante.

—A diferencia del método de su perro rabioso —añadió Ivy, con un insulto calculado dirigido precisamente a Marcus.

El efecto fue inmediato. Marcus se adelantó, con la porra en alto. —Maldita engreída...

—Deténgase. —La voz de Knox cortó la tensión, tranquila pero cargada de una autoridad absoluta.

—Está jugando con usted —insistió Marcus, sin retroceder—. Gana tiempo mientras su novia la detective la busca.

Ivy mantuvo una expresión neutra a pesar de la punzada de miedo y esperanza que la invadió al oír mencionar a Julia. Si a Marcus le preocupaba que Julia los estuviera buscando, significaba que estaba viva.

—Si la detective Scott estuviera buscándonos, lo sabríamos —replicó Knox con frialdad—. Nuestra fuente en el departamento habría informado de movimientos.

—A no ser que actúe por su cuenta —contraatacó Marcus—. Ya está saltándose el protocolo al acostarse con una testigo.

La revelación informal —que Knox sabía de su relación con Julia — le recorrió el cuerpo como una oleada de frío. La vigilancia había sido más exhaustiva de lo que se había imaginado. El apartamento de Julia y sus movimientos durante toda la operación contra la organización de Knox: todo vigilado por alguien con un conocimiento profundo de su investigación.

Y un conocimiento profundo de su relación personal.

Knox la miró, estudiando su reacción. —¿Creía que eso era privado, doctora Monroe? El... interés poco profesional de la detective. La teniente Harper nos proporcionó informes bastante detallados.

La transgresión estaba calculada para desestabilizarla. Ivy se negó a darle esa satisfacción y, en su lugar, usó la revelación en su contra.

—Y aun así no consiguieron anticipar nuestra estrategia —replicó con calma—. Tanta vigilancia, y aun con esas no pudieron evitar que su organización se desmoronara.

Marcus volvió a moverse, ignorando la orden anterior de Knox. —Basta ya de esto. Necesitamos lo que sabe, no este juego del gato y el ratón.

Richards se adelantó, interponiéndose entre Marcus e Ivy. —El jefe ha dado una orden —dijo en voz baja.

La tensión chisporroteó, una lucha de poder que Ivy había cultivado deliberadamente y que ahora se desarrollaba ante ella. Knox observaba con un distanciamiento clínico, evaluando la fractura en su propia organización sin intervenir.

—Parece que sus arcángeles están cayendo, señor Knox —observó Ivy, señalando los retratos que aún adornaban las paredes del despacho.

Por primera vez, un destello de auténtica ira cruzó el rostro de Knox, rápidamente contenida, pero reveladora. —Mi organización ha soportado desafíos mayores que una contable forense.

—Y, sin embargo, tres miembros de la junta han dimitido esta mañana —replicó Ivy—. Sus empresas fantasma están liquidando activos con pérdidas. Sus contactos políticos se están distanciando públicamente.

La mente de Ivy procesó las implicaciones de la afirmación de Knox sobre Harper. Se había referido a una única fuente en el departamento y luego había intentado dar a entender que había más. Una táctica clásica de farol: sugerir una infiltración mayor de la que realmente se había conseguido. La teniente Harper era probablemente su único activo real, aunque su posición le había dado acceso a información importante.

Knox cerró el portátil con un control deliberado. —Richards, prepare el equipo de vídeo. Es hora de que la doctora Monroe haga una declaración a sus compañeros del Departamento de Policía de Phoenix Ridge.

El cambio de enfoque era preocupante, pero no inesperado. Knox había llegado al límite de su paciencia con los retrasos técnicos.

—Marcus, queda relevado por ahora —continuó Knox—. Compruebe el perímetro.

El matón barbudo se puso rígido, claramente insultado por el despido, pero obedeció tras un momento de visible lucha con su orgullo. La puerta se cerró tras él con una fuerza innecesaria.

—Ha identificado con éxito ciertas tensiones organizativas —reconoció Knox una vez que estuvieron solos, a excepción de Richards, que estaba instalando una cámara y el equipo de iluminación—. Aunque no le recomendaría que continuara con esa estrategia.

—Marcus parece inestable —comentó Ivy.

—Marcus es una herramienta, como cualquier otra —replicó Knox, impasible—. Útil para aplicaciones específicas.

Richards terminó de montar el equipo, una cámara de calidad profesional colocada frente a su silla. No un vídeo de secuestro improvisado, sino una producción planificada diseñada para parecer legítima.

—El Departamento de Policía de Phoenix Ridge ha gastado considerables recursos en su búsqueda —explicó Knox, comprobando los ajustes de la cámara—. Va a ayudarnos a redirigir esos recursos con una declaración convincente.

—Una confesión falsa —aclaró Ivy.

—Una narrativa alternativa —la corrigió Knox—. Usted decidió que la presión de testificar era excesiva. Se inventó ciertos elementos de sus pruebas. Necesita tiempo para reconsiderar su postura.

Richards colocó los focos para eliminar las sombras, borrando así cualquier evidencia del entorno industrial de la oficina-contenedor. Con el encuadre adecuado, ella podría estar en cualquier parte.

—Sus colegas se darán cuenta de la coacción —dijo Ivy.

—Quizás. —Knox ajustó el ángulo de la cámara—. Pero creará la incertidumbre suficiente para que dividan sus recursos entre buscarla y reexaminar sus pruebas.

La estrategia era fríamente calculada, diseñada para minar tanto la credibilidad de ella como la respuesta del departamento. Knox le entregó una tableta que mostraba un guion preparado.

—Lo leerá. Tal y como está escrito. Cualquier desviación, cualquier intento de enviar un mensaje en clave, y esto se convertirá en un vídeo de una naturaleza muy distinta.

La amenaza era clara, y quedó recalcada cuando Richards comprobó su arma en el campo de visión de ella.

Ivy repasó el guion con la mirada, analizando su elaboración mientras formulaba su propio plan. El texto estaba cuidadosamente redactado para sonar auténtico: confesiones sobre invenciones producto de la presión, peticiones de espacio para reflexionar. Nada que alertara de inmediato a un espectador que no conociera la situación.

Pero Julia lo sabría. Julia lo calaría al instante.

Y si Ivy era lo bastante sutil, podría introducir señales que solo Julia entendería.

—Estoy lista —dijo, devolviéndole la tableta.

Knox se colocó detrás de la cámara, fuera de plano. Richards se quedó a un lado, con el arma visible más como un recordatorio que como una amenaza inmediata.

—Cuando usted quiera, doctora Monroe —indicó Knox—. Tal y como hemos hablado.

La luz roja de la cámara parpadeó. Ivy miró directamente al objetivo, recurriendo a cada gramo de su calma analítica. Su mente bullía de cálculos: la elección de las palabras, el lenguaje corporal, los movimientos oculares. Una actuación dentro de otra.

—Soy la doctora Ivy Monroe —comenzó, con voz firme—. Grabo este mensaje para aclarar mi situación y mis acciones recientes.

Continuó con el guion con aparente cooperación, pero con variaciones calculadas, invisibles para Knox pero inconfundibles para Julia. Un ligero énfasis en ciertas palabras que hacían referencia a su primer encuentro en el Hotel Oceana. Un patrón de movimientos oculares que trazaba el número siete: la designación del distrito del astillero. Un sutil gesto con la mano al mencionar la «reflexión» que imitaba la vista desde el borde del puerto.

—Necesito tiempo para reconsiderar mi postura —prosiguió, cada palabra con un doble propósito—. A veces, cuando buscamos patrones con demasiado ahínco, creamos conexiones que no existen.

La aparente admisión de pruebas inventadas contenía el número del muelle del astillero incrustado en el ritmo de su discurso. La referencia a «mirar al otro lado del puerto desde el extremo este» no significaría nada para Knox, pero le indicaría a Julia su ubicación exacta.

—Pido disculpas por los recursos malgastados en mi búsqueda —concluyó—. Estoy a salvo, solo necesitaba espacio para reflexionar sobre los acontecimientos recientes.

Cuando la luz de la cámara se apagó, Knox revisó la grabación con atención crítica. Ivy mantuvo la compostura, sin revelar nada mientras él escrutaba su actuación en busca de mensajes ocultos.

—Aceptable —concluyó finalmente—. Richards, prepárelo para la transmisión por los canales habituales.

El guardia asintió y retiró la tarjeta de memoria de la cámara. Ivy observó cómo procesaban su salvavidas digital para distribuirlo, sabiendo que, una vez que llegara al Departamento de Policía de Phoenix Ridge, Julia descifraría cada una de las pistas ocultas.

Knox se volvió hacia ella, con una satisfacción evidente en su postura, si no en su expresión.

—Una sesión productiva, doctora Monroe. Ha demostrado su valía como persona racional.

—Interés propio racional —replicó Ivy, manteniendo la farsa de cooperación—. La supervivencia es un poderoso motivador.

—Desde luego. —Knox consultó su reloj, un gesto sutil pero significativo que indicaba que operaba con un plazo—. En breve la trasladaremos a un alojamiento más adecuado para continuar con nuestras conversaciones.

Traducción: ahora que tenía lo que quería, la trasladarían a un lugar más seguro. Su ventana para el rescate se estaba cerrando.

—Tengo una pregunta —dijo ella, intentando ganar unos minutos preciosos—. Su estrategia de adquisición de infraestructuras, su precisión matemática. ¿Diseñó usted mismo ese patrón o lo desarrolló su equipo financiero?

Su afán de reconocimiento pudo con su cautela una vez más. —El marco conceptual fue enteramente creación mía —respondió—. Aunque la implementación requirió ciertos recursos especializados.

—El patrón de distribución hexagonal es especialmente elegante —observó Ivy—. La mayoría de la gente no reconocería su importancia matemática.

La expresión de Knox se suavizó mínimamente en un gesto de apreciación intelectual. —La mayoría carece de la base analítica para reconocer la elegancia estructural en los sistemas financieros.

Al otro lado de las mugrientas ventanas, el astillero permanecía inmóvil bajo la luz de la tarde, con las grúas abandonadas erguidas como centinelas sobre su conversación. En algún lugar, más allá de aquellas ruinas industriales, Ivy necesitaba creer que Julia ya estaba descodificando su mensaje, que ya estaba tras la pista.

Lo único que necesitaba era tiempo.

12

JULIA

Julia estaba agazapada a la sombra de un contenedor de transporte oxidado, y el aire cargado de sal del astillero abandonado del este de Phoenix Ridge le llenaba los pulmones. Su reloj de pulsera marcaba las 15:47, casi una hora desde que había dejado a Morgan en el perímetro con la orden estricta de mantener silencio de radio, salvo que fuera necesario activar los protocolos de emergencia.

Su cuerpo catalogaba sus heridas con gélida indiferencia: las costillas magulladas, que se quejaban con cada respiración; las quemaduras de la táser, que aún le hormigueaban bajo la piel; el latido persistente en la sien donde el matón de Knox la había golpeado. Asumió la información y después la archivó. El dolor era información, nada más.

Ahora solo importaba una cosa: Ivy estaba aquí.

Julia estudió la distribución del astillero a través de su monocular táctico, superponiendo mentalmente las imágenes de satélite que Morgan había obtenido antes de que se cortaran las comunicaciones. El desolado cementerio industrial se extendía ante ella: grúas esqueléticas que se alzaban contra el cielo de la tarde, almacenes abandonados con las ventanas rotas como ojos ciegos y, en su

centro, el edificio de la terminal Seraphim, donde Knox había establecido su base de operaciones.

Había confirmado la presencia de dos guardias en el perímetro, exmilitares a juzgar por su posicionamiento y sus patrones de patrulla. El protocolo táctico estándar requeriría identificar todos los puestos de seguridad antes de intervenir, pero ahora el tiempo jugaba en su contra. Cada minuto que Ivy pasara en manos de Knox reducía sus posibilidades de supervivencia.

El mensaje que Ivy había grabado bajo la cama de Julia se repetía en su mente: un ancla de barco dibujada toscamente con el número 7. Una intensa oleada de algo que iba más allá de la admiración profesional le floreció en el pecho: orgullo, un afán protector y algo más profundo a lo que no podía permitirse poner nombre. Todavía no.

Pulsó una vez el teléfono por satélite para confirmar la posición de Morgan sin romper el silencio de radio. Recibió una única vibración como respuesta: todo despejado en el perímetro. No se habían detectado más efectivos del sindicato aproximándose a la zona.

Julia sacó el equipo especializado que el teniente Vasquez le había proporcionado sin hacer preguntas. El escáner de imagen térmica mostraba cuatro señales de calor dentro del edificio principal de la terminal: una estática en lo que parecía ser un despacho central, dos que se movían siguiendo patrones de patrulla regulares y una cuarta que permanecía en una posición fija cerca de las demás. Ivy y tres guardias, lo más probable.

El protocolo exigía esperar refuerzos. El manual del Departamento de Policía de Phoenix Ridge prohibía expresamente la intervención en solitario contra múltiples sospechosos armados.

Julia comprobó sus armas una última vez: su Glock reglamentaria, el revólver del 38 no reglamentario que llevaba sujeto al tobillo y el cuchillo táctico asegurado en la parte baja de la espalda. Armas estándar, aunque hacía tiempo que había dejado atrás los procedimientos estándar.

En el momento en que los hombres de Knox habían entrado en su apartamento y se habían llevado a Ivy, el reglamento se había

vuelto irrelevante. Esto ya no tenía que ver con el protocolo del departamento. Era algo personal de una forma que nada en la carrera de Julia lo había sido jamás.

Avanzó agachada, usando los contenedores como cobertura mientras se acercaba al primer puesto de guardia. El hombre permanecía alerta con profesionalidad, arma en mano en la postura correcta y la mirada escrutando metódicamente el sector que tenía asignado. Entrenamiento militar, a juzgar por su posicionamiento y estado de alerta.

Julia sopesó sus opciones con fría precisión. Un ataque frontal alertaría a todo el complejo. Una eliminación sigilosa conllevaba el riesgo de ser descubierta durante los informes de patrulla. El tiempo corría; Ivy se estaba quedando sin tiempo.

Tomó una decisión y sacó el arma especial que Morgan había conseguido del almacén privado del jefe Marten. La pistola de tranquilizantes no era reglamentaria; otra línea que cruzaba en una misión que ya había hecho añicos todas las barreras. Julia calibró la dosis, teniendo en cuenta el peso aproximado del guardia y la necesidad de una incapacitación inmediata sin daños permanentes.

El arresto y el procesamiento legal llegarían más tarde. Por ahora, lo necesitaba inconsciente y sin poder comunicarse.

Adoptó su posición y controló la respiración a pesar de la protesta de sus costillas. La patrulla del guardia lo acercó a su escondite, con la atención centrada en el perímetro en lugar de en las sombras que había entre los contenedores. Julia esperó el momento perfecto: cuando su cuerpo la protegía de la línea de visión del edificio principal y justo después de que él completara su transmisión por radio con un rutinario «todo despejado».

Disparó. El dardo impactó con una precisión perfecta en la unión del cuello y el hombro, liberando su carga directamente en la arteria carótida. El guardia notó el impacto e intentó coger su arma, pero el compuesto de acción rápida venció su entrenamiento y sus reflejos. Se desplomó en silencio sobre sus rodillas y luego cayó hacia delante.

Julia se movió antes de que él tocara el suelo, sujetó su cuerpo para no hacer ruido y lo arrastró hasta la sombra de un contenedor.

Lo inmovilizó, comprobó que su respiración era estable y le retiró el equipo de comunicaciones. La radio le proporcionaría información valiosa sobre los protocolos de seguridad de Knox.

Uno menos. El camino hacia Ivy se estrechaba.

El segundo guardia del perímetro supuso un reto mayor. Su posición ofrecía menos opciones de aproximación y su puesto de vigilancia cubría las rutas de entrada más probables. Julia estudió sus movimientos y reconoció los disciplinados patrones de vigilancia de alguien con entrenamiento táctico formal.

A diferencia de los matones habituales del sindicato, estos eran profesionales. Knox había reforzado su seguridad desde que ella e Ivy habían empezado a desmantelar su imperio. Otro indicio de la grave amenaza que representaban.

Julia dio un amplio rodeo, aprovechando las alargadas sombras del atardecer como cobertura adicional. La pistola de tranquilizantes sería menos eficaz a esa mayor distancia, lo que la obligaba a acortar distancias sin ser detectada.

La radio del guardia crepitó.

—Griffin, informe de situación.

Julia se quedó helada, escuchando atentamente mientras el guardia respondía.

—Perímetro asegurado, sector tres. Sin novedad.

—Compruebe qué pasa con Maddox. No ha reportado.

El guardia —Griffin— vaciló una fracción de segundo.

—Recibido. Me dirijo al sector dos.

Los cálculos tácticos de Julia cambiaron al instante. El hecho de que el primer guardia no hubiera reportado había acelerado los plazos. Griffin se dirigía ahora hacia su posición, alerta y a la espera de posibles problemas.

Dejó a un lado el sigilo en favor de la velocidad y rodeó una pila de contenedores vacíos para interceptar a Griffin de camino hacia su compañero desaparecido. El factor sorpresa era su única ventaja contra un oponente en una posición óptima.

El guardia se movía con cautela profesional, arma en mano y la mirada escrutándolo todo constantemente. Julia esperó a que pasara

de su posición y entonces salió, con la pistola de tranquilizantes en alto.

—Departamento de Policía de Phoenix Ridge —dijo con voz baja pero cargada de la autoridad de su placa—. No se mueva.

Griffin se giró con una velocidad impresionante, levantando el arma con fluidez. Julia disparó mientras él se volvía; el dardo le dio en el centro de la masa corporal, pero en un ángulo menos óptimo que al primer guardia. El compuesto tardaría más en hacer efecto.

Se lanzó a cubierto mientras Griffin lograba efectuar un único disparo antes de que el tranquilizante comenzara a afectar a su coordinación. La bala rebotó en un contenedor con un quejido metálico y falló por centímetros.

Julia salió de su escondite mientras Griffin se tambaleaba, con el arma temblándole en la mano a medida que el compuesto hacía efecto en su organismo. Acortó distancias rápidamente y lo desarmó con un movimiento táctico que respetaba su estado comprometido al tiempo que se aseguraba de que no pudiera volver a disparar.

—¿Dónde está? —exigió Julia mientras Griffin caía de rodillas, luchando contra los efectos del sedante.

—Terminal… oficina —consiguió decir, lo bastante profesional para ser consciente de su situación—. Knox… va a trasladarla… pronto.

La confirmación le heló la sangre en las venas. El tiempo se le agotaba; no podía permitirse la aproximación cautelosa que había planeado. Inmovilizó a Griffin con las mismas ataduras que a su compañero y comprobó que su estado era estable antes de dirigirse al edificio principal de la terminal.

La radio que le había confiscado al primer guardia volvió a crepitar.

—Maddox, informe. ¿Cuál es su estado?

Julia calculó rápidamente. La falta de respuesta activaría medidas de seguridad adicionales. Tenía, como mucho, unos minutos antes de que Knox se diera cuenta de que su perímetro había sido vulnerado.

Minutos para llegar a Ivy. Minutos para sacarla del corazón de la operación de Knox.

Abandonó la ruta de aproximación más larga y segura en favor de una intervención directa. El edificio principal de la terminal se alzaba ante ella, con su exterior de hormigón desgastado, inalterado desde que se abandonara el astillero décadas atrás. Julia se movió con una urgencia controlada, cada paso la acercaba más a Ivy mientras buscaba amenazas con la visión periférica.

Dentro de ese edificio, Vincent Knox se preparaba para trasladar a la mujer que había amenazado todo su imperio criminal. La mujer que, de alguna manera, había derribado las barreras emocionales que Julia había construido con tanto esmero. La mujer que se negaba a perder.

La luz del sol de la tarde centelleaba en las ventanas rotas de la terminal, con los muelles vacíos extendiéndose detrás. Julia comprobó sus armas una última vez, con la memoria muscular imponiéndose al pensamiento consciente.

Protocolo, procedimiento, reglamento… todo se desvanecía ante el único propósito que la impulsaba. Ya no era la detective Julia Scott del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. Era Julia, moviéndose por el mundo con un único objetivo que se imponía a todos los demás.

Encontrar a Ivy. Traerla a casa.

Costara lo que costara. Tuviera que cruzar las líneas que fuera.

Por primera vez en su carrera, Julia Scott actuaba puramente por instinto en lugar de seguir el reglamento. Y su instinto le gritaba que el tiempo se estaba agotando.

La radio en la mano de Julia crepitó con una urgencia creciente. —Griffin, informe. Maddox, responda. —La voz transmitía autoridad, probablemente era el agente de seguridad sénior que coordinaba el equipo de protección de Knox.

Julia silenció el aparato y reanudó su avance hacia el edificio de la terminal. El perímetro estaba asegurado; ahora venía la parte más difícil. Se movió entre las sombras, cada paso acercándola más al corazón del centro de mando temporal de Knox… y a Ivy.

La entrada de servicio cedió a sus ganzúas con un suave clic. Dentro, el interior de la terminal asaltó sus sentidos: aire viciado con notas de óxido y agua salada, oscuridad salpicada por la luz de la

tarde que se filtraba por las ventanas rotas y, por debajo de todo, el ligero regusto químico a residuos de gas CS.

Siguió un pasillo iluminado por luces de emergencia, mientras su escáner confirmaba firmas de calor más adelante: tres móviles y una estática. Aún no habían movido a Ivy. La distribución del edificio coincidía con su mapa mental: planta principal a la izquierda, sección administrativa de frente, donde Knox habría establecido su base de operaciones.

Se oyeron pasos que se acercaban. Julia se pegó a la pared, fundiéndose con las sombras mientras un agente de seguridad cruzaba un pasillo transversal. A diferencia de los guardias del perímetro, vestía un traje táctico formal sin insignias.

Mientras se acercaba a la oficina central, le llegaron voces; una de ellas, culta y precisa, era inconfundiblemente la del propio Knox.

—El plazo se ha acelerado. Preparen el traslado para dentro de quince minutos.

—El equipo del perímetro no responde —replicó una segunda voz —. El protocolo sugiere...

—Ya conozco el protocolo, Richards —lo atajó Knox—. Asegure el activo para el traslado.

Sus pasos se separaron y unos se dirigieron hacia la posición de Julia. Ella se retiró a un hueco y dejó pasar a Knox, con su traje de color crema, incongruente en medio de la decadencia industrial. No dio muestras de percatarse de su presencia.

Una vez que se hubo alejado, Julia avanzó hacia la oficina central. El pasillo se abría a un espacio más amplio, transformado en un incongruente centro de mando con muebles de diseño que parecían sacados del distrito financiero del centro.

A través de unas ventanas interiores, vio por fin lo que había estado buscando.

A Ivy.

Atada a una silla, con una mano libre tecleando en un portátil mientras Richards permanecía cerca, con el arma visible pero sin apuntarle. Incluso desde esa distancia, Julia pudo ver los moratones en la mandíbula de Ivy y la forma cuidadosa en que se sostenía, que delataba heridas ocultas.

Una furia gélida amenazó con dominarla antes de que Julia se obligara a volver a la evaluación profesional. Ivy estaba viva, consciente, alerta. Se confirmaba el objetivo principal.

Ahora venía la extracción.

La distribución de la oficina ofrecía opciones limitadas: una única puerta, ventanas con barrotes y Richards manteniendo una posición de seguridad adecuada. Una confrontación directa ponía en riesgo la seguridad de Ivy si él reaccionaba abriendo fuego.

El móvil de Julia vibró con la señal de emergencia de Morgan. Los refuerzos de Knox se acercaban. No había más tiempo para una planificación cuidadosa.

Sacó una granada aturdidora del chaleco, calculó el ángulo de despliegue y se dirigió a la entrada. El artefacto rodó por el suelo hasta detenerse exactamente donde ella había previsto: a la misma distancia de Richards que de Ivy, pero en un ángulo que afectaría más directamente al guardia.

Julia se apartó, contando los segundos.

La detonación retumbó por el espacio cerrado. Julia ya se estaba moviendo antes de que el eco se desvaneciera, con su arma reglamentaria desenfundada al entrar.

—Departamento de Policía de Phoenix Ridge —anunció—. ¡Alto ahí!

Richards luchaba contra los efectos de la granada aturdidora, mientras su mano se dirigía hacia su arma. Julia corrigió la puntería.

—Último aviso.

El guardia vaciló; su evaluación profesional se impuso a su instinto de combate. Apartó las manos del cuerpo con cuidado, en una rendición profesional.

—De rodillas, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza —ordenó Julia, sin dejar de apuntarle.

—Julia —dijo Ivy, con voz ronca pero firme—. Detrás de ti.

Julia hincó una rodilla en el suelo, pivotando mientras caía. Marcus, el esbirro de Knox, estaba en el umbral de la puerta, con la porra ya en movimiento hacia su espalda desprotegida. La maniobra evasiva la salvó del impacto de lleno y, en su lugar, la porra le golpeó de refilón en el hombro.

El dolor estalló, pero Julia lo aisló mientras completaba el giro. Su arma se alineó con la nueva amenaza y su dedo empezó a presionar el gatillo. Marcus alteró su trayectoria, usando la figura arrodillada de Richards como cobertura parcial.

Julia disparó dos veces. La primera bala alcanzó a Marcus en el hombro, haciéndolo girar parcialmente. La segunda le dio en el muslo y lo derribó con un grito ahogado. Objetivos no letales. Incapacitantes, pero no mortales. Esa distinción era importante.

Inmovilizó a ambos hombres con eficacia y luego se volvió hacia Ivy.

—¿Puedes andar? —le preguntó, mientras ya le soltaba las ataduras.

—Sí —respondió Ivy, sin apartar los ojos del rostro de Julia—. Me has encontrado.

Esa simple afirmación amenazó con quebrar la compostura profesional de Julia. Se permitió un breve contacto, rozando con los dedos la mejilla de Ivy por debajo del hematoma, antes de volver a concentrarse.

—Knox tiene refuerzos. Tenemos que irnos.

Ivy asintió y se acercó al portátil. Sus dedos volaron por el teclado, ejecutando una serie de comandos.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó Julia, guiándolas hacia la salida.

—He enviado todo lo que he encontrado sobre las adquisiciones de infraestructuras de Knox al jefe Marten —respondió Ivy—. Pruebas a buen recaudo.

Incluso ahora, después del secuestro y el cautiverio, Ivy seguía centrada en desmantelar la organización de Knox. Algo feroz y protector surgió en el pecho de Julia.

—La ruta de escape está en el pasillo sudeste —le explicó Julia mientras avanzaban—. Morgan está esperando con un vehículo de extracción.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Ivy mientras recorrían los pasillos poco iluminados.

—Dejaste un mensaje —respondió Julia, escudriñando en busca de amenazas—. Debajo de la cama. Un ancla de barco y el número

siete.

La breve sonrisa de Ivy fue visible incluso con la poca luz que había. —No estaba segura de que lo encontraras.

—Siempre te encontraré —dijo Julia, y las palabras surgieron del mismo lugar que había declarado que entregaría su placa si fuera necesario.

Casi habían llegado a los muelles de carga cuando Julia lo oyó: el sonido de una bala al entrar en la recámara. Empujó a Ivy detrás de un pilar de hormigón mientras apuntaba su arma hacia el origen del sonido.

Vincent Knox salió de entre las sombras, empuñando una pistola negro mate con una competencia sorprendente para un hombre que prefería delegar su violencia.

—Detective Scott —dijo, con voz mesurada, como si se encontraran en una sala de juntas—. La estaba esperando.

Julia mantuvo su posición, con el arma apuntándole, su cuerpo en ángulo para proteger a Ivy. —Vincent Knox, queda usted detenido por secuestro, agresión a un agente de la ley y conspiración para obstruir a la justicia.

Una leve sonrisa asomó a sus labios. —¿Va a detenerme oficialmente, detective? Tenía la impresión de que esta era una visita… un tanto extraoficial.

—Baje el arma —ordenó Julia, ignorando su intento de desestabilizarla.

Knox no hizo ademán de obedecer. —Siempre he respetado el legado de la familia Scott. Su abuela tenía una gran reputación de integridad. Es una pena ver que todo termine con usted tirando por la borda su carrera por una testigo.

Julia sintió que Ivy se movía ligeramente a su espalda, una presión en la parte baja de su espalda, la mano de Ivy buscando el cuchillo táctico que llevaba sujeto allí.

—Último aviso. Baje el arma.

Knox suspiró. —Sabe que eso no va a pasar. No cuando estoy tan cerca de contener esta desafortunada situación.

Su mirada se desvió hacia Ivy. —La doctora Monroe ha sido una adversaria muy digna. Pocos le han causado a mi organización un

trastorno tan considerable.

—Su organización está acabada —replicó Ivy, con voz firme a pesar de la tensión—. Las pruebas ya han sido transmitidas a las autoridades federales. La SEC tiene sus registros financieros. El Tesoro tiene sus cuentas en paraísos fiscales.

Algo parpadeó en el rostro de Knox, la primera grieta en su fachada de compostura. —Un plan de contingencia. Ingenioso.

—Estoy especializada en patrones, señor Knox —continuó Ivy—. Incluidos los patrones de comportamiento criminal. Las agencias federales operan fuera de su esfera de influencia.

Mientras Ivy hablaba, atrayendo la atención de Knox, Julia hizo ajustes infinitesimales en su postura, preparándose para el enfrentamiento que sentía que se estaba gestando.

—Un acto final impresionante —reconoció Knox—. Pero, en última instancia, inútil. Las organizaciones se pueden reconstruir. Las pruebas, desacreditar. A los testigos… silenciarlos.

Su arma se movió de forma casi imperceptible, un movimiento tan sutil que solo años de entrenamiento táctico le permitieron a Julia percibir su intención.

Julia se movió antes de que su pensamiento consciente pudiera procesar el peligro, lanzándose lateralmente para atraer su fuego sin perder la alineación de su propia arma. Knox disparó mientras ella se movía, y la bala la erró por centímetros e impactó en el pilar de hormigón.

Ella devolvió el fuego con precisión. La primera bala alcanzó a Knox en la mano, destrozándole el agarre del arma. La segunda le dio en el hombro, haciéndolo girar parcialmente mientras retrocedía tambaleándose.

Julia avanzó de inmediato, manteniendo la disciplina a pesar de la adrenalina que le recorría el sistema. Knox se apretaba la mano ensangrentada contra el pecho, con la conmoción y la furia luchando en sus facciones.

—Acaba de agredir a un destacado hombre de negocios sin motivo ni orden judicial —logró decir, con la voz tensa por el dolor—. Su carrera ha terminado.

—Mi carrera dejó de importar en el momento en que sus hombres entraron en mi casa —contestó Julia, asegurando el arma de él antes de ponerle las esposas. No se le escapaba la ironía: usar las esposas reglamentarias para un arresto que violaba casi todos los protocolos del manual.

Solo cuando Knox estuvo inmovilizado se giró hacia Ivy, que seguía de pie con el cuchillo táctico aún en la mano, con una expresión a medio camino entre el alivio y el miedo persistente.

—Se ha acabado —dijo Julia en voz baja—. Ya no puede hacerte daño.

—No, no se ha acabado —replicó Ivy, con la brillantez analítica que había desmantelado el imperio de Knox visible a través de capas de agotamiento—. Pero es un comienzo.

Julia asintió, con un entendimiento que fluía entre ellas sin palabras. La corrupción que Knox había sembrado por todo Phoenix Ridge requeriría una erradicación sistemática. El teniente Harper era solo el primer hilo de una red que se extendía por múltiples instituciones.

—Morgan nos está esperando —dijo Julia, enfundando su arma y tendiéndole la mano libre a Ivy—. Vámonos a casa.

Afuera, la luz del día había comenzado a desvanecerse, sumiendo el astillero abandonado en sombras cada vez más profundas. Morgan esperaba con el vehículo, con el motor en marcha. Su expresión denotó alivio al verlas a las dos, y luego cambió a una evaluación profesional al percatarse de sus heridas.

—Ya era hora —dijo, con voz deliberadamente despreocupada.

—Nos hemos retrasado —respondió Julia, ayudando a Ivy a subir al vehículo—. Knox está bajo custodia. Dos guardias abatidos en el perímetro, dos más dentro.

Morgan asintió, echando mano ya de su teléfono seguro.

—Avisaré al jefe Marten. El equipo táctico puede asegurar la escena oficialmente.

Julia se acomodó junto a Ivy en el asiento trasero, manteniendo el contacto físico, con los dedos aún entrelazados. La adrenalina remitía, permitiendo que el dolor se hiciera notar con más insistencia.

—¿Has conseguido lo que necesitabas? —preguntó Morgan, cruzando su mirada con la de Ivy en el retrovisor.

Ivy asintió, con un agotamiento evidente a pesar de su expresión decidida.

—Todo. El plan completo de adquisición de infraestructuras de Knox. Los funcionarios implicados. Todo transmitido a las autoridades federales.

La breve sonrisa de Morgan estaba cargada de una intensa satisfacción.

—Bien. El jefe ha estado maniobrando para darnos cobertura, pero el respaldo federal ayudará cuando todo esto salga a la luz.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ivy en voz baja.

Julia le sostuvo la mirada, viendo más allá de los moratones la formidable mente y el extraordinario valor que había debajo.

—Ahora, que te den atención médica. Luego, una reunión informativa segura con el jefe Marten. Y después...

Vaciló, con el futuro más allá de la necesidad táctica de repente incierto.

—Después decidiremos el siguiente paso —terminó, con unas palabras que sonaban insuficientes, pero eran sinceras.

Los dedos de Ivy se aferraron con más fuerza a los suyos.

—¿Juntas?

—Juntas —asintió Julia. Aquella única palabra conllevaba el peso de una promesa que nunca había esperado hacer, pero que ahora no se imaginaba negando.

Mientras dejaban atrás el astillero abandonado, Julia se permitió un momento de verdad sin tapujos: más allá del deber, más allá de la protección, más allá de la responsabilidad profesional, había encontrado algo que no sabía que estaba buscando.

Algo por lo que valía la pena saltarse todas las reglas.

13

IVY

Ivy flotaba entre capas de consciencia; lo primero de lo que se percató fue de una esterilidad antiséptica que reemplazaba el óxido y la sal del astillero. Hospital. La certeza se instaló en su mente antes de que pudiera abrir los ojos, confirmada por el constante pitido electrónico que medía los latidos de su corazón con precisión mecánica. Un zumbido fluorescente había sustituido al sonido de las olas contra los muelles abandonados. Cables y tubos la mantenían sujeta donde antes lo habían hecho las bridas.

Pero cuando por fin consiguió abrir sus pesados párpados, encontró la única constante que importaba: Julia, sentada como una centinela junto a su cama, con la espalda recta a pesar del agotamiento evidente y la mirada oscura clavada en la puerta, como si los hombres de Knox pudieran materializarse allí en cualquier momento.

—Oye… —consiguió decir Ivy, con la voz ronca y áspera por el gas lacrimógeno y la deshidratación.

Julia se giró de inmediato y la compostura que tanto se había esforzado en mantener comenzó a resquebrajarse. Su mano cubrió la de Ivy; cálida, firme y real.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Ivy.

—Seis horas. —La voz de Julia tenía la aspereza de quien no ha hablado en un buen rato—. La doctora Mars dice que no hay nada permanente. Costillas magulladas, una conmoción cerebral leve y deshidratación.

El diagnóstico clínico no podía ocultar la emoción que subyacía. Los nudillos de Julia estaban vendados, unos puntos de sutura adhesivos le cerraban el corte de la sien y la sombra de un moratón le florecía en la mandíbula. Pero estaba allí. Viva. Presente.

La puerta se abrió para dar paso a una mujer con bata blanca. La doctora Josephine Mars se movía con la silenciosa eficiencia de quien impone respeto sin exigirlo.

—Doctora Monroe —dijo con una sonrisa genuina, aunque profesionalmente contenida—. Me alegro de verla consciente. Tengo entendido que debemos agradecerles a usted y a la detective Scott el haber acabado con la mitad de la corrupción de Phoenix Ridge.

—Solo cumplimos con nuestro trabajo —respondió Julia automáticamente.

La doctora Mars enarcó una ceja ligeramente mientras comprobaba las constantes vitales de Ivy. —Sí, he oído que en la división de investigación tienen una nueva definición de «trabajo» estos días. —Ajustó algo en el gotero intravenoso—. La jefa Marten ha tenido que ser bastante creativa para explicarle a la junta del hospital por qué dos mujeres con heridas tácticas estaban siendo tratadas fuera de los protocolos habituales.

Ivy miró a Julia, que tuvo la decencia de parecer un poco avergonzada. —Puede que haya insistido en ciertos… alojamientos.

—La detective Scott se negó a separarse de su lado —explicó la doctora Mars, con un tono que sugería que aquello era quedarse muy corto—. El procedimiento estándar para la custodia de protección es la rotación de agentes cada cuatro horas. —Le examinó las pupilas a Ivy con una linterna—. Creo que sus palabras exactas fueron: «Me quedaré con ella aunque tenga que esposarme a esta cama».

Una calidez floreció en el pecho de Ivy, expandiéndose a pesar del efecto adormecedor de la medicación. La mano de Julia

permanecía sobre la suya, su pulgar trazando pequeños círculos en su piel.

—El procedimiento estándar me pareció inadecuado —dijo Julia en voz baja.

La expresión de la doctora Mars se suavizó con comprensión. —Bueno, el Hospital General de Phoenix Ridge es conocido por hacer excepciones en circunstancias excepcionales. —Hizo una anotación en el historial—. Se está recuperando bien, doctora Monroe. El TAC no muestra ningún trauma significativo más allá de la conmoción cerebral. Con el descanso adecuado, volverá a desmantelar imperios criminales en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias —dijo Ivy, y no se refería solo a la atención médica. La naturalidad con la que la doctora Mars aceptaba su situación, sin preguntas ni juicios, le pareció un regalo.

—La jefa Marten llegará en breve —añadió la doctora Mars—. Ha solicitado una breve declaración cuando se sienta con fuerzas. Le he informado de que tiene quince minutos, como máximo.

La postura de Julia cambió ligeramente. —La doctora Mars ha sido… protectora.

—Alguien tiene que serlo, cuando ambas están decididas a ignorar las recomendaciones médicas. —La doctora Mars terminó su examen—. Enseguida enviaré a una enfermera con más analgésicos. Y detective Scott —fijó en Julia una mirada elocuente—, espero que en algún momento utilice el catre que le hemos proporcionado. Su vigilancia no ayudará a la doctora Monroe si usted se desploma por el agotamiento.

Después de que la doctora se fuera, Ivy se volvió hacia Julia, observando todo el alcance de sus heridas bajo la implacable luz del hospital. Bajo el control profesional, el agotamiento había tallado sombras bajo sus ojos y tensado las comisuras de sus labios.

—Tienes una pinta horrible —dijo Ivy, mientras su mano libre le apartaba un mechón de pelo de la frente a Julia.

—Gracias. —Un atisbo de sonrisa asomó a los labios de Julia—. Tendrías que ver cómo ha quedado el otro.

—Lo he visto. No has sido nada delicada.

—No. —Algo fiero e implacable brilló en los ojos de Julia—. No lo estaba.

Ese simple reconocimiento quedó suspendido entre ellas, cargado con el peso de todo lo que había cambiado desde que los hombres de Knox habían invadido el apartamento de Julia. Las reglas que se habían roto. Los límites que se habían cruzado.

—Morgan ha dicho que Knox está bajo custodia —continuó Julia, mientras su pulgar seguía dibujando patrones en la mano de Ivy como para reafirmar su presencia—. Hay cargos federales además de la acusación local. El teniente Harper y otros dos agentes están detenidos. El departamento es un caos, pero Diana controla la situación inmediata.

—¿Y tú? —preguntó Ivy, en una pregunta con un doble fondo—. ¿Tú también eres un caos?

La mirada de Julia se encontró directamente con la suya, abandonada toda pretensión de distancia profesional. —He cruzado todos los límites, Ivy. He violado el protocolo del departamento, ignorado órdenes directas y agredido a sospechosos sin el debido procedimiento. —Su voz se mantuvo firme a pesar de la confesión—. Y volvería a hacerlo. Todo.

Antes de que Ivy pudiera responder, unos suaves golpes en la puerta precedieron la entrada de la jefa de policía Diana Marten. La imponente mujer se movía con la misma presencia autoritaria que Ivy recordaba de sus breves interacciones, aunque el agotamiento había dejado su huella en las hebras plateadas que salpicaban su corto pelo oscuro.

—Doctora Monroe —dijo, con la misma voz de autoridad sosegada que había empleado en su primer encuentro—. Detective Scott.

Julia se enderezó instintivamente, pero no soltó la mano de Ivy. —Jefa.

Diana observó la escena con unos ojos perspicaces a los que no se les escapaba nada. —Ambas han tenido unas cuarenta y ocho horas moviditas.

—Podría decirse que sí —contestó Ivy.

—Knox está siendo procesado por los canales federales —dijo Diana, acercándose a los pies de la cama—. Su organización se está desmoronando rápidamente. Sus pruebas financieras han sido decisivas para conseguir órdenes de registro para otras diecisiete propiedades y cuentas.

—¿Y las adquisiciones de infraestructuras? —preguntó Ivy.

—Están bajo revisión de emergencia por parte de las agencias reguladoras —confirmó Diana—. Su trabajo desbarató la red de control de él antes de que pudiera llegar a ser plenamente operativa.

Un destello de orgullo cruzó el rostro de Julia mientras miraba a Ivy. —Te dije que era impresionante.

La mirada de Diana se desplazó entre ellas, y algo en su expresión se suavizó. —Los métodos de la detective Scott en su extracción y rescate fueron… poco ortodoxos, por no decir más.

—Pero eficaces —dijo Ivy.

—Desde luego. —La boca de Diana se torció ligeramente—. Aunque sospecho que estaremos revisando los procedimientos del departamento durante bastante tiempo.

Julia se tensó a su lado. —Jefa, asumo toda la responsabilidad por…

Diana levantó una mano para interrumpirla. —Julia, tendrás tiempo de sobra para las declaraciones oficiales más tarde. Ahora mismo, estoy aquí como Diana, no como la jefa Marten. —La miró directamente a los ojos—. La organización de Knox llevaba años detrás de nuestro departamento. Su plan de infraestructuras habría puesto en jaque los servicios esenciales de la ciudad. Vuestras acciones —las de las dos— lo impidieron.

—Habrá consecuencias —dijo Julia, y no era una pregunta.

—Oh, por supuesto —convino Diana—. Papeleo, juntas de revisión, evaluaciones de procedimiento. —Su expresión se mantuvo neutra, pero en sus ojos se traslucía algo parecido al respeto—. Y probablemente una condecoración, cuando las aguas vuelvan a su cauce.

Ivy sintió la sorpresa de Julia en la sutil rigidez de sus dedos. —¿Una condecoración?

—Las agencias federales tienden a agradecer que la policía local impida que organizaciones criminales se apoderen de las infraestructuras de toda una ciudad —dijo Diana con sequedad—. Especialmente cuando dichas organizaciones se han infiltrado en el propio cuerpo de policía.

Una enfermera apareció en el umbral, con una bandeja de medicamentos en la mano. Diana asintió, reconociendo el tiempo límite impuesto por la doctora Mars.

—Descansen, las dos —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Es una orden, detective Scott. Discutiremos los próximos pasos cuando la doctora Mars dé el alta a la doctora Monroe.

Después de que la enfermera le administrara más analgésicos y se marchara, Ivy sintió que se quedaba dormida, la adrenalina que la había sostenido finalmente desvaneciéndose por completo.

—Deberías usar ese catre —murmuró, luchando por mantener los ojos abiertos.

Julia negó con la cabeza. —Estoy bien donde estoy.

—Julia —dijo Ivy, apretándole la mano con más fuerza—. No me voy a ir a ninguna parte. Te lo prometo.

Algo vulnerable parpadeó en el rostro de Julia. —Cuando los hombres de Knox te llevaron… —tragó saliva con dificultad—. Nunca he pasado tanto miedo. Ni en Kazajistán. Ni en ninguna operación.

—Sabía que me encontrarías —dijo Ivy con sencillez.

—Debería haberte protegido mejor. Estaba distraída, bajé la guardia…

—Para. —Ivy tiró de su mano hasta que Julia se inclinó hacia ella —. Me encontraste. Eso es lo que importa.

La medicación la estaba venciendo, su consciencia se retiraba como la marea de la orilla. Lo último que percibió fueron los labios de Julia presionándose con suavidad contra su frente y tres palabras susurradas como una promesa: —Siempre lo haré.



El apartamento de Julia —antaño un santuario, luego profanado por los hombres de Knox y ahora recuperado— se había transformado de maneras sutiles.

Seguían allí las mismas paredes de ladrillo visto y los techos altos, pero algo había cambiado en el espacio que contenían. Las mejoras de seguridad brillaban discretamente en los puntos de acceso. Los muebles se habían reorganizado ligeramente, como actores que adoptan nuevas posiciones en un escenario conocido.

Lo más revelador era el aroma. Bajo el olor persistente a pintura fresca y electrónica nueva, flotaba el más leve rastro de lavanda, el regalo de despedida de la doctora Mars en forma de aceite esencial para «limpiar la energía», entregado con un guiño que sugería que no era un consejo del todo médico.

Ivy estaba de pie en el centro del salón, observando los cambios. Dos días en el hospital habían sido necesarios, pero asfixiantes. Ahora, finalmente dada de alta con instrucciones severas de reposo y seguimiento, se encontró inesperadamente indecisa en el umbral de un espacio tan cargado de recuerdos.

—Morgan se encargó de las mejoras de seguridad —dijo Julia, cerrando la puerta tras ellas. Las cerraduras se activaron con un sonido más sólido que antes: mecanismos reforzados, probablemente de grado militar—. Y Lavender envió algunas cosas para que se sintiera… diferente. Acogedor.

El toque de la famosa dueña de la cafetería era evidente en las suaves mantas y las velas estratégicamente colocadas que, de alguna manera, hacían que las mejoras de seguridad parecieran menos intrusivas.

—Está bien —dijo Ivy, y lo decía en serio a pesar de la opresión en el pecho. Se dirigió a la encimera de la cocina, donde su portátil descansaba junto al arma reglamentaria de Julia, herramientas profesionales una al lado de la otra—. ¿Ha recuperado Morgan mis archivos?

Julia asintió mientras dejaba las bolsas junto a la puerta del dormitorio. —Todo está encriptado en el disco seguro que proporcionó la jefa Marten. El equipo de preparación del juicio

necesitará tu ayuda, pero no hasta que la doctora Mars te dé el visto bueno.

—¿Y Knox?

—Bajo custodia federal, sin fianza. —La expresión de Julia se endureció momentáneamente—. Harper también, junto con los agentes Reeves y Donovan. Asuntos Internos está revisando cada caso que tocaron en los últimos cinco años.

Ivy asimiló la información, y la parte analítica de su mente ya calculaba las implicaciones. —El departamento debe de ser un caos.

—Diana se está encargando. —Julia se dirigió al frigorífico, sacando ingredientes con su característica eficiencia—. El comisario le ha otorgado autoridad temporal para reestructurar la División de Detectives. Protección veinticuatro horas para los testigos clave y agentes federales complementando nuestros equipos de seguridad.



Mientras Julia preparaba una comida sencilla —sus movimientos revelaban una rigidez persistente por sus propias heridas—, Ivy se acercó a las ventanas. Phoenix Ridge se extendía abajo, con las luces parpadeando en la oscuridad, y en algún lugar a través de esas luces, el imperio cuidadosamente construido de Knox se desmoronaba mientras los agentes federales ejecutaban órdenes de registro en las propiedades que ella había identificado.

—Lo conseguiste —dijo Julia en voz baja, apareciendo a su lado con dos platos—. El plan de adquisición de infraestructuras ha sido completamente desmantelado. Las agencias reguladoras tomaron el control de todos los nodos críticos esta mañana.

—Lo conseguimos —corrigió Ivy, aceptando el plato—. Yo identifiqué el patrón, pero tú te aseguraste de que las pruebas llegaran a las manos adecuadas.

Se sentaron en la pequeña mesa que había albergado su primera sesión de estrategia contra Knox. A Ivy no se le escapó la simetría: el lugar donde habían comenzado a desmantelar su imperio ahora era testigo de sus secuelas.

—Es extraño —dijo después de haber comido en un silencio cómodo—. Durante meses, mi único objetivo fue derribar la organización de Knox. Ahora que está sucediendo, no estoy segura de qué viene después.

Julia la observaba desde el otro lado de la mesa, sus preciosos ojos verdes reflejando la suave luz de la lámpara. —¿El gran jurado está programado para dentro de tres semanas. Los fiscales federales te explicarán los requisitos del testimonio. Después de eso… —dudó —. ¿Qué quieres que pase después?

La pregunta quedó suspendida entre ellas, cargada con todo lo que ninguna de las dos había expresado desde el rescate. El hospital les había proporcionado seguridad médica, pero no la intimidad necesaria para la conversación que necesitaban tener.

—¿Profesionalmente o personalmente? —preguntó Ivy.

—Ambas cosas.

Ivy dejó el tenedor y le sostuvo la mirada a Julia. —Profesionalmente, me han ofrecido un puesto de asesora en la unidad de delitos financieros del FBI. Quedaron impresionados con cómo rastreé las operaciones del sindicato. —Una sonrisa asomó a sus labios—. Al parecer, desmantelar organizaciones criminales crea ciertas oportunidades profesionales.

—Se te daría de maravilla —dijo Julia, con una voz que transmitía un respeto genuino más allá de las implicaciones personales.

—El puesto tendría la sede aquí —continuó Ivy, viendo cómo la comprensión afloraba en los ojos de Julia—. En Phoenix Ridge. Rechacé su oferta de Washington.

Los dedos de Julia se quedaron quietos sobre su vaso. —¿Te quedas?

—Me he pasado la vida huyendo, Julia. De las expectativas de mis padres. De los enredos emocionales. De cualquier cosa que sintiera que podría atraparme. —Ivy extendió la mano por encima de la mesa y cubrió la de Julia con la suya—. He dejado de huir.

Algo cambió en la expresión de Julia: las barreras se desmoronaban, la distancia profesional daba paso a una esperanza desnuda.

—¿Y tú? —preguntó Ivy—. Diana mencionó que te han ofrecido dirigir el nuevo grupo operativo anticorrupción.

Julia asintió, girando la mano para entrelazar sus dedos. —Es una unidad especializada que opera fuera de las estructuras tradicionales del departamento y responde directamente ante el jefe.

—Se te daría bien.

—Me lo estoy pensando. —El pulgar de Julia dibujó círculos sobre la palma de Ivy—. Significaría quedarme en Phoenix Ridge y construir algo nuevo dentro del departamento.

—Construir algo nuevo —repitió Ivy en voz baja—. Me gusta cómo suena.

Fuera, una lluvia suave comenzó a caer, y las gotas atrapaban las luces de la ciudad mientras trazaban caminos por las ventanas. La seguridad reformada del apartamento no solo mantenía el peligro a raya, se dio cuenta Ivy; creaba un espacio para que algo delicado creciera en su interior.

—Knox lo amenazaba todo —dijo Julia, con la voz baja y cargada de emoción contenida—. No solo tu testimonio. No solo el caso. Amenazaba esto, lo que fuera que estaba empezando entre nosotras.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no puede. —La expresión de Julia transmitía una certeza que Ivy no había visto desde la noche que pasaron juntas—. Su organización está desmantelada. Su influencia, neutralizada. Sus amenazas, eliminadas.

La lluvia se intensificó, tamborileando contra las ventanas y creando un capullo de sonido a su alrededor. Más allá del cristal, Phoenix Ridge continuaba con sus ritmos nocturnos, sin saber que su integridad estructural había sido salvada por las dos mujeres que ahora estaban sentadas en una silenciosa comunión.

—Tenía miedo —admitió Ivy, y la confesión le resultó más fácil de lo que había esperado—. No solo de Knox. De esto. —Hizo un gesto que las abarcaba a ambas—. De lo rápido que te volviste esencial.

—Lo sé. —Los dedos de Julia se apretaron alrededor de los suyos —. Me he pasado toda mi carrera manteniendo las distancias,

siguiendo protocolos y levantando muros. Entonces entraste en el bar de ese hotel y nada ha vuelto a ser igual.

La honestidad en la voz de Julia eliminó toda pretensión, dejando algo crudo y real entre ellas. No la conexión desesperada de su primera noche, ni la cuidada distancia profesional que la siguió, sino algo nuevo: elegido, deliberado, consciente de los costes y, aun así, aceptado.

—No quiero volver a ser la que era antes —dijo Ivy—. La mujer que mantenía a todo el mundo a distancia porque la conexión le parecía peligrosa.

—Y yo no quiero volver a los protocolos sin propósito —replicó Julia—. A las reglas que protegen sistemas, pero no a las personas.

Afuera, un trueno retumbó en el cielo, un recordatorio lejano de fuerzas que escapan a todo control. Adentro, algo delicado cristalizó: un compromiso que se formaba como una estructura a partir del caos.

—Entonces, sigamos adelante —dijo Ivy, levantándose de la silla sin soltar la mano de Julia—. Juntas.

Julia se levantó y acortó la distancia entre ellas hasta que solo el aliento separaba sus cuerpos. —Juntas —confirmó, y aquella sola palabra resonó como una promesa.

Mientras la tormenta arreciaba tras las ventanas reforzadas, se dirigieron al dormitorio que había sido invadido, profanado y ahora recuperado. El camino que tenían por delante no estaba exento de complicaciones —con la declaración ante el gran jurado, los restos del sindicato y la reestructuración del departamento en marcha—, pero, por un instante, esas complejidades se desvanecieron ante verdades más sencillas.

Se habían encontrado contra todo pronóstico. Habían luchado contra el imperio de Knox y habían ganado. Habían roto las reglas y creado otras nuevas. Y ahora, tras el caos, estaban eligiendo construir algo que ninguna de las dos había creído posible.

Algo que se parecía extraordinariamente a un hogar.

El dormitorio había sido transformado como el resto del apartamento: ropa de cama nueva que sustituía a la que los hombres de Knox habían tocado, ventanas reforzadas con sutiles

mejoras de seguridad y una nueva capa de pintura que no lograba enmascarar del todo el recuerdo de la profanación. Julia había quitado la mesilla de noche donde había estado su arma aquella noche, sustituyéndola por algo diferente, recuperando el espacio no borrando lo que había sucedido, sino eligiendo deliberadamente lo que permanecería.

Ivy se detuvo en el umbral, sintiendo el peso de lo que aquella habitación representaba. Su primera entrega verdadera la una a la otra, luego su abrupta separación, y ahora... ahora algo nuevo que se construía sobre los escombros de la intrusión de Knox.

—No tenemos por qué quedarnos aquí —dijo Julia en voz baja a su espalda—. Morgan nos ha ofrecido su habitación de invitados. O podemos ir a un hotel...

—No. —Ivy se giró para mirarla, la decisión cristalizando con súbita claridad—. Estoy harta de que Knox decida adónde voy y qué siento. Este es tu hogar. Nuestro espacio. —Se acercó más y alzó la mano para rozar el cardenal que se desvanecía en la mandíbula de Julia—. No dejaré que nos quite esto también.

Algo cambió en la mirada de Julia, la vulnerabilidad aflorando bajo su cuidada compostura. Le cogió la mano a Ivy y le dio un beso en la palma con tal ternura que a Ivy se le cortó la respiración.

—Cuando te llevaron —dijo Julia, con la voz quebrada por la emoción—, me di cuenta de lo mucho que me había estado escondiendo tras la distancia profesional. —Sus dedos se entrelazaron con los de Ivy, un ancla en mitad de la confesión—. Me decía a mí misma que se trataba de mantenerte a salvo, pero en realidad se trataba de protegerme a mí: de sentir, de necesitar, del pavor a perder algo que importara.

Un relámpago brilló en el exterior, iluminando brevemente las ventanas surcadas por la lluvia. El trueno retumbó segundos después; la tormenta estaba ahora justo encima, reflejando la intensidad que crecía entre ellas.

—¿Y ahora? —preguntó Ivy.

—Ahora sé que el miedo no protege nada que valga la pena. —La mano libre de Julia se alzó para acunar el rostro de Ivy, su caricia suave sobre el hematoma que sanaba en su sien—. Me he pasado la

vida levantando muros, Ivy. Control perfecto. Distancia perfecta. La perfecta detective Scott, sin hacer concesiones, sin cruzar nunca ninguna línea.

—Hasta que llegué yo. —La constatación reconfortó a Ivy mientras la lluvia repiqueteaba contra las ventanas.

—Hasta que entraste en el bar de aquel hotel y viste a través de todas las defensas que había construido. —La sonrisa de Julia contenía tanto asombro como resignación—. Y luego entraste en aquel piso franco y desmantelaste lo que quedaba.

Ivy se acercó más, eliminando los últimos centímetros que las separaban. —Me he pasado la vida profesional encontrando patrones que otros no ven. Pero nunca esperé encontrarte a ti. —Sus dedos recorrieron la afilada línea de la clavícula de Julia, sintiendo el pulso firme bajo la piel cálida—. La mujer que desafió cada una de mis suposiciones sobre la conexión. Sobre la vulnerabilidad. Sobre la confianza.

Fuera, la tormenta se intensificó; la lluvia tamborileaba contra el tejado con rítmica persistencia. Dentro, algo igualmente poderoso crecía entre ellas: la vulnerabilidad reemplazando a la armadura.

—Tenía tanto miedo —admitió Ivy, la confesión surgiendo de algún lugar profundo y sincero que rara vez visitaba—. No solo de Knox, sino de lo absolutamente esencial que te habías vuelto para mí. Me pasé años construyendo una vida en la que no necesitaba a nadie.

—¿Y ahora?

—Ahora comprendo que la independencia no tiene por qué significar aislamiento. —Las manos de Ivy se movieron para enmarcar el rostro de Julia—. Que la fuerza puede incluir la vulnerabilidad. Que necesitar a alguien no significa renunciar a quien eres.

Los ojos de Julia se clavaron en los suyos, oscuros e intensos en la penumbra. —Knox intentó usar lo que hay entre nosotras como una ventaja. Como una debilidad.

—Se equivocaba. —La voz de Ivy denotaba una certeza absoluta —. Esto no es una debilidad, Julia. Lo que hay entre nosotras me dio la fuerza para dejar ese mensaje debajo de tu cama. Para seguirle el

juego a Knox el tiempo suficiente para que me encontraras. Confiaba en que vendrías, pasara lo que pasara.

Otro relámpago, más cercano esta vez, dibujó por un instante las facciones de Julia con crudo relieve: la determinación en su mandíbula, la ternura en sus ojos, el amor que ya no intentaba ocultar.

—La jefa Marten me ha preguntado si podría seguir trabajando contigo después de esto —dijo Julia, con una sonrisa asomándosele a los labios—. Si mi juicio estaba comprometido por sentimientos personales.

—¿Y qué le dijiste?

—Que mi juicio nunca ha estado más claro. —El pulgar de Julia recorrió la curva del labio inferior de Ivy—. Que las reglas no significan nada sin un propósito. Que el protocolo no vale nada si protege sistemas, pero no a las personas.

Ivy se dejó llevar por la caricia, abrumada por la enormidad de lo que Julia estaba confesando. La mujer que había construido toda su identidad en torno a las normas y los reglamentos había reescrito su código fundamental por ella.

—Le dije que quererte no ha comprometido mi juicio —continuó Julia, con la voz casi convertida en un susurro—. Ha clarificado todo lo que importa.

La palabra quedó suspendida entre ellas, nunca antes pronunciada. Amor. No deseo, no conexión, no un enredo complicado. Amor, nombrado de forma sencilla, sin matices ni defensas.

—Dilo otra vez —susurró Ivy.

—Te quiero, Ivy Monroe. —Las manos de Julia se deslizaron por su pelo, acunándole la cabeza con infinita ternura. La declaración no contenía vacilación, ni reservas, ni distancia profesional—. Quiero tu mente brillante y tu corazón intrépido. Quiero cómo ves patrones que nadie más puede encontrar. Quiero que te negaras a dejar que me escondiera. Quiero que me dejaras una pista en lugar de rendirte. Quiero…

Ivy la interrumpió con un beso, incapaz de contener la emoción que le surgía en el pecho. Todos los cuidadosos muros que ambas

habían construido —Julia con sus reglas, Ivy con su independencia y su distancia analítica— se desmoronaron ante la simple verdad que ninguna de las dos podía negar por más tiempo.

Cuando finalmente se separaron, Ivy apoyó su frente en la de Julia, con sus respiraciones sincronizadas como los latidos de sus corazones. —Yo también te quiero —dijo, las palabras más fáciles de lo que había imaginado—. Creo que lo hago desde aquella noche en el hotel, cuando me miraste y me viste de verdad. No solo deseo, sino reconocimiento.

—¿Incluso cuando estaba siendo imposible con la distancia profesional? —la sonrisa de Julia era hermosa en su franqueza, abandonada toda cautela.

—Sobre todo entonces. —Los dedos de Ivy trazaron la línea de la mandíbula de Julia—. Porque incluso cuando te escondías detrás de la detective Scott, podía ver a Julia. Deseando. Preocupándose. Luchando contra sí misma a cada paso.

Fuera, la lluvia continuaba su percusión constante contra las ventanas y el tejado, envolviéndolas en un capullo. La tormenta que había llegado estaba alcanzando su crescendo, con el trueno retumbando en una línea de bajo bajo la melodía de la lluvia.

—Nunca pensé que tendría esto —confesó Julia, con la voz teñida de asombro—. Nunca pensé que lo querría. Nunca pensé que elegiría a alguien por encima de las reglas. Por encima de la imagen perfecta de la detective Scott.

—¿Y ahora?

—Ahora no me imagino eligiendo otra cosa. —Las manos de Julia se deslizaron hacia la cintura de Ivy, atrayéndola más cerca hasta que sus cuerpos se alinearon perfectamente—. No cuando la alternativa es perderte.

Ivy sintió el cambio en el tacto de Julia: de reconfortante a algo más ardiente, de consuelo a deseo. Su propio cuerpo respondió al instante, el recuerdo y la anticipación combinándose en una necesidad repentina y abrumadora.

—Julia —musitó, con los dedos enroscándose en la suave tela de la camisa de Julia—. Quiero…

—Lo sé. —Los labios de Julia encontraron el punto sensible bajo la oreja de Ivy que había descubierto su primera noche juntas, y luego redescubierto en las breves y preciosas horas antes de que los hombres de Knox invadieran—. Yo también lo quiero.

Avanzaron hacia la cama que había sido profanada y que ahora estaba siendo reclamada, cada paso deliberado. No era la pasión desesperada de su primera noche en el Hotel Oceana, ni la conexión frenética antes del ataque de Knox. Era algo más profundo, una elección que se tomaba con plena conciencia.

Las manos de Julia fueron delicadas al quitarle la camisa a Ivy por la cabeza, con cuidado de las costillas en curación y los moratones que se desvanecían. Ivy devolvió el gesto, sus dedos trazando cada centímetro de piel recién revelado con reverente atención. Sus movimientos se ralentizaron, transformando la necesidad en un ritual.

—Déjame verte —murmuró Julia, sus ojos bebiéndose el cuerpo de Ivy con una concentración ardiente—. Entera.

Las últimas barreras entre ellas cayeron mientras se despojaban de la ropa. Cuando finalmente se unieron en la cama, piel contra piel, fue como volver a un hogar que ninguna de las dos se había dado cuenta de que estaba buscando.

—No me voy a romper —le aseguró Ivy, reconociendo la cuidadosa contención en el tacto de Julia—. Estoy aquí.

—Lo sé. —Las manos de Julia se movieron con mayor confianza entonces, cartografiando un territorio familiar con renovado aprecio, y le susurró contra la piel—: Solo necesito asegurarme.

Fuera, la tormenta continuaba su ritmo purificador, limpiando Phoenix Ridge del persistente calor del verano. Dentro, algo igual de poderoso se gestaba entre ellas: la sanación comenzaba donde la violencia se había entrometido, la conexión se fortalecía donde la separación había sido forzada.

Esta vez no había prisa por liberarse, ni una búsqueda desesperada de una huida temporal. Esto era reconstruir, reclamar, recrear algo que ninguna de las dos había creído posible hasta que Knox casi se lo había arrebatado.

—Te quiero —susurró Julia contra la piel ardiente de Ivy, unas palabras que ya no contenía con cuidado—. Te quiero, Ivy. Te quiero.

Ivy la incorporó hasta que quedaron cara a cara, con los corazones latiendo el uno contra el otro a través de la piel y el hueso. —Demuéstramelo —respiró, con una necesidad que trascendía las palabras.

Julia deslizó suavemente los dedos por los costados de Ivy, trazando su silueta, e Ivy se inclinó hacia la caricia, sintiendo una oleada de calor recorrerla. Julia se inclinó y besó a Ivy, dejando que su lengua explorara su boca, antes de descender con sus besos por el cuello y el pecho de Ivy y atrapar su pezón izquierdo con la boca.

Ivy se retorció bajo ella y Julia la miró a los ojos. —¿Demasiado?

Ivy negó con la cabeza, suavizando la mirada de sus ojos almendrados de color castaño claro mientras se empapaba de la delicada preocupación de Julia. —No, es perfecto.

Julia sonrió mientras se inclinaba de nuevo y volvía a tentar el pezón de Ivy. Rozó con la punta de la lengua el duro botón y lo rodeó con esta mientras apretaba con suavidad el otro pecho de Ivy. Cuando descendió, dejando un rastro de suaves y amorosos besos desde sus pechos hasta el ombligo y hasta su vello púbico recortado, y entonces besó el clítoris de Ivy, Ivy ahogó un gemido de placer y se le cortó la respiración.

Tomó el clítoris de Ivy en su boca, lo rodeó con la lengua, presionando y soltando, aumentando el placer de Ivy. Julia pasó la lengua una, y luego dos veces, sobre el ansioso botón y dejó que su lengua se deslizara más abajo, entre los pliegues ya húmedos de Ivy.

—¿Todavía tienes hambre de mí? —bromeó Julia, sonriendo antes de lamer los jugos de Ivy que se derramaban entre sus muslos.

—Siempre —susurró Ivy con la voz ronca por el deseo.

Julia introdujo un dedo dentro de Ivy, observando atentamente su rostro en busca de cualquier señal de incomodidad, pero cuando Ivy le devolvió la sonrisa, ella también sonrió, dejando que su mirada se suavizara de nuevo mientras introducía un segundo dedo y se inclinaba para volver a saborear a Ivy.

Ivy enredó los dedos en el pelo de Julia mientras esta seguía lamiendo y succionando su clítoris, dándole suaves mordisquitos en la cara interna del muslo entre succión y succión. El ritmo de la respiración de Ivy cambió y sus gemidos se volvieron más insistentes a medida que su cuerpo se tensaba y se contraía alrededor de los dedos de Julia. Ivy presionó su cuerpo contra la palma de Julia, que empujaba contra ella con los dedos hundidos en su interior, y Julia los introdujo más profundamente y los curvó hacia arriba, provocando el orgasmo de Ivy hasta que sus ojos se cerraron y se pusieron en blanco, su espalda se arqueó y echó la cabeza hacia atrás mientras gritaba. La otra mano de Julia descansaba sobre el muslo de Ivy mientras esta se perdía en su placer, acariciando suavemente su piel mientras las réplicas del orgasmo recorrían su cuerpo.

Cuando la respiración de Ivy se calmó, Julia sacó los dedos de su interior, lamiéndoselos para mantener el sabor de Ivy en su lengua durante más tiempo, y se desplomó a su lado.

Yacieron juntas en un silencio apacible, la tormenta de fuera amainando gradualmente mientras sus respiraciones se sincronizaban. El brazo de Julia rodeaba protectoramente la cintura de Ivy, sus dedos trazando patrones ociosos sobre su piel desnuda.

—Nunca pensé que tendría esto —murmuró Ivy, acurrucando la cabeza en el hueco del hombro de Julia.

—¿El qué? —preguntó Julia, dándole un beso en la frente.

—Esta sensación de pertenencia. —Ivy se incorporó ligeramente para mirar a Julia a los ojos—. Me he pasado la vida analizando patrones, encontrando conexiones que otros pasaban por alto. Pero nunca esperé encontrar el patrón más importante en nosotras.

La expresión de Julia se suavizó. —¿Qué patrón es ese?

—Dos personas que se han pasado la vida evitando el apego y que, de repente, encuentran un hogar la una en la otra. —Ivy trazó la afilada línea de la mandíbula de Julia—. Desafía cualquier probabilidad.

—Quizá eso es lo que lo hace valioso —replicó Julia, con una suave sonrisa a la luz de la luna—. Como tus pruebas financieras, las anomalías revelan la verdad.

Ivy rio suavemente. —Solo tú harías que la contabilidad forense sonara romántica.

—Solo tú entenderías lo que quiero decir.

Se acomodaron de nuevo juntas, con la tormenta ahora convertida en un suave repiqueteo contra las ventanas. Fuera, Phoenix Ridge continuaba su ritmo nocturno, sin saber que entre aquellos muros se había reclamado algo raro y precioso; no solo de las manos de Knox, sino de los miedos que las habían mantenido a ambas aisladas durante tanto tiempo.

El mañana traería grandes jurados y agentes federales, testimonios y reconstrucción. Pero esta noche, en este instante, solo existía esto: dos mujeres que se habían encontrado contra todo pronóstico, y que habían elegido construir algo nuevo sobre las ruinas de aquello que había intentado destruirlas.

Algo inquebrantable.

EPÍLOGO

5 años después

Julia se despertó como siempre lo hacía: segundos antes de que sonara la alarma, con su reloj interno tan preciso como lo había sido durante sus años en el cuerpo de policía de Phoenix Ridge. Pero, a diferencia de cinco años atrás, ya no echaba mano de su arma ni buscaba amenazas entre las sombras del amanecer. En cambio, su mano se deslizó hacia el cálido espacio a su lado donde dormía Ivy, con su pelo rubio miel esparcido por la almohada y el rostro suavizado por los sueños.

El sonido de las olas rompiendo contra los acantilados se colaba por la ventana de su dormitorio, un ritmo constante que se había vuelto tan familiar como el latido de su propio corazón. Su casa frente al mar, elegida por Ivy pero fortificada por Julia, era un testimonio de la vida que habían construido juntas: medidas de seguridad prácticas suavizadas con toques de calidez. La cabaña de playa original se había transformado; habían reforzado sus cimientos, pero mantenía el encanto que había cautivado la imaginación de Ivy.

Julia se permitió deleitarse con la visión de su esposa durmiendo: las pecas esparcidas por los hombros de Ivy, la pequeña cicatriz en su sien, que hacía tiempo que había sanado hasta convertirse en una línea plateada, y la alianza de oro que hacía juego con la suya.

Cinco años, y la feroz protección que la había llevado a saltarse todas las normas del manual del departamento había evolucionado hacia algo más profundo, más duradero.

El reloj digital marcaba las 5:42. Julia apagó la alarma antes de que sonara y se deslizó fuera de la cama con movimientos ensayados y silenciosos. El suelo de madera, recuperado de un viejo barco e instalado por insistencia de Ivy, estaba frío bajo sus pies mientras caminaba sin hacer ruido hacia los ventanales que daban al océano.

Phoenix Ridge se extendía por la costa, con sus característicos acantilados rojos atrapando las primeras luces del alba. La ciudad había cambiado desde la disolución del Sindicato Seraphim: la corrupción se había purgado mediante una reforma sistemática y las infraestructuras se habían reforzado bajo una nueva supervisión. Pero lo que Julia más notaba era la calma. La tensión que había atenazado a la ciudad durante años se había aliviado, reemplazada por algo que casi parecía esperanza.

Siguió su rutina matutina con la misma eficiencia que había caracterizado su carrera como detective, aunque ahora se había suavizado. En la cocina, molió granos de café, una costumbre que había adoptado de Ivy, quien insistía en que un buen café requería granos recién molidos. El intenso aroma llenó el espacio, mezclándose con el aire salado que se colaba por las ventanas entornadas.

Las paredes de la cocina contenían pruebas de su vida en común: fotografías de su boda en el Lavender's Café, condecoraciones del departamento mezcladas con los certificados de contabilidad forense de Ivy y un recorte de periódico enmarcado que anunciaba la formación del Grupo de Trabajo Anticorrupción. Los dedos de Julia rozaron el borde de ese último marco. Ese grupo de trabajo había sido su renacimiento profesional tras el caso Seraphim, una oportunidad para construir algo nuevo sobre las cenizas de la comprometida reputación del departamento.

La cafetera borboteaba mientras Julia sacaba expedientes de su maletín: la preparación del testimonio para la vista final de la sentencia de Knox esa misma tarde. Cinco años de apelaciones,

cinco años de meticuloso trabajo legal, y hoy se cerraría el último capítulo del hombre que casi había destruido Phoenix Ridge desde dentro.

—Estás otra vez con lo mismo —dijo la voz de Ivy desde el umbral, ronca por el sueño.

Julia levantó la vista de los expedientes y encontró a su mujer envuelta en una de sus viejas camisas del PRPD, la tela azul marino holgada sobre su cuerpo más menudo. Incluso después de cinco años, esa imagen todavía le provocaba un cálido revoloteo en el pecho.

—¿Haciendo qué? —preguntó Julia, aunque ya lo sabía.

—Trabajar antes de tomar cafeína. —Ivy cruzó hasta la encimera y aceptó la taza que Julia ya le había preparado: dos de azúcar, un chorrito de nata, exactamente como a ella le gustaba—. Hay costumbres que tardan más en desaparecer que otras.

—Las viejas detectives y sus rutinas. —Julia sonrió, dejándose llevar por un beso de buenos días que sabía a sueño y a promesa.

Se acomodaron en su ritmo matutino: Julia repasando las notas del caso mientras Ivy revisaba informes financieros en su tableta, ambas preparándose para lo que sería un día significativo. El sol subía poco a poco, dibujando destellos de diamantes sobre el agua visible a través de los ventanales de la cocina.

—El equipo forense ha confirmado la última de las cuentas de Knox en el extranjero —dijo Ivy, desplazándose por un documento—. Veintisiete millones de dólares recuperados y redistribuidos a proyectos de infraestructura de la ciudad.

Julia asintió, tomando una nota. —Diana me ha dicho que van a rebautizar la planta de tratamiento de aguas como la Planta Conmemorativa Marie Scott.

—Tu abuela habría apreciado la ironía —sonrió Ivy—. La mujer que rechazó la solicitud de Vincent Knox para entrar en la academia de policía dando su nombre a la instalación que él intentó controlar.

La mención de su abuela todavía le provocaba una oleada de orgullo. Marie Scott: la primera mujer detective de Phoenix Ridge, la mujer que había establecido unos estándares que tres generaciones habían mantenido. Incluso jubilada, había mantenido sus principios,

negándole a Knox la entrada en el cuerpo basándose en lo que ella había llamado «una falta fundamental de carácter moral».

—Morgan ha quedado con nosotras en el juzgado —dijo Julia, mirando el móvil—. Trae los registros de pruebas finales de la investigación federal.

—¿Cómo lleva el ascenso?

—A la teniente Rivers le va de maravilla en la Brigada de Homicidios y Delitos Graves. —La sonrisa de Julia reflejaba un afecto sincero por su antigua compañera—. Aunque sigue horneando por estrés cuando los casos importantes llegan a un punto muerto. La semana pasada todo el departamento comió magdalenas después de que se resolviera el caso de falsificación de arte.

La luz de la mañana se había intensificado e iluminaba el cuidadoso equilibrio que habían creado. La conciencia táctica situacional de Julia seguía presente, visible en la colocación estratégica de los muebles y en sutiles medidas de seguridad. Pero ya no dominaba su vida. La influencia de Ivy se manifestaba en la calidez: libros esparcidos por las mesitas auxiliares, plantas que crecían frondosas en los alféizares y obras de arte elegidas por su belleza en lugar de por su valor estratégico.

—Deberíamos irnos —dijo Julia finalmente, cerrando sus expedientes—. Ya se está formando atasco en el centro.

Ivy asintió, pero le cogió la mano antes de que pudiera apartarse. —Oye. Lo hemos conseguido. Juntas.

Aquel simple reconocimiento tenía un gran peso: cinco años forjando una confianza mutua, eligiéndose la una a la otra cada día, creando algo que ninguna de las dos había creído posible cuando se cruzaron por primera vez en el bar de aquel hotel.

—Juntas —asintió Julia, entrelazando sus dedos con los de ella. La palabra se había convertido en su piedra de toque, su promesa.

Mientras se preparaban para ir al juzgado a la vista para la sentencia definitiva de Knox, Julia sintió la certeza de aquel momento. La mujer que una vez había vivido ciñéndose a las normas había aprendido a escribir unas nuevas. La detective que había mantenido una distancia perfecta había descubierto que la conexión fortalecía en lugar de comprometer.

Y mientras el sol de la mañana iluminaba Phoenix Ridge, Julia Scott —esposa, comandante del grupo operativo y guardiana del legado de su familia— se adentró en un nuevo día de la vida que había elegido, de la mano de la mujer que le había enseñado que algunas reglas estaban hechas para romperse.

El Palacio de Justicia de Phoenix Ridge se alzaba ante ellas, con sus pilares neoclásicos que se extendían hacia un cielo despejado. Ivy subió las escaleras de mármol junto a Julia, rozándose los hombros a cada paso. Cinco años de testimonios, declaraciones y batallas legales habían conducido a este momento: la vista para la sentencia definitiva de Vincent Knox, con la última apelación agotada.

En el interior, el edificio bullía con una actividad controlada. La seguridad se había reforzado para la ocasión; agentes uniformados saludaban respetuosamente con la cabeza al paso de Julia, cuya reputación como comandante del Grupo Operativo Anticorrupción la precedía. Ivy oyó susurros de «Scott está aquí» que se extendían por los pasillos; no con el miedo que ese nombre había inspirado antaño en los agentes corruptos, sino con el respeto por lo que Julia había construido sobre las cenizas del departamento.

Entraron en la Sala Cuatro, la misma en la que se había celebrado el juicio original de Knox. La mirada de Ivy recorrió el espacio, observando cómo el poder había cambiado de manos. La tribuna del público estaba llena de ciudadanos que habían sufrido las manipulaciones de las infraestructuras de Knox, periodistas con las libretas preparadas y agentes federales que habían trabajado junto a ella para desentrañar la red financiera de la organización.

Knox estaba sentado en la mesa de la defensa, una sombra del hombre que una vez había controlado los recursos esenciales de Phoenix Ridge. Sus trajes de color crema habían dado paso al naranja del uniforme de la prisión, su pelo plateado ahora era blanco, su postura se había encogido. Sin embargo, sus ojos todavía conservaban ese brillo calculador cuando se encontraron con los de Ivy a través de la sala.

—Doctora Monroe —se acercó la fiscal del distrito Elena Ramirez; su traje sastre y su paso seguro la distinguían como la nueva

generación de servidores públicos de Phoenix Ridge—. ¿Tiene lista su declaración final sobre el impacto de los hechos?

Ivy asintió, tocando la carpeta que llevaba en el maletín. —Cinco años de reconstrucción financiera resumidos en tres páginas.

—Su trabajo ha hecho esto posible —dijo Ramirez, mirando de reojo a Knox—. Sin sus pruebas, seguiría moviendo los hilos desde la sombra de sus negocios legítimos.

Cuando tomaron asiento, Ivy sintió que la mano de Julia rozaba la suya, un sutil gesto de apoyo que se había convertido en su lenguaje privado en los espacios públicos. El alguacil pidió orden y la jueza Althea Rowe ocupó su asiento en el estrado, con una presencia que impuso un silencio inmediato.

—Estamos aquí para la vista de sentencia definitiva en el caso de los Estados Unidos contra Vincent Knox —anunció la jueza Rowe, con una voz que transmitía el peso de una justicia largamente demorada—. Se han agotado las apelaciones del acusado. Escucharemos las declaraciones finales antes de imponer la pena.

El proceso se desarrolló con eficacia. La fiscalía presentó un resumen de los delitos de Knox: crimen organizado, conspiración, intento de asesinato de un testigo federal y corrupción de funcionarios públicos. Cada cargo traía consigo recuerdos para Ivy: la noche en que los hombres de Knox habían irrumpido en el apartamento de Julia, el terror gélido del contenedor de mercancías, la forma sistemática en que había desmantelado su imperio, hilo financiero a hilo financiero.

Cuando la llamaron para presentar su declaración de impacto, Ivy se levantó con la misma determinación que la había sostenido durante cinco años de testimonios. Se acercó al atril, consciente de que la mirada de Knox seguía cada uno de sus movimientos.

—Señoría —empezó, con voz firme—, los crímenes del acusado fueron más allá de la manipulación financiera. Utilizó como arma la infraestructura de Phoenix Ridge, posicionándose para controlar el agua, la electricidad y los servicios de emergencia. Su organización criminal no solo robó dinero; le robó a la ciudad su sensación de seguridad.

Detalló los esfuerzos de reconstrucción: cómo los fondos recuperados habían fortalecido la planta de tratamiento de aguas, cómo los nuevos comités de supervisión impedían una infiltración similar, cómo el Grupo de Trabajo Anticorrupción había restaurado la confianza en las fuerzas del orden. Mientras hablaba, sintió el peso de su trayectoria: de solitaria contable forense a testigo clave y, finalmente, a asesora que daba forma a las salvaguardias financieras de la ciudad.

—La Estación de Tratamiento de Aguas Marie Scott Memorial sirve ahora como infraestructura práctica y como símbolo —concluyó Ivy—. Bautizada en honor a la agente que reconoció en primer lugar las faltas morales del acusado, representa el compromiso de Phoenix Ridge con la integridad frente a la corrupción.

Knox se removió en su asiento; la mención de Marie Scott aún era capaz de quebrar su compostura después de tres décadas.

—Gracias, doctora Monroe. Señor Knox, ¿desea hacer una última declaración?

Knox se levantó lentamente; la edad y el encierro le habían arrebatado su autoridad física, pero no su arrogancia. —Sostengo que mis acciones fueron prácticas comerciales malinterpretadas, no una empresa criminal. La historia me absolverá…

—La historia —le interrumpió la jueza Rowe— lo recordará como un hombre que traicionó la confianza pública a cambio de poder personal. —Alzó el documento de la sentencia—. Vincent Knox, este tribunal lo condena a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, con sentencias que se cumplirán consecutivamente a las condenas federales existentes. Cumplirá su condena en la Penitenciaría de los Estados Unidos, en Florence, Colorado.

El mazo cayó con un golpe definitivo.

Ivy exhaló, y con ese único sonido se liberaron cinco años de tensión. A su alrededor, la bancada del público estalló en una celebración contenida: las víctimas por fin cerraban el capítulo, los periodistas inmortalizaban el momento y los agentes federales intercambiaban satisfechos asentimientos de cabeza.

Se llevaron a Knox, y el eco de sus pasos resonó en el mármol mientras desaparecía por la puerta lateral. El hombre que una vez

había comandado un imperio criminal ahora no comandaba nada; su jerarquía, cuidadosamente construida, había sido desmantelada por las pruebas que Ivy había descubierto y el caso que Julia había protegido con su vida.

Julia apareció a su lado cuando la sala empezó a vaciarse. —¿Cómo te sientes?

—Plena —dijo Ivy, sorprendiéndose a sí misma por lo cierto que era—. No solo por el caso, sino por todo a lo que ha conducido. —Hizo un gesto sutil entre ellas, que abarcaba la vida que compartían.

Salieron a la luz del sol de la tarde, con Phoenix Ridge extendiéndose ante ellas desde la escalinata del juzgado. Morgan esperaba abajo, y la luz se reflejaba en su placa de teniente.

—Enhorabuena —dijo Morgan, abrazándolas a ambas—. Diana ya está en lo de Lavender preparando la celebración. Me ha dicho que os dijera que esta vez el champán es del caro de verdad.

Ivy sonrió al recordar el primer brindis en el apartamento de Julia: un champán barato que marcó su victoria inicial contra Knox. Ahora tenían un champán mejor, victorias más profundas y una comunidad que había nacido de un propósito común.

—El FBI me ha ofrecido un puesto permanente —mencionó Ivy mientras bajaban las escaleras—. Directora de Análisis de Delitos Financieros.

La mano de Julia encontró la suya. —¿Con sede en Phoenix Ridge?

—Con sede donde yo elija. —Ivy le apretó los dedos—. Y he elegido aquí. Nos he elegido a nosotras.

La ciudad se extendía ante ellas, más limpia ahora, más fuerte por haber sobrevivido al férreo control que Knox había intentado imponer. Mientras caminaban hacia el café de Lavender y la celebración que las esperaba, Ivy reflexionó sobre el camino que la había llevado hasta allí: de un encuentro anónimo en un hotel a testigo protegida, hasta convertirse en la mujer que había ayudado a reformar la integridad financiera de Phoenix Ridge.

La justicia, se dio cuenta, no consistía solo en el castigo. Consistía en construir algo mejor sobre las ruinas de la corrupción. Y

mientras caminaba junto a Julia hacia la celebración de su familia elegida, Ivy supo que habían hecho exactamente eso.

El Lavender's Café se había transformado para la celebración, aunque su carácter esencial permanecía inalterado. La puerta morada seguía combinando con el papel pintado victoriano, la sala del fondo aún bullía con una tranquila autoridad y Lavender Larwood seguía imponiéndose en su espacio con la misma mezcla de calidez y firmeza que había convertido su establecimiento en el santuario no oficial de Phoenix Ridge para las mujeres, y en particular para las lesbianas, durante décadas.

Julia entró con Ivy, con la mano apoyada con delicadeza en la parte baja de la espalda de su mujer, un gesto que con los años había pasado de ser protector a afectuoso. La sala privada, situada sobre la cafetería, las recibió con rostros conocidos: Morgan llevando la voz cantante cerca de la mesa antigua donde una vez habían planeado la caída de Knox; la jefa Diana Marten, de pie junto a la ventana con su característica vigilancia, atenuada por una copa de champán; y la doctora Josephine Mars, que llegaba con su serenidad habitual en medio de la energía de la celebración.

—Llegan las heroínas —anunció Lavender, yendo a abrazarlas a ambas—. Su pelo plateado reflejaba la luz de la tarde que entraba por las ventanas y en su sonrisa se adivinaba la satisfacción de quien había sido testigo de su viaje desde el principio—. Diana ha insistido en que sacáramos el champán del bueno. Ha dicho que nos lo habíamos ganado después de cinco años viendo a Knox retorcerse con las apelaciones.

—Algunas victorias merecen celebrarse como es debido —replicó Diana alzando su copa. La jefa había envejecido con elegancia en los años transcurridos desde el caso Seraphim; su autoridad ahora estaba templada con algo más cálido, un cambio que Julia sospechaba que tenía más que ver con la influencia de Lavender que con el paso del tiempo.

Julia aceptó una copa y observó cómo la sala se había llenado de quienes habían desempeñado un papel crucial en la caída de Knox: agentes federales que se habían coordinado con su unidad, fiscales que habían construido casos irrefutables, líderes comunitarios que

habían ayudado a reconstruir la confianza en las instituciones de la ciudad. Pero en el centro permanecía su círculo más íntimo: las mujeres que lo habían arriesgado todo cuando el futuro de Phoenix Ridge pendía de un hilo.

—Por la justicia —propuso Morgan, mientras la insignia de teniente le brillaba al levantar la copa—. Y por el equipo que se negó a dejar que Knox ganara.

—Por los patrones —añadió Ivy, con una sonrisa que encerraba un significado privado al cruzar su mirada con la de Julia—. Los que encontramos en los delitos financieros y los que creamos en nuestras vidas.

Las copas tintinearon, el champán centelleó y Julia sintió que el peso de cinco años se desvanecía. La Unidad Anticorrupción se había convertido en algo más que una redención profesional; se había convertido en un modelo para otros departamentos de todo el país. Bajo su dirección, habían destapado diecisiete casos adicionales de corrupción institucional, recuperado millones en fondos malversados y establecido protocolos que impedían el tipo de infiltración sistemática que Knox había logrado.

La doctora Mars se acercó cuando concluyó el brindis inicial. —He leído el último informe de tu unidad —le dijo a Julia—. La iniciativa de integridad en la cadena de suministro médico es impresionante. Usar los métodos de seguimiento financiero de Ivy para prevenir el fraude farmacéutico... una adaptación brillante.

—El mérito es de Ivy —respondió Julia, atrayendo a su mujer hacia sí—. Ella desarrolló el algoritmo que detecta patrones de distribución sospechosos.

—Lo desarrollamos juntas —la corrigió Ivy, entrelazando sus dedos con los de Julia—. Tu perspectiva táctica, combinada con mi análisis financiero, creó algo que ninguna de las dos podría haber construido por separado.

La verdad de esa afirmación resonaba más allá de su colaboración profesional. Julia pensó en su casa frente a la playa, donde las medidas de seguridad y la calidez coexistían, donde el revólver de servicio de su abuela compartía espacio con la colección

de calculadoras antiguas de Ivy, donde dos vidas se habían fusionado sin que ninguna perdiera su naturaleza esencial.

—Hablando de juntas —interrumpió Morgan, con una sonrisa cómplice asomando a sus labios—, Diana me estaba contando lo del proyecto de renovación del centro comunitario. Por lo visto, alguien sugirió convertir la antigua terminal de envíos de Seraphim en un centro educativo para jóvenes.

Julia captó la sutil mirada entre Diana y Lavender, una mirada que hablaba de planes compartidos y conversaciones privadas. La terminal de envíos donde Knox había retenido a Ivy, donde Julia había roto todos los protocolos para salvarla, transformada en algo que serviría al futuro de Phoenix Ridge. La poética de la situación no se le escapó.

—La propuesta incluye un programa de educación financiera —añadió Diana, con un tono profesional suavizado por algo más personal—. Lavender sugirió ponerle el nombre de Marie Scott para continuar con su legado de mantener la corrupción fuera de Phoenix Ridge.

—A ella le habría gustado —dijo Julia, sintiendo el orgullo familiar al oír mencionar a su abuela—. Usar la educación para prevenir lo que Knox explotó a través de la ignorancia.

A medida que avanzaba la tarde, la celebración se fue transformando en conversaciones más reducidas. Julia se encontró junto a la ventana con Diana, observando a Ivy conversar animadamente con la doctora Mars sobre los patrones de fraude en la facturación médica.

—Es extraordinaria —observó Diana en voz baja—. La forma en que ve conexiones que a otros se les escapan.

—Sí, lo es —convino Julia, incapaz de ocultar la calidez en su voz.

La expresión de Diana cambió sutilmente, dejando entrever cierta vulnerabilidad a través de su habitual compostura. —¿Puedo preguntarte algo? Extraoficialmente, de Diana a Julia.

Julia asintió, reconociendo la importancia de que la jefa abandonara las formalidades.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Diana, con la mirada perdida donde Lavender rellenaba las copas—. ¿Cuándo dejar de luchar

contra lo que sentías?

Julia reflexionó sobre la pregunta, recordando su propio viaje desde un protocolo inflexible hasta una vulnerabilidad elegida. —Cuando me di cuenta de que mantener las distancias era el verdadero riesgo. De que proteger mi corazón significaba perder algo que lo valía todo.

Diana asimiló sus palabras, mientras sus dedos se apretaban ligeramente en la copa de champán. —El departamento nos enseña a compartimentar. A separar lo personal de lo profesional.

—A veces, lo más profesional que podemos hacer es reconocer nuestra humanidad —replicó Julia—. Confía en tu instinto, Diana. Nunca le ha fallado a Phoenix Ridge.

Al otro lado de la sala, Lavender cruzó una mirada con Diana, con una sonrisa que suavizaba sus facciones. Julia reconoció esa mirada, la misma que había visto en su propio reflejo al mirar a Ivy, la misma que finalmente había derribado los muros que había construido con tanto esmero.

Al caer la tarde, la celebración empezó a llegar a su fin. Los agentes federales se marcharon para coger sus vuelos de vuelta a Washington, los fiscales volvieron a preparar otros casos y la sala se fue vaciando poco a poco hasta que solo quedó su pequeño grupo.

—Un último brindis —declaró Lavender, sacando una botella especial que tenía reservada—. Por el futuro que estamos construyendo sobre los cimientos que vosotras sentasteis.

Julia alzó su copa, con Ivy a su lado, Morgan sonriendo a su espalda, Diana y Lavender más juntas de lo que el protocolo sugeriría, y la doctora Mars completando el círculo. El momento cristalizó todo por lo que habían luchado: no solo la derrota de Knox, sino la comunidad que había surgido, más fuerte por haberle hecho frente unidas.

—Por el futuro —repitieron todas, y las copas chocaron en una última nota cristalina.

Mientras se preparaban para irse, Ivy se apoyó en el costado de Julia y le susurró: —¿Lista para ir a casa?

Hogar. Ahora la palabra tenía peso; no era solo un lugar, sino una elección que se renovaba a diario. Julia le dio un beso a Ivy en la

sien, aspirando el aroma familiar de su champú mezclado con el champán y la victoria.

—¿Contigo? —respondió Julia—. Siempre.

Salieron a la noche de Phoenix Ridge, y las luces de la ciudad comenzaban a brillar contra el cielo cada vez más oscuro. A sus espaldas, a través de la ventana de Lavender, Julia entrevió a Diana ayudando a recoger, y sus manos se rozaron de una manera que sugería que de las batallas concluidas nacían nuevos comienzos.

El futuro se extendía ante ellas, construido sobre los cimientos de la confianza que habían forjado en la crisis y fortalecido mediante sus elecciones. Y mientras caminaban hacia el coche, la mano de Julia encontró la de Ivy con la misma certeza que la había impulsado a través del almacén de Knox, más allá de las fronteras departamentales, hasta una vida que nunca había imaginado, pero sin la cual no podía imaginarse viviendo.

POSTFACIO

Gracias por leer *Protección Cercana* ❤️‍🔥

Julia e Ivy fueron una de mis parejas favoritas por escribir: deseo prohibido, normas rotas y una tensión que lo complica todo.

👉 ¿Quieres más?

Ya está disponible el **Libro 2 – *A la caza de ella*** aquí: mybook.to/PRP2S

🚒 ¿Te gustan las mujeres fuertes bajo presión?

No te pierdas la serie **Phoenix Ridge Bomberas**: mybook.to/PRF1S

💌 Y muy pronto…

Phoenix Ridge Médica en español, con más drama, deseo y finales felices.

📱 Sígueme en Instagram y TikTok → **@emilyhayesbooks**

📬 O apúntate a mi newsletter (en inglés):

👉 https://www.subscribepage.com/emilyhayeslist

Gracias por formar parte de este universo. ¡Nos vemos en Phoenix Ridge!

— **Emily** 💕